



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN

“*DE PERFIL*, DE JOSÉ AGUSTÍN: ANÁLISIS DE UNA
REPRESENTACIÓN DE LA JOVEN SOCIEDAD DE LA DÉCADA
DE LOS AÑOS SESENTA, PREVIO AL MOVIMIENTO
ESTUDIANTIL DE 1968”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

P R E S E N T A

ERICK PONCE DIMAS

ASESOR

MTRO. JUAN ARELLANO ALONSO



CIUDAD NEZAHUALCÓYOTL, ESTADO DE MÉXICO, 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Debo agradecer de haber llegado hasta aquí principalmente a tres mujeres, a las tres personas más importantes de mi vida, hasta ahora:

A mi madre: por haberte matado tanto tiempo trabajando para brindarme a mí y a mi hermana una buena educación. Porque tú me demostraste que con esfuerzo puedes lograr lo que sea por más que los demás no crean en ti. Tantas veces tú, sólo tú, nadie más, se quebró la espalda, la mente, y no dudo que el corazón, por brindarnos lo mejor a mí y a Thalia. No nos debes nada, nos entregaste todo de ti. Cada éxito que tenga puedes atribuírtelo sin ningún problema; al final gracias a ti estoy aquí, gracias a ti tengo los valores, los conocimientos y el carácter que poseo. Te amo. Amo tu amor incondicional aunque a veces te haga enojar, amo que creas en mis sueños por más locos que parezcan.

A mi hermana: por ser mi respaldo, mi compañera desde que nací. Gracias a ti me he atrevido a hacer muchas cosas, que aunque otros las miran y las juzgan con desdén, tú nunca dudas de mí. Siempre que he tenido un proyecto en mente, algún plan, recurro a ti, a tu sabio o tranquilizante consejo. No importa cuántas veces discutimos en el pasado; cuando te he necesitado siempre has estado ahí. Eres de mis grandes ejemplos a seguir, eres de las pocas personas que admiro y espero un día lograr tantas cosas como lo has hecho tú. Te amo. Amo que estés conmigo cuando tengo miedo de fracasar, cuando necesito apoyo, cuando no tengo a nadie a quien acudir.

A mi novia: por amarme como lo haces, por jalarme las orejas cuando lo necesito (aunque a veces no te haga caso y termine recibiendo de tu parte un “Te lo dije”); por empujarme, levantarme, nunca dejar que me rinda fácilmente. Gracias a ti amo lo que amo: escribir, leer, imaginar y crear; adorar esta ciudad, sus calles, cada uno de sus rincones; por ti veo el mundo de una forma diferente: veo belleza donde nadie la encuentra. Como alguna vez te lo dije: tú me revolucionaste, tú me despertaste, y estoy seguro que eso es lo mejor que has hecho por mí. Te amo. Amo que me abracés cuando más lo necesito, que me regañes cuando más perdido estoy, que confíes en mí y en lo que deseo conseguir.

A ustedes tres les debo no solo que llegara hasta aquí, también lo que soy hoy, las cosas que he logrado y las que en el futuro pretendo conseguir. Las amo, las adoro con todo el corazón. Sin ustedes no tendría sentido seguir luchando cada día.

Gracias también a mi asesor, al maestro Juan Arellano, quien con dedicación e inteligencia siempre buscó guiarme, aclarar mis dudas durante todo este trabajo. Quien siempre buscó subirme el ánimo cuando me sentía un poco extraviado

Hago un apartado especial para otras personas, y unas que no lo son tanto; que por el simple hecho de brindarme su cariño o enseñarme algo, merecen también un agradecimiento:

A mi tía Estela: que aunque nunca te conocí, tus libros me acercaron a ti. No sabes cuánto me hubiera gustado conocerte. Seguramente serías mi tía favorita. Sí, también no dudo que me habrías regañado algunas veces, pero sé que en el fondo estarías al menos un poquito orgullosa de mí.

A mi mejor amigo Luis Daniel: por el simple hecho de brindarme tu amistad. Junto a ti he vivido tantas cosas que seguramente podría hacer un libro con todas ellas. Gracias por enseñarme tanto sin pretender hacerlo. Gracias a tu apoyo en lo que siempre he hecho y por sacarme un montón de carcajadas.

A Guillermo, Ivan y Berenice: por tolerarme, por ese simple hecho debería hacerles una estatua. Gracias por darme su amistad, por escucharme, por creer en mí. Los quiero.

A mis tíos, primos y sobrinos: ustedes saben quiénes son. Gracias por quererme y ayudarme siempre que lo necesito.

No, no me podría olvidar de ti: gracias Manchas ¡Te amo tanto!

Índice

Introducción	9
1. Capítulo I. Contexto histórico de la novela <i>De perfil</i>, de José Agustín	14
1.1. Antecedentes.....	15
1.1.1. Miguel Alemán (1946 – 1952).....	16
1.1.2. Adolfo Ruíz Cortines (1952 – 1958).....	17
1.1.3. El inicio de la modernización de la Ciudad de México.....	19
1.1.4. La cultura entre 1940 y 1960.....	23
1.1.5. Conflictos obreros a finales del sexenio de Adolfo Ruíz Cortines.....	25
1.2. Adolfo López Mateos (1958 – 1964).....	26
1.2.1. El conflicto ferrocarrilero.....	26
1.2.2. El gobierno de Adolfo López Mateos.....	27
1.2.3. El auge de la clase media.....	30
1.2.4. La expansión de la Ciudad de México.....	31
1.2.5. La cultura durante el sexenio de Adolfo López Mateos.....	34
1.2.6. Conflictos sociales durante el sexenio de Adolfo López Mateos.....	38
1.3. Gustavo Díaz Ordaz (1964 – 1970).....	39
1.3.1. El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz.....	39
1.3.2. La construcción e inauguración del Metro en la Ciudad de México.....	42
1.3.3. La cultura durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz.....	43
1.3.4. La represión de Gustavo Díaz Ordaz a diferentes manifestaciones sociales antes del Movimiento Estudiantil del 68.....	47
1.3.5. El Movimiento Estudiantil del 68.....	48

1.3.6. 2 de octubre de 1968. La matanza de Tlatelolco.....	52
1.3.7. El después del Movimiento Estudiantil de 1968.....	56
2. Capítulo II. José Agustín y su literatura.....	58
2.1. José Agustín: el crecimiento de un escritor.....	59
2.1.1. Infancia.....	59
2.1.1.1. Primeros acercamientos a la escritura y el nacimiento de su pasión por el rock.....	59
2.1.1.2. El teatro y sus primeros intereses literarios.....	61
2.1.2. Adolescencia.....	64
2.1.2.1. La rebeldía de José Agustín.....	64
2.1.2.2. El Círculo Literario Mariano Azuela y el nacimiento de <i>La tumba</i>	65
2.1.2.3. Cuba: viaje y experiencias.....	66
2.1.2.4. Los Cafés Literarios de la Juventud, Juan José Arreola y el Taller Literario <i>Mester</i>	68
2.1.2.5. La publicación de <i>La tumba</i>	72
2.1.3. Juventud.....	74
2.1.3.1. El nacimiento de su segunda novela: <i>De perfil</i>	74
2.1.3.2. El éxito de <i>La tumba</i> y la publicación de <i>De perfil</i>	77
2.1.3.3. José Agustín, el guionista. El Centro Mexicano de Escritores.....	79
2.1.3.4. Los alucinógenos y el Movimiento Estudiantil del 68.....	81
2.1.3.5. “La onda”, el cine y la cárcel (final en Lecumberri).....	85
2.2. La literatura de José Agustín.....	89

2.2.1. Obra publicada.....	89
2.2.2. La contracultura y “la onda”.....	90
2.2.2.1. Los hippies y los alucinógenos mexicanos.....	95
2.2.2.2. Los jipitecas.....	96
2.2.2.3. El nacimiento de “la onda” en México.....	99
2.2.2.4. Las expresiones contraculturales de “la onda”.....	103
2.2.2.5. La literatura de la onda.....	103
2.2.2.6. Margo Glantz: La literatura de la onda y la escritura.....	107
2.2.3. Influencias literarias.....	115
2.2.3.1 <i>Lolita, Bajo el volcán y Ulises</i>	115
2.2.3.2. Generación <i>Beat</i>	116
2.2.3.3. Influencias mexicanas.....	117
2.2.4. La literatura de José Agustín: <i>De perfil</i>	119
3. Capítulo III. La semiótica de Charles Sanders Peirce y su aplicación a la literatura.....	127
3.1. Semiótica.....	128
3.1.1. El origen del término “Semiótica”.....	128
3.1.2. Semiótica y Semiología. El campo de la semiótica.....	128
3.1.3. Definiciones de semiótica y semiología: Barthes, Eco, Saussure y Peirce.....	130
3.2. La Semiótica de Peirce.....	133
3.2.1. Breve biografía de Charles Sanders Peirce.....	133

3.2.2. La teoría semiótica de Charles S. Peirce.....	134
3.2.2.1. Las categorías fenomenológicas: Primeridad, Segundidad y Terceridad.....	134
3.2.2.2. Fanerón y Faneroscopía.....	136
3.2.2.3. La triada del signo: Representamen, Objeto e Interpretante.....	137
3.2.2.4. Semiosis.....	139
3.2.2.5. Tricotomías del signo y clases de signo.....	140
3.2.2.6. Argumentación: Deducción, Inducción y Abducción.....	144
3.3. La semiótica y la literatura.....	149
4. Capítulo IV. Los jóvenes personajes de la novela <i>De perfil</i>, de José Agustín, y su relación con el Movimiento Estudiantil del 68.....	153
4.1. <i>De perfil</i> , de José Agustín: texto literario, signo literario y legisigno simbólico remático.....	154
4.1.1. Los personajes de la novela <i>De perfil</i> : signos literarios y legisignos simbólicos remáticos.....	157
4.1.1.1. Legisignos.....	157
4.1.1.2. Simbólicos.....	162
4.1.1.3. Remáticos.....	164
4.2. Análisis semiótico peirceano de cuatro jóvenes personajes de la novela <i>De perfil</i> , de José Agustín: Joven “X”, Esteban, Rogelio y Alfonso.....	166
4.2.1. Joven “X”.....	166
4.2.1.1. Legisigno.....	167
4.2.1.2. Simbólico.....	173

4.2.1.3. Remático.....	177
4.2.2. Esteban.....	194
4.2.2.1. Legisigno.....	194
4.2.2.2. Simbólico.....	197
4.2.2.3. Remático.....	201
4.2.3. Rogelio.....	209
4.2.3.1. Legisigno.....	209
4.2.3.2. Simbólico.....	210
4.2.3.3. Remático.....	212
4.2.4. Alfonso.....	216
4.2.4.1. Legisigno.....	217
4.2.4.2. Simbólico.....	218
4.2.4.3. Remático.....	220
4.3. Método argumentativo de Peirce aplicado al análisis de cuatro jóvenes personajes de la novela <i>De perfil</i> , de José Agustín: Joven “X”, Esteban, Rogelio y Alfonso.....	226
Conclusiones.....	235
Fuentes de consulta.....	242

Introducción

Empecemos con una pregunta: ¿por qué hacer un análisis de la novela *De perfil*, de José Agustín? Porque se necesita reafirmar que muchas obras literarias no sólo son simples objetos de admiración o diversión, que provocan solamente emociones y sentimientos; sino que son también parte del enorme registro de nuestra historia, expresiones y mensajes llenos de críticas, juicios y observaciones de la realidad en que vivían cada uno de sus escritores, y también de la que formamos nosotros, los lectores. Incluso, que en ocasiones sirven como premoniciones de un futuro que tarde o temprano puede llegar a suceder.

José Agustín es un escritor considerado parte de la “Literatura de la Onda”. Sus primeros libros representan a la juventud mexicana de la década de los años sesentas. En éstos se refleja la forma en que pensaban los jóvenes de aquella época; sus gustos, intereses, e incluso forma de expresar. Ambienta sus historias describiendo a la Ciudad de México; lugares como la colonia Narvarte o la Buenos Aires, los cambios físicos que venía sufriendo, así como la sociedad que la habitaba; las formas de actuar y de pensar de las personas de aquellos años.

Anteriormente, en 1987, Miguel Guadalupe Rodríguez Lozano elaboró una tesina para titularse como Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas, nombrada *Literatura y sociedad en De perfil de José Agustín*, en donde analiza, en una primera parte, la obra del guerrerense a través de la sociedad que aborda, basando principalmente su contexto histórico, social y cultural, en el Materialismo, centrándose en la lucha de clases, pero principalmente en la clase media.

En la segunda parte de su trabajo estudia el lenguaje, tomando aspectos teóricos que plantea Mijaíl M. Bajtín en los libros: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje* y en *Problemas de la poética de Dostoievski*. Su objetivo era tratar la estructura de la novela, el papel del protagonista como narrador-personaje, la manera en que José Agustín utilizaba diversos elementos narrativos y la multiplicidad de voces, de lenguajes que derivan de los personajes. Sin olvidar también como representaba el escritor mexicano a la institución familiar y a la institución educativa en esta obra.

Con la intención de profundizar más en el tema, de demostrar que José Agustín no sólo elaboró un objeto artístico, literario, sino que representa también en este texto su visión de la realidad mexicana durante la década de los años sesentas, en específico de la joven sociedad; y además, de comprobar que esas características reflejadas en sus personajes son las mismas que suscitaron un hecho histórico e importante para México, como lo es el Movimiento Estudiantil de 1968; se elaborará esta investigación teniendo nuevamente como objeto de estudio la novela *De perfil*.

Es así que se llega a la hipótesis de este trabajo: El escritor José Agustín representa por medio de cuatro jóvenes personajes, de su novela *De perfil*: Joven "X", Esteban, Rogelio y Alfonso; las características sociales, económicas e ideológicas de la joven sociedad que habitaba la Ciudad de México, durante la década de los años sesentas. Cualidades que después ayudarían a suscitar el Movimiento Estudiantil de 1968.

Para comprobar dicha hipótesis, se intentarán responder las siguientes preguntas durante todo el trabajo; que van desde el contexto histórico, pasando por la teoría y metodología que se utilizarán, y finalmente la realización de los análisis de los personajes: ¿Cuál es el contexto histórico de la novela *De perfil*?, ¿Cuál es la teoría semiótica de Charles Sanders Peirce?, ¿De qué trata la metodología propuesta por Adrián Giménez-Welsh del signo literario o el legisigno simbólico remático?, ¿Cómo representa José Agustín a la juventud mexicana de la década de los años sesentas en los personajes de su novela *De perfil*? ¿Qué características socioeconómicas e ideológicas destaca de cada clase social en sus jóvenes personajes?, y ¿Cómo influyeron estas cualidades en el surgimiento del Movimiento Estudiantil de 1968?

En el primer capítulo, con la intención de conocer el contexto histórico de la obra del guerrerense, se abordará la importancia de la clase media y las principales diferencias entre las clases sociales, de la década de los cuarentas, hasta la década de los sesentas; se tratará el llamado Milagro mexicano, que duró del sexenio de Miguel Alemán, hasta el de Gustavo Díaz Ordaz; también la modernidad que se implantaba en las urbes, principalmente en el entonces Distrito Federal; y los diferentes conflictos sociales, como la manifestación de los sindicatos ferrocarrileros

y el Movimiento Estudiantil de 1968. Además de los hechos culturales, como la división entre alta cultura y cultura popular, y el surgimiento de diferentes figuras artísticas dentro de la literatura, el cine, la música, la pintura, e incluso la escultura.

Ya en el segundo capítulo se tratarán específicamente las influencias personales y literarias de José Agustín; por ejemplo, su paso por el Centro Mexicano de Escritores, las enseñanzas que obtuvo de Juan José Arreola o su admiración a Vladimir Nabokov. Y también todo aquello que rodeaba su vida antes, durante y después de que escribiera *De perfil*; como la contracultura, los “jipitecas” y la “Literatura de la Onda”, en la cual la ensayista Margo Glantz lo incluyó.

Pero, ¿por qué tratar el contexto histórico y cultural de la novela?, ¿por qué hablar del Desarrollo estabilizador, de la relación México - Estados Unidos, del avance de la clase media, de las diferencias entre estratos sociales, de la modernidad, de la evolución de la Ciudad de México, de los distintos conflictos que aquejaban a la nación, y de la cultura que se daba en aquellos años? Como dice Miguel Guadalupe: “pienso que en el caso de Agustín sería difícil acercarse a la obra sin el contexto histórico-cultural en el cual aparece”; además, “sería imposible entender el por qué Agustín utiliza cierto lenguaje sin un contexto”. Sin olvidar que en la “relación entre *De perfil* y su contexto, es necesario mencionar las clases sociales” (Rodríguez L., 1987, págs. 1, 2)

Ahora bien, ¿cómo se analizarán los personajes de *De perfil*, se comprobará que las características de estos seres provienen de la joven sociedad de la década de los sesentas, y que estas cualidades influyeron en el surgimiento del Movimiento Estudiantil del 68? A través de la teoría semiótica de Charles Sanders Peirce, pero principalmente con lo propuesto por Adrián Giménez-Welsh en su libro *Del signo al discurso. Dimensiones de la poética, la política y la plástica*, sobre la octava clase de signos del filósofo norteamericano: el legisigno simbólico remático; además del método argumentativo del propio Peirce, compuesto por la abducción, la deducción y la inducción. Todo estos temas teóricos y metodológicos serán explicados en el tercer capítulo.

Pero, ¿por qué elegir la semiótica, en específico la teoría propuesta por Peirce y el método de Gimote-Welsh? A pesar de parecer un tanto rígida la propuesta teórica del norteamericano, diferentes autores e investigadores creen que a través de ella se pueden analizar un sinnúmero de cosas, que van desde una simple imagen, a una película, o de una frase publicitaria, hasta una obra literaria. Por ejemplo, Gimote-Welsh, basándose directamente en lo estudiado por Peirce, propone que el texto literario sea considerado un signo, un legisigno simbólico remático, ya que se trata de un objeto lingüístico, de ficción y del cual se puede obtener una inferencia a partir de todos sus elementos.

De perfil y sus personajes pueden ser estudiados como signos literarios, y por ello, como legisignos simbólicos remáticos. Primero porque estos seres ficticios se expresan de forma verbal, lingüística, y en el caso de la obra de José Agustín, es de gran ayuda para entender el llamado “lenguaje de la onda”, como una jerga o argot compuesto por diferentes tipos de hablas que dependen de las clases sociales, del grado de conocimientos, y hasta de los gustos e intereses de los individuos que lo utilizan.

Por otra parte, son figuras de ficción, de representación, y por ello mismo, reflejan una realidad, una en la cual vivía José Agustín. El guerrerense, por medio de su creación, y en especial de sus personajes, representa lo que observaba en aquellos años; cuestiones políticas, económicas, sociales y culturales; fenómenos y hechos que forman parte de la historia de México.

Igualmente, de estas figuras literarias se pueden obtener inferencias finales tomando en cuenta los anteriores elementos: su lenguaje, la clase social a la que pertenecen, y los sucesos de los cuales son actores y espectadores. Pero también por medio de sus acciones, de sus comportamientos, formas de pensar y sentimientos. Todo esto provoca que al leer la obra, consciente o inconscientemente, se creó en la mente una radiografía de cada uno de los personajes, una idea de cómo son completamente.

Para terminar se hará una conclusión de los análisis de los personajes, comprobar que las características que portan éstos son retomadas por José Agustín de la joven

sociedad de la década de los años sesentas; además de señalar por qué estas mismas cualidades pudieron haber impulsado el Movimiento Estudiantil de 1968. Para ello se utilizará el método argumentativo de Peirce, con lo cual se rectificará la hipótesis elaborada, se desarrollarán las consecuencias que ésta origina, y finalmente se comprobarán por medio de un inferencia final. Todo esto, al igual que los análisis, será elaborado extensivamente en el cuarto capítulo.

Por último, hay que recordar que puede ser muy diferente la conclusión que pueda tener un lector de otro, al finalizar la lectura de este y cualquier libro. Para decirlo de forma coloquial: cada individuo, cada lector de *De perfil*, es un mundo muy diferente, y depende esa inferencia de los conocimientos que tenga éste, e incluso de sus experiencias de vida. Por lo tanto, esta investigación debe ser tomada como una propuesta más al igual que otras tantas, entre ellas la de Miguel Guadalupe, de lo que significa esta novela y cada uno de sus personajes.

1. Capítulo I. Contexto histórico de la novela *De perfil*, de José Agustín

Con la finalidad de conocer el contexto histórico de México para el análisis de la novela *De perfil*, de José Agustín, por medio de la teoría semiótica de Charles S. Peirce; en este capítulo se abordará el contexto político, económico, social y cultural durante la década de los años sesentas en el país.

Primero se darán los antecedentes a esta década con los sexenios de Miguel Alemán (1946 – 1952), y de Adolfo Ruíz Cortines (1952 – 1958). Después se tratarán como temas específicos los sexenios de Adolfo López Mateos (1958 – 1964), y de Gustavo Díaz Ordaz (1964 – 1970). En cada uno de éstos se verán acontecimientos históricos trascendentes: situaciones económicas y relaciones exteriores con otros países, principalmente con Estados Unidos; reformas y leyes que se impulsaron; la vida cultural y sus principales personajes; la modernización de la capital y los conflictos sociales que se suscitaron.

Durante todo este capítulo se verá el llamado Milagro mexicano o Desarrollo estabilizador, el cual fue un parteaguas en el país por su importancia en la economía y en el sociedad, principalmente en el desarrollo de la urbe y su repercusión en la vida de las clases sociales; específicamente en la clase media, la cual se vio fuertemente beneficiada a diferencia de otros estratos.

Al final se abordará el conflicto social que más marcó estos años: el Movimiento Estudiantil del 68. Este tema es importante en esta investigación, ya que el análisis de la novela *De perfil* que se realizará, es con el propósito de entender los factores que facilitaron el nacimiento de esta movilización.

1.1. Antecedentes

El Milagro mexicano, un fenómeno en el que predominó la estabilidad económica y política, comenzó gracias a un evento de carácter internacional que no sólo repercutió en el futuro del país, sino también en el de la Ciudad de México; la *Conferencia interamericana sobre problemas de la guerra y la paz*, la cual se celebró en febrero de 1945 en Chapultepec, con veinte países latinoamericanos y Estados Unidos. El principal tema que se abordó fue el Nuevo Orden Internacional, la modernización en base a la democracia y el desarrollo (Loaeza, 2012).

Tras ésta, México sufrió fuertes cambios, pasando de la inestabilidad al orden, a un territorio que podía acordar con otras naciones, principalmente con su vecino del norte; relación que traería al país un enorme crecimiento económico, pero igualmente una gran influencia en las decisiones de gobierno. A la par se producía un antagonismo ideológico entre la “democracia” y el “comunismo”, con Estados Unidos y la Unión Soviética como principales representantes: la Guerra Fría. Ésta tendría su momento de mayor tensión en la década de los años sesenta.

En el país, el principal papel de poder lo ocupaba el presidente. Él tenía la tarea principal de dirigir el desarrollo del país, la organización social y política, y estaba acompañado por el que era el partido oficial, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). La democracia era la base de cualquier transformación, y se creía en ella como la principal benefactora de todo avance económico y social.

El primero en ejecutar los trabajos de desarrollo y modernización fue Manuel Ávila Camacho (1940 – 1946), quien inició nuevas relaciones internacionales después de que terminara la Segunda Guerra Mundial, y estableció cambios institucionales y políticos por los acuerdos con el gobierno norteamericano. Mientras tanto, dentro de su sexenio se discutió la posibilidad de que el viejo partido desapareciera y se creara uno nuevo, uno que funcionara como una organización “nacionalista”, “no antiimperialista”, “pluriclasista”, y el cual se comprometiera con la nueva ideología: la democracia. Éste nuevo organismo político aparecería hasta enero de 1946: el Partido Revolucionario Institucional (PRI) (Loaeza, 2012).

1.1.1. Miguel Alemán (1946 – 1952)

Después de Ávila Camacho, llegó a la presidencia el que fuera su secretario de Gobernación, el licenciado Miguel Alemán. Su sexenio significó el paso de los presidentes militares a los presidentes civiles, además de una mejoría en la relación con Estados Unidos. Él y el entonces mandatario de éste país, Harry S. Truman, coincidieron en una política por la defensa de la democracia, lo que trajo también una fuerte influencia en la lucha contra el comunismo dentro del territorio nacional (Loaeza, 2012).

Se vivía una unidad nacional entre gobierno, ejército e iglesia, pero se creó una importante división entre cardenistas y alemanistas por una reforma al artículo 27 a la dimensión de las propiedades, y por la ocupación y operación del ejército en instalaciones petroleras para acabar con un paro sindical. Esta división duraría todo el Milagro mexicano y se profundizaría por la insurgencia obrera de finales de 1947, y por los conflictos intersindicales, los cuales supo aprovechar el gobierno para interferir contra el comunismo; manipulando, corrompiendo dirigentes, o reprimiendo a sus integrantes. También el gobierno lidió y resolvió los problemas del campo, entre propietarios y ejidatarios, a través de la extracción de inversión privada para aumentar la producción agrícola (Loaeza, 2012).

Al conseguirse una aparente estabilidad política, la administración ocupó todos sus recursos en el desarrollo de la industria, en su promoción, en la modernización agropecuaria, y en la consolidación de los empresarios locales y del mercado interno. En cuestiones sociales, se incrementaron los servicios de salud con la creación de diferentes centros y hospitales, lo que a su vez provocó una mejora en la calidad de vida de las personas y un crecimiento de la población, y también una urbanización de la Ciudad de México y otros estados. Esto trajo consigo la concentración de empleos, de mejores condiciones de vida, la movilidad social y la expansión de la clase media.

Entre 1950 y 1970, la población aumentó de 26 a 49 millones de habitantes por el descenso de mortalidad, causado por la erradicación de enfermedades y por la edificación de nuevos hospitales públicos, centros hospitalarios como el de la Raza,

del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Pero también un mayor número de habitantes significó la alta demanda de alimentos, vivienda, educación, atención médica y empleos (Loaeza, 2012).

A inicios de la presidencia de Miguel Alemán, el principal generador de recursos era el campo; entre 1949 y 1958, la agricultura registró una tasa de crecimiento de 6% anual. Sin embargo, se siguió apoyando la política de la industrialización, estableciéndose una buena relación entre gobierno, sindicatos e industriales. También se crearon las condiciones necesarias para que fuera cada vez mayor la inversión privada; con infraestructura, mecanismos fiscales o créditos; además se plantearon políticas de bajos impuestos, salarios y subsidios a los servicios públicos. El sector privado se orientó a las manufacturas, a bienes intermedios y artículos de consumo; el mercado mexicano estaba casi cerrado a productos del exterior (Loaeza, 2012).

1.1.2. Adolfo Ruíz Cortines (1952 – 1958)

En 1952 ganó las elecciones presidenciales Adolfo Ruíz Cortines, quien fuera secretario de Gobernación de Miguel Alemán. Desde un principio, el nuevo mandatario lanzó varias propuestas; una ley para la manifestación de bienes, la ley antimonopolios, la política de austeridad y la cancelación del pasado programa de obras públicas. La única continuidad que daría del anterior gobierno, serían las reformas a los artículos 34 y 115 constitucionales, las cuales brindaban derechos políticos totales a las mujeres. A pesar de estos avances, ellas socialmente tenían un papel inferior al de los hombres, quienes podían estudiar y trabajar con completa libertad; mientras que las mujeres, de clase media y alta, sólo podían formarse como maestras, secretarias, o en puestos ejecutivos pero enfrentando la represión masculina (Agustín, 2004).

Aunque en un inicio la iniciativa privada protestó contra la austeridad del nuevo gobierno, durante éste fue la más importante, llegando en 1956 a participar en hasta un 72% de la inversión total. Las organizaciones empresariales, como el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, comenzaron a tener cierto poder participando en las decisiones de gobierno. Entre 1949 y 1958, el Producto Interno Bruto (PIB)

creció a una tasa anual promedio de 6.6%, el crecimiento per cápita fue de 3.5% anual, y el crecimiento de la población a una elevada tasa de 3.1% al año (Agustín, 2004).

A inicios de los años cincuenta, la industria nacional satisfacía la demanda de textiles, comestibles, productos intermedios como el hule, alcohol y vidrio. Pero la política proteccionista que regía en esos años disminuyó la competitividad. El 17 de abril de 1954, se presentó uno de los primeros indicios de la falta de crecimiento económico con la devaluación del peso, de 8.45 por dólar, a 12.50 pesos. Igualmente, la concentración en el desarrollo industrial provocó el poco avance de la agricultura, que vino junto a las denuncias de campesinos por abusos de autoridad, violencia y represión (Loaeza, 2012).

No obstante, el modelo siguió teniendo éxito gracias a leyes, créditos, subsidios, empresas paraestatales y organismos descentralizados. Esto ayudó a la centralización de decisiones y al presidencialismo. En 1950, el Congreso votó y aprobó modificaciones a artículos constitucionales para aumentar el número de facultades económicas del poder Ejecutivo, haciendo que el Estado fuera el eje de organización de una sociedad de élites y de una desigualdad social (Loaeza, 2012).

En el PRI, la figura principal no era su dirigente, sino el presidente, ya que ejercía una fuerte influencia sobre políticos, eligiendo candidatos, y resolviendo conflictos entre ellos o con empresarios. A pesar de que se celebraban elecciones, todos sabían con anticipación quiénes serían los postulados a los puestos de gobierno, e incluso, quiénes serían los ganadores. En los años cincuenta, el partido en el poder comenzó a crecer; en 1954 tenía 3.5 millones de militantes en todo el país y su mayor oposición era el Partido Acción Nacional (PAN). Ese mismo año se reconoció el derecho al voto de las mujeres en las elecciones federales, pues desde 1948 ya podían hacerlo, pero sólo en los comicios municipales (Loaeza, 2012).

Frente al conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética en los cincuentas, también surgieron algunos desacuerdos entre México y el país del norte por cuestiones comerciales, económicas y fronterizas. Primero por el proteccionismo norteamericano y las regulaciones mexicanas a la inversión extranjera; y luego por

el cruce ilegal de mexicanos, entre 1952 y 1960. Por lo que en 1954, el gobierno estadounidense puso en marcha la Operación *Wetback*, con la que se deportaron a un millón de migrantes (Loaeza, 2012).

A pesar de ello, también existieron buenas relaciones políticas entre el presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower y Adolfo Ruíz Cortines por la lucha anticomunista, y el gran apoyo al desarrollo mexicano entre 1952 y 1960. Pero por otra parte, el gobierno mexicano se encontraba en contra del intervencionismo de Estados Unidos en otros países (Loaeza, 2012).

La política anticomunista se inició en México con la creación de un sentimiento de animadversión y divulgando la creencia de que esta lucha defendía la fe religiosa, teniendo como principales aliados a obispos y padres. Los oponentes a estas ideas serían los estudiantes e intelectuales, quienes a partir de 1954, organizaron comités y eventos en favor del no intervencionismo de Estados Unidos, naciendo la “nueva izquierda” con una ideología antiimperialista y no de revolución mexicana (Loaeza, 2012).

Estas no fueron las únicas diferencias sociales en esa época, también las hubo por cuestiones físicas y económicas. Al inicio de la década de los años cincuenta, indígenas eran explotados, despojados de sus tierras en favor de los agricultores privados, y aumentó la contratación de mujeres de bajos recursos para trabajos domésticos. Al respecto, José Agustín (2004) en su libro *Tragicomedia mexicana 1*, dice que se repudiaba a los “prietos” y “aindiados”, y que las nociones de industrialización y desarrollismo, sólo provocaban el malinchismo en todas las capas sociales, incrementando, a su vez, el clasismo: las diferencias entre “la gente decente” y “los pelados” (pág. 113).

1.1.3. El inicio de la modernización de la Ciudad de México

El Milagro mexicano se consolidaba y se reflejaba con cambios en la fisionomía del país: construcción de gasoductos, zonas industriales, sistemas hidroeléctricos, obras portuarias, áreas residenciales y colonias obreras. Aumentaba la producción de combustibles como el carbón y el petróleo. Se construyeron carreteras y

autopistas que conectaban la capital con todos los estados de la república; de 1946 a 1970, la red nacional de caminos pasó de 18 mil kilómetros a 70 mil kilómetros, lo que trajo consigo una mejoría en el mercado interno y la creación de regiones económicas, pero también el incremento de la migración, de los campos a las ciudades (Loaeza, 2012).

A pesar de la centralización de beneficios en las urbes, éstas brindaron nuevas oportunidades a los jóvenes que antes sólo las podían conseguir en la Ciudad de México o Estados Unidos. La capital del país, obviamente, recibió más recursos públicos e inversiones sufriendo una enorme transformación (Loaeza, 2012). Una muestra de ello es la inauguración de Ciudad Universitaria en 1952, bajo el mandato de Miguel Alemán; y el inicio de la construcción de Ciudad Satélite, en 1953 (Aboites A., 2016). Por su parte, el presidente Adolfo Ruíz Cortines inauguró en 1957 el Viaducto Miguel Alemán y la Avenida Manuel Ávila Camacho (Loaeza, 2012).

Durante los cincuentas, en la Ciudad de México, bajo la regencia de Ernesto P. Uruchurtu en el Departamento del Distrito Federal (DDF), las principales metas fueron la expansión de la ciudad y la descentralización urbana (Villasana & Gómez, 2018), con lo que también iniciaron las problemáticas que afectarían a la capital en las siguientes décadas; la concentración demográfica, la expansión territorial, la conurbación con municipios del Estado de México, la concentración de fuentes de trabajo, de instituciones y servicios, y la centralización de decisiones nacionales (Álvarez E., 2013). Además, bajo su mandato se concretó la idea del Centro Histórico y de la Plaza de la Constitución, se ensancharon avenidas como el Paseo de la Reforma, y se adornaron vialidades con flores y árboles. Se priorizó el cuidado de monumentos, el embellecimiento de plazas públicas y la colocación de alumbrado público (Villasana & Gómez, 2018).

Entre 1950 y 1970, la zona urbana pasó de 242 a 750 kilómetros cuadrados, y la cantidad de habitantes pasó de 2 millones 870 mil a 9 millones, aumentando la tasa de crecimiento demográfico anual de 5.6% en 1950, a 5.8% en la década de los sesentas. Asimismo, incrementaron los establecimientos industriales de 3 mil 180 en 1930, a 33 mil 185 en 1970. Fue también en esta época que la participación de

la capital en el Producto Interno Bruto del país creció de 30.6% en 1940, a 37.4% en 1970. Todos estos cambios se debieron al modelo económico que había adoptado México, el Desarrollo estabilizador o el llamado Milagro mexicano (Álvarez E., 2013).

En la Ley Orgánica del Gobierno del Distrito Federal, de 1941, apareció la jurisdicción que aplicaría en la Ciudad de México hasta finales de los setentas con once delegaciones. A este territorio oficial se sumó la conurbación con municipios mexiquenses por la industrialización; al norte creció hasta Tlalnepantla y Ecatepec; al Noroeste hacia Naucalpan, Chimalhuacán y Ecatepec; al este con Ciudad Nezahualcóyotl; y al sur con las delegaciones Tlalpan, Xochimilco y Magdalena Contreras. Cambiando, también, los usos de suelo en las áreas centrales; de uso habitacional a comercial y de servicios; y en las periferias se impulsó la construcción de modernos fraccionamientos residenciales y áreas industriales (Álvarez E., 2013).

El aumento de la cantidad de habitantes fue producto del auge económico e industrial, y además, de acuerdo a Lucía Álvarez Enríquez, en el libro *Distrito Federal: sociedad, economía, política y cultura*, del desarrollo y la combinación de tres procesos: el crecimiento natural de población originaria de la capital, el crecimiento social por los movimientos migratorios, y la expansión física de la metrópoli con la inclusión de zonas periféricas. Entre 1950 y 1960, el crecimiento natural fue de 46.7%, el crecimiento social de 44.1%, y el crecimiento físico de 0.2% (Álvarez E., 2013).

Desde los cuarentas, la cantidad de migrantes incrementó por el desarrollo que comenzó a tener la urbe, la búsqueda de mejores trabajos y de mejores condiciones de vida que involucraban vivienda, educación y salud, principalmente. Este tipo de población se volvió tan importante que en 1970 se calculó que un 35% de la población local, más del 50% de la población mayor de 20 años, no había nacido en la Ciudad de México. Los migrantes, entre indígenas y campesinos, provenían en su mayoría del Estado de México, pero también de entidades como Hidalgo, Michoacán, Oaxaca, Puebla y Veracruz (Álvarez E., 2013).

Otra importante causa del crecimiento de la población en la capital fue el descenso de mortalidad. Entre 1940 y 1970, la mortandad descendió de 19.5 defunciones por cada mil habitantes, a sólo 7.4 al final de este periodo. Esto fue consecuencia de la mejora en medicinas y en los servicios de salud, como la creación del Seguro Social del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE). A su vez, la natalidad permaneció en 45 nacimientos por cada mil habitantes, y es hasta finales de los sesentas que empezó a disminuir a 41 nacimientos (Negrete S., 1994).

Este aumento en la cantidad de habitantes por la modernización provocó la construcción y expansión de la ciudad. Víctor Jiménez (1994), en su ensayo *Desarrollo urbano y tendencias arquitectónicas*, dice:

Había una ausencia total de un plan rector del crecimiento urbano (*laissez faire*), librado siempre a la iniciativa de los fraccionadores privados, apenas sometidos a débiles controles técnicos por las autoridades urbanas, que reaccionan excepcionalmente (y sólo por razones coyunturales) durante la década de los años sesenta (pág. 33).

Durante tres o cuatro décadas predominó la arquitectura funcionalista, también conocida como racionalista. Entre 1930 y 1960, se construyeron edificios emblemáticos de la administración pública, escuelas y hospitales; además de oficinas, edificios habitacionales, cines y tiendas (Jiménez, 1994). Uruchurtu impulsó la creación de 308 kilómetros de avenidas, 13 centros deportivos (Gruzinski, 2004), 150 mercados, en su mayoría inaugurados en 1957, y un Rastro Frigorífico; éstos últimos ayudaron a la estandarización de los precios de productos alimenticios y a la estabilidad en distribución de recursos (Villasana & Gómez, 2018).

El DDF, en los cincuentas y en las siguientes dos décadas, logró construir una estructura con ciertas características de gobierno: un sistema jerárquico que iniciaba por el regente de la ciudad hasta los funcionarios menores, con pocas instituciones efectivas, el cual no daba lugar a diferencias y muy ligado a la política del PRI. Este órgano de gobierno dependía totalmente de las decisiones del presidente y siempre cumplía con las disposiciones del poder ejecutivo federal (Álvarez E., 2013).

1.1.4. La cultura entre 1940 y 1960

En los años cuarenta el nacionalismo cultural del cardenismo ayudó a alimentar la ideología oficial del gobierno, pero artistas y escritores también comenzaron a interesarse más por lo extranjero. Se creó una división entre alta cultura y cultura popular. La alta cultura se difundió por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y por suplementos culturales de periódicos nacionales; *La Revista Mexicana de Cultura* dirigida por Fernando Benítez, del diario *El Nacional* (1947); *La Cultura en México*, de *Novedades* (1949 – 1961); y posteriormente *México en la Cultura*, de la revista *Siempre!* (1962 – 1970), los cuales dieron oportunidad de publicar a escritores y poetas (Loaeza, 2012).

La Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM fomentó la producción de poesía, literatura, teatro, música y cine. En 1946 surgió el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), dependiente de la Secretaría de Educación Pública (SEP), el cual desarrolló diferentes actividades de promoción donde destacaron Fernando Gamboa y José Luis Martínez. El secretario de Educación, de 1958 a 1964, Jaime Torres Bodet, creó la Subsecretaría de Cultura en la que agregó al INBA, al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), al Instituto Nacional de la Juventud Mexicana y al Departamento de Bibliotecas (Loaeza, 2012).

Entre los intelectuales existía una división que generó diferentes grupos: el sector conservador-intelectualista, compuesto por figuras como Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Tomás Segovia, Salvador Elizondo, José de la Colina y Sergio Pitol; el sector popular, con Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Luis Guillermo Piazza y María Luisa Mendoza; y la planta alta, en donde se ubicaban Octavio Paz, Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Jaime García Térres y Ramón Xirau (Agustín, 2004).

Después del despido de Fernando Benítez de la revista que dirigía, escritores y otros colaboradores se solidarizaron con él y crearon la publicación *La Cultura en México*. Entre sus aliados se encontraban Fuentes y Emmanuel Carballo. Tiempo después disponen de la *Revista de la Universidad* y de la *Revista Mexicana de la Literatura*, ganando más adeptos editorialistas y autores exiliados como Tito

Monterroso, Luis Cardoza y Aragón, Gabriel García Márquez, además de pintores como José Luis Cuevas. Se vuelven con el paso de los años en una agrupación sin interés en lo nacional, y de acuerdo a José Agustín, que descalificaba cualquier manifestación artística que ellos no apoyaban (Agustín, 2004).

El *Fondo de Cultura Económica (FCE)* se convirtió en la editorial más importante de habla hispana por traducir libros clásicos de economía, sociología, y en los años cincuenta, por difundir la literatura contemporánea con la colección *Letras Mexicanas* (Loaeza, 2012).

La cultura popular fue difundida por los medios masivos de comunicación: el cine, la radio y la televisión; ésta última llegó en 1950 con el primer programa televisado: la lectura del IV informe de gobierno de Miguel Alemán. Después, en 1955, se constituyó la empresa Telesistema Mexicano, S.A., compuesta por los grupos de Rómulo O’Farril y Emilio Azcárraga. Ésta transmitía películas y telenovelas que alcanzarían su mayor popularidad en los años sesentas (Loaeza, 2012).

En la música popular surgió José Alfredo Jiménez, Javier Solís y Lucha Villa. En 1955, los nuevos géneros eran el chachachá, el jazz y el rocanrol, que se transformaría dos años después en rock. Las bandas más representativas de aquellos años eran *Los Locos del Ritmo*, *Los Teen Tops* y *Los Black Jeans*, pero esta música fue enseguida criticada por la sociedad y el sistema político. Estos ataques a los gustos, intereses y formas de pensar de la juventud, de acuerdo a José Agustín, formaron una “brecha generacional” que puso a los jóvenes en contra de todo aquello que representara autoridad (Agustín, 2004).

Para él no se trataba de que los jóvenes emergieran como una “fuerza especial” en la vida política, “más bien ellos fueron los primeros en manifestar inconscientemente un orden insatisfactorio en lo esencial; lo único que reclamaban era que ‘los dejaran ser’”, fue por eso que “su rebeldía tuvo alcances profundos y complementó las luchas políticas”, aunque “fueron combatidos y reprimidos con una violencia insólita” (Agustín, 2004, pág. 150).

En el ámbito de la pintura nació una intensa polémica en 1948, cuando Rufino Tamayo y Carlos Mérida reclamaron a los tres principales muralistas mexicanos: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, el llevar al muralismo a sólo temáticas revolucionarias, olvidándose de la plástica. A la par, Tamayo se convirtió en uno de los principales exponentes de la pintura de caballete en México, junto a Gunther Gerszo y Pedro Coronel. En el simbolismo destacaron artistas como Juan Soriano y Remedios Varo (Loaeza, 2012).

En los puestos de periódicos y otros establecimientos se podía encontrar la tira cómica *La Familia Burrón*, la cual reflejaba en sus personajes la vida diaria en la Ciudad de México y los diferentes problemas con los que tenía que lidiar la población. De igual forma, la película *Los Olvidados*, de Luis Buñuel, representó a la sociedad de la metrópoli, a un sector en especial: el de “los marginados”, aquellos habitantes que vivían en la pobreza y a la periferia de la urbe (Gruzinski, 2004).

1.1.5. Conflictos obreros a finales del sexenio de Adolfo Ruíz Cortines

Antes de que ganara las elecciones presidenciales Adolfo López Mateos en 1958, dos acontecimientos, en 1957, marcaron el inicio de la falta de confianza de la sociedad mexicana en el gobierno: las críticas del expresidente Cárdenas contra la reforma agraria y las malas acciones sindicales, y un sismo de siete grados en la escala de Mercalli, el 28 de julio del mismo año, ocurrido en la Ciudad de México con epicentro en Guerrero, el cual afectó a varios habitantes, derribó edificios y al monumento del Ángel de la Independencia (Loaeza, 2012).

Ambos hechos desencadenaron los reclamos de la gente, sobre todo de obreros y campesinos. En Torreón se suscitaron manifestaciones de ejidatarios quienes casi lincharon al secretario de Recursos Hidráulicos, y en marzo la Unión General de Obreros y Campesinos de México impulsó la causa agraria en Los Mochis, la cual acabó cuando el ejército desalojó a los jornaleros en la Laguna y el Valle del Yaqui. En respuesta, Gilberto Flores Muñoz, secretario de Agricultura, entregó 4 mil 840 hectáreas a 5 mil familias, y después Ruíz Cortines confiscó tierras en Cananea para repartirlas a los campesinos antes de que terminara su sexenio (Loaeza, 2012).

Por otra parte, Maestros que no pertenecían al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), exigieron un aumento salarial. Liderados por Othón Salazar, crearon el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM) y salieron a manifestarse a las calles, pero el gobierno rápidamente mandó a granaderos para reprimirlos. Después de varias protestas, el líder magisterial logró que se les pagara a los huelguistas y un aumento salarial. Sin embargo, luego surgieron nuevas manifestaciones de este movimiento, pero en esta ocasión, Salazar y Chon Pérez Rivero fueron encarcelados en el Lecumberri (Agustín, 2004).

En 1958 se produjo uno de los movimientos sociales más importantes y que marcaría el camino a movilizaciones futuras. Aún en la presidencia de Ruíz Cortines, el grupo de ferrocarrileros exigió también un aumento salarial (Agustín, 2004).

1.2. Adolfo López Mateos (1958 – 1964)

1.2.1. El conflicto ferrocarrilero

A principios del sexenio de Adolfo López Mateos, en 1959, es asesinado en Monterrey el líder del grupo ferrocarrilero, Román Guerra Montemayor, se arrestó a varios de sus integrantes y el ejército tomó sus instalaciones. Por ello, Demetrio Vallejo es elegido como nuevo secretario del sindicato y continúa con las protestas para obtener las mismas condiciones de vida que tenían otros trabajadores, con el apoyo de telegrafistas, petroleros y secciones del SNTE. A su vez, propuso reestructuras al sistema ferrocarrilero del país y es duramente criticado por su unión con Valentín Campa y sindicatos izquierdistas. Al finalizar el conflicto consiguió un aumento salarial del 16.66%, sumos a servicios médicos, viviendas, y las empresas prometieron una reestructuración ferrocarrilera (Agustín, 2004).

Aún con todos estos avances, nació un conflicto interno en el Sindicato de Trabajadores del Ferrocarril de la República Mexicana (SNTFRM), ya que no se había incluido en el acuerdo con el gobierno a Ferrocarril del Pacífico y a Ferrocarril Mexicano, por lo que las manifestaciones no tardaron en comenzar de nuevo. Una vez más se contestó con la represión y el despido de 13 mil obreros de ambas organizaciones. Demetrio Vallejo y Salomón González Blanco intentaron negociar.

A la par, la Ciudad de México y Guadalajara se encontraban en sitio por enfrentamientos entre trabajadores y granaderos. La prensa después anunció la detención de Vallejo y 300 personas más (Agustín, 2004).

Sobre este movimiento, José Agustín (2004) indica:

En todo caso el movimiento ferrocarrilero fue decisivo para el México moderno: en un principio robusteció al régimen y determinó la línea represiva que privaría en los años sesenta; por otra, fue el inicio de protestas populares que poco a poco, generaron el contexto que se dio en 1968 (pág. 179).

Los nuevos grupos de manifestantes fueron varios: entre obreros en huelga y reclamando autonomía sindical, pasando por ejidatarios y agricultores exigiendo una mayor cantidad de crédito, hasta estudiantes en contra de las reformas universitarias. Además comerciantes se negaban a pagar impuestos, empresarios ya no querían invertir en el país, maestros y médicos suspendían labores y nacían brotes guerrilleros. A esto también se sumó la simpatía de sectores de la población a la Revolución Cubana, de Fidel Castro y el *Che* Guevara.

1.2.2. El gobierno de Adolfo López Mateos

Sin embargo, el éxito económico y los beneficios a ciertos estratos de la sociedad también causaron un apego de la población al orden establecido. Una prueba de ello es una encuesta que se realizó y publicó en 1963, en Estados Unidos, sobre cultura política de cinco países, con resultados que mostraban a los mexicanos orgullosos de su sistema político, confiados en su democracia en construcción (Loaeza, 2012).

Después de los conflictos de 1958 y 1959, Adolfo López Mateos modificó la Ley de Atribuciones del Ejecutivo en Materia Económica, para obtener mayor poder al determinar las mercancías, tener los servicios bajo control, y fijar los precios máximos de menudeo y mayoreo. Dejó atrás la restricción de gastos gubernamentales e invirtió más. Además, junto a Antonio Ortiz Mena reestructuró la Secretaría de Hacienda en tres subsecretarías; la de Ingresos, Egresos y Créditos (Agustín, 2004).

Se continuó con el Desarrollo estabilizador para afianzar la inversión privada, los precios y el tipo de cambio, estimular el ahorro nacional y extranjero, evitar la devaluación de la moneda, la inflación, y lograr recuperar las tasas económicas de los cincuentas. Pero no se propusieron soluciones a la escasez de recursos públicos y a la insuficiencia del mercado interno. De acuerdo al propio secretario de Hacienda, durante el sexenio de López Mateos la estabilidad macroeconómica se volvió un importante pilar en la política económica, parte de la estrategia política y social del gobierno (Agustín, 2004).

Pero esta estrategia no pudo evitar que entre 1961 y 1962, existiera una gran fuga de capitales e inversión privada por las declaraciones del presidente, quien definió su administración como “de extrema izquierda dentro de la Constitución” (Agustín, 2004), y por su decisión de no romper relaciones con Cuba. El gobierno tuvo que recurrir al Fondo Monetario Internacional para contrarrestar la caída económica, a mantener una buena relación de cooperación con el sector privado, tanto nacional como extranjero, y brindando apoyo a obreros, a la clase media intentando establecer una estabilidad política y social (Loaeza, 2012).

Con la misma finalidad, tanto López Mateos, como Díaz Ordaz después, incrementaron el presupuesto público a la educación y a la salud, disminuyeron el fomento agropecuario, pero recompensaron a este sector con créditos de la banca privada y con la irrigación de 1.4 millones de hectáreas (Aboites A., 2016), además de fondos provenientes del programa de ayuda al desarrollo para América Latina, *Alianza para el Progreso*, del presidente norteamericano John F. Kennedy. En 1960 el Estado adquirió las empresas eléctricas extranjeras, y sería hasta 1967 y 1969, que la participación estatal se extendió a la siderurgia, al cemento, al vidrio, la celulosa, el aluminio y a los fertilizantes (Loaeza, 2012).

Esta industrialización del Estado recurrió a inversiones y créditos exteriores que sólo provocaron el incremento del déficit y el aumento de la deuda externa entre 1960 y 1968, a dos mil 500 millones de dólares. No obstante, fue también entre 1963 y 1971, que la economía nacional creció 7% anualmente, con una inflación de 2.8%,

el PIB per cápita subió más de 3% al año, el peso logró mantenerse en 12.50 pesos por dólar, y hubo un aumento en el número de empleos (Loaeza, 2012).

A partir de 1960, Adolfo López Mateos intentó mejorar su imagen pública ante la sociedad con la nacionalización de empresas, como sucedió con las de energía eléctrica, transformándolas en la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Además popularizó esta estrategia a través de los medios de comunicación para opacar los efectos que tenía la Revolución Cubana entre la clase media, principalmente entre los jóvenes. Pero sus intentos no lograron que se detuvieran las campañas de liberación de presos políticos (Agustín, 2004).

Igualmente, pretendió neutralizar las molestias de los trabajadores con la creación del ISSSTE, el cual beneficiaría principalmente a los burócratas. También en favor de ellos, se desarrolló el “apartado B” al artículo 123 de la Constitución, con el cual se les transformaba en “trabajadores de excepción” (Agustín, 2004), y en 1962 se creó una Comisión Nacional de los Salarios Mínimos con la finalidad de verificar el cumplimiento de éstos (Loaeza, 2012).

En relaciones exteriores, el entonces presidente intentó limitar la alianza con Estados Unidos, tomando casi siempre decisiones contrarias a las de Washington; por ejemplo, una tercera negativa a romper relaciones con Cuba a diferencia de otros países latinoamericanos. No obstante, no se cerró a hacer visitas al país vecino y a otras naciones como Canadá, de América del Sur, de Europa Occidental, a Indonesia y Filipinas. Incluso, fue anfitrión de diferentes mandatarios extranjeros, como de John F. Kennedy, quien visitó el país en 1962 para solucionar el problema del Chamizal (Loaeza, 2012).

En octubre de 1963 se dio la crisis de los misiles y aumentó el temor de una guerra nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El gobierno mexicano apoyó el bloqueo a los buques soviéticos que pretendían instalar armamento en Cuba y López Mateos, semanas después, se declaró en contra de la izquierda en el país. Con el asesinato de Kennedy, llegó en su lugar Lyndon Johnson, quien desde un principio abandonó la política que había inspirado la *Alianza para el Progreso*, y prefirió combatir la insurgencia de Latinoamérica.

Un tema también importante en este sexenio fue el de la educación. En 1959, la Secretaría de Educación Pública (SEP), bajo el mandato de Jaime Torres Bodet, anunció el Plan de Once Años con el que se buscó atender la educación primaria, teniendo como primer objetivo el problema de la deserción escolar por pobreza. Se introdujeron los desayunos escolares y se lanzó el programa de construcción de escuelas (Loaeza, 2012). La educación, durante la década de los sesentas, siguió los lineamientos de la UNESCO: planeación, alfabetización funcional, educación permanente y desarrollo de la comunidad (Loyo & Greaves, 1994). Surgió la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, y de 1960 a 1970 se distribuyeron 375 millones de volúmenes, a pesar del temor de padres de familia por una supuesta intención “socializante” (Loaeza, 2012).

Aún con todos estos avances, la realidad de la población era muy distinta. El modelo económico favorecía a la industria y no a la agricultura, a las ciudades y no al campo. En 1970 se calculó que casi el 45% de la población, alrededor de 20 millones de habitantes en todo el país, vivía en malas condiciones. Existía una gran diferencia de desarrollo entre la Ciudad de México, con 3 millones de pobladores en 1960 (Agustín, 2004), y estados del norte, frente a los del sur y sureste. Esto causó que a principios de los setentas, uno de cada cinco mexicanos viviera en la capital, aumentando su cantidad de habitantes a 8 millones (Loaeza, 2012).

Los principales centros industriales eran ciudades como Guadalajara y Monterrey, mientras que zonas turísticas como Acapulco crecían rápidamente. En 1968, mientras el PIB per cápita del Distrito Federal era de 13 mil pesos, y en Nuevo León era de 11 mil; en estados como Tlaxcala y Oaxaca era de mil 300 y mil 400 respectivamente (Loaeza, 2012).

1.2.3. El auge de la clase media

La clase media fue la más beneficiada en estos años con un crecimiento del PIB de 41% en 1950, a 56% en 1963, pero 30% de la población de clase baja pasó de 14% a 12%, y 10% de la clase alta pasó de 40% a 26%. Esta tendencia en la parte media de la sociedad se mantendría hasta 1970 (Loaeza, 2012).

Luis Aboites Aguilar (2016), en el libro *Nueva historia mínima de México*, comenta al respecto:

Al crecimiento de la población y a la rápida migración hacia las ciudades, se sumaba el desarrollo de una amplia clase media urbana cuyas dimensiones no tenían precedente en la historia del país. Su expansión obedecía al aumento de empleados y funcionarios de empresas privadas, de burócratas, profesionistas independientes y pequeños empresarios. Esa clase media se nutrió de la prosperidad económica, del gasto público en salud, educación e infraestructura y, en general, del conjunto de políticas, ideas y valores que asociaban el crecimiento del país a la ampliación del mercado interno (pág. 281).

Tanto la clase media como la clase alta podían gozar de la vida moderna que empezaba a introducirse en la vida cotidiana con aparatos eléctricos como el teléfono, la radio y la televisión, además de lavadoras, refrigeradores, máquinas de coser y tocadiscos. Los automóviles sólo podían llegar a tenerlos pocas familias y por ellos se comenzó a cobrar impuestos a la compra y la tenencia. En esos años sólo había 2 millones de vehículos particulares en todo el país, pero la clase baja seguía andando a pie o usando el transporte público, y en zonas rurales se utilizaban todavía medios tradicionales para viajar de un punto a otro.

1.2.4. La expansión de la Ciudad de México

A finales de los años cincuenta y principios de los sesentas, Ernesto P. Uruchurtu, aún regente de la ciudad, encabezó la construcción de varias obras públicas; puentes, desniveles y plantas de bombeo. También el entubamiento de los ríos Churubusco, Consulado y el de la Magdalena (Villasana & Gómez, 2018). Igualmente renovó, en 1960, la Calzada de Tlalpan, de Fray Servando hasta Ermita Iztapalapa, e inauguró el primer tramo del Anillo Periférico en 1961, junto a Adolfo López Mateos (Pérez G., 2018). Entre 1952 y 1964, se impulsó la edificación de escuelas logrando la construcción de 324, entre jardines de niños y escuelas técnicas para alrededor de 350 mil alumnos (Villasana & Gómez, 2018).

En esta época una importante generación de arquitectos creó grandes obras. Una muestra es la unidad habitacional de Nonoalco-Tlatelolco, del arquitecto Mario Pani,

destinada a la clase media (Jiménez, 1994). Cerca de ahí se levantó el edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Plaza de las Tres Culturas, la cual conjuntaba el mundo prehispánico, el colonial y el de la modernidad (Gruzinski, 2004). Además de esta unidad y la de Ciudad Satélite, en 1963 y 1964 se inauguraron la de San Juan Aragón y del Peñón con 10 mil casas familiares, zonas comerciales y de descanso; y la de Santa Cruz Meyehualco con 3 mil casas populares y mil 500 más en otras partes de la ciudad (Villasana & Gómez, 2018). En su totalidad se construyeron 102 edificios de vivienda para cerca de 90 mil habitantes (Gruzinski, 2004).

Se amplió el Bosque de Chapultepec con 122 hectáreas que incluían un sistema vial para peatones y vehículos, juegos de agua en 24 fuentes, dos lagos artificiales, un restaurante y diez lugares de comida. En 1964 también se abrieron un parque de diversiones con Montaña Rusa y el Museo Nacional de Antropología e Historia, del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez (Villasana & Gómez, 2018), quien también construyó el Estadio Azteca que se inauguraría en 1966 (Agustín, 2004).

También surgieron varios supermercados, parques recreativos y tiendas departamentales con influencia norteamericana, y los cuales fueron aumentando con el paso del tiempo. Un ejemplo es *Sears Roebuck* que se estableció en la zona sur de la ciudad, en la Avenida de los Insurgentes; y el *Palacio de Hierro*, entre las calles Durango, Liverpool e Insurgentes (Negrete S., 1994). Otro importante arquitecto fue Ricardo Legorreta, quien edificó el *Hotel Camino Real* en 1968, teniendo como consejero a Luis Barragán (Jiménez, 1994).

La ciudad continuó con su construcción, pero a la vez la cantidad de gente siguió aumentando. De 1960 a 1970, el crecimiento natural de población originaria fue de 47.8%, el crecimiento social por los movimientos migratorios de 46.1%, y la expansión física de la capital de 6.1%. Por estas razones las personas se vieron orilladas a colocarse en municipios del Estado de México, creciendo la mancha urbana en 1960, a más de 300 mil habitantes en las periferias de la ciudad (Álvarez E., 2013). También, en parte, por el establecimiento de industrias en municipios como Naucalpan. Las nuevas colonias residenciales y zonas habitacionales

populares se vieron invadidas por comercios, oficinas y otros negocios, generando presión por el uso de suelo (Negrete S., 1994).

Con la aparición de nuevas colonias a las orillas de la capital, uno de los principales problemas a resolver fue el transporte público. Estas nuevas zonas eran de difícil acceso con calles sin pavimentar, por lo que no podían pasar tranvías y autobuses (Álvarez E., 2013). La solución provisional fueron taxis colectivos como los llamados “cocodrilos” o los “cotorros”, además de los peseros (Agustín, 2004), con rutas fijas y otras itinerantes, los cuales servían de enlace con las áreas centrales cubiertas por autobuses. También esto provocó el mayor uso de automóviles particulares y el fortalecimiento de los gremios de transportistas. El metro, transporte manejado por el Estado, llegaría hasta finales de los sesentas y cubriría un poco más las necesidades de la población (Álvarez E., 2013).

Durante la regencia de Uruchurtu existió, de acuerdo a Lucía Álvarez Enríquez, una política de influyentismo y prácticas clientelares que se consolidaban, pero también las bases del aparato político empezaron a dar señales de inconsistencia y a generar conflictos sociales. Las colonias populares comenzaron a protestar, haciendo evidentes las fallas por la falta de relación entre sociedad e instituciones. Por ello, en 1962, surgió la Comisión Depuradora de Colonias Proletarias; la primera organización independiente del PRI en la capital. Esto causó a largo plazo un nuevo mecanismo de los organismos políticos para negociar y resolver problemáticas sociales (Álvarez E., 2013).

Igualmente en estos años, de acuerdo a Serge Gruzinski, en el libro *La Ciudad de México: una historia*, se vivió una época “moralizadora”. La vida nocturna de la capital se vio afectada con la clausura de varios centros de diversión, bares y salones de baile; entre ellos el Salón México, que abrió sus puertas en 1920, pero fue obligado a cerrar en 1962 (Gruzinski, 2004).

Al respecto, Rafael Pérez Gay, en su artículo *Breve recuerdo del progreso urbano*, del diario *El Universal*, dice: “El Regente de Hierro transformó a la ciudad, clausuró la noche mexicana, cerró cientos de cabarés, y confinó a la prostitución a los límites

oscuros de la clandestinidad con una extraña obsesión por la decencia” (Pérez G., 2018).

1.2.5. La cultura durante el sexenio de Adolfo López Mateos

La década de los sesentas representa una etapa importante para la cultura en México, y en especial de la Ciudad de México, ya que como dice Magdalena Mas (1994), en su ensayo *Las instituciones y la vida cultural*, es una etapa en la que el público y los sectores culturales “han crecido, son más exigentes y, acordes con la revolución cultural que se produce en todo el mundo”, además de que “no responden a los cánones establecidos” sobre temas como la creación, la promoción y la divulgación (pág. 58).

La literatura se alejó del tema de la revolución y nació una nueva narrativa crítica, con libros como *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo en 1955, y *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro en 1963 (Loaeza, 2012). Con la publicación de *La región más transparente*, en 1958, y su éxito mundial, Carlos Fuentes se transformó en el escritor más importante de los sesentas, con otras obras como *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura*, de 1962. Sobre él, José Agustín (2004) opina: “Su crítica política fue oportuna y lúcida, y con sus libros y su magnetismo personal se convirtió en el personaje más popular de la gente culta y de muchos jóvenes que veían en él un casi perfecto héroe intelectual”. Su punto de popularidad más alto llegó con su obra *Cumpleaños*, de 1969 (pág. 207).

Fuentes y otras figuras literarias de América Latina alcanzaron un gran nivel de popularidad en Europa y Estados Unidos, creándose así el *Boom Latinoamericano*, con escritores como el peruano Mario Vargas Llosa y su obra *La ciudad y los perros*, de 1963; el argentino Julio Cortázar junto a su libro *Rayuela* del mismo año; y Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad*, de 1967 (Agustín, 2004).

Al mismo tiempo, José Revueltas publicó en 1960 los cuentos *Dormir en tierra*. Para él era de gran importancia su pensamiento comunista, pero no por ello dejaba de criticar a los grupos políticos de esta ideología. Por ejemplo, con su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, del mismo año, criticó a los partidos Comunista

Mexicano, Popular Socialista y Obrero Campesino. Dos años antes, en 1958, publicó su obra *México: democracia bárbara*, sobre la sucesión presidencial (Agustín, 2004).

En 1962 se fundó la *Editorial Joaquín Mortiz* que promovió principalmente a escritores jóvenes con la serie *El Volador* (Loaeza, 2012). En el mismo año apareció *Editorial ERA*, llamada así por los apellidos de los principales socios: Neus Espresate, el pintor Vicente Rojo y el dueño de la imprenta, Madero Azorín. Ésta tradujo y publicó *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry, editó a García Márquez, a Fuentes y Benítez (Agustín, 2004).

Juan José Arreola publicó su obra en la serie *El Volador*, y diez años después, la novela *La Feria*. Abrió el taller *Mester* en su departamento en la colonia Cuauhtémoc, al cual entraban personas de diferentes edades e intereses literarios, principalmente jóvenes como José Carlos Becerra, Elsa Cross, Alejandro Aura, Gerardo de la Torre, René Avilés Fabila, Federico Campbell, entre otros. Creó y trabajó, además, entre 1963 y 1964, la publicación de la revista *Mester* donde se publicó el libro *La tumba*, de José Agustín, el cual, de acuerdo a su propio autor, dice que presenta a los jóvenes desde los jóvenes:

Este tipo de novela utilizaba un lenguaje que rescataba artísticamente las hablas de los muchachos, además de que venía cargado de una vitalidad, irreverencia y frescura que difícilmente se pueden dar cuando se es más adulto. A fin de cuentas, este fenómeno también era una manifestación cada vez más dura del papel protagónico que los jóvenes empezaban a tener en México (Agustín, 2004, pág. 218).

El Conservatorio Nacional de Música, o también llamado Taller de Composición, se inauguró en 1960. Su creador y director, Carlos Chávez, logró que de él surgieran varios compositores como Héctor Quintanar, quien fuera después director de la institución; también Eduardo Mata, Joaquín Villaseñor, José Luis González, Manuel Jorge de Elías, Julio Estrada, Mario Lavista, Francisco Núñez, Humberto Hernández Medrano, Fernando Guadarrama y Juan Herrejón (Escorza, 1994).

En la música popular, con el propósito de cooptar de alguna manera la música rock, ya que se consideraba subversiva, se le promocionó comercialmente creando

solistas como Enrique Guzmán, César Costa, Johnny Laboriel, Manolo Muñoz, Angélica María y Julissa, quienes también protagonizaron películas juveniles, comedias musicales principalmente. Pero en 1964 surgieron nuevas bandas y músicos como Javier Bátiz, *Los Dug Dugs* y *Los Sinners* (Agustín, 2004).

Donde se reunían principalmente los jóvenes para escuchar música y poesía eran los cafés. Los más populares eran *El Gato Rojo*, *La Rana Sabia*, *Acuario*, *El Sótano Café Express*, *Café River*, el *Harlem*, el *Schiaffarello*, el *Hullabaloo* y el *Plein Soleil*, clausurados varios de ellos por granaderos.

Al respecto, José Agustín comenta que cuando la policía llegaba, arrestaba a los muchachos que “bailoteaban” en los asientos y bebían “cocacolas” o limonadas, los oficiales los golpeaban y los llevaban a las delegaciones, donde sus padres tenían que rescatarlos “no sin dejar la dignidad de por medio y también buenas sumas de dinero” (Agustín, 2004, págs. 223, 224).

Entre 1958 y 1964, el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), construyó 70 espacios teatrales, entre los que destacaba el Teatro Hidalgo. Éstos acercaron al público las obras de mexicanos como Hugo Argüelles, Emilio Carballido y Vicente Leñero. Los más importantes directores teatrales de esa época fueron Héctor Azar, Salvador Novo y Julio Prieto, mientras que en la actuación destacaron histriones como María Douglas, Ofelia Guilmáin e Ignacio López Tarso (Loaeza, 2012).

Telesistema Mexicano transmitía telenovelas como *A fuerza de palabras*, basada en la obra que Leñero publicó en 1961, *La voz adolorida*, y por la que sufrió fuertes críticas de intelectuales. También aparecieron series viejas como *Los intocables*, caricaturas dobladas y programas de entretenimiento como el de *El Loco Valdés* (Agustín, 2004).

Se continuaron exhibiendo en los cines películas de la época de oro como *María Candelaria* y *Enamorada*; pero también se comenzaron a filmar nuevas cintas que retrataban el choque entre lo tradicional y la vida moderna, o la transición de la sociedad rural, como en *Nosotros los pobres*, de Ismael Rodríguez (Loaeza, 2012). De Estados Unidos llegaron obras protagonizadas por Marlon Brando y James

Dean, como *Rebelde sin causa* (Agustín, 2004). En 1961 y 1962, *Macario* y *Ánimas Trujano*, de Roberto Gavaldón e Ismael Rodríguez, fueron nominadas al Oscar a mejor película extranjera. Un año después, en 1963, la UNAM creó el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) (Loeza, 2012).

En la prensa nació, en 1961, el diario *El Día* con información internacional, dirigido por Enrique Ramírez y Ramírez. Mientras tanto, los periódicos *Excélsior*, *Novedades* y *El Universal*, mantuvieron sus líneas conservadoras. El periódico más popular era la *Prensa*, principalmente por la publicación de nota roja, la cual sería después explotada por *Magazine de Policía* y *Alarma*. Los principales diarios deportivos eran *Esto*, *Ovaciones* y *La Afición* (Agustín, 2004).

Igualmente surgió la revista *Siempre!*, de Pagés Llergo, con caricaturas de Carreño, *el Chango* García Cabral y Manuel Freyre. También la revista *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, la cual era la preferida de la izquierda por reportajes de temas ignorados por otras publicaciones. En historietas, además de la *Familia Burrón*, tenían gran popularidad *Chanoc* y *Kalimán*. La *Editorial Novaro* realizó traducciones de la *Pequeña Lulú*, cuentos de *Walt Disney*, y de los superhéroes *Batman* y *Superman*. Una de las revistas más populares por su sátira y humor político fue *La Gallina*, con *Rius*, *Almada* y el español *Gila*. *Rius* después sacaría *Los Supermachos* y libros didáctico-políticos como *Cuba para principiantes* (Agustín, 2004).

La generación de la ruptura nació en los últimos años de los cincuentas, hasta principios de los sesentas, con artistas plásticos como: Manuel Felguérez, Fernando García Ponce, José Luis Cuevas, Lilia Carrillo, Rodolfo Nieto y Enrique Echeverría. Su objetivo principal, como lo subraya Agustín Arteaga (1994), en su ensayo *Las artes visuales: el muralismo y la escultura urbana*, era liberarse del “yugo dogmático y doctrinario que había recaído sobre el arte nacionalista” (pág. 76).

Mathías Goeritz se volvió una de las principales figuras de la escultura en México, destacando primero con *Las Torres de Satélite*, de 1957 (Arteaga, 1994). En la poesía, además de Octavio Paz, resaltaron literatos como Efraín Huerta, Eduardo

Lizalde, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Alí Chumacero y José Emilio Pacheco (Loaeza, 2012).

1.2.6. Conflictos sociales durante el sexenio de Adolfo López Mateos

Tras la nueva etapa de la reforma agraria que impulsó el gobierno, Adolfo López Mateos repartió tierras a agricultores privados sin contar a los campesinos; pero en Morelos, Rubén Jaramillo comenzó a defenderlos a través de la invasión de terrenos en Michapa y El Guarín. En 1962 militares intervinieron, secuestraron a Jaramillo junto a su familia y los ejecutaron en Xochicalco (Agustín, 2004).

Un frente anticomunista se conformó en 1961 y 1962, integrado por asociaciones de exalumnos de escuelas religiosas y otras organizaciones: los Rotarios y los Leones, la Unión Nacional de Padres de Familia, y el Movimiento Familiar Cristiano, lanzando una campaña de propaganda contra la Revolución Cubana y en defensa de la religión (Loaeza, 2012). La iglesia católica luego se integró a este movimiento con el lema “Cristianismo sí, comunismo no” (Aboites A., 2016). Para este grupo el conflicto centroamericano significaba una posible inestabilidad en la política y en la sociedad mexicana (Loaeza, 2012). Incluso se pusieron en contra de los libros de texto gratuito para niños, con los que se pretendía, según ellos, generar una identificación de patria con el gobierno (Agustín, 2004).

Estos no serían los únicos conflictos que enfrentaría el gobierno. En Guerrero apareció el Comité Cívico Guerrerense (CCG), liderado por Genaro Vázquez Rojas en contra del gobernador Raúl Caballero Aburto. Éste respondió de forma violenta en Chilpancingo, dejando 18 muertos, decenas de heridos y apresados. Ante esto, el CCG reclamó el despido del mandatario, petición que cumplió López Mateos. Después nació la Asociación Cívica Guerrerense (ACG), la cual participó en las elecciones pero sin obtener el triunfo. En respuesta, la Asociación se movilizó y fue nuevamente reprimida, dejando siete muertos, 23 heridos y 280 presos (Agustín, 2004).

El gobierno siguió intentando mantener la estabilidad política, económica y social por medio de leyes. En 1963, un año antes de que acabara el sexenio de Adolfo

López Mateos, se expidió una nueva ley electoral para, como indica José Agustín (2004), “dar una mayor ilusión de pluralidad y democracia vía la oposición” (pág. 199). Los partidos que no estaban en el poder podían obtener diputaciones sin ganar la mayoría de votos, dependiendo de la cantidad que obtuvieran de ellos. Además, se creó la Ley Federal de los Trabajadores al Servicio del Estado, restringiendo a burócratas a afiliarse a organizaciones ajenas al PRI, y prohibiendo el derecho a la huelga.

Las problemáticas sociales fueron el reflejo de una necesidad de cambios en la política, en las reformas, y principalmente en el modelo económico. La división ideológica en el mundo y en el interior del país sólo vino a acentuar lo anterior. En respuesta, López Mateos y el siguiente presidente, Gustavo Díaz Ordaz, impulsaron algunas modificaciones institucionales, así como el intervencionismo estatal que sólo fortalecía más la figura presidencial.

1.3. Gustavo Díaz Ordaz (1964 – 1970)

1.3.1. El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz

En un principio, el nuevo gobierno dio continuidad al Desarrollo estabilizador. No existía ningún problema con empresarios mexicanos o extranjeros, en apariencia no había conflictos obreros, y eran pocos los desacuerdos con Estados Unidos. Lo único que podía inquietar era la deuda externa, hasta que con el paso de los años volvieron los movimientos sociales y se expuso que el modelo, que hasta ese momento se manejaba, estaba a punto de fracasar. Entre otras cosas por la desigualdad entre los avances en el campo y la industria, la migración de habitantes a las ciudades o al país del norte, y el descontento que poco a poco expresaban más los jóvenes.

El nuevo gabinete estaba conformado por nombres como Antonio Ortiz Mena en la Secretaría de Hacienda, Luis Echeverría en la Secretaría de Gobernación, Agustín Yáñez en Educación Pública, José Gorostiza en Relaciones Exteriores, Ernesto P. Uruchurtu repetía en el DDF, y Carlos A. Madrazo en la dirección del PRI. Este último planteó desde un comienzo una democratización dentro del partido,

principalmente en la elección de candidatos; además quería sacar a todos aquellos militantes que no estaban de acuerdo con la idea de revolución. Pero Enrique Ramírez y Ramírez propuso la reelección de diputados y el entonces gobernador de Sinaloa, Leopoldo Sánchez Celis, quería imponer a sus amigos en las alcaldías de Culiacán y Rosario (Agustín, 2004).

Madrazo no estuvo de acuerdo con estas intenciones de sus compañeros de partido y logró echar abajo la propuesta de Ramírez y Ramírez, pero Sánchez Celis consiguió el apoyo de Díaz Ordaz y colocó a los alcaldes que él deseaba. Después de estos hechos, el entonces dirigente del PRI se ganó enemistades políticas y la cabeza del Ejecutivo pidió su renuncia en 1965, colocando en su lugar a Lauro Ortega (Agustín, 2004).

Ese mismo año hubo una gran cantidad de capital extranjero invertido en el país, en su mayoría de Estados Unidos, principalmente de empresas trasnacionales en sectores industriales importantes. El 48% de un total de 50 empresas tenía la mayor producción bruta del país, controladas de forma completa o parcialmente por capital externo. La riqueza se concentraba en pocas corporaciones; sólo el 1.5% de 136 mil establecimientos industriales, controlaba el 77% de la inversión; mientras que 407 empresas mayores, sólo el 0.3%, poseía el 46% del total del capital invertido (Agustín, 2004).

Para 1970, la mayoría de los empleos se generaron por la industria y el suministro de servicios; un 60% de la población económicamente activa se dedicaba a este tipo de tareas (Loaeza, 2012). También se incrementaron los derechohabientes del IMSS a 4 millones, a 500 mil del ISSSTE, y del número de trabajadores sindicalizados (Aboites A., 2016). Entre el gobierno y los sindicatos existía una buena relación por las reformas laborales; como con la promulgación, en 1969, de la Ley del Trabajo para instaurar el derecho a la vivienda, con la que nació el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit). A la par, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), impulsó el Congreso del Trabajo reuniendo a las centrales y sindicatos nacionales (Loaeza, 2012).

En este sexenio el Milagro mexicano llegó a su punto más alto, consiguiendo la organización de las Olimpiadas en 1968, y de la Copa Mundial de Fútbol de 1970. Sin embargo, en las relaciones con Estados Unidos, Díaz Ordaz tuvo dificultades por el intervencionismo de este país. Las decisiones que tomaría siempre se verían condicionadas a demostrar al gobierno estadounidense que podía mantener una estabilidad interna. Se dieron cinco encuentros entre él y el presidente Lyndon Baines Johnson, reiterando siempre su lucha anticomunista. Aunque el mexicano también condenó el golpe militar en Brasil, denunció un desequilibrio en el intercambio comercial, fortaleció los lazos con países centroamericanos, y promovió la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) (Loaeza, 2012).

De acuerdo a Engracia Loyo y Cecilia Greaves, en el ensayo *Filosofía educativa en el siglo XX*, Gustavo Díaz Ordaz, en apoyo a la producción laboral, dirigió la política educativa hacia una campaña de alfabetización selectiva para alumnos interesados en introducirse a la producción agrícola o industrial. Utilizó los medios de comunicación, la radio y televisión, para la enseñanza de educación primaria y secundaria, llamando a esto la “nueva pedagogía”. Se tomaron principios básicos de la educación activa y se usó la frase “*Aprender haciendo*”, etapa previa a “*Enseñar produciendo*”, que rigió la enseñanza media. En la primaria se enseñó a los niños el uso de herramientas manuales, y después se les impartió el concepto de trabajo productivo (Loyo & Greaves, 1994).

La educación fue un tema complicado para la clase media. Si bien obtuvo muchos beneficios de ella, también fue la que provocó los límites de su crecimiento. En 1969, cuando jóvenes de entre 10 y 19 años conformaban 11 millones de habitantes en México, el número de alumnos de secundaria era de 786 mil, de la media superior de 146 mil, y en nivel profesional sólo había 116 mil 171 estudiantes inscritos en todo el país. Esto es importante porque los profesionistas comenzaron a formar una minoría privilegiada que podía llegar al poder político, a empresas privadas o a instituciones educativas (Loaeza, 2012).

Sobre esto, Aboites Aguilar (2016) en *Desajustes y la respuesta estatista, 1958 – 1982*, dice que se crearon “nuevas expectativas de ascenso social” por la educación

principalmente, y por la disciplina que introducían los padres de familia en sus hijos para obtener una vocación empresarial, lo cual contribuía a “configurar una sociedad menos provinciana y agraria”, tomando su lugar “una sociedad más cosmopolita y urbana” (pág. 282). Pero sólo esto ocurrió en las ciudades, porque en el campo se mantuvieron los retrasos y no fue objeto de desarrollo.

A comparación de lo que se había logrado de 1930 a 1960, una reducción del analfabetismo de 62% a 45% (Aboites A., 2016), los esfuerzos por mejorar la educación en el país fueron insuficientes y en 1970 se registró que un 35% de la población, de más de seis años de edad, nunca había recibido instrucción; sólo el 13% había terminado la primaria, el 5% la secundaria y sólo el 1.5% había llegado a la educación superior. Además, el 30% de las mujeres mayores de 15 años no sabía leer ni escribir, frente a un 22% de hombres que tampoco sabían hacerlo (Loaeza, 2012).

1.3.2. La construcción e inauguración del Metro en la Ciudad de México

El paisaje urbano de la Ciudad de México, en aquellos años, estaba repleto de nuevos edificios y largas avenidas por las que antes corría el agua. La capital comenzaba su enorme expansión y necesitaba un transporte para el beneficio de toda la población. A finales de los años sesenta comenzó la construcción de uno de los avances más modernos hasta ese momento; la red de transporte metro, la cual se inauguraría el 4 de septiembre de 1969, entrando en funciones oficialmente conectando las afueras con el centro y ayudando a desahogar el tránsito de las principales vías (Archivo General de la Nación, 2018).

Vicente Leñero, en el artículo del Archivo General de la Nación, *AGN recuerda la inauguración del Metro, vía El Nacional*, comenta lo siguiente:

La capital de México dilató carretadas de tiempo para tener su Metro. Ya era gigante, sobrepoblada, enorme, y todavía viajábamos como quien dice en barro: sólo autobuses y tranvías de cable se utilizaban para mal resolver el problemón del transporte colectivo (Leñero, citado por Archivo General de la Nación, 2016).

De acuerdo al propio Archivo General, Ernesto P. Uruchurtu se había negado desde un inicio al plan de construcción del metro justificando que “la ciudad se encontraba en una zona sísmica y su suelo era pantanoso y susceptible a inundaciones”. Pero el mismo artículo da como real y probable razón a su negativa, el costo del proyecto y la posible sobrepoblación que causaría en la capital (Archivo General de la Nación, 2018).

También este documento señala lo siguiente: “Estas edificaciones transformaron patrones económicos y culturales, acortaron distancias al conectar los centros productivos, de servicios y habitacionales, y resolvieron, de manera momentánea, la necesidad de movilidad de la población de forma segura, rápida, eficaz, masiva y económica” (Archivo General de la Nación, 2018).

Tras la negativa de Uruchurtu a la construcción del metro, Gustavo Díaz Ordaz lo destituyó en 1965 de la regencia del Distrito Federal, tras gobernar desde 1952, en los sexenios de Ruiz Cortines y López Mateos; colocando en su lugar a Alfonso Corona del Rosal, quien sería recordado por la inauguración de las primeras líneas del metro, su participación en la organización de los XIX Juegos Olímpicos en 1968, y en la matanza del 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas (Agustín, 2004).

1.3.3. La cultura durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz

A partir de 1965, más escritores fueron publicados por la *Editorial Joaquín Mortiz*, entre ellos Gustavo Sainz y su libro *Gazapo*, la novela *Farabeuf* de Salvador Elizondo, los experimentos literarios de Vicente Leñero como *Estudio Q*, y *Beber un cáliz*, de Ricardo Garibay. Por su parte, *Editorial ERA* publicó los estudios de Pablo González Casanova y de Jorge Portilla, *La democracia en México* y *La fenomenología del relajo* (Agustín, 2004).

Ese mismo año surgió un problema por el libro *Los hijos de Sánchez*, del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, publicado por el *FCE*. Esta obra trataba la historia de una familia que emigraba a la capital, dando a conocer los modos de vida de la clase baja en Tepito. Sin embargo, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística inició un juicio en la Suprema Corte de Justicia por “distorsiones de la

realidad nacional". A su vez, Díaz Ordaz despidió a Arnaldo Orfila Reynal del *Fondo de Cultura*, al cual dirigía desde los años cuarenta. Después a él se unieron varios intelectuales y pidieron al público la compra de acciones de una nueva editorial, con lo que nació *Editorial Siglo XXI*, presentando sus primeros libros en 1966 (Agustín, 2004).

En los sesentas, los jóvenes escritores reflejaron en sus novelas la clase media urbana; uno de ellos fue José Agustín y su obra *De perfil*, de 1966, y también José Emilio Pacheco, con *Morirás lejos*, de 1967 (Loaeza, 2012). Después Eduardo Lizalde publicó su libro *Cada casa es Babel*, Pacheco *El reposo del fuego*, y Fernando del Paso abrió la colección de literatura de *Editorial Siglo XXI* con *José Trigo* (Agustín, 2004).

En las obras realizadas por los jóvenes tenía una gran importancia el lenguaje. El propio José Agustín (2004) dice al respecto: "Estas novelas podían verse como una especie de rocanrol verbal en cuanto establecieron un puente entre alta cultura y cultura popular" (pág. 241).

Rafael Giménez Siles y Emmanuel Carballo, de la *Editorial Diógenes*, abrieron en 1967 un concurso de primeras novelas, en el que ganaba aquel o aquella que obtuviera más críticas, más ventas y más votos de lectores. *Pasto verde* de Parménides García Saldaña, fue la novela, de acuerdo a José Agustín, más importante de esta competencia. Para él era un "texto catártico, anárquico, la lucidez de la locura, además de una disección meticulosa de la clase media urbana y de lo que ya se conocía como la onda" (Agustín, 2004, pág. 249).

Tras la matanza de Tlatelolco, Octavio Paz renunció a su cargo como embajador en la India. Después publicaría la continuación del *Laberinto de la soledad*, *Posdata*, donde abordaría el Movimiento Estudiantil del 68. Además otros escritores publicaron obras como *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska; *Obsesivos días circulares*, de Gustavo Sainz; y José Revueltas, desde el Lecumberri, *El Apando*. Margo Glantz publicó *Narrativa joven de México*, que al reeditarse se convirtió en *Onda y escritura en México*, con el cual explicó el concepto de "Literatura de la Onda". En ella incluyó a jóvenes escritores que utilizaban nuevas

formas de lenguaje para mostrar las inquietudes, la rebeldía y el descubrimiento de la sexualidad de la juventud de aquellos años (Agustín, 2004).

Ya para la segunda mitad de la década de los sesentas, en la música popular destacaron el español Raphael, la *Sonora Santanera* sin Sonia López, y en lugar de Edalio González *Piporro* y sus polcas norteñas, llegó Cornelio Reyna. En la Ciudad de México, Chava Flores se popularizó en la radio con canciones humorísticas, Vicente Fernández destacó en la música ranchera, y apareció el compositor yucateco Armando Manzanero (Agustín, 2004).

En 1966 se dio el 1° Concurso de Cine Experimental que organizó el Sindicato de Trabajo de la Producción Cinematográfica (STPC), en el cual el primer lugar se lo llevó la película *La fórmula secreta*, del fotógrafo Rubén Gámez, con guion de Juan Rulfo. En esta competencia también destacó Héctor Mendoza, quien se convirtió en uno de los mejores directores de teatro junto a Juan José Gurrola, Alejandro Jodorowsky, los hermanos Ibáñez y Héctor Azar. Ese mismo año, el Banco Cinematográfico hizo un concurso de guiones y argumentos, en el que ganó Carlos Fuentes y Juan Ibáñez con *Los Caifanes*, que se filmaría un año después, en 1967. A partir de ésta destacaron actores como Sergio Jiménez, Ernesto Gómez Cruz, Eduardo López Rojas, y los cantantes Oscar Chávez y Julissa (Agustín, 2004).

Las películas de ese entonces comenzaron a integrar a la Ciudad de México como un elemento importante en sus historias. J. Ibáñez, como indica Susana López Aranda, en su ensayo *La ciudad de México en el cine*, “desacraliza” a la Diana Cazadora en el “relajo interclasista” de la película *Los Caifanes*. Igualmente, Rubén Gámez utilizó imágenes urbanas de la capital como metáforas de lo nacional, en su ensayo fílmico *La fórmula secreta* (López A., 1994).

Otras obras cinematográficas que reflejaron la ciudad, la vida en esos años, y principalmente a la juventud, son *El cielo y la tierra*, de A. Corona Blake, en 1962; y *El fantástico mundo de los hippies*, de Juan Orol, en 1969. Ambas de forma completamente diferente y con críticas diversas (López A., 1994).

Durante ese tiempo cobró una gran popularidad María Sabina y los hongos mexicanos, teniendo consumidores como los escritores Ken Kesey y Aldous Huxley, además de psicólogos como Richard Alpert y Timothy Leary. Este último y Kesey serían los originadores, en la segunda mitad de la década de los sesentas, de una importante manifestación de la contracultura: los hippies. En México también surgieron, pero ellos se identificaban más con la cultura de los indígenas por su conocimiento en plantas alucinógenas y su repudio a todo aquello que proviniera de la cultura occidental (Agustín, 2004).

Como lo menciona José Agustín (2004), Enrique Marroquín en su obra *La contracultura como protesta*, llamó a esta versión de los hippies mexicanos como “jipitecas”, ya que tenían varias diferencias con los originarios de Estados Unidos. Los nacionales conformaron un lenguaje con argot carcelario, expresiones populares y con nuevos términos, el cual después sería llamado el “lenguaje de la onda”. También usaban huaraches, camisas de manta, collares y brazaletes. Sus lemas más conocidos eran “Paz y amor” y “Préndete, sintonízate y libérate”. Siempre estuvieron acompañados por música rock de agrupaciones como *Los Tequila* y *Three Souls in my Mind*, y su ideología era cambiar a la sociedad a través de la expansión de la conciencia. No obstante, en 1967 se crearon campañas de repudio contra ellos por su popularización entre los jóvenes de clase media y estratos populares (Agustín, 2004).

Mathías Goeritz siguió siendo la principal figura en la escultura por promover la realización de la *Ruta de la amistad*, para la celebración de los XIX Juegos Olímpicos de 1968; con 19 esculturas, de artistas de 17 países, colocadas en la prolongación del Periférico Sur, de San Jerónimo a Cuemanco. Igualmente, Juan José Olaguíbel creó la Diana Cazadora y el Monumento a los petroleros; ambas piezas escultóricas en el Paseo de la Reforma (Arteaga, 1994).

Junto a la *Ruta de la amistad*, también se crearon las Olimpiadas Culturales con artistas como Claudio Arrau y Leonard Bernstein. Junto a éstas se realizó un evento en Teotihuacán con un espectáculo de luces, sonido y un texto de Salvador Novo, quien había ganado, en 1967, el Premio Nacional de Literatura. Además varios

niños participaron en el festival de pinturas murales y se lanzó el lema *“Todo es posible en la paz”* (Agustín, 2004).

1.3.4. La represión de Gustavo Díaz Ordaz a diferentes manifestaciones sociales antes del Movimiento Estudiantil del 68

Mientras tanto, en el mundo entero surgieron diferentes movilizaciones sociales, principalmente de jóvenes, como la Primavera de Praga y el Movimiento Estudiantil de París, Francia. En Estados Unidos el ejército intervenía en universidades por las agrupaciones hippies y por los repudios de los estudiantes a la guerra de Vietnam, quienes preferían quemar sus tarjetas de reclutamiento, ir a la cárcel o huir de su país. Estos hechos sirvieron de antecedentes a lo que ocurriría en la Ciudad de México en 1968 (Agustín, 2004).

El uso de las fuerzas armadas por Gustavo Díaz Ordaz, en conflictos sociales, provocó que varios cambios significativos implantados por él se vieran opacados, como la reforma laboral y la reducción a 18 años de la mayoría de edad para poder votar, aprobada en 1969. El primer ejemplo de represión fue en 1965, cuando la Asociación Mexicana de Médicos, conformada por residentes e internos, exigió mejoras salariales (Loaeza, 2012).

Ante la huelga de 8 mil médicos de varios hospitales de la Ciudad de México y del interior de la república (Agustín, 2004), el líder de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), y el entonces secretario de gobernación, Luis Echeverría, propusieron incluir a las organizaciones médicas a la central de burócratas, lo cual rechazaron y el conflicto se alargó. En su lugar, ellos decidieron suspender sus labores, pero el gobierno respondió con el ejército para desalojar al personal y sustituirlo por médicos militares (Loaeza, 2012).

El 23 de septiembre de 1965, en Ciudad Madera, Chihuahua, Arturo Gámiz y una célula guerrillera asaltaron un cuartel militar, muriendo soldados y guerrilleros. Este hecho daría comienzo a la actividad de diferentes grupos armados e inconformes. Sólo un año después, en 1966, se arrestaron a varios comunistas y trotskistas acusados de asociación delictuosa. En 1967, en Atoyac, Guerrero, los maestros

Genaro Vázquez y Lucio Cabañas formaron el grupo armado Partido de los Pobres. Y entre 1966 y 1968, universitarios organizaron diversas protestas en los estados de Michoacán, Puebla, Nuevo León, Durango y el Distrito Federal. Muchos de los manifestantes también fueron detenidos por el ejército; en Morelia, en 1966, y en Hermosillo, en 1967 (Loaeza, 2012).

Dos años antes de los sucesos de 1968, el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, no logró acabar su segundo periodo por una huelga de estudiantes, debido a los cursos y exámenes de regularización. En su lugar entró Javier Barros Sierra y se creó el Consejo Estudiantil Universitario, con jóvenes del Partido Comunista Mexicano (PCM) y del PRI. Éste logró obtener el pase automático y la desaparición del cuerpo de vigilancia (Agustín, 2004).

Igualmente, Sierra consiguió expulsar a consejeros del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), y a funcionarios de la universidad. En estos años el sobrecupo de lugares para poder entrar a la institución causó muchos disgustos entre los jóvenes que se manifestaban por ello, y porque el sistema permitía el desarrollo de la clase alta que podía pagar escuelas privadas, o las influencias de la clase media para obtener el ingreso a las escuelas oficiales (Agustín, 2004).

1.3.5. El Movimiento Estudiantil del 68

La Ciudad de México se transformó en el centro económico, político y cultural, y por ello también en el centro de las manifestaciones de toda la población nacional. A pesar de que el gobierno federal disminuyó los espacios de participación a los habitantes, fueron los jóvenes nacidos a mediados del siglo XX, de clase media, los que integraron el Movimiento Estudiantil de 1968.

Sobre esto, Soledad Loaeza (2012) dice:

Para los jóvenes hijos del milagro mexicano, la libertad tenía un significado diferente al que le daban sus padres, el que les había enseñado la vida en la ciudad, la Revolución cubana, el cine europeo, las series norteamericanas en la televisión, el turismo extranjero, la música de protesta. Para ellos el futuro iba más allá del desarrollo económico (pág. 695).

Este movimiento social inició el 22 de julio, cuando granaderos intervinieron en un pleito estudiantil entre alumnos de la Vocacional 2 del Instituto Politécnico Nacional (IPN), y de la preparatoria particular "Isaac Ochoterena" (Poniatowska, 2012). Ante esto, estudiantes se sintieron indignados y se declararon en huelga, organizando una manifestación el día 26 del mismo mes, coincidiendo con la que realizaba cada año el Partido Comunista en apoyo a la Revolución Cubana. Por ello, el gobierno interpretó que ambos eventos formaban parte de un complot en contra de la organización de las próximas Olimpiadas (Agustín, 2004).

La molestia de los estudiantes de preparatorias y universidades incrementó el 30 de julio, cuando militares utilizaron una bazuca para abrir la puerta de la Escuela Nacional Preparatoria N°1, hoy Museo de San Ildefonso, hiriendo a alumnos y profesores (Loaeza, 2012). El secretario de la Defensa, Marcelino García Barragán, declaró que el gobierno había intervenido después de la media noche para detener a varios estudiantes (Poniatowska, 2012).

Por su parte, Luis Echeverría dijo que se habían tomado estas medidas para "preservar la autonomía universitaria de los intereses mezquinos e ingenuos", los cuales pretendían "desviar el camino ascendente de la Revolución Mexicana". También el regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal, indicó que ellos eran los primeros en rechazar siempre que un policía o un granadero penetraba en los planteles educativos (Poniatowska, 2012, págs. 276, 277).

En respuesta, el 8 de agosto estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y del Instituto Politécnico Nacional (IPN), crearon el Comité Nacional de Huelga (CNH), consiguiendo el apoyo de universidades privadas y lanzando un pliego petitorio (Poniatowska, 2012), en el que exigían: la destitución de altos jefes de la policía, la supresión del cuerpo de granaderos, la supresión del delito de disolución social, la liberación de presos y arrestados, y la indemnización a familiares de estudiantes muertos y heridos (Agustín, 2004).

Los jóvenes comenzaron a realizar brigadas de información y mítines relámpago en mercados, fábricas, calles y transporte público, ganándose la simpatía entre obreros, burócratas, comerciantes y padres de familia, contrarrestando lo dicho por

los medios de comunicación. En respuesta, en agosto Díaz Ordaz mandó un mensaje a los estudiantes desde Guadalajara, haciéndoles saber que “su mano estaba extendida” para dialogar con ellos (Agustín, 2004).

Después se dieron dos nuevas marchas hacia el Zócalo de la ciudad. En la primera asistieron 100 mil participantes, insultando a la embajada de Estados Unidos y a la prensa. La segunda tuvo un apoyo de 200 mil personas y trascendió por la realización de un campamento para esperar respuesta del gobierno, representado por José López Portillo, a la solicitud de un diálogo público por parte del CNH, representado por Sócrates Campus Lemus. Mientras tanto, izaron una bandera rojinegra y tocaron las campanas de la Catedral Metropolitana. La única contestación que obtuvieron fue el uso del ejército que salió a medianoche a desplegar a los estudiantes (Agustín, 2004).

Ese mismo día varios intelectuales y artistas, entre los que destacaban Juan Rulfo, José Revueltas y Carlos Monsiváis, se declararon a favor del Movimiento Estudiantil, señalando que representaba “una verdadera revolución en la actitud de la cultura hacia la sociedad”, además de que la juventud pugnaba por “una cultura viva y militante, desenclaustrada del ámbito cerrado y estéril que la aparta de la política y de las inquietudes de su tiempo”. Añadieron también que ellos como escritores, artistas e intelectuales, en compañía de los jóvenes, golpearían “las viejas instituciones y estructuras” que negaban “los valores de libertad e independencia” (Ramírez R. , 2008, pág. 161).

Ante las acusaciones del gobierno y la prensa de que el Movimiento Estudiantil sólo pretendía afectar las Olimpiadas, el Consejo de Huelga, en un informe del 29 de agosto, indicó que no se deseaba “entorpecer una actividad de carácter internacional en la cual todos los mexicanos tenemos la responsabilidad de la representación de nuestro país, tanto en lo deportivo, social y cultural”, añadiendo: “El pueblo de México ha dado ya mucho de su parte para que esto se lleve a cabo y no sería justo que ese esfuerzo sea malogrado” (Ramírez R. , 2008, pág. 166).

Después, en otro comunicado del 13 de septiembre, informaron sobre lo que era el delito de disolución social, explicando que el Artículo 145 castigaba con dos a doce

años de prisión y multa de mil a 10 mil pesos, a quien realizara propaganda política difundiendo ideas, programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero, el cual perturbara el orden público o afectara la soberanía del Estado Mexicano. Éste artículo se había aprobado el 10 de octubre de 1941, bajo la presidencia de Manuel Ávila Camacho, creando el delito de “disolución social”, incorporado al Código Penal con la finalidad de enfrentar una probable amenaza de fuerzas nazifascistas. Añadiéndose después, el 29 de diciembre de 1950, el párrafo IV que aumentaba aún más las penas (Ramírez R. , 2008, pág. 282).

El Consejo estudiantil concluyó que estas reformas a la ley “fortalecieron a la disolución social como una figura delictiva utilizable por el Estado contra personas que disintieran política o ideológicamente de la línea oficial”. Para los estudiantes violaba el artículo 6 de la Constitución porque coartaba la libre expresión y castigaba la manifestación de ideas a través de la propaganda política (Ramírez R. , 2008, págs. 282, 283).

El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz comenzó a organizar movimientos para desprestigiar a los estudiantes entre obreros y burócratas, además de espionaje político e intimidación con fuerzas armadas y militares en la Ciudad de México. Éstas siempre se encontraban entorno a las manifestaciones, reprimiendo o arrestando a sus participantes. Su permanencia en calles y plazas públicas acrecentó la tensión, mientras Ciudad Universitaria se convertía en el centro del Movimiento Estudiantil con mítines permanentes y actos culturales (Agustín, 2004).

Díaz Ordaz, en su IV Informe de Gobierno, dijo que habían recibido “informaciones de que se pretendía estorbar los juegos olímpicos”. Añadió que habían “sido tolerantes hasta extremos criticados”. Advirtió además que dispondrían de las fuerzas armadas diciendo: “No quisiéramos tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario”. Para él, el diálogo era “imposible cuando una parte se obstina en permanecer sorda y se encierra en la sinrazón de aceptarlo sólo para cuando ya no haya nada que dialogar”. Como negociadores en el diálogo con los estudiantes nombró a Andrés Caso y Jorge de la Vega, quienes no lograron nada,

ya que el CNH no quería una “simulación de comunicación” (Agustín, 2004, págs. 258-260).

Engracia Loyo y Cecilia Greaves (1994), en su ensayo *Filosofía educativa en el siglo XX*, hablan sobre esta postura del entonces presidente ante el conflicto estudiantil, indicando que Díaz Ordaz no hizo caso a las demandas en favor de la democracia, la paz, los derechos civiles y las libertades individuales: “Rígido e inflexible, cerró los ojos a las peticiones de apertura de diferentes grupos sociales” (pág. 178).

El 13 de septiembre se dio una nueva marcha con 300 mil personas, en la que los estudiantes portaban imágenes de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Todos los integrantes de esta manifestación se comprometieron a ir hasta el Zócalo sin decir absolutamente nada, incluso con la boca vendada, por lo que se conoce como la Marcha del Silencio. Después de las fechas patrias, el 18 del mismo mes, el ejército invadió CU, hiriendo y arrestando a muchas personas, y luego varias tropas sitiaron el Casco de Santo Tomás del IPN (Agustín, 2004). Las instalaciones educativas fueron liberadas sólo un día antes de lo ocurrido en la unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco (Poniatowska, 2012).

Por su parte, el Partido Revolucionario Institucional mostró su solidaridad y confianza al Gobierno de la República por haber decidido utilizar al Ejército para ocupar Ciudad Universitaria, ya que estas instalaciones se habían convertido, a su parecer, “en focos en donde se propiciaba la agitación, la anarquía y, el ataque a las instalaciones y a la sociedad, con el deliberado propósito de llegar a subvertir el orden público” (Ramírez R. , 2008, págs. 307, 308).

1.3.6. 2 de octubre de 1968. La matanza de Tlatelolco

El miércoles 2 de octubre, a las cinco y media de la tarde, se encontraban aproximadamente 10 mil personas en un mitin en la Plaza de las Tres Culturas (Poniatowska, 2012), ya que el gobierno había prohibido una nueva manifestación y el CNH optó por dirigirse a la gente desde el tercer piso del edificio Chihuahua, de la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco. El Batallón Olimpia, dirigido por el general Manuel Díaz Escobar, simuló un supuesto ataque de francotiradores para

que el ejército interviniera. La señal para comenzar fueron dos luces de bengala lanzadas desde un helicóptero. Las personas al notar el inicio de la balacera, intentaron huir, pero las entradas a la plaza se encontraban bloqueadas. Unos trataron de refugiarse en departamentos y negocios, pero fueron poco a poco arrestados (Agustín, 2004).

Matilde Rodríguez, madre de familia que había asistido al mitin por su hija, y citada en el libro *La noche de Tlatelolco*, de Poniatowska, comentó que al iniciar el fuego, los oradores dijeron “No corran, son salvos”, pero ella observó cómo una persona con guante blanco comenzó a tirar hacia la gente, o hacia los soldados que estaban detrás de ellos. Narra, además, cómo muchos se dejaron caer en las ruinas arqueológicas para no ser alcanzados por las balas, ya que: “Las ráfagas de ametralladora barrían toda la explanada”; luego unos jóvenes, desde un comercio, empezaron a gritarles: “Métanse, señoras”. Después cuenta que tras dos horas de refugiarse junto a jóvenes, señoras y niños, los soldados entraron para amenazarlos, luego los sacaron y fue entonces que su hija les dijo que ella estaba herida (2012, págs. 218, 219).

Cuando fueron trasladadas a la Cruz Roja, se dio cuenta de que no había soldados en el hospital, pero no tardaron en llegar para interrogar a heridos y hacerlos prisioneros. Tras lo vivido ese día, relató:

En los días sucesivos me dio mucha indignación leer en la prensa que los estudiantes iban armados y provocaron la represión del ejército. Yo digo que es mentira que los estudiantes trajeran armas, porque en un comercio en que éramos como cien personas ninguna traía armas (Poniatowska, 2012, pág. 219).

Al siguiente día varios periódicos publicaron versiones distintas de lo que había ocurrido, en otras cosas coincidían, y otras más fueron refutadas por testimonios de los sobrevivientes. *Excélsior*, por ejemplo, dijo: “Nadie observó de dónde salieron los primeros disparos. Pero la gran mayoría de los manifestantes aseguró que los soldados, sin advertencia ni previo aviso, comenzaron a disparar”. También publicó que se calculó la participación de “unos 5 mil soldados y muchos agentes policiacos, la mayoría vestidos de civil. Tenían como contraseña un pañuelo blanco envuelto

en la mano derecha”. De acuerdo al diario, la intensa balacera duró 29 minutos, luego los disparos decrecieron pero no terminaron (Poniatowska, 2012, pág. 167).

Por su parte, *El Universal* apuntó que se habían utilizado “toda clase de armamentos, las ametralladoras pesadas empotradas en una veintena de yips”. Tema que también reiteró *Excélsior*, diciendo lo siguiente: “Unos trescientos tanques, unidades de asalto, yips y transportes militares tenían rodeada toda la zona, desde Insurgentes a Reforma, hasta Nonoalco y Manuel González” (Poniatowska, 2012, pág. 168).

El corresponsal del diario francés *Le Monde*, Claude Kiejman, reportó que a las diez de la noche volvieron a escucharse disparos: “Este segundo tiroteo duró hasta las once de la noche más o menos”. A las siete de la mañana del día siguiente también “se oían tiros de tiempo en tiempo, un poco por todas partes. La avenida Nonoalco estaba llena de tanques, pero en las otras calles la circulación parecía totalmente normal”, añadiendo que esto le parecía increíble porque: “Era como si lo de Tlatelolco no hubiera existido”. Días después los Juegos Olímpicos se inauguraron “como si nada en medio de una calma al menos aparente”. Para él: “Lo que en cualquier país bastaría para desencadenar una guerra civil, aquí no ha trascendido más allá de los días de tensión que siguieron a Tlatelolco” (Poniatowska, 2012, pág. 233).

Muchos de los sobrevivientes fueron llevados al Campo Militar N°1, donde, según el general Félix Galván, tenían instalaciones para torturar, lesionar, asesinar y desaparecer. Entre los arrestados estaban los dirigentes del Comité de Huelga: Gilberto Guevara Niebla, Heberto Castillo, Raúl Álvarez Garín, Roberto Escudero, Tomás Cabeza de Vaca y Luis González de Alba, entre otros que fueron encarcelados en Lecumberri (Agustín, 2004).

Las listas oficiales hablan de 30 muertos, 87 heridos y hasta 500 detenidos en el Campo N°1 (Agustín, 2004); pero de acuerdo al libro *Nueva historia general de México*, fueron 46 muertos, menos de cien heridos, más de mil arrestados y 276 personas que permanecieron en la cárcel hasta la amnistía de Luis Echeverría, en 1971 (Loeza, 2012). El número exacto de víctimas aún se desconoce, pero se

manejan muchas versiones. Por ejemplo, el CNH también informó el 6 de octubre la muerte de 150 civiles y 40 militares; mientras que en el libro *Posdata*, Octavio Paz citó lo registrado por el diario inglés *The Guardian*, el cual manejó 325 muertes (Poniatowska, 2012).

Los Senadores se pronunciaron en un comunicado, considerando que la actuación del Ejecutivo se había apegado a la Constitución y a las leyes que “le señalan como deber, el mantenimiento de la seguridad interior” (Ramírez R. , 2008, pág. 401).

Declararon, además, que se advirtió la presencia entre los estudiantes de “elementos profesionales de la agitación, de la provocación y del motín”, cuya influencia había quedado comprobada por los “trágicos resultados de la concentración efectuada” en la Plaza de las Tres Culturas, “ejecutando actos graves de agresión en contra de la policía y del ejército mexicano, mediante el empleo de armas modernas de alto poder”, cuyo uso permitía presumir, a su parecer, la participación de elementos nacionales y extranjeros que perseguían “objetivos antimexicanos de extrema peligrosidad” (Ramírez R. , 2008, pág. 401).

Sin embargo, el Partido Comunista Mexicano consideró que el gobierno del Presidente Gustavo Díaz Ordaz había dado “uno de los pasos más francos en el camino hacia la dictadura militar y policiaca”. Además hizo referencia de los supuestos francotiradores, indicando que: “Numerosos observadores, entre ellos reporteros y fotógrafos de diversos periódicos, atestiguaron que la agresión se inició después de que un helicóptero del ejército lanzó luces de bengala como señal para iniciar el ataque” (Ramírez R. , 2008, pág. 402).

Por su parte, un grupo de 58 personas encarceladas, declararon que después de la represión fueron detenidas con “todo lujo de violencia, unos en el lugar de los hechos y otros en casas particulares o en la calle”, haciendo hincapié en que “NO HUBO POR PARTE DE NOSOTROS RESISTENCIA ALGUNA”, además mencionaron que ninguno de ellos “HIZO USO DE NINGUNA ARMA DE FUEGO, CONTRARIAMENTE A LO QUE SE NOS IMPUTA”. Añadieron también que fueron sometidos a interrogatorios y torturas: “dentro de este clima de tensión se nos forzó a declarar ante el Ministerio Público” (Ramírez R. , 2008, pág. 426).

José Agustín (2004) sobre el Movimiento Estudiantil:

En todo caso, para una porción cada vez mayor de gente quedaba claro que México cerraba una etapa, despertaba del sueño que inició en 1940 y que se caracterizó por el desarrollismo y la modernización capitalista del país. Aunque las instituciones se hallaban bien sólidas, evidentemente eran impostergables cambios profundos en la sociedad. Con el tiempo ganó la idea de que 1968 resultó, como lo dijeron hasta los presidentes de la república, ‘un parteaguas’ en la vida nacional, el hecho más importante de nuestra historia después de la revolución de 1910 (pág. 262).

1.3.7. El después del Movimiento Estudiantil de 1968

El día miércoles 9 de octubre se dio una conferencia de algunos miembros del CNH en Casa del Lago, para anunciar que no se darían manifestaciones o conflictos por la realización de los XIX Juegos Olímpicos que se inaugurarían el 12 de octubre (Poniatowska, 2012). Durante la competencia, los atletas afroamericanos de Estados Unidos hicieron la señal del *Black power*, además ganaron los mexicanos Felipe Muñoz y José Pedraza Zúñiga (Agustín, 2004). Los estudiantes regresaron a clases hasta el 4 de diciembre (Loaeza, 2012).

Tras la matanza del 2 de octubre, Díaz Ordaz señaló que el verdadero fondo del problema era de carácter educativo, por lo que se necesitaba una reforma profunda en ese campo. Después se dieron las Conferencias Nacionales sobre Formación Cívica y Educación de Adultos, en las que se adjudicó “la rebeldía juvenil” a la incorrecta “formación cívica” de los jóvenes, la cual, según, se evidenciaba por la destrucción de instituciones y del orden establecido (Loyo & Greaves, 1994).

Por su parte, el entonces secretario de Educación, Agustín Yáñez, declaró que la formación cívica haría que los jóvenes aceptaran verdades que les habían sido deformadas y los atraería al comportamiento “constructivo”, “realista”, “optimista”, de su edad, librándolos de frustraciones, resentimientos y “pesimismos aniquilantes”. Finalmente la reforma se centró en la campaña contra el analfabetismo y la reactivación de la educación (Loyo & Greaves, 1994).

En la Ciudad de México, el movimiento representó un nuevo tipo de relación entre el gobierno y la sociedad; reveló la crisis política y económica que había tanto en la

capital como en el país. Surgió el desgaste que tenía la estructura estatal, la cual carecía de flexibilidad para el diálogo y las expresiones de inconformidad. Al respecto, Álvarez Enríquez (2013) comenta:

La revuelta de 1968 no fue un acontecimiento aislado dentro del panorama nacional y no fue, tampoco, como se ha afirmado en ocasiones, producto de un proceso de imitación, de un contagio colectivo de expresiones ajenas y lejanas. Fue, en realidad, la expresión más elocuente de una situación de crisis generalizada, de efectos acumulados, que tenía su expresión en diversos ámbitos del panorama nacional (pág. 140).

Se dieron varias consecuencias por este conflicto, pero destacan principalmente dos: el nacimiento de grupos de oposición política en la sociedad capitalina, principalmente entre intelectuales y periodistas que tenían posturas críticas contra la política oficial; y entre 1969 y 1971, los estudiantes se dividieron en dos vertientes por la postura de Luis Echeverría a la apertura democrática: una radical de confrontación con el gobierno que rechazaba la participación en el diálogo, representada por los Jóvenes Comunistas a favor de una movilización armada; y la segunda moderada, abierta a la negociación y dispuesta a participar en la apertura del entonces presidente, representada por exdirigentes del 68 que se organizaron en un grupo llamado *Perspectiva* (Álvarez E., 2013).

En 1970, en su último informe de gobierno, Gustavo Díaz Ordaz se responsabilizó de los hechos de 1968, de la matanza de Tlatelolco, pero se justificó diciendo que la patria había estado en peligro y que él tuvo que salvarla. Añadió también que durante su mandato el Producto Interno Bruto (PIB) había sido del 46%. Sin embargo, Petróleos Mexicanos se encontraba en una crisis ya que extraían 428.8 millones de barriles de crudo, y 665 mil millones de pies cuadrados de gas diarios, los cuales no eran suficientes para abastecer las necesidades nacionales, por lo que se vieron obligados a importar. La nueva década vendría también con un nuevo presidente, Luis Echeverría, el cual ganaría las elecciones frente a Efraín González Morfín, del Partido Acción Nacional (PAN) (Agustín, 2004).

2. Capítulo II. José Agustín y su literatura

En este segundo capítulo, con el fin de conocer mejor al escritor de *De perfil* y de analizar después con mayores bases esta novela, se tratarán las influencias personales y literarias de José Agustín. En la primera parte se hablará de su vida, desde su infancia, hasta su ingreso a la cárcel; y en la segunda, el entorno social y cultural en el que se encontraba, además de todas las influencias que se ven reflejadas en sus libros.

Al inicio de la primera mitad se hablara de su infancia, de su llegada a la Ciudad de México, de su ingreso al Colegio Simón Bolívar, además de sus inicios en la literatura con la creación de tiras cómicas, sin olvidar el comienzo de varias de sus grandes pasiones que perduran hasta la actualidad, como la música rock y el teatro.

Después, su adolescencia, el nacimiento de su ópera prima, *La tumba*. Sin olvidar, también, sus primeros intereses literarios y experiencias en Cuba. Al final de esta primera parte se abarcará desde su éxito con su primer libro, pasando por la creación de *De perfil*, su estancia en el Centro Mexicano de Escritores, su ingreso en el medio del cine, y sus experiencias con los alucinógenos, hasta su ingreso en el Palacio de Lecumberri por el supuesto tráfico de marihuana.

En la segunda parte se hablará del entorno social, principalmente cultural, en el que comenzó su carrera literaria. Los orígenes de la contracultura, “la onda” en México, la concepción del término “Literatura de la Onda” por la ensayista Margo Glantz, y las influencias literarias que se encuentran en el trabajo de José Agustín. Incluyendo, además, su visión de la literatura y de su propia escritura, y también la de sus críticos y aquellos que apoyaban sus creaciones literarias.

2.1. José Agustín: el crecimiento de un escritor

2.1.1. Infancia

José Agustín nació el 19 de agosto de 1944 en Guadalajara, Jalisco, pero fue registrado oficialmente en Acapulco, Guerrero. Al comienzo de su infancia se mudó junto a su familia a la Ciudad de México, a mediados de los años cincuenta (Ramírez J. A., 2007). Primero vivió en la colonia Condesa, cerca del Bosque de Chapultepec. A su parecer, en ese tiempo México era muy diferente; lo que antes era una zona para recorrer a pie, ahora se encuentra “atosigada de humo y coches” (Agustín, 1995, pág. 23).

Luego se cambió a la colonia Roma Sur, mientras se construía el Viaducto Miguel Alemán (Agustín, 1995). En ese entonces iba a la primaria lasallista Simón Bolívar, a la que siempre consideró “nefasta” y a la que fueron también sus hermanos Augusto y Alejandro. Su padre era aviador en la Mexicana de Aviación, y tenía otras dos hermanas, Hilda y Yolanda. (Ramírez J. A., 2007).

2.1.1.1. Primeros acercamientos a la escritura y el nacimiento de su pasión por el rock

Sus inicios literarios fueron dibujando historietas, en su mayoría policiacas cuando tenía seis o siete años. En los comics que hacía “los dibujos se fueron haciendo poco a poco más pequeños y los globitos del texto cada vez más grandes”. Luego fueron páginas que tenían una o dos ilustraciones, y después la página completa ya no tenía ninguna (Argüelles, 2014, págs. 239, 240).

A pesar de que no leyó de chico literatura propiamente para niños, fue un lector de cómics, como de los cuentos vaqueros, *La Familia Burrón*, los de *Walt Disney* y de *Warner*, todos ellos considerados por el propio José Agustín como una importante influencia literaria. Ya en la adolescencia comenzó a leer revistas como *Playboy* y *Mad*, esta última importante para el escritor porque le “divertía enormidades, incentivó mis tendencias hacia la sátira social, las parodias y todas las formas de ejercicio del humor” (Argüelles, 2014, pág. 232).

Por esos años también se interesó por la historia y la geografía, dos materias que se convertirían, en palabras del guerrerense, en sus pasiones. Su interés por la geografía incrementó por su padre, quien le regalaba atlas que traía de Estados Unidos; mientras que de historia leyó a los trece o catorce años la *Historia de Roma*, de Theodor Mommsen (Argüelles, 2014).

Tiempo después, en 1955, se fue junto a su familia a la colonia Narvarte, en la calle Palenque número 15 (Ramírez J. A., 2007); a una casa propia y ya no alquilada donde vivió hasta los dieciséis y en la cual considera que pasó sus años de mayor formación: “Vivíamos en la mera frontera, del otro lado me quedaba la colonia Buenos Aires a donde con gran frecuencia me daba mis vueltas. Había muchos lotes baldíos y un chavo la podía pasar padre andando en vírula por el lugar” (Agustín, 1995, pág. 23). Este sitio influyó tanto en él que se convirtió en el escenario de su libro *De perfil*.

En la colonia Narvarte tenía pocos amigos y consideraba que vivía bajo la sombra de sus hermanos, por lo que frecuentaba más con niños mayores; como Gerardo, quien se convertiría años después en esposo de una de sus hermanas (Ramírez J. A., 2007).

Fue en cuarto año de primaria que comenzó a tener un cuaderno íntimo en el que relataba cosas minuciosas de sus días, en ocasiones se permitía caer en lugares comunes como al describir el clima, y escribía sobre sus aficiones como el dibujo. Gracias a esta última actividad llegó a ganar un concurso de televisión, y por ello muchos, entre ellos él, creyeron que acabaría siendo pintor (Ramírez J. A., 2007).

De esta época nació una de sus grandes pasiones que conserva hasta ahora: el rock. A finales de 1955 empezó a oír el *Hot10* o *Hit Parade* en *Radio Mil*, cuando faltaban un par de meses para que consiguiera sus primeros discos de oro Elvis Presley, de quien siempre fue un gran fanático, como también de Fats Domino, Jerry Lee Lewis, Chuck Berry, Little Richard, Gene Vincent y los *Blue Caps*, los *Coasters*, los *Dell Vikings*, Buddy Holly y Brenda Lee (Ramírez J. A., 2007).

En el Simón Bolívar, su maestro, el señor Cúpich, censuró su periódico, uno que comenzó a hacer satirizando a sus compañeros de salón y que sacaba todos los lunes. Ese mismo año escribió su primer cuento llamado *Las aventuras de Zeus Pinto*, un texto de 15 páginas en donde hablaba de las aventuras del protagonista luchando contra animales y descubriendo crímenes (Ramírez J. A., 2007): “A veces me entra la nostalgia y me gustaría echarle un ojo. Me acuerdo que era una barrabasada. Ocurría en África, con un detective que resolvía misterios, crímenes y, a veces mataba leones a cachetadas” (Madrid, 2018). También dejó de hacer poco a poco sus historietas hasta los catorce años (Ramírez J. A., 2007).

A la par, su fanatismo al rock llegó a su punto más alto, gracias al cual también aprendió inglés.

 Mi papá me traía al *Billboard*, de donde tomaba información triviesca acerca del *HOT10*. P. ej.: Lugar en la semana en turno, en las tres semanas anteriores, nombre exacto de la canción, compositores, intérpretes, marca del disco, número de serie, semanas en lista, índice de progresión en el ascenso o descenso, ventas que pasaban el millón de copias, etcétera (Ramírez J. A., 2007, pág. 19).

2.1.1.2. El teatro y sus primeros intereses literarios

También de este tiempo nació otra de las actividades que más aprecia; su interés e incursión en el teatro, ya que su hermana tenía clases en la Casa de la Asegurada 4, del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). En una ocasión, uno de los maestros de su hermana necesitaba hombres para conformar un grupo, y sus hermanos, un amigo y él, entraron. Aunque no tuvo mucha participación, veía los ejercicios y se apasionó con el teatro: “Entonces escribí mi primera obra en un acto: *El robo*, que era extraordinariamente mala” (Ramírez J. A., 2007, pág. 19).

Ya en la secundaria fue a la puesta en escena de la obra *Petición de mano*, con Carlos Ancira e Ignacio Retes: “Era la primera vez que iba al teatro y quedé totalmente alucinado; los cortinajes de los telones, la butaquería y el escenario iluminado representaron un impacto tremendo, como un sueño terrible y bellísimo”. Poco tiempo después, en su escuela se abrió un concurso de teatro, formó un grupo y montó una obra de Chejov: “Gerardo me asesoró en la dirección y a pesar de eso

la puesta en escena fue la más horrorosa de la historia del subteatro, pero me divertí como enano” (Ramírez J. A., 2007, pág. 24).

Durante esos días comenzó a escribir mucho, principalmente obras de teatro; estudió teatro tradicional y escribió piezas en tres actos, “melodramas puros, pero, eso sí, bien estructurados” (Ramírez J. A., 2007, pág. 24). Igualmente leía libros que tenían sus hermanos, como: *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, *Rojo y negro*, de Stendhal, *Crimen y Castigo*, de Fiódor Dostoievski, cuentos de Edgar Allan Poe, de Nikolái Gogol y de Guy de Maupassant (Ramírez J. A., 2007).

A sus hermanos también les gustaba leer a Federico García Lorca, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y novelas de escritores existencialistas que se popularizaron a mediados de los años cincuenta:

Por todo esto, yo empecé a leer también todas las cosas que ellos leían y que comentaban entre sí. Dejaban los libros por cualquier lado. No es que me dijeron que leyese este o aquel, sino que los dejaban por ahí y predicaban con el ejemplo. Yo los tomaba y me ponía a leerlos. Mis lecturas fueron, por cierto, muy desordenadas, pero absolutamente apasionantes (Argüelles, 2014, pág. 226).

Asimismo leía teatro: a Eugène Ionesco, Tennessee Williams, Arthur Miller, William Saroyan, J. B. Priestley, y de México a Emilio Carballido (Argüelles, 2014).

Antes, José Agustín recuerda que el primer libro que tomó fue *El libro de oro de los niños*, con el cual se apasionó por la mitología. Después un vecino suyo le prestaría la *Ilíada*, el cual le gustaría por las historias de guerra en Troya, que ya había leído en una versión condensada para niños. Este fue uno de los primeros libros por el cual se sorprendió debido al lenguaje utilizado, que a pesar de serle extraño, le fascinó. Luego ese mismo vecino le proporcionó la *Odisea*, y él leería después la *Eneida* de Virgilio (Argüelles, 2014).

Luego en quinto de primaria leyó *El muro*, de Jean-Paul Sartre, que lo introdujo “muy fuerte en muchos intereses que serían básicos” en su vida (Argüelles, 2014, pág. 227). Después sería Arthur Rimbaud, con el cual se identificó mucho al leerlo de niño. Éste lo llevaría a los poetas malditos, a Paul Verlaine y Charles Baudelaire,

también a Edgar Allan Poe, que a la vez le haría interesarse por la literatura estadounidense del siglo XIX (Argüelles, 2014).

Cuando tenía entre trece y catorce años, se interesó por Sigmund Freud y luego por Erich Fromm.

Cuando tenía trece o catorce años, venía mucho aquí a Cuautla y el padre de un amigo mío era un naturista ilustrado, un médico homeópata con muy buenas lecturas sobre todo del ámbito psicoanalítico. Pasábamos varios días en su casa, donde tenía todos los libros de Wilhelm Stekel, que yo leía fascinado, porque eran puros casos clínicos muy freudianos sobre sexualidad (Argüelles, 2014, págs. 227, 228).

Pero el que se convertiría tiempo después en su favorito fue Carl Gustav Jung, al cual considera hasta la fecha “el psicólogo más fascinante” (Argüelles, 2014, págs. 227, 228).

Luego le llamó la atención la corriente artística del surrealismo, leyendo principalmente a Paul Éluard y a André Breton, lo que lo llevó a leer a la Generación Perdida de Estados Unidos, de donde proviene uno de sus autores favoritos cuando tenía entre diez y veinte años: Francis Scott Fitzgerald, a quien leyó totalmente pero quedó impresionado especialmente con el libro *Tierna es la noche*. También de este movimiento literario leyó a Ernest Hemingway y a Nathanael West. Después pasó a los poetas de la Literatura *beat* como Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Gary Snyder y a Gregory Corso; y descubrió *En el camino* de Jack Kerouac y a William Burroughs, por lo que se vio interesado por la literatura estadounidense contemporánea (Argüelles, 2014).

Pero aun leyendo todos estos títulos, en esta etapa de su vida sus libros favoritos fueron *La Ilíada*, *La Odisea*, *La Eneida*, *Tierna es la noche*, *La cantante calva*, de Eugéne Ionesco y *Lolita*, de Vladimir Nabokov (Ramírez J. A., 2007). Sobre esta última novela, José Agustín comenta: “Casi me la sabía de memoria, pues entre los doce y veinte años debo haberla leído, aquí sí religiosamente, una vez por año” (Argüelles, 2014, pág. 240). Del autor de origen ruso y nacionalizado estadounidense, leyó casi todas sus obras, pero fueron *Lolita*, *Pálido fuego* y *Desesperación* las que le parecieron lo mejor de él (Argüelles, 2014).

2.1.2. Adolescencia

2.1.2.1. La rebeldía de José Agustín

En 1958, Rosa María Ruíz, esposa de Juan Ibáñez, le dio su primer papel en la obra de su amiga Anya Schrüeder, la cual se presentó en el concurso del INBA, ganando el segundo lugar. En ella también participaron sus hermanos, pero lo que más recuerda de aquella experiencia es: “todo lo que yo hacía era salir a comprar unos cigarros” (Ramírez J. A., 2007, pág. 26).

Ese mismo año fue el último de la secundaria que cursó en el Colegio Simón Bolívar. A su parecer, en esta época era un rebelde junto a sus amigos, con quienes se subía a los camiones a echar relajo, se iba de pinta y hasta rompían los vidrios de las casas. De estas cosas se enteró su maestro, a quien le desagradaba que se declarara públicamente ateo. También en este tiempo participó de nuevo en el concurso de teatro de la escuela con una de sus obras llamada *La jira*, de dos actos, con la que ganó mejor actuación y obra inédita porque era la única concursante. Igualmente estuvo en el concurso de oratoria con el tema de la Segunda Guerra Mundial, defendiendo a Stalin y provocando la sorpresa de sus maestros (Ramírez J. A., 2007).

Casi al terminar el año lo cambiaron de clase, debido a un túnel que había en uno de los salones, provocado por su inconclusa construcción. En este túnel, junto a otros compañeros, se metía para fumar y escuchar la radio, siempre durante las clases de Historia de México. Alguien los delató y el director de la escuela los fue a sacar de ahí. Esto y el reprobar tres materias que pasó en exámenes extraordinarios, sería lo último que toleraría el colegio, ya que al siguiente año, al intentar inscribirse, no lo admitieron y sus padres lo tuvieron que meter a la escuela llamada Ra' Da' Ar: “Allí goce como pocas veces, me autonoqué presidente de la Sociedad de Alumnos, fundé un periódico, organicé un grupo de teatro y monté dos de mis obras” (Ramírez J. A., 2007, pág. 29).

En esta escuela ganó popularidad y lo comenzaron a llamar *el Existencialista* durante un mes, porque en una ocasión dejó impresionado a su maestro de

literatura al disertar acerca del existencialismo, la posición de Sartre, Camus y la importancia de Kierkegaard y Heidegger. Pero este pseudónimo no era algo que le molestó, incluso le agradaba bastante ya que él se sentía en una etapa de la “dulce incompreensión y los abismos sin límite” (Ramírez J. A., 2007, pág. 30). Asimismo, pasó todo este año junto a dos amigos ensayando *El Casamiento*, de Gogol, dirigida por Juan Ibáñez y montada tres días en el teatro Santa Fe (Ramírez J. A., 2007).

2.1.2.2. El Círculo Literario Mariano Azuela y el nacimiento de *La tumba*

Al iniciar la década de los sesentas, entró al Círculo Literario Mariano Azuela. Ahí tenía sesiones todas las semanas y recibía críticas. Sobre su experiencia aquí, dice:

Me iba regular, porque me veían pequeño y despertaba estimación paternal. Al Marrano Cazuela le debo haberme encontrado ante una crítica, idiota la mayoría de las veces, pero crítica al fin; antes, sólo mi hermano Alejandro y Gerardo leían mis engendros. Dejé de escribir a lo loco y empecé a hacerlo con un sentido cada vez más definido (Ramírez J. A., 2007, pág. 34).

Este círculo literario sacó un periódico llamado *Nuevas Letras*, en donde publicó, por primera vez en su vida, la pieza teatral *Lo negro* (Ramírez J. A., 2007).

En este tiempo conoció a Margarita Dalton mientras aprendía teatro. Como ella daba clases de inglés, él decidió enseñarle las obras que había escrito en ese idioma. Margarita lo invitó a enseñar en el franco inglés donde trabajaba y comenzó a dar clases a un grupo de quinto de primaria, ganando un sueldo de 25 pesos por clase. Después, él y Margarita, se hicieron novios pero luego rompieron. Él recuerda que en esos días se encontraba bastante sentimental e inventaba muchos dramas; iba al cine sólo a ver películas que lo hicieran sufrir: “Yo salía del cine alucinado, hundido en los precipicios del alma más terribles y durante días enteros no hablaba a nadie y sólo sufría (...) Esto fue el nefasto espíritu que, un poco después, me hizo escribir *La tumba*” (Ramírez J. A., 2007, pág. 38).

Luego montó dos de sus piezas de teatro en Canal Once y renunció por un corto tiempo del Círculo Literario Mariano Azuela, ya que se habían negado a leer una de sus obras que sería televisada. Igualmente sus hermanos, amigos y él, se integraron al Movimiento América Latina. También regresó con Margarita Dalton, pero

terminaron de nuevo diez días después, ya que ella y su hermana Hilda fueron a una manifestación que él y otros consideraron peligrosa. Justo en esas fechas, el escritor decidió estudiar en el Instituto Francés de América Latina (IFAL) (Ramírez J. A., 2007).

Sólo unos días antes escribió un cuento de 15 cuartillas llamado *Tedio*, al que le hizo después una adaptación escénica. Luego lo leyó en el Círculo Literario donde lo consideraron amoral e indecente. Al contrario de sentirse ofendido, le agradó esta reacción, pero siguió sintiendo que estaba inconcluso. Para él era el final de algo:

Entonces escribí otro cuento –*Tedio 2*– con el mismo personaje y, finalmente, un tercero. Luego hice algo así como un principio, unos capítulos de desenlace y para el 25 de abril de 1961 ya tenía confeccionada mi primera novela, a la que bauticé *La tumba* (Ramírez J. A., 2007, pág. 40).

2.1.2.3. Cuba: viaje y experiencias

Entró a la Preparatoria N° 7, de donde ya conocía a su amigo René, que era secretario general de la escuela y que luego organizaría una planilla para que Agustín se convirtiera en secretario de Acción Cultural. Aquí también formó un grupo de teatro para montar sus obras, pero quedaría inconcluso (Ramírez J. A., 2007).

En una fiesta se encontró de nuevo con Margarita Dalton, quien le contó que en la Habana la esperaba Marcia Leiseca, secretaria de la Casa de las Américas; había pasado del Movimiento América Latina, a la Juventud Comunista para que se le nombrara delegada en el Encuentro de Mujeres de 1961. El único problema era que no podía ir sin el permiso de sus padres, tenía 18 años, y la única forma de salir era casarse y obtener la mayoría de edad. Él le propuso matrimonio para que pudiera hacerlo y ella aceptó (Ramírez J. A., 2007).

Tras días de ofrecer sobornos en diferentes juzgados, en Tlalnepantla dijo que eran de Guadalajara, que ella estaba embarazada y que sus padres los habían corrido de sus casas, por lo que deseaban formalizar su situación. El juez aceptó 60 pesos y se casaron. Después sacaron sus actas, consiguieron dinero y Margarita sacó su pasaporte como su esposa. Sería un domingo cuando tendrían que llegar a

Veracruz, donde el cónsul les daría las visas y saldrían finalmente a Cuba (Ramírez J. A., 2007).

A pesar de que sus padres se enteraron y lo intentaron convencer de que se quedara, se fue. Cuando llegó junto a Margarita Dalton a Veracruz, se dieron cuenta que el barco ya había partido, y que el próximo saldría después de un mes. Se quedaron esperando allí, primero en un hotel y después en un cuarto que alquilaron (Ramírez J. A., 2007). Sus amigos les mandaban dinero y él se puso a trabajar: “me puse a trabajar vendiendo cortineros, pero más bien me iba de pinta a la biblioteca” (Argüelles, 2014, pág. 248).

Regresaría a las bibliotecas en la década de los años setenta, cuando empezó a dar clases en universidades y tenía que realizar consultas. También después, cuando comenzó a escribir los volúmenes de *Tragicomedia mexicana*, escritos que le exigían “libros imposibles de encontrar en librerías” (Argüelles, 2014, pág. 249), por lo que asistía a la Biblioteca de México que se encuentra en la Ciudadela, y a la Biblioteca Nacional de la UNAM (Argüelles, 2014).

Durante esta breve estancia en Veracruz, José Agustín escribió una novela corta llamada *Nicole Dassau*, que era la reconstrucción de una película de Romy Schneider que se llamaba *Die Halbzarte*; también obras de teatro, cuentos y poemas, además de estudiar sobre Austria en la biblioteca. Luego regresó a la Ciudad de México a resolver su situación en la preparatoria y se fue por fin con Margarita a la Habana, no sin antes perder todo su dinero y recibir cuatro dólares prestados por el capitán del barco (Ramírez J. A., 2007).

El viaje duró tres días y no los desaprovechó, pues escribió en ese tiempo la obra de teatro *La miel derramada*. Cuando llegaron, no pudieron tocar tierra porque el cónsul había olvidado darles las visas, pero la Casa de las Américas se hizo responsable de ellos y les pagó el alojamiento. Lo primero que hicieron fue enrolarse en las Brigadas Conrado Benítez, luego los separaron y él se fue a Varadero a dar charlas en un lugar donde se instruía a los brigadistas. De ahí se fue a Oriente con varios maestros y se reencontró con Margarita en Holguín, para salir juntos a Puerto Padre e ir a los Alfonsos, ubicándose en la villa Juan Sáez. Aquí alfabetizó a cinco

personas y participó en un grupo en el que se estudiaba economía política (Ramírez J. A., 2007).

Empezó a dar clases y se separó de Margarita, por lo que pidió a su padre que anulara el matrimonio. Se trasladó a Yuraguana, una granja agrícola donde dio clases de inglés. Ahí recibió una carta de su padre indicándole que su hermana Yolanda iba a ser operada del corazón, su mamá estaba mal y que él se encontraba enfermo de diabetes. José Agustín le respondió con un telegrama diciéndole que en cuanto pudiera, regresaría. En Puerto Padre trabajó en el Consejo de Alfabetización, dio conferencias, discursó, e hizo un proyecto sobre cursos de arte para el Departamento de Cultura del municipio. Igualmente formó un grupo de teatro con el que montó su obra *La almohada*, y un poco más tarde fue nombrado representante en el Congreso de Cultura de Oriente, en Santiago de Cuba (Ramírez J. A., 2007).

En Puerto Padre trabajó hasta que recibió su boleto de regreso a México, pero cuando fue a Yuraguana lo perdió, por lo que regresó a la Habana a pedir permiso a la Comisión Nacional de Alfabetización y obtener así otro más. Mientras tanto, la Casa de las Américas le dio un departamento en la avenida de los Presidentes, habló con su papá y quedó de enviarle el boleto. En la Casa trabajaba de tres a siete de la tarde y escribía mucho. Era 1962 y tuvo también oportunidades de obtener becas en Berlín, Praga o en alguna universidad de Cuba. No obstante, vio a su papá en el aeropuerto de la Habana y una semana después llegó nuevamente a México (Ramírez J. A., 2007).

2.1.2.4. Los Cafés Literarios de la Juventud, Juan José Arreola y el Taller Literario *Mester*

Cuando llegó, se reinscribió a la preparatoria, donde preparó su campaña electoral para convertirse en secretario general y delegado en la Federación; conoció, además, a Margarita Bermúdez, su actual esposa. Fue justo en esos días que su hermana Hilda le comentó que tenía un maestro que era escritor, en la Escuela de Teatro del INBA: Juan José Arreola (Ramírez J. A., 2007), a quien desde antes ya consideraba un gran escritor y un “viejo sabio” (Agustín, 2008). Se lo presentó y después él regresó con dos cuentos para mostrárselos (Ramírez J. A., 2007).

Igualmente iba a las sesiones de la FUSA, con cuyos dirigentes e integrantes no se llevaba bien. Sobre esta experiencia, José Agustín (2007), en su libro *El rock de la cárcel*, cuenta:

La grilla no me trajo nada bueno. Ya en los momentos difíciles, cuando nos agrupamos como planilla –yo era candidato a la secretaría general de la Federación–, perdimos a causa de una política honesta y funesta. Por tanto, hui del medio grilleril universitario (pág. 56).

Tras esos hechos, recordó que tenía dos novelas viejas y las releyó. Le pareció que sólo funcionaba *La tumba* y le hizo varias correcciones, agregándole otro capítulo sugerido por Gerardo de la Torre. Pero lamentablemente, también fue justo en esas fechas que su madre enfermó rápidamente de un aparente ataque hepático y falleció (Ramírez J. A., 2007).

Margarita Bermúdez también pasaba por momentos difíciles. Su padre la había sacado de la escuela, la recluyó en la de sus tíos y sólo tenía oportunidad de hablar con José Agustín por teléfono. Fue por la muerte de su madre y lo que le sucedía a su novia, que decidió escribir una especie de novela autobiográfica con Margarita como personaje, llamada *Poemita*: “Esas experiencias eran vitales, nuevas, y sentí la necesidad de capturar esos momentos, de rescatarlos, porque, aparte de todo, escribir siempre ha sido un proceso terapéutico en mí” (Ramírez J. A., 2007, pág. 58).

También participó en un grupo de teatro dirigido por Isabel Nogueira y montaron a Lope de Vega en Canal Once. A la par, tomó clases de sintaxis con Florencio Sánchez Cámara y luego César H. Espinoza, a quien había conocido a principios de año en “la grilla” de la preparatoria, lo invitó a los Cafés Literarios de la Juventud. En éstos se elegiría mesa directiva, y a pesar de que él sólo iba a leer algunas de sus obras en la sesión inaugural, terminó siendo elegido como coordinador del grupo. Aquí leyó *La miel derramada*, hizo recitales, montó obras, dio charlas y participó en varias de las mesas (Ramírez J. A., 2007).

Luego creó junto a otros una hoja literaria llamada *Búsqueda*, después montó un programa con sus obras en el teatro Pánuco, pero al final renunció a sus cargos en

los Cafés. Sin tener algo que hacer, su tío Alfonso le consiguió un empleo de maestro dando clases a policías en la colonia Balbuena, con lo que ganaba 750 pesos por ocho clases mensuales, hasta que tuvo problemas con el director (Ramírez J. A., 2007).

No obstante, no dejó de escribir, principalmente poesía que dedicaba a Margarita. En *Búsqueda* sólo había publicado poemas, pero siguió sacando sus obras de teatro y cuentos en *México en la Cultura*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, a cargo de Raúl Noriega. Fue justo en esos días que escribió una obra de teatro de tres actos, con un problema central sobre la homosexualidad y una “paranoia onírica”, la cual se llamó *Pasaje oscuro* (Ramírez J. A., 2007).

Por esas fechas invitó a Juan José Arreola a presidir un concurso de declamación en la Preparatoria N° 7, pero el jalisciense le dijo que esas competencias eran grotescas, que mejor asistiera a su taller literario. Es así que comenzó, junto a otros integrantes de los Cafés Literarios, a ir a las sesiones de éste. Aquí los integrantes leían sus textos, luego se hacía una ronda de críticas, y Arreola emitía su juicio; además de recomendar textos y reflexionar sobre los temas tratados (Agustín, 2008).

Sobre esto, José Agustín comenta: “Arreola no discriminaba. A todos daba oportunidad y coordinaba el taller con pericia y sabiduría. Sin necesidad de decálogos, con informalidad pero con firmeza, procuraba que los participantes no se colgaran o que no dijéramos demasiadas tonterías”. Además: “Si de entrada los textos eran malísimos, tocaba la campana y suspendía la lectura. A mí me ocurrió un par de veces, sobre todo al principio, cuando de plano sólo me guiaba la intuición”. Pero en cuestión de unos meses pudo hacer a un lado “ondas ingenuas”, ya que textualmente, según él, se hallaba en bruto (Agustín, 2008, págs. 17, 18).

Para él, este escritor fue una de sus grandes influencias y uno de sus grandes maestros. En su taller él pudo leer textos para aprender las formas poéticas y narrativas, como a Guillaume Apollinaire y Lewis Carroll; y para saber manejar los elementos y la estructura del cuento, como a Edgar Allan Poe y a Guy de Maupassant: “Arreola siempre estaba revelándonos un mundo de lecturas

tremendo. Nos hizo amar la poesía francesa: los poemas de Víctor Hugo, Villon, Baudelaire, Ronsard me lo aprendí de memoria y luego con el maestro lo andábamos declamando juntos” (Argüelles, 2014, pág. 247).

Quien seguía pasando por momentos difíciles en ese tiempo era Margarita Bermúdez, que a pesar de regresar a su casa, la pusieron a trabajar y sufrió una fuerte crisis, llegando a quererse suicidar. Una amiga de ambos y él idearon un plan para que se escapara. Primero alquilaron un cuarto y finalmente un sábado se salió de su casa. Él diariamente le llevaba comida y se quedaba con ella hasta tarde. A la par, comenzó a negociar con el padre de ella diciéndole que sólo regresaría con ciertas condiciones: debía permitirles casarse, se podrían ver, la dejarían estudiar y no la molestarían más. El papá de Margarita aceptó, pero a cambio él no podría pisar la casa de la familia Bermúdez (Ramírez J. A., 2007).

Poco tiempo después de haberse resuelto este problema, José Agustín le dio *La tumba* a Juan José Arreola y buscó empleo. Su papá consiguió que la *Mexicana de Aviación* le diera un curso de agencias de viajes, con lo que fue enlistado a la *Asociación de Viajeros*. Igualmente trabajó unos meses en la librería *Porrúa* del Zócalo (Ramírez J. A., 2007), sin embargo: “Me quedaba idiota viendo maravillas inconseguibles, como la primera versión de *Tierna es la noche* (...) Por desgracia me corrieron cuando se dieron cuenta de que a diario mis librereros engordaban gracias a su bodega” (Argüelles, 2014, pág. 229).

Arreola por fin leyó *La tumba*, y el 19 de agosto de 1963, día en que él cumplía 19 años (Agustín, 2008), le dijo: “Puede considerarse escritor, su novela necesita pulirse pero es muy publicable”. “Yo estaba feliz, pues era el primer aliento importante a lo que estaba haciendo” (Ramírez J. A., 2007, pág. 63), señaló el guerrerense. Además, durante casi medio año, el jalisciense le dedicó sesiones personales para corregirla. No por ello dejó de trabajar y estuvo en otra agencia de viajes donde le pagaban un poco más: la *Agencia Mundial Iter*, de la cual luego lo despidieron por un catarro (Ramírez J. A., 2007).

2.1.2.5. La publicación de *La tumba*

No tardó en encontrar otro trabajo, pero esta vez en *Interamerican Travel Service* y, el 9 de septiembre de 1963, se casó con Margarita Bermúdez, quedándose a vivir en la casa de la Narvarte. Por un tiempo se fue a Acapulco, donde comenzó a trabajar en el hotel *Pierre Marqués* como cajero de *room service*. Su hermana Yolanda también estaba ahí, hasta que le dio una embolia y se tuvo que regresar a la Ciudad de México. José Agustín no tardó en hacer lo mismo y consiguió un empleo en *Intercambio Mesert*, donde se dedicaba a redactar informes (Ramírez J. A., 2007).

Cuando su ópera prima quedó lista, Arreola la leyó en el taller literario y todos aprobaron su publicación en la revista *Mester*, en 1964 (Agustín, 2008); pero él decidió que *La tumba* apareciera como libro, por lo que su padre le prestó dos mil pesos para la publicación. Su intención era tenerla antes del mes de julio para añadirla a su petición de la beca del Centro Mexicano de Escritores, por donde habían pasado personajes como Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Rosario Castellanos. Sin embargo, no se la dieron (Ramírez J. A., 2007). En la publicación del taller, y en otra llamada *Cuadernos del Viento*, publicó varios textos breves como *Los negocios del señor Gilberto*, cuento sobre su ex maestro Guillermo Rousset (Agustín, 2008).

Tras la publicación de *La tumba*, dio la edición a éste para la distribución: “Rousset lo hizo muy bien, sólo que jamás vi un centavo de las ventas en librerías” (Ramírez J. A., 2007, pág. 66). Pero para él significó otro de sus maestros, quien lo llevó a textos de teoría literaria que fueron importantes para su formación. Igualmente hizo que se interesara por Ezra Pound y T. S. Eliot, y por los dramaturgos Bertolt Brecht y Eugène Ionesco: “Rousset, como maestro, me mandó a la onda brechtiana y a una literatura de contenido político, aunque también me reveló a Salinger con *Franny y Zooey*; *The Catcher in the Rye* lo leí hasta 1965” (Argüelles, 2014, pág. 248).

Desafortunadamente tuvo un problema con él. Según sus palabras, llegó a amenazarlo de muerte y se resignó a no recibir dinero por la publicación de su libro. En un principio sintió que las advertencias que Rousset le había hecho eran

exageradas, pero después se enteró que había asesinado a tiros a Carlos Farías, ex militante y compañero suyo (Ramírez J. A., 2007).

José Agustín no supo hacer llegar su novela a los críticos, por lo que fueron pocos los que pudieron leerla y dar una opinión sobre ella: “Humberto Batis hizo una reseña chistosa en *Siempre!*, Zendejas la trató bien en *Excelsior* y un oscuro HT me relacionó con Verlaine y juró que los clics finales eran los de una pistola” (Ramírez J. A., 2007, pág. 66). Hasta después ésta fue más conocida, en una edición de Rafael Giménez Siles en *Editorial Novaro*, y obtuvo pocas ganancias de ella en 1964, vendiéndola en la Casa del Lago y en la librería de Polo Duarte, *Libros Escogidos* (Ramírez J. A., 2007).

Para ese entonces el guerrerense iba mucho a librerías, y una de ellas fue justo la de Polo Duarte, que estaba en la Alameda, en el lado opuesto del *Hotel del Prado*. Ahí Polo era “un gran lector y un extraordinario amigo, y como sabía que estábamos jodidones nos alquilaba los libros por un peso. Leíamos el ejemplar con mucho cuidado, para no dañarlo y para que él lo pudiera vender después”. Gracias a ello leyó muchos libros, y es por eso que para él esa librería fue “la última gran librería que hubo en México”, y Polo Duarte un “librero queridísimo e importantísimo” en su desarrollo (Argüelles, 2014, pág. 230).

Otra que frecuentaba era *La Librería de Cristal*, en donde trabajaban varios de sus amigos, entre los que estaban Parménides García Saldaña y Federico Campbell; y también la *Zaplana* de San Juan de Letrán. Igualmente le gustaba ir a la librería *Góngora* de Roberto Castro Vido, que estaba en la calle Orizaba de la colonia Roma, en donde:

Entre otras cosas descubrí la colección de literatura porno y semiporno de Maurice Girodias y su *Olympia Press*, que editó a Burroughs (*Junkie* y el *Desayuno desnudo*) cuando sus obras estaban prohibidas. Gracias a esta librería, y a la edición de Girodias, llegué a *Lolita*, de Nabokov, otro de los libros más deslumbrantes de mis primeros años (Argüelles, 2014, págs. 229, 230).

2.1.3. Juventud

2.1.3.1. El nacimiento de su segunda novela: *De perfil*

José Agustín y Margarita Bermúdez alquilaron un departamento en la avenida Álvaro Obregón y Medellín, y con ellos se fue su hermano Augusto. También pidió un aumento de un peso por informe junto a otros compañeros de trabajo, por lo que lo corrieron junto a otro que había encabezado la petición. Tras esto inventaron que los demás trabajadores estaban con ellos en una huelga, y que además organizarían un sindicato. Al principio no les hicieron caso, pero por las constantes insistencias lograron que los gratificaran (Ramírez J. A., 2007).

Con el dinero que recibió, pasó junto Margarita una temporada de fiestas y luego tuvo que sostenerse con algunos trabajos, aunque la realidad para él es que se encontraban en “la miseria”: “Muchas veces nos quedábamos acostados porque no teníamos nada que comer. Llegué a deber siete meses de renta, estuvieron a punto de embargar el estereo –nuestra única propiedad– y cosas por el estilacho” (Ramírez J. A., 2007, pág. 68). Por lo tanto, su hermano Augusto, en ese entonces dibujante publicitario en *Sears Roebuck*, varias veces los ayudó a mantenerse (Ramírez J. A., 2007).

Gracias a éste, supo apreciar la pintura y comenzó a interesarse en la filosofía leyendo a Platón, Aristóteles, Hegel y también a los considerados padres del existencialismo: Nietzsche, Jaspers, Heidegger y Kierkegaard, los cuales son autores, de acuerdo al escritor guerrerense, presentes en *La tumba*. A partir de los diecisiete o dieciocho años, también gracias a él, inició su interés por la sociología y la cultura política, principalmente con los marxistas leyendo a Lenin, Marx y Engels, de quien le gustaron sus libros *Manifiesto comunista*, *La guerra civil en Francia* y *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Sin embargo, el autor que más llamó su atención fue Max Stirner y su libro *The ego and its own* (Argüelles, 2014).

Dos amigos que les ayudaron a Agustín y Margarita en esta época, fueron Víctor Villela y Gerardo Gómez, quienes en varias ocasiones los invitaron a comer: “estos

heroicos amigos tenían que soplarse algunas lecturas que les hacía de la novela que estaba escribiendo a toda intensidad y que después se llamaría *De perfil* (Ramírez J. A., 2007, pág. 69).

Tras salir de la preparatoria, comenzó a estudiar letras clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, pero no le gustó y la dejó. Luego pidió una beca en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) (Martínez, 2006). Lo aceptaron y conoció además a Gustavo Sainz y a Nacho Méndez. No obstante, los desertaron de aquí y se fueron a trabajar a *Mex-Abril*, en la revista *Claudia*. También intentó obtener de nueva cuenta la beca del Centro Mexicano de Escritores, teniendo como plan acabar su novela *De perfil*, hacer una solicitud y añadir un ejemplar de *La tumba*; pero aun así, no la volvió a conseguir (Ramírez J. A., 2007).

En la revista *Claudia* conoció a Vicente Leñero, quien fue el que leyó sus primeras 200 cuartillas de su nueva obra y lo ayudó. Igualmente en este tiempo leyó varias novelas, lo que le ayudó a poner en claro muchas ideas que estaba desarrollando (Ramírez J. A., 2007).

Sobre la escritura de su segunda novela, José Agustín (2007) comenta:

Al escribir *De perfil* yo sólo tenía una idea muy nebulosa. La empecé sin saber ni de qué se iba a tratar. Quería decir mucho pero no me llegaba la estructura ni el tema. Sólo escribía lo que me llegaba. A las primeras quince cuartillas dije: esto va a ser un relato largo. A las cien, esto será una novela de doscientas páginas. A las doscientas ya tenía estructurado, más o menos, lo que faltaba y sabía a ciencia cierta con qué material estaba trabajando. A las trescientas veinte juré no pasar de trescientas ochenta: en estos momentos ya llevo más de cuatrocientas. Decidí prescindir de la mayor cantidad posible de concesiones y trabajar con libertad absoluta, sobre todo en el estilo y en el lenguaje (págs. 70, 71).

Lo que más le emocionaba era publicarla en la *Editorial Joaquín Mortiz*, pues él y Sainz frecuentaban a su editor, Joaquín Díez-Canedo, ya que pronto se publicaría *Gazapo* de Gustavo. El editor se enteró de que José Agustín estaba escribiendo una novela, que pensaba llevársela y no le desagradó su deseo (Ramírez J. A., 2007).

Poco después, José Agustín y Margarita se mudaron a un departamento en la calle Mérida, en la colonia Roma (Ramírez J. A., 2007): “De la época recuerdo los cafés-cantantes donde escuché por primera vez a los *Dugs*. Y otros donde tocaban Aran, Bátiz, *Peace and Love*” (Agustín, 1995, pág. 24).

Después de la publicación de *La tumba*, la leyó Emilio Carballido, y por medio de Juan Tovar, se ofreció a recomendarla a la editorial de la Universidad Veracruzana; pero ya que ésta no reeditaba libros, le sugirió agregar algunos cuentos y cambiar el título. Agregó cinco cuentos pero no realizó la última sugerencia, y cuando buscó a Carballido para entregársela, éste ya se había ido a Estados Unidos (Ramírez J. A., 2007).

Poco más tarde Gustavo Sainz le presentó a Luis Guillermo Piazza, gerente editorial de *Novaro*, quien quería publicar su primera novela en la serie de libros de bolsillo y agregarle el subtítulo *Revelaciones de un adolescente*, ya que la miraba de forma comercial. José Agustín no quiso esto porque sabía que con ello quedaría inscrito en la “subliteratura” y él aspiraba al reconocimiento del medio “artístico-intelectual”, al mismo tiempo que al éxito entre el público; por ello deseaba que *La tumba* se publicara en la serie *Grandes Escritores de Nuestro Tiempo*, pero Piazza se negó (Ramírez J. A., 2007).

Tiempo después, Rafael Giménez Siles, codueño con Martín Luis Guzmán de *Ediapsa* y *Las Librerías de Cristal*, preparó una colección de autobiografías, junto a Emmanuel Carballo, de novelistas menores de 35 años, en donde se incluiría a escritores como Salvador Elizondo, Gustavo Sainz y Carlos Monsiváis, entre otros. Éstas formarían parte de la serie de *Nuevos Escritores Mexicanos del Siglo XX*. Gustavo Sainz le comentó sobre ésta a José Agustín porque ellos querían saber que se encontraba haciendo; él les habló de su novela *De perfil* y quisieron leer lo que llevaba; si les gustaba le encargarían su autobiografía (Ramírez J. A., 2007).

Al final también se interesaron en editar su segunda obra, sin embargo, él les dijo que quería que se publicara en la *Editorial Joaquín Mortiz*. Al saber esto, Giménez Siles llamó a Joaquín Díez-Canedo; le dijo que había escrito una novela “excepcional” y que si *Joaquín Mortiz* la publicaba, *Ediapsa* y *Librerías de Cristal*

comprarían dos mil ejemplares. A causa de esto, Díez-Canedo lo llamó para que firmara un contrato de publicación, a pesar de que aún no la acababa de escribir. El editor le dio un adelanto de regalías y el guerrerense además le pidió cinco mil pesos para comprarse una máquina de escribir (Ramírez J. A., 2007).

Pidió permiso a la revista *Claudia* para escribir y corregir un mes entero. Se dedicó a su novela todos los días ya que tenía claro el final; pasando las trescientas cuartillas supo mejor hacia dónde se dirigía; antes, desde 1964, había sido más escritura automática y después corregía, limpiaba y reordenaba. Mientras tanto, Giménez Siles pasaba varias veces a su departamento a leer lo que llevaba, y en una de esas ocasiones, José Agustín le platicó su situación con *La tumba* y la *Editorial Novaro*. El codueño de *Librerías de Cristal* llamó a Piazza y le dijo que éstas comprarían dos mil ejemplares del libro, sólo si aparecía en la colección de literatura y no como novela de bolsillo. Días después, firmó un contrato pero con sólo cinco por ciento de regalías y dos mil pesos de adelanto (Ramírez J. A., 2007).

2.1.3.2. El éxito de *La tumba* y la publicación de *De perfil*

Tras mes y medio se comunicó con él Aurelio Garzón del Camino, jefe de correctores de *Novaro*, para señalarle lo que él consideraba errores gramaticales “inadmisibles” en su original; él le explicó que se trataba de “rupturas deliberadas con la gramática ortodoxa por necesidades inherentes de la naturaleza del texto”. Al corrector no le gustaba que utilizaba términos compuestos con varias palabras, que colocaba mayúsculas en donde no deberían ir y otras cosas así; pero él le pidió que “no aplicara supuestos principios generales a una obreja que mal que bien establecía sus propias leyes, su frecuencia de onda” (Ramírez J. A., 2007, pág. 79). Aceptó pero le advirtió que en el pie de imprenta se anotaría que era él, el responsable de la edición (Ramírez J. A., 2007).

Sobre su ópera prima dice:

Para mí, *La tumba* fue más bien exorcizar y dejar constancia de un estado de ánimo oscuro, depresivo, pesimista, bastante común por lo demás, que en mi caso se compensaba con el sentido del humor y una visión satírica. También representaba objetivar varias tendencias estilísticas y la naquería e

ingenuidad de querer apantallar con supuestos despliegues de cultura: un marco filosófico (Nietzsche y el existencialismo) numerosas referencias a autores y obras y citas en varios idiomas. Era mi primera novela, escrita a los dieciséis años, y por tanto sumamente tierna (Ramírez J. A., 2007, págs. 79, 80).

Una de esas referencias fue principalmente *Lolita*, de Vladimir Nabokov, que lo influyó en toda su carrera literaria, principalmente en el estilo narrativo. Al respecto comenta:

A Nabokov me lo planché descaradamente en *La tumba*. *La tumba* termina con un autoepitafio que está tomado de la sentencia poética de muerte que escribe Humbert Humbert antes de matar a Quilty. Se trata de un plagio deliberado, aunque en forma de paráfrasis. Y eso que me contuve de no apropiarme de más cosas, pues *Lolita* me seducía enormemente, sobre todo en el estilo (Argüelles, 2014, pág. 242).

El libro se imprimió y lo leyó Octavio Novaro, ex dueño pero aún accionista de la editorial. Inmediatamente pidió que se retirara, pero Piazza y el entonces director, lo defendieron. Por ejemplo, el primero lo hizo a través de su columna del *Diorama* y en *Lunes de Excelsior*, publicando en éste anuncios de la obra, y en la contraportada de ésta se colocaron juicios favorables de Juan Rulfo, Emmanuel Carballo, Gustavo Sainz y otros. En la segunda edición aparecieron otros como Rafael Giménez Siles, Salvador Novo y Efraín Huerta (Ramírez J. A., 2007).

En tres meses se agotó la primera edición de cinco mil ejemplares. *Novaro* lo mandó a llamar para firmar una nueva edición, pero esta vez, José Agustín pidió el diez por ciento de regalías. Esta nueva edición sustituyó la serie *Grandes Escritores* por *Nuevos Valores*, y en septiembre de 1966, apareció su segunda novela *De perfil*, publicándose en tres meses, de ambos libros, más de 30 artículos, críticas, menciones y entrevistas (Ramírez J. A., 2007).

Sobre esto, el escritor señala que hubo domingos en que todos los periódicos hablaban de *La tumba* o *De perfil*: “Eso permitió que el libro se escapara, tímidamente, del estrecho marco de lectores y cayera en manos de gente, jóvenes en especial, que no solían leer literatura mexicana”. Sin embargo, *José Trigo*, de Fernando del Paso, se publicó a la par, del cual, de acuerdo a José Agustín, se dijo

que era verdadera literatura y no las “burronadas” que él había hecho. Pero para él *De perfil* no era literatura, al menos tal como se le concebía entonces: “Era una proposición distinta; como en el rock, se trataba de fundir alta cultura y cultura popular, legitimar artísticamente de una vez por todas el lenguaje coloquial. Pero a muchos les parecía pura incoherencia” (Ramírez J. A., 2007, págs. 83, 84).

En octubre de ese mismo año apareció su autobiografía que le había encargado Giménez Siles, la cual se reeditó años después y luego incluyó en su libro *La mirada en el centro*, llamándola *Quién soy, dónde estoy, qué me dieron*. Para ese entonces acababa de cumplir 22 años, se sentía bien dotado para la literatura, pero sabía que su desarrollo apenas comenzaba:

Me consideraba, y estaba, completamente dentro de la corriente y a la vez al margen, embarcado en un sueño solitario que por suerte, muchas veces coincidía en lo que me parecía lo más avanzado de la sociedad: artistas, intelectuales y gente de izquierda (Ramírez J. A., 2007, pág. 87).

2.1.3.3. José Agustín, el guionista. El Centro Mexicano de Escritores

En 1967 renunció a la revista *Claudia* y Arturo Cantú lo invitó a colaborar en la plana cultural del periódico *El Día*, con tres notas semanales de rock y libros, en donde escribió de todo pero principalmente de José Revueltas; coincidiendo también, con la decisión de Rafael Giménez Siles de publicar la obra completa de este escritor en *Empresas Editoriales*, encargándole a él la edición y un epílogo (Ramírez J. A., 2007).

Igualmente en esa época, gracias a su amigo Luis Velo, contactó a Carlos Velo, cineasta que acababa de filmar *Pedro Páramo* y que quería hablar con él para hacer una película de su novela *De perfil*. Hugo Argüelles le recomendó que no aceptara menos de 40 mil pesos por los derechos cinematográficos, dinero que le vendría bien ya que sólo se mantenía por sus notas en *El Día*, de sus trabajos para *Empresas Editoriales*, y como lector de *Joaquín Mortiz*. Carlos Velo y su esposa Angélica Ortiz, padres de la cantante y actriz Angélica María, aceptaron darle el dinero que pedía y comenzaron con las sesiones de trabajo en su casa (Ramírez J. A., 2007).

Pero poco tiempo después, Angélica Ortiz le encargó que corrigiera los diálogos de una historia de Fernando Galiana, *Ángel o demonio*, que tras los cambios se llamó *Cinco de chocolate y uno de fresa*; película en la que actuaría Angélica María y con quien comenzaría una relación, no sin antes comentárselo a Margarita Bermúdez. Ella, a su vez, decidió irse a la casa de su hermana Hilda en Acapulco, en donde “la onda jipi”, que traían muchos jóvenes estadounidenses al país, comenzaba a expandirse con la música rock y la psicodelia (Ramírez J. A., 2007).

Mientras Margarita comenzaba a integrarse a la psicodelia y a consumir marihuana, José Agustín no estaba aún interesado en probar drogas alucinógenas, pero sí comenzó su interés por ellas leyendo libros de Aldous Huxley, R. Gordon Wasson, Albert Hoffman, Timothy Leary y estudios académicos sobre el LSD. Igualmente empezó a componer canciones con la llamada *Novia de México* para la película que estaban preparando (Ramírez J. A., 2007).

Su relación con Angélica María comenzó a deteriorarse. A él no le agradaba que tuviera una actitud pasiva en su carrera, pero principalmente que tuviera un gran apego a su madre Angélica Ortiz, quien a su vez deseaba que escribiera algo para su hija. En lugar de eso, de acuerdo al guerrerense, terminó escribiendo en una sola noche su cuento *Cuál es la onda*. Después intentó obtener de nueva cuenta la beca del Centro Mexicano de Escritores, y tras dos ocasiones fallidas, por fin la consiguió (Ramírez J. A., 2007).

Antes, junto a Gustavo Sainz, José Agustín criticó al Centro de Escritores, a Juan José Arreola y principalmente a Juan Rulfo, ya que de acuerdo a él, por el escritor de *Pedro Páramo* no había podido obtener la beca de la institución en 1964, por decir que ya eran demasiadas vacantes para los de *Mester*, y en 1965, al decir que eran ya muchos de Arreola: “Cierto o no, me indigné. Me parecían chingaderas que me descalificara dos veces por las mismas razones extraliterarias” (Agustín, 2008, pág. 28).

En entrevista con el periódico *Excélsior*, Juan Rulfo evitó el tema e incluso dijo que *La tumba* era una obra extraordinaria. Antes de que este problema creciera, Felipe García Beraza, presidente del Centro, le dijo que se equivocaba en sus

apreciaciones, que volviera a pedir la beca una vez más. Fue hasta después de esos hechos que la consiguió, de 1966 a 1967 (Agustín, 2008).

A pesar de que pidió la beca de novela, le otorgaron la de cuento, por lo que les dijo a García Beraza y a Martha Domínguez, que aun así él trabajaría y presentaría su novela *Dos horas de sol* (Agustín, 2008). Renunció a *El Día* y durante un año asistió a las sesiones del Centro de Escritores con Francisco Monterde, Juan Rulfo y Juan José Arreola como coordinadores (Ramírez J. A., 2007). Sus compañeros durante su estancia en la institución fueron: Salvador Elizondo, Julieta Campos, Amparo Dávila, y los poetas Víctor de la Rosa e Isabel Ruano, de nacionalidad guatemalteca (Agustín, 2008).

En las reuniones se trataban diferentes temas sobre los textos y la literatura en ellos. No había competencia y todos podían expresarse:

Nadie disertaba, más bien se exponía el contexto y las ideas de lo que se presentaba. Fuera del pobre De la Rosa, con quien fuimos realmente ojetes, Rulfo, Arreola, Monterde, Julieta, Amparo, Salvador y yo pasamos un año animado e incluso divertido (Agustín, 2008, pág. 32).

Al final de la beca, García Beraza le recordó que la suya era de cuento, y que si no entregaba un libro de ese género, no recibiría sus últimos mil 200 pesos. Su novela no iba ni a la mitad, por lo que realizó su libro *Inventando que sueño*: utilizó su texto *Cuál es la onda*, reutilizó su cuento *Luto*, realizó un drama en cuatro actos llamado *Es que vivió en Francia*, y también escribió *Lluvia*, *Amor del bueno*, *Cerrado* y *Cómo te quedó el ojo (querido Gervasio)* (Agustín, 2008). A este libro le colocó varias señales de orientación de lectura y lo entregó a la editorial *Joaquín Mortiz*, abriendo la serie *Nueva Narrativa Hispánica* (Ramírez J. A., 2007).

2.1.3.4. Los alucinógenos y el Movimiento Estudiantil del 68

A finales de 1967, muere su hermana menor Yolanda, a los 21 años de edad, después de que naciera su bebé, ya que sufría de un soplo en el corazón. A su vez, Margarita regresó con José Agustín. No obstante, quince días después se separaron y él intentó regresar con Angélica María, pero ella lo terminó rechazando. Comenzó a trabajar en la agencia *Publicidad Augusto Elías* como redactor de textos

con un buen sueldo, pero de acuerdo a sus palabras, acabó siendo un pésimo escritor de publicidad. Luego lo pusieron a escribir los guiones de *Domingos Herdez* y de *1, 2, 3, 4, 5 a gogó* (Ramírez J. A., 2007).

Después le dieron la oportunidad de tener su propio programa llamado *Happenings a gogó*, en donde tuvo como director de cámaras a Fernando Ge, y como conductores a Delia de la Cruz y al *Pichi*; también a Bátiz y los *Dug Dugs* en la música. A la par, empezó a escribir su obra de teatro y novela *Abolición de la propiedad*, y la primera versión de su libro sobre rock, *La nueva música clásica*, que René Ávila le pidió para incluirlo en los *Cuadernos de la Juventud*. Dieciséis años después escribiría un nuevo libro de rock de manera autobiográfica y con el mismo nombre, pero esta vez con diferente contenido (Ramírez J. A., 2007).

En esa época, tras reuniones con Juan José Belmonte, y hacerse amigo de músicos como Javier Bátiz, Héctor Martínez, Federico Arana, Mickey Salas y otros, sufrió una gran depresión:

En esos momentos me hallaba en los peores niveles de mi vida; una especie de abandono, desinterés, frivolidad, superficialidad, depresiones aplastantes; sentía un terrible complejo de culpa (que Angélica María desde un principio diagnosticó muy bien) y la coexistencia de estados de inferioridad y de grandeza (Ramírez J. A., 2007, pág. 115).

Sin embargo, como artista no tenía dudas. Sus metas eran desarrollarse sin prisas y sin pausas para ponerse al alcance de las grandes obras: “Me identificaba con Dostoievski, que muy joven publicó libros notables y que en su debido momento se la sacó con cuatro que cinco obras cupulares” (Ramírez J. A., 2007, pág. 116).

Por la influencia de su hermana Hilda y su esposo, quiso experimentar con alucinógenos, consumiendo ácidos por primera vez con Hugo Argüelles: “Yo tenía tantas expectativas que el viaje, en general, me pareció desilusionante, pero como siempre pensé que las drogas sicodélicas no eran panaceas de ningún tipo, sino meros vehículos que dependían del uso que uno les diera”. El LSD le pareció una droga para hedonistas, por lo que buscó algo “trascendente”: “No sabía qué, pero sí que no era nada de eso” (Ramírez J. A., 2007, págs. 119, 120).

Quince días después llegó su hermana y su esposo Carlos con hongos alucinógenos de Huautla, los cuales, en sus palabras, lo noquearon: “Ese segundo viaje (primero de hongos) fue confuso y denso, pero nunca aterrador, así pues pronto volví a viajar” (Ramírez J. A., 2007, pág. 122). Entonces dio comienzo a su alta ingesta de alucinógenos, combinando hongos, ácidos y marihuana, siendo esta última su favorita: “No era por hedonismo. La mayor parte de mis viajes (con alucinógenos) me sirvieron de curación: descubrir áreas de mí mismo a través de los viajes” (Madrid, 2018).

Tiempo después Angélica Ortiz lo contactó para reiniciar los trabajos de la filmación de *De perfil*, pero él le llevó a ella y a su esposo Carlos Vilo, *Abolición de la propiedad*, la cual se la compraron para los derechos de adaptación por 40 mil pesos, pero esta vez le dieron un *Datsun* nuevo y ocho mil en efectivo. Ya casi al terminar con el guion de esta película, la madre de Angélica María le encargó otro trabajo, ya que quería que se repitiera el éxito de *Cinco de chocolate y uno de fresa*. Esta cinta se llamó *Quién tiene mis enchiladas*, pero la censura de la Dirección de Cinematografía, dirigida por Hiram García Borja, le prohibió el título por supuesto albur, llamándose así *Alguien nos quiere matar*. Al final ésta no tuvo éxito e igualmente el proyecto de *Abolición de la propiedad* fue censurado (Ramírez J. A., 2007).

Durante esos días intentó de nuevo tener una relación con Angélica María, pero en sus palabras, esta segunda parte fue “una de las peores épocas de su vida”. Luego inició otra relación con Pilar Bayona, pero ésta también fue difícil porque a la mamá de la actriz nunca le agradó que anduvieran. Al final ellas regresaron a Barcelona al acabar sus contratos cinematográficos y con ello significó el final de su relación (Ramírez J. A., 2007).

A Pilar la conoció gracias a Paco Ignacio Taibo y a su esposa Mari Carmen, a quienes frecuentaba mucho durante el Movimiento Estudiantil de 1968, del cual recuerda:

Yo, como tantos otros, me emocioné cuando se inició el movimiento, esto es: cuando leí en los periódicos las versiones culeras de la represión-

provocación del 26 de julio. Admiré profundamente a los chavos de las prepas, hasta que el ejército bazuqueó el afamado portón de la prepa uno. A partir de allí seguí con atención todo lo que ocurría (Ramírez J. A., 2007, pág. 135).

Aún sin ser estudiante o militante, tuvo muy buenas relaciones con el movimiento. Antes ya había tenido su temporada de pintas, repartición de volantes, petición de dinero en los camiones, manifestaciones que habían sido igualmente reprimidas por los granaderos, y conocía lo que era ser arrestado por policías o soldados. Sin embargo, no dejó de asistir a las sesiones del Comité de Artistas e Intelectuales, fue a las manifestaciones y se presentó siempre a los mítines permanentes en la explanada de la Facultad de Humanidades (Ramírez J. A., 2007).

De esto recuerda:

La segunda vez ante un gentío de varios miles, con puesta de sol chinguetas y toda la cosa, me reventé un espich visceral y lo concluí pidiéndole al personal que le mentara la madre a Díaz Ordaz. ¡Chin-gue-a-su-ma-dre-Díaz-Or-daz!, gritamos todos (Ramírez J. A., 2007, pág. 136).

Llegó su turno en el ciclo los *Narradores ante el Público*, que tuvo lugar el mismo día de la Manifestación del Silencio, y pidió que le cambiaran la fecha para poder asistir, pero no se lo concedieron. Argüelles le sugirió que invitara a la gente a que se uniera a la manifestación y así lo hizo:

Después de diez minutos de insultos virulentos al gobierno y a Díaz Ordaz dije que en ese momento la vida estaba afuera y pedí al respetable (más o menos media sala) que nos uniéramos a la manifestación, lo cual hicimos (Ramírez J. A., 2007, págs. 136, 137).

También en su programa *Happenings* hizo muestra de su apoyo a los estudiantes, llevando a poetas como Elsa Cross a que leyeran versos a favor del movimiento, hasta que le llegó la orden de que dejarán de mencionarlo. Entonces se le ocurrió que todos jugaran cuartos para que tuvieran que hacer la “V” con los dedos; por esas acciones estuvo a punto de golpearse con Víctor Hugo O’Farril. Tiempo después, Telesistema se negó a renovar el contrato de trece programas (Ramírez J. A., 2007).

Asistió también el 15 de septiembre a Ciudad Universitaria, donde Heberto Castillo dio el grito, pero dos días después se enteró que su amigo Víctor Villela había recibido un disparo en la pierna durante la ocupación del ejército. Asimismo, el 2 de octubre su hermano Augusto “llegó lívido a mi depto.: se escapó de milagro de la matanza y había dejado su célebre carcacha en los estacionamientos del edificio Chihuahua”. A partir de lo sucedido en la Plaza de la Tres Culturas, comprendió lo que Revueltas había sabido desde un principio: “que el movimiento estudiantil transformaría profundamente el país”; y las conferencias que después dio estuvieron más cargadas de contenido político (Ramírez J. A., 2007, pág. 138).

2.1.3.5. “La onda”, el cine y la cárcel (final en Lecumberri)

En 1969, Angélica Ortiz lo impulsó para que escribiera un guion y él mismo lo filmara. José Agustín decidió adaptar *Cuál es la onda* y la esposa de Carlos Velo lo llevó con Antonio Matouk, quien aceptó producirlo, pidiéndole solamente que cambiara la historia porque esa no la había entendido. En ese entonces ya había comenzado a escribir su novela *Ya sé quién eres (te he estado observando)*, la cual eligió como nueva opción a filmar y todos aceptaron, además contaría con Angélica María interpretando un papel (Ramírez J. A., 2007).

Justo en esos días regresó con Margarita Bermúdez, quien no estaba de acuerdo con el alto consumo de marihuana del guerrerense. A pesar de eso comenzaron ambos a ingerir alucinógenos, y él, para entender las visiones que éstos le producían, empezó a leer desde esoterismo, hasta a Carl Gustav Jung y el *I Ching*. Este último no lo dejaría de leer y consultar durante años y fue Jung el que le dio sentido y unidad a sus experiencias (Ramírez J. A., 2007).

Por cierto, entre sus libros favoritos se encuentran varios que también le gustaban al psicólogo suizo, como *Los elixires del diablo*, de E. T. A. Hoffmann, *Ella*, de Rider Haggard y *El Golem*, de Gustav Meyrink, al cual considera uno de los libros de todos los tiempos, junto a *El ángel de la ventana de Occidente* (Argüelles, 2014).

También sobre alucinógenos leyó a Joseph Campbell, Erich Neumann y a Mircea Eliade, sin olvidar a Carlos Castaneda. Luego quiso escribir una novela “satírico-

desmadrosa” sobre esoterismo, pero consideró que ya existía algo similar a lo que quería, que era *Candy*, de Terry Southern. Igualmente se puso a practicar *hatha yoga* y a meditar, ya que Margarita le había enseñado los *asanas* básicos (Ramírez J. A., 2007).

A la par, en 1969 apareció su sexto libro *Abolición de la propiedad*, editado por Joaquín Mortiz y con portada de Joaquín Díez-Canedo. A pesar del momento que pasaba emocional y profesionalmente, se dio cuenta de su alto consumo de drogas y que debía pararlo, ya que también comenzaba a tener “viajes” con algunos pasajes “friquiantes” que le daban miedo. Asimismo, tampoco se sentía muy familiarizado con las ideas de sus compañeros y amigos que formaban parte de “la onda”. Al respecto opina: “siempre había rehuido todo gregarismo, y en los sesenta no fui una excepción: acabé como pájaro solitario” (Ramírez J. A., 2007, pág. 154).

Con los “sicodélicos” discutía sobre las funciones de los ácidos. No creía que la marihuana y otros alucinógenos pudieran significar una revolución; para él podían significar un detonador, pero los efectos dependían de cómo y con qué intención se les consumiera. Además quería que se dieran cuenta de la importancia de los movimientos sociales; aunque con sus amigos “rojos” discutía que lo que se necesitaba era una revolución interior. También los simpatizantes de izquierda le parecían “fresas” y los “jipitecas” unos ingenuos y despolitizados (Ramírez J. A., 2007).

Por esto escribió en ese año un cuento llamado *Luz externa*, en el que reflejó una visión crítica de “la onda”. Nunca se sintió parte de la psicodelia ni portavoz de los jóvenes de “la onda”, los cuales apenas comenzaban a ser llamados así: “Por tanto no me pareció correcto que ese mismo año Margo Glantz, en *Narrativa joven de México*, saliera con que Sainz, Parménides, Tovar, Avilés y varios más conformábamos la literatura de la onda” (Ramírez J. A., 2007, págs. 155, 156). Él había escrito antes su cuento *Cuál es la onda*:

Pero si este cuento era en realidad un mapa de la onda, entonces el fenómeno era más vasto y complejo, y Margo Glantz lo había definido mal, en especial al subrayar la cuestión del rock y las drogas, que sólo eran

inherentes a la onda como fenómeno social (Ramírez J. A., 2007, págs. 155, 156).

Para ese entonces ya estaba lista la película *Ya sé quién eres (te he estado observando)*, que de acuerdo a él, venía con varios errores desde el guion. Él armaba sus tomas de acuerdo a imágenes mentales sin importarle las necesidades de producción y de edición; también sus encuadres fueron, según su juicio, sosos y desangelados, sin olvidar que la iluminación de interiores fue convencional. Con todo el trabajo realizado, comprendió que “era un temerario irresponsable” y que “no se había preparado lo suficiente”. En 1970 la película no tuvo el éxito esperado y el producto final fue, a su parecer, “un híbrido de irresponsabilidad, planicie y algunos rasgos de talento” (Ramírez J. A., 2007, págs. 157, 158, 161).

Tras realizar la película, se fue con Margarita a Acapulco y consumieron drogas en casa de su hermana Hilda. La mañana del 14 de diciembre de 1970, salieron hacia la Ciudad de México, pero antes decidieron visitar a Salvador Rojo, un amigo y compositor a quien le había encargado el tema principal de su película *Ya sé quién eres (te he estado observando)*. Ahí fumaron marihuana que llevaba José Agustín; alrededor de 60 gramos que guardó en una lata de leche en polvo (Ramírez J. A., 2007).

Poco tiempo después, diez agentes federales armados, dirigidos por el comandante Arturo Durazo, y acompañados por dos norteamericanos, entraron y Salvador se identificó como dueño de la casa. Los llevaron al cuarto donde estaban fumando y Durazo les gritó que ahí olía a marihuana. Se llevaron a su amigo y a él lo condujeron, con pistola en el cuello, a un cuarto donde se encontraba Beto, el hermano del escultor a quien le rentaba un cuarto el compositor. Los agentes le señalaron a José Agustín la lata y le preguntaron si era suya, pero él dijo que no (Ramírez J. A., 2007).

Ahí Beto aprovechó para decirle: “Ésta es una onda de mota, pero ustedes salen; no tienen nada que ver” (Ramírez J. A., 2007, pág. 171). Esa mañana, los mismos agentes, Durazo y los estadounidenses, habían arrestado en la catedral de la Ciudad de México a varios amigos de Beto, cuando planeaban vender 17 kilos de

mariguana. Él logró escapar y fue directo a pedirle ayuda a su hermano Gustavo, pero lo siguieron (Ramírez J. A., 2007).

A todos los que estaban en la casa de Salvador Rojo los llevaron a la Procuraduría General de la República, en la capital, a excepción de la esposa y la hija del compositor. Llegando les pidieron a todos sus datos y los fotografiaron con los kilos de mariguana: “Los agentes se obstinaban en considerar a Salvador, Margarita y a mí como miembros de la Terrible Banda Internacional de Narcotraficantes, aunque evidentemente no tenían ninguna base para hacerlo” (Ramírez J. A., 2007, pág. 172). Incluso, un agente apellidado Sánchez Neyra y apodado *el Pelón*, inventó que ya conocía a José Agustín, que era un lancharo traficante de Acapulco que suministraba droga a los demás (Ramírez J. A., 2007).

Con algo de fortuna, José Agustín logró decirle a Margarita Bermúdez que asumiría la responsabilidad de la lata para que ella pudiera salir. Luego los llevaron a declarar, pero el agente del Ministerio Público y los agentes federales, según el escritor, estaban coaligados para distorsionar lo que decían y para asentar en el acta todo lo que ellos querían. En efecto, declaró ser dueño de la lata pero sólo para uso personal, aun así se le siguió acusando de tráfico de drogas (Ramírez J. A., 2007).

Poco después llegó el general Becerra, un abogado que había enviado su padre; éste le dijo que se resignara a ir al Palacio de Lecumberri porque ahí se aclararía todo: “Yo me negaba rotundamente a especular qué podría ocurrir. No quería acelerarme. Todos los arrestados de la Procu coincidían en afirmar que Lecumberri era El Infierno” (Ramírez J. A., 2007, pág. 174).

Comenzó a escribir su novela *Se está haciendo tarde (final en laguna)*, en las bolsas de las tortas que le enviaba su padre, y por fortuna los agentes federales dejaron libre a Margarita. Un jueves le tomaron fotografías, huellas dactilares y siguieron sin hacerle caso sobre que sólo debía ser consignado por la lata y no por los 17 kilos de mariguana. Al mediodía de un viernes, lo enviaron a una remesa pequeña a Lecumberri (Ramírez J. A., 2007), donde permanecería en la crujía H junto a los culpables de narcotráfico; aunque solía pasarse a la C para platicar con José

Revueltas (Madrid, 2018), con quien después escribiría el guion de la película *El apando* (Rivera, 2018).

Saldría de Lecumberri hasta el sábado 7 de julio de 1971 (Ramírez J. A., 2007), gracias, según dice, a Angélica Ortiz, ya que pidió al entonces secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, que interviniera en su favor. José Agustín después declararía: “Le mandé una carta (a Moya Palencia) que le pareció extraordinaria y así debió haber sido, porque me sacó libre luego luego. Tanto que había sufrido con abogados, y Mollejas dijo: ‘Sale este cuate’” (Rivera, 2018).

Sobre su estancia en la cárcel, el escritor años después dijo:

Yo creo que me tocaba. No legalmente. No tenía los suficientes kilos de mota que dicen, pero de alguna manera creo que me tocaba porque me estaba metiendo mucho al cine y de cierta forma en el mundo de la frivolidad y al caer en la cárcel fue algo que me regresó a mí mismo y me obligó a autoreflejarme, autocriticarme y darme cuenta de mis alcances y capacidades; de mi terror, de mi cobardía. Me hizo conocerme muy bien y me regresó a la literatura que es mi vida. Realmente en la cárcel escribí todas estas circunstancias. La cárcel es lo más espantoso que me ha ocurrido, pero por otro lado fue un empujón grandísimo que me dio el destino para poder seguir adelante y no estancarme (Martínez, 2006).

2.2. La literatura de José Agustín

2.2.1. Obra publicada

José Agustín, ganador en 2017 del Premio Nacional de Ciencias y Artes (Rivera, 2018), es un escritor considerado parte de la llamada Literatura de la Onda, a la que pertenecen también Gustavo Sainz y Parménides García Saldaña. Su inclusión se dio a partir de que Margo Glantz copiló y prologó, en 1971, la antología *Onda y escritura en México: jóvenes de 20 a 33* (Argüelles, 2014)

Entre los reconocimientos que ha obtenido, se encuentran: el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima 1983, el Premio Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón 1993, el premio Dos Océanos que otorga el Festival Biarritz en Francia, el Premio Mazatlán de Literatura 2004 y también el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2011. También recibió las becas del Centro Mexicano de Escritores, de la Fundación

Guggenheim, de la Fundación *Fulbright* y del *International Writing Program* de la Universidad de Iowa (Godínez, 2015a).

Los libros que ha publicado hasta ahora son: *La tumba* (1964), *De perfil* (1966), *Inventando que sueño* (1968), *Abolición de la propiedad* (1969), *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973, premio “*Dos Océanos*” del Festival de Biarritz, Francia) (Ramírez J. A., 2007), *Círculo vicioso* (1974), *El rey se acerca a su templo* (1977), *La mirada en el centro* (1977), *Ciudades desiertas* (1982), *Furor matutino* (1984), *El rock de la cárcel* (1984), *Ahí viene la plaga* (1985), *Cerca del fuego* (1986), *No hay censura* (1988), *Luz interna* (1989), *Luz externa* (1990), *No pases esta puerta* (1992), *Dos horas de sol* (1994), *Vida con mi viuda* (2004, Premio Mazatlán de Literatura) (Ramírez J. A., 2007), *Arma blanca* (2006) y *Vuelo sobre las profundidades* (2008) (Argüelles, 2014).

Además, entre 1990 y 1998, publicó tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana*, sobre crónica política y cultural de México entre 1940 y 1994; y *La contracultura en México*, de 1996. Un año antes recopiló sus *Cuentos completos*, que reeditó y aumentó en 2002 (Argüelles, 2014).

2.2.2. La contracultura y “la onda”

La “Literatura de la Onda”, a la cual se integra a José Agustín, se considera parte del movimiento de “la onda”, que a su vez forma parte de la contracultura. Sobre ésta última, el guerrerense explica que fue una serie de manifestaciones culturales y expresiones que ocurrieron en un periodo de tiempo que no tiene más de cincuenta años, en donde cualquier persona, que por una razón u otra no se adaptaba o se inconformaba, o no estaba satisfecha, buscaba sus propios espacios, y al hacerlo creaba una manera propia de expresarse, de vestirse, de hablar o buscaba un grupo de individuos que se expresara igual, dándose una serie de expresiones culturales que en esencia se contraponían al sistema o simplemente lo ignoraban (Martínez, 2006).

Por su parte, Carlos Monsiváis, en su libro *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*, indica que la contracultura proviene de la experiencia norteamericana

en la rebelión estudiantil de las universidades de California y Columbia, del repudio a la guerra de Vietnam, y del Festival de Woodstock. Ésta atrajo a miles de adolescentes y jóvenes por medio del rock, de las migraciones de todo tipo y del apego a libros de autores “secretos”, o a la poesía de vanguardia. Intervinieron también, a su parecer, el gusto por las nuevas “puertas de la percepción”, la creación de comunas y la utilización del habla “de la onda”, derivada del *slang* de las drogas, la cárcel, el rock y la frontera (Monsiváis, 2010).

De acuerdo a Parménides García Saldaña, en su libro *En la ruta de la onda*, los orígenes de la contracultura y “la onda” se encuentran primero en la década de los veinte, en Estados Unidos, con los llamados *roaring twenties*: aristócratas a los cuales les gustaba el jazz, tomaban whisky y eran seguidores de Freud. Tras la Ley Seca, “la onda” pasó a la clase media, hasta llegar a los tugurios y adjudicándosele el carácter de ilegal, mientras la aristocracia se refugiaba en Francia: “Al pasar de la alta sociedad a la clase media, ‘la onda’ se vulgarizó” (García S., 2014, pág. 29).

“La onda” volvió a aparecer después de la Segunda Guerra Mundial y fue “mitificada” por la película *Rebelde sin causa*; el rebelde sin causa que partió del pandillero y luego se convirtió en *beatnik*:

Los pandilleros en Estados Unidos –algo semejante ha sucedido en México– fueron los primeros aficionados prácticos de ‘la onda’; fueron los primeros seguidores del alcohol, las benedrinas, la mota. De los barrios pobres blancos y sus subterráneos salieron los pandilleros transformados en *beatniks* (García S., 2014, pág. 31).

Para García Saldaña, quien hizo trascendente a la onda *beat*, fue Jack Kerouac, “el apologista de la *Beat Generation*”, con sus libros dándole un ángulo de rebelión. Además, a su consideración, el movimiento *beat* debe tomarse como antecedente de los *hippies*, pero también de los “ángeles del infierno”, los cuales eran “*beatniks* con moto, pandilleros con moto, salvajes con moto” (García S., 2014, pág. 34).

El *beatnik* siguió al jazz porque fue la música que rompió con las inhibiciones sexuales. Algo parecido a lo que ocurrió más tarde con los *hippies* y la música rock (García S., 2014).

Después de la muerte de James Dean, símbolo de rebeldía en su momento, llegaron Elvis Presley y el rock a las clases medias, a los sectores “blancos”, expandiéndose más allá de los pertenecientes a los afroamericanos. Pero la rebeldía del llamado “Rey del rock”, y de todos sus fanáticos, culminó cuando fueron enviados a Alemania para que realizaran su servicio militar. Otros más “enfilaron hacia la cordura y sus sueños alocados rocanroleros se perdieron entre las aulas universitarias” (García S., 2014, pág. 47). Sin embargo, Elvis dejó como herencia el *rock and roll* a muchachos como John Lennon, Mick Jagger y Bob Dylan (García S., 2014).

Durante un tiempo reinó la idea de una juventud norteamericana sana, normal, con gustos por bailes como el *twist* y feliz de correr sus automóviles por las calles de California, escuchando música de los *Beach Boys*, mientras algunos jóvenes surfeaban. No obstante, también estaban aquellos jóvenes que se identificaban con la *folk music* o “música de protesta”: “una juventud rebelde, disidente, nihilista pero combativa” (García S., 2014, pág. 48).

Parménides (2014) creía que estos muchachos, que escuchaban principalmente la música de Bob Dylan, intentaron rescatar la inocencia norteamericana del polvo y el cemento, la muerte y el vacío:

Para la juventud reunida en torno a Bob Dylan la *folk music* no era disipación, sino el medio –la obra– para expresar su descontento con acontecimientos de la vida norteamericana: la discriminación racial, la invasión a Cuba, la Guerra de Vietnam, la deshumanización del pueblo norteamericano. Estos jóvenes no pertenecían a una chaviza sonriente –*yeah-yeah-yeah*– porque el mundo donde habían nacido y crecido era sombrío, destructivo, criminal, sanguinario. El paraíso de los cerdos (pág. 49).

Además señala que sin la participación de ellos, el *rock and roll* hubiera reflejado la “mediocre” imaginación de una clase media “idiotizada” por los medios de comunicación, en los cuales se habían depositado su capacidades de pensar y juzgar (García S., 2014).

Por otra parte, el movimiento negro a favor de los derechos civiles, provocó la participación de los estudiantes norteamericanos en la vida pública de Estados

Unidos, principalmente en las universidades y también fuera de ellas, como ocurrió con el movimiento estudiantil en Berkeley, Columbia (García S., 2014).

La música folk y el movimiento estudiantil se fueron extendiendo entre los jóvenes a pesar de la popularidad de músicos como Mick Jagger y los *Rolling Stones*; aunque también el rock, los rocanroleros servían para que los muchachos y muchachas manifestaran “la resurrección del cuerpo”:

Tal vez participando en la frenética danza de la soledad –*rhythm & blues*– sus cuerpos sacudirían toda la muerte, el odio, el vacío que les habían heredado de generación en generación desde que los primeros peregrinos fundaron la Nueva Inglaterra (García S., 2014, pág. 53).

La combinación del rock, la música de protesta, los nacientes movimientos estudiantiles en contra de la guerra y en favor de la libertad de expresión, generó, de acuerdo a García Saldaña, que la juventud disidente no sólo quisiera hacer el amor, sino meterse en la política para que todos pudieran hacerlo:

Sí, no sólo los jóvenes norteamericanos tenían el derecho a hacer el amor: también los de Cuba y los de Vietnam y los de Corea y los de Checoslovaquia. Para que todo el mundo hiciera el amor no debía haber guerra. La guerra es enemiga del amor (García S., 2014, pág. 53).

Querer eso, era querer el fin de la Guerra de Vietnam, era estar en contra del *Establishment*, era entrar en la política. Apoyar a los afroamericanos en su lucha también era meterse en política, al igual que estar a favor de lo que ocurría en Cuba (García S., 2014).

Sobre este vínculo entre política y contracultura, José Agustín, en entrevista con Raúl Godínez, incluida en el libro *Desde el corazón de las palabras*, dice: “aunque la contracultura no se propone un trabajo político, sí tiene como consecuencia un efecto político, porque desenmascara las asfixiantes condiciones de vida que existen dentro del sistema” (Godínez, 2015a, pág. 179).

Luego el rock terminó aplastando la música folk con la exportación de agrupaciones inglesas como *The Beatles*, promoviendo “la creencia de una juventud dedicada a la alegría”. Sin embargo, a pesar del auge del rock, de que la clase media

aparentemente vivía en el paraíso, los disidentes siguieron revelándose: “El *rock n’ roll* no es suficiente para paralizar el descontento, la rebeldía, la participación” (García S., 2014, pág. 54).

Pero al rock se le unieron las drogas alucinógenas: la mariguana, el LSD, el peyote y los hongos. La rebeldía se terminó cuando el adolescente y el joven salieron del *establishment*, cuando acudieron a los “paraísos terrenales”. No obstante, también las drogas funcionaron para abrir una nueva perspectiva del mundo; se reinventó con nuevas modas, nuevos gustos: vestimentas, creaciones artísticas y formas de pensar. Hasta la muerte de Malcolm X, militante de la lucha de los afroamericanos (García S., 2014).

Su asesinato provocó la furia de toda una comunidad que lo apoyaba, mientras otros jóvenes rechazaban la violencia que se generaba por estos conflictos raciales, promoviendo, al mismo tiempo, ideas más pacíficas. Así fue como empezó la expansión de la idea de amor y paz a través del rock y la meditación, siguiendo el ejemplo de los *Beatles* y su simpatía a una religión *antiestablishment* para alcanzar la serenidad (García S., 2014). Estas fueron las ideas principales del hipismo.

Pero, de acuerdo al también autor de *Pasto verde*, ciertos muchachos de esta onda despertaron. En su época de estudiantes, muchos de ellos habían sido disidentes, por lo que al ver que la onda *hippie* andaba mal ubicada en relación a su forma de pensar, éstos le agregaron a la psicodelia, la política:

El hipismo mostró que la luz que iluminó a los chavos amorosos sólo cambió su exterior. Quienes abandonaron su actitud inmóvil –o sea, los chavos que llegaron a la política– llamaron a su onda: *yippie*. La psicodelia no los había despegado de la Tierra, sino exteriorizado toda la imaginación existente en sus cerebros (García S., 2014, pág. 60).

Desde el punto de vista de Parménides, el movimiento *yippie* fue el movimiento juvenil con mayor imaginación, sobre todo en Chicago por la realización de la Convención *Yippie*, parodiando a la de los demócratas y llevándose a cabo así la primera manifestación del poder de la imaginación contra el *pig power* (García S., 2014).

Sin embargo, los *yippies* o “los siete de Chicago”, fueron reprimidos. Su alegría y antiolemnidad fue aplastada y la violencia que se originó en las calles fue atribuida a ellos, llamándolos “promotores de disturbios” (García S., 2014).

Del primer festival de rock al aire libre en Woodstock, con grandes grupos de rock, “grandes gurús de la onda”; a Altamont, donde ocurrió el asesinato de un afroamericano por los “ángeles del infierno”, en un concierto de los *Rolling Stones*: “la magia misteriosa del viaje se ha desvanecido, esfumado (...) Los pequeñoburgueses buscan el camino de la salvación personal. La música ha vuelto a su simplicidad, ya no tiene la apariencia de multiplicidad” (García S., 2014, pág. 66). Así terminó “la onda” en Estados Unidos.

2.2.2.1. Los hippies y los alucinógenos mexicanos

La mayor atracción de los hippies estadounidenses para viajar a México fue el crecimiento de hongos, peyote, “semillas de la virgen” y marihuana, pero también porque éstos buscaban alejarse de los centros urbanos y ubicarse en sitios naturales con alta producción de alucinógenos. Por eso mismo llegaron a lugares como Real del Catorce, los Cabos, Puerto Vallarta, Yelapa, Barra de Navidad, Manzanillo, Acapulco, Puerto Escondido, Puerto Ángel, Cipolite, San José del Pacífico, San Cristóbal de las Casas, Oaxaca, San Miguel Allende, Ajijic e incluso la Ciudad de México, pero principalmente a Huautla (Ramírez J. A., 2014).

El constante viaje de personas a México por alucinógenos comenzó con la publicación de un artículo de Robert Gordon Wasson en la revista *Life*, sobre los hongos en Huautla, en 1957. Asimismo, el periodista Luis Suárez escribió sobre este lugar en la revista *Siempre!*, en 1962. Fue ese mismo año en el que el biógrafo de María Sabina, Álvaro Estrada, registró que los primeros “prejipis”, jóvenes estadounidenses con prendas de colores llamativos, huaraches, fumadores de marihuana, que realizaban meditación y eran liberados en su moralidad, llegaron a este pueblo; sólo antes habían sido investigadores y después también empezaron a llegar jóvenes mexicanos (Ramírez J. A., 2014).

En 1964 hubo un gran aumento de visitantes que se instalaban en Puente de Fierro, lugar con naturaleza y crecimiento de hongos. Pero en 1966, el periódico *Excélsior* publicó reportajes indicando la presencia de unos “viciosos” en Huautla, que buscaban hongos y dispuestos a pagarlos con dólares. Un año después, Alejandro Ortiz Reza, periodista del mismo diario, escribió el artículo *Invasión de beatniks en Oaxaca*, en donde a los jóvenes los llamaba “seres inútiles, deprimentes, inmorales y viciosos”. Ante la crítica de los medios, en septiembre de 1967, la Secretaría de Gobernación comenzó la deportación de estadounidenses y el encarcelamiento de mexicanos, lo que se alargaría hasta 1968 y 1969, con la ayuda de agentes de la Policía Judicial Federal (Ramírez J. A., 2014, pág. 75).

Sin embargo, siguió llegando gente a Huautla por vías alternas, además se agregaron otros sitios a los lugares de destino como Ayautla y Tenango. Aunque la cantidad de norteamericanos se redujo, los nacionales siguieron con estos viajes. Otras alternativas eran las playas de Oaxaca, principalmente Cipolite, a donde no tardaron en llegar policías y militares (Ramírez J. A., 2014).

2.2.2.2. Los jipitecas

A pesar de los operativos del gobierno que pretendían acabar con el consumo de alucinógenos y la presencia de hippies, no lograron evitar que los jóvenes del país mantuvieran contacto con los estadounidenses y se generara un nuevo movimiento en México. De acuerdo a José Agustín (2014), en el libro *La contracultura en México*, tanto norteamericanos como mexicanos compartían “una profunda insatisfacción ante los asfixiantes modos de vida, que bloqueaban la expresión libre y natural” (pág. 76).

Sobre este nuevo movimiento, el antropólogo Enrique Marroquín, autor de *La contracultura como protesta*, planteó que los hippies del país debían ser llamados “jipitecas” para diferenciarlos de los de Estados Unidos, ya que éstos se identificaban más con los indígenas por su mayor conocimiento de plantas alucinógenas (Marroquín, citado por José Agustín, 2014). Estos “jipitecas” pertenecían en su mayoría a la clase media pero también a la clase baja. Al respecto, José Agustín (2014) comenta: “En un país rabiosamente racista como

México era una verdadera revolución que grandes sectores de jóvenes se identificaran y se solidarizaran con los indios” (pág. 77).

Además de admirar a los indígenas por sus conocimientos sobre alucinógenos, los “jipitecas” usaban sus prendas de vestir, como los huipiles, rebozos, faldones, huaraches, camisas y pantalones de manta, además de brazaletes y collares. Asimismo les interesaban sus artesanías y se inspiraban para hacer las suyas. Viajaban a las playas mexicanas, pero también a las pirámides de Teotihuacán, Tula, Xochicalco o Monte Albán, siempre cargando cierta cantidad de alucinógenos (Ramírez J. A., 2014).

Varios de ellos eran seguidores de la música rock, por lo que iban a cafés cantantes populares a finales de los sesentas, como el *Schiaffarelo* y el *Hullabaloo*; o a clubes nocturnos con show de rock, como el *Veranda*, el *Champaña a Go Go* y el *Terraza Casino* para escuchar a Javier Bátiz, *Los Finks*, *Los Dug Dugs*, *Peace and Love*, *Los Tequila* y *Los Sinners* (Ramírez J. A., 2014).

Sobre los “jipitecas”, Elena Poniatowska (1990), en el libro *¡Ay vida, no me mereces!*, dice:

Los chavos se tiran en las playas de Oaxaca, en Puerto Ángel, y allí fuman, una, dos, tres muy *cool*, se drogan, se echan sus viajes y aunque algunos andan pasadísimos, es muy buena la onda, claro, algunos se piran porque están pasados, el rock todo lo aliviana, las aguas vuelven a cerrarse, ellos ya se vincularon con la naturaleza, anduvieron hasta arriba con el ácido, la hierba. Escuchan rock (pág. 185).

Para 1967, el Parque Hundido de la Ciudad de México era el principal centro de los “jipitecas”, y fue justo en este lugar en el que se dio una fuerte represión por policías y granaderos, con lo que incrementó su persecución: “Los arrestos tenían lugar sin motivo alguno, simplemente porque los agentes veían a jóvenes con el pelo largo. Los rapaban, los golpeaban, los extorsionaban y después los consignaban por ‘delitos contra la salud’”, indica José Agustín. Si bien algunos sí se dedicaban a la venta de drogas como la marihuana, los ácidos, hongos, mezcalina, silocibina, hashish, cocaína, velocidad y otras, “nunca hubo una verdadera mafia de jipis traficantes”; agrega el escritor guerrerense (Ramírez J. A., 2014, págs. 78, 80).

La forma de hablar de los “jipitecas” era un caló que combinaba neologismos con términos utilizados en estratos bajos, incluso carcelarios, que también mezclaba coloquialismos en inglés de Estados Unidos. En palabras de José Agustín, se producía un “espanglés” con palabras como: jipi, friquiar, fricaut (*freak out*), yoin (*joint*), díler (*dealer*), estón o estoncísimo (*stoned*) y jai (*high*). Otras palabras fueron totalmente nuevas como chido e irigote. Pero además se añadieron nuevos sentidos a palabras existentes; denotaban cosas, condiciones o estados que aún no se conocían, o un significado se les agregaba después de la experiencia sicodélica: la onda, agarrar la onda, salirse de onda, ser buena o mala onda; el patín, las vibras, azotarse, aplanarse, alivianarse, friquearse, prenderse, atizarse y quemar (Ramírez J. A., 2014).

Sobre este lenguaje, Agustín (2014) comenta: “En buena medida los sicodélicos sentían que estaban inventando el mundo y que debían volver a nombrar las cosas. Jugaban mucho con las palabras” (pág. 80). Igualmente entre ellos se decían “maestros” o “hijos”, en un sentido de familiaridad, además daban un gran uso a las groserías. Todo esto en conjunto después fue nombrado como el “lenguaje de la onda” (Ramírez J. A., 2014).

Otra forma de hablar de los “jipitecas” era al revés, que era fácil de decodificar porque consistía en invertir las palabras bisílabas y en desplazar al final la primera sílaba de las trisílabas: johi-hijo, dope-pedo, gadachin-chingada, garroci-cigarro. En otras ocasiones era difícil entender este lenguaje, más cuando se trataba de drogas, por ejemplo: “ya sábanas, ese huato de moronga es puro guarumo y los ojetes quieren una quiniela, qué vergas, mejor llégale a esta roja sinsema del volcán, son puras coliflores, me cae que te despedorra” (Ramírez J. A., 2014, pág. 80).

Además de los alucinógenos, los hippies mexicanos se interesaron por la astrología, la formación de comunas rurales, el vegetarianismo y el naturismo, ya que tenían conciencia del deterioro ambiental en las ciudades. Por ello cultivaban y cosechaban sus propias verduras utilizando sólo fertilizantes naturales. Entre las comunas “jipitecas” más sobresalientes estaban: la de los jóvenes de clase alta conocida

como *Hotel Gurdieff*, la de *El Vergel*, en el valle de Oaxaca; la *Arcoíris*, de Vivapan; y la de *Huehucóyotl*, en Amatlán, en las alturas de Tepoztlán (Ramírez J. A., 2014).

2.2.2.3. El nacimiento de “la onda” en México

A pesar de la forma de pensar de los “jipitecas”, en contra de los “asfixiantes modos de vida”, éstos no mostraron interés por participar en el Movimiento Estudiantil del 68 y “no concedían gran atención a los sucesos del país”. Al mismo tiempo, los estudiantes no estaban interesados en la contracultura que comenzaba a surgir en los sesentas. Sobre esto, José Agustín (2014) dice: “De hecho, en ese sentido el movimiento fue una típica evolución de las actividades contestatarias de la izquierda mexicana, era sumamente latinoamericanista. Cualquier cosa que se relacionara con Estados Unidos tenía que ser un horror del imperialismo”, por lo que para ellos los hippies y la música rock eran una “infiltración imperialista”, o una especie de “colonialismo cultural” (págs. 76, 82).

En lugar de rock, los estudiantes utilizaban canciones de la guerra civil española y corridos de la revolución mexicana, como el de Cananea. En palabras del escritor guerrerense, el estudiantado no se daba cuenta de que la contracultura era una reacción profunda, “humanizante” en contra del “imperialismo” de Estados Unidos. Pero fue en agosto de 1968, que el Movimiento Estudiantil pasó a convertirse en un movimiento popular integrado por diversos sectores sociales, entre ellos algunos “jipitecas”. Igualmente, los estudiantes dejaron influenciarse por la sicodelia, les comenzó a gustar el rock, fumaban marihuana y probaban diferentes alucinógenos. Asimismo, dejaron crecer su cabello, usaban morrales, chamarras y pantalones de mezclilla (Ramírez J. A., 2014, pág. 82).

A partir de la violenta represión contra los estudiantes, una parte de los jóvenes consideró que las mejores vías para cambiar a México eran las violentas, por ello surgió la guerrilla en Guerrero y la llamada guerrilla urbana. La otra parte comenzó a simpatizar más con los hippies adquiriendo determinadas características de la contracultura, principalmente el lenguaje y la forma de vestirse. Por su parte, los “jipitecas” ampliaron su conciencia social. Es así que nació el movimiento de “la onda”, con manifestaciones culturales de jóvenes mexicanos que “habían filtrado

los planteamientos jipis a través de la durísima realidad del movimiento estudiantil” (Ramírez J. A., 2014, pág. 83).

Se trataba de jóvenes de distintos estratos sociales que “funcionaban como pequeñas células aisladas y diseminadas a lo largo del país, porque en 1969 ya había chavos de la onda en muchas ciudades, grandes y pequeñas, en México”. Y fue en el eclipse solar de 1970, y principalmente en el Festival de Avándaro de 1971, que “la onda” tuvo sus mayores alcances: “A partir del 68 se empezó a hablar de chavos de la onda y ya no tanto de jipis” (Ramírez J. A., 2014, pág. 83).

La palabra “onda” podía tener diferentes significados, como podía referirse a algo material en la expresión “pásame esa onda”, también podía referirse a cosas intangibles como decir simplemente “la onda”. Esta expresión para los jóvenes de los años sesenta significaba también una energía que tenía como principal función la de comunicar. Decir “agarrar la onda” significaba, en palabras del guerrerense, sintonizarse en la frecuencia correcta en la forma de ser, de pensar, de hablar y vestir; consumir alucinógenos, beber cerveza, entender la realidad, no sólo la superficie; era amar, querer la paz y la naturaleza, rechazar todo aquello desgastado como los valores, así como la “hipocresía” del sistema que tenía su mayor representación en lo “fresa”, “la antítesis de la buena onda” (Ramírez J. A., 2014, pág. 84).

En el Prólogo del libro *En la ruta de la onda*, de Parménides García Saldaña, Valentina Sanjuan señala que “la onda” era el sustantivo ideal de la transición de la juventud de la Ciudad México y su devaneo entre lo rural, lo nacional y lo extranjero, de donde se tomaron símbolos para extenderse después en la urbe, encontrando su punto más alto, su identificación plena en el rock (García S., 2014).

Agrega también:

Esa generación formó parte de la contracultura que se identificó con el rock y a partir de ahí, las guitarras eléctricas, las letras transgresoras y el repudio al Estado, fueron los símbolos de una identidad juvenil que pedía a gritos – literalmente– reorientar el mundo: la droga alentaba el viaje placentero, el

olvido momentáneo de la guerra, del racismo, de la podredumbre humana (García S., 2014, págs. 11, 12).

Sobre “la onda”, también García Saldaña (2014) declara lo siguiente:

En su dimensión terrenal, ‘la onda’ es la desaparición del modo de vida de la sociedad. Es el desprecio a las normas que ésta impone al individuo. Estar ‘en onda’ es estar al margen, convertirse en *outsider*, forajido, disidente, rebelde: en un ser humano fuera de las leyes que rigen el orden social. Es oponer la imaginación a la no-imaginación. Es parodiar la disipación oculta detrás de la solemnidad del mundo *square*, cuadrado, chato, plano y fresa (pág. 28).

Para Parménides los que conformaban “la onda” eran adolescentes y jóvenes menores de treinta años, que eran vilipendiados, injuriados, despreciados por la sociedad que desde las posiciones de “el progreso” y “la justicia social” no podían explicarse su existencia en México. Eran considerados agitadores que tentaban contra el orden y la ley, “unos perdidos para la sociedad” (García S., 2014, págs. 75, 76).

Por su parte, para Elena Poniatowska ser de “la onda” era ser muy chavo, utilizar cierto tipo de ropa, compartir una sensación horrible de alienación y aislamiento en la sociedad, hermanarse a través de las bandas, el rock y los hoyos fonquis. La “vida ondera” fue estar en contra de la “vida complaciente” y también hablar cierto lenguaje (Poniatowska, 1990).

Sobre éste, igualmente llamado “lenguaje de la onda”, Monsiváis (2010) declara:

Este idioma, durante unos años y antes de su feroz comercialización, resulta saludable y renovador; la invención entre hallazgos y repeticiones de palabras, de actitudes y desafíos a las generaciones anteriores. Los urgidos de espacios libres necesitan el idioma sectorial, las palabras de la tribu, y el habla denota orgullosamente las diferencias con la generación anterior porque –como apunta Paloma Villegas– disminuye o vuelve psicológicamente utilitarios los Bienes Máximos del consumo: automóvil (lámina) y casa (cueva); porque define bandos (los chavos/ la tira/ la chaviza/ la momiza); porque pregona como bien máximo la vida sin ambiciones o metas prefijadas (el aliviane, desafanarse, andar en el role) y la pérdida de temor a lo nuevo o la carencia de importancia de la mayoría de los hechos (llegarle, no hay grito, no te azotes) (págs. 380, 381).

Pero las palabras de “la onda” fueron saqueadas por la publicidad comercial y “el *slang* elaboró su propia cárcel”. A pesar de esto, el ensayista mexicano creía que mucho se le debía a este movimiento y a su lenguaje por la ampliación de espacios culturales y morales (Monsiváis, 2010, pág. 381).

También sobre éste, García Saldaña (2014) dijo:

En el principio fueron palabras prohibidas, parecían formar el lenguaje de un terrorista, de un anarquista, de un revolucionario de la nada. Ante el pudor de la gente respetable, las palabras eran bombas que explotaban frente a su menguada, hipócrita moralidad (...) Las palabras eran bombas de destellos multicolores entre el mundo blanco y negro de la gente ‘decente’. Las palabras eran los estallidos predecesores de una modificación en el modo de vida de nuestra pequeña burguesía y parte de la burguesía (...) Las palabras eran una mentada de madre y una patada en el culo a la respetable sociedad mexicana (pág. 74).

Desde el punto de vista de Parménides, este idioma era extraño a la sociedad mexicana porque provenía de las fronteras de la Ciudad de México: “Vino de los subterráneos, de los maceguales a los hijos de los siervos de los señores, es decir, de la ñieriza a la clase media” (García S., 2014, pág. 76).

Sobre la importancia de las clases sociales en “la onda”, García Saldaña puntualizó lo siguiente: “Sin la existencia de una burguesía sólida, rodeada de una clase media buscona de ídem posición, no se explica ‘la onda’ en México” (García S., 2014, pág. 78).

No obstante, tras el Festival de Avándaro, la sociedad y el gobierno buscaron impedir toda expresión de la contracultura y de “la onda”, criticaron cualquier acción que surgiera de ellas, hasta el punto de que los jóvenes de clase media salieran y sólo se quedaran los pertenecientes a la clase baja. Esto trajo consigo que el rock se marginara y los grupos de esta música terminaran en “hoyos fonquis”, populares en la década de los setentas (Ramírez J. A., 2014).

“Todo esto acabó con la onda (...) Pero mientras duró naturalmente fue muy buena onda, y hubo muchos que la vivieron a fondo, a veces con todo y su viaje lateral a las cárceles”, añade José Agustín (Ramírez J. A., 2014, pág. 90).

Si “la onda” había tenido un origen colonizador, para Elena Poniatowska se nacionalizó en el camino y resultó un experimento fresco, “un viento que barrió bien y nos ‘alevantó’”: “el lugar que ocupa la Onda es importante, por cambiante y por real, por mutilado y por doloroso, por reciente, torpe y tartamudo” (Poniatowska, 1990, pág. 213).

2.2.2.4. Las expresiones contraculturales de “la onda”

Durante este tiempo, hubo muchos medios de comunicación que prestaron atención a “la onda” y a la contracultura; expresiones artísticas de cineastas, músicos y escritores que escribieron sobre este movimiento. Por ejemplo, la revista *Piedra Rodante* con colaboradores como Parménides García Saldaña y Enrique Marroquín, y otras como *Zona Rosa* y *Yerba*, esta última editada por Ariel Rosales. También diarios nacionales como *El Heraldo de México* y su suplemento de espectáculos de Guillermo Vázquez Villalobos, en donde colaboraba José Agustín, quien también escribió en *Claudia de México* y en el periódico *El Día* (Ramírez J. A., 2014).

En teatro, cine y televisión, uno de los mayores exponentes fue Alejandro Jodorowsky, con obras como *Zaratustra*, la película *El topo*, y el programa *1, 2, 3, 4, 5 a gogó*. Asimismo, José Agustín participó en montajes de obras como *Cuál es la onda* de Raúl Ruíz, y *Círculo vicioso* de Abraham Oceransky. En cine, el guerrerense participó en la filmación de sus libros, como *Cinco de chocolate y uno de fresa* de Carlos Velo, y *Ya sé quién eres (te he estado observando)*, protagonizadas por Angélica María. Además del programa de televisión *Happenings* (Ramírez J. A., 2014).

2.2.2.5. La literatura de la onda

Sin embargo, fue en la literatura donde hubo una mayor expresión de “la onda”, pues a pesar de que la literatura sobre jóvenes ya existía desde años anteriores, fue en la década de los sesentas que tuvo un mayor auge, pues esta se escribía desde la juventud, lo que reflejó, de acuerdo a José Agustín, autenticidad, frescura, humor, antiolemonidad, irreverencia e ironía; que a su vez significó la utilización de

un lenguaje coloquial, de un juego de palabras y el “uso estratégico de elementos de la realidad cotidiana combinado con situaciones y personajes enteramente ficticios”. Sin embargo, “la intensa naturalidad que producía daba la impresión a lectores poco atentos o prejuiciados de que se trataba de una imitación de la realidad” (Ramírez J. A., 2014, pág. 95).

Para Carlos Monsiváis, hay en esta literatura un cambio de influencias: “De los valores culturales naturalmente consagrados, a los valores urbanos, con su mezcla o *collage* de impresiones, jerarquizaciones del gusto que se modifican a voluntad, culto a la velocidad, fe en el diálogo rápido como la sombra de las psicologías” (Monsiváis, 2010, pág. 378).

A esto se apegaban escritores como Gustavo Sainz, José Agustín y Parménides García Saldaña, “que trasladan a sus narraciones fragmentos del habla juvenil, de la ronda de fiestas y tocadas, del rock y de su planeta contiguo, la idea (la praxis) de la Revolución Sexual” (Monsiváis, 2010, pág. 378).

La primera novela de la década de los sesentas sobre jóvenes fue *Colonia Roma* (1960), de Augusto Sierra, la cual hablaba de las pandillas de finales de los cincuentas. Después se publicaron *La tumba* (1964), de José Agustín, y *Cuando los perros viajan a Cuernavaca* (1965), de Jesús Camacho Morelos. Luego *Gazapo* (1965), de Gustavo Sainz, *De perfil* (1966) e *Inventando que sueño* (1968), de Agustín. Estos dos últimos autores iniciaron el “boom” de la literatura juvenil (Ramírez J. A., 2014).

Otra novela de este tipo fue *Los juegos* (1967), de René Avilés Fabila. Antes, la *Editorial Diógenes* abrió en 1966 una serie de autobiografías de autores menores de 33 años, y en 1967 creó el concurso de primera novela, del cual surgieron obras como: *Pasto verde* (1968), de Parménides García Saldaña, considerado por José Agustín (2014) como “el único y verdadero patriarca de la onda en México” (pág. 97); también *Larga sinfonía en D*, de Margarita Dalton, *En caso de duda*, de Orlando Ortiz y *Los hijos del polvo*, de Manuel Farill. Un poco más tarde, *Acto propiciatorio* (1969) y *Lapsus* (1971), de Héctor Manjarrez; *El rey criollo*, de García Saldaña y *Las jiras*, de Federico Arana (Ramírez J. A., 2014).

También consideraba Monsiváis, que los personajes de estos libros deseaban actuar de acuerdo a las cualidades atribuidas a los “semidioses” del rock. Utilizaban frases incisivas, recurrían a los desplantes y al sexo como una alucinación. La droga para ellos era una forma de desafío y nunca llegaban a entender el “tedioso” mundo de los adultos (Monsiváis, 2010).

En esta literatura, sigue explicando el ensayista mexicano, se retomaban varios recursos de la picaresca para demoler o criticar prohibiciones y regaños moralistas: “La picaresca es un método de conocimiento, y el pícaro es el antihéroe en la sociedad corrupta, el alivianado entre la inercia de clases medias, el que le da a su burla las dimensiones de un saqueo” (Monsiváis, 2010, pág. 379).

Por otro lado, para Poniatowska todos estos jóvenes escritores trataron de rescatar el lenguaje coloquial popular, dándose cuenta, consciente o inconscientemente, que de donde extraían esta clase de lenguaje era de las capas más rechazadas de la sociedad, llevándolos a romper las barreras de la clase media y a sentir apego por los “jodidos” (Poniatowska, 1990).

Consideraba que con el surgimiento de esta literatura, por primera vez se les dio a los jóvenes un material de lectura muy accesible e inmediato, y por ello, comenzó a generarse un nuevo público lector. Además, con escritores como Agustín, Parménides y Sainz, la literatura mexicana se abrió, se desensolemnizó, agarró “buenas vibras” (Poniatowska, 1990).

También la escritora de *La noche de Tlatelolco* creía que a pesar de que la vida de los jóvenes escritores era temeraria y dolorosa, que su obra sufría una “norteamericanización”, y que tenían una devoción al rock y a la mota; nada de esto disminuyó la acción liberadora de su escritura: “Personalmente se hicieron pedazos peros sus cualidades de simpatía, vigor, rebeldía, sentido del humor y anticonvencionalismo están en las páginas de sus libros” (Poniatowska, 1990, pág. 191).

Igualmente los de “la onda” presentaron su concepción, rechazaron el estilo y la forma que supuestamente tenían que tener los escritores para ser reconocidos

como tales; relataron sus vivencias como se les dio “su regalada gana” (Poniatowska, 1990, pág. 205).

Sin embargo, desde su punto de vista, no existía una “Literatura de la onda”:

Si examinamos uno por uno a los escritores de la llamada Onda veremos que sólo entre Parménides, José Agustín, el Sainz de *Gazapo* y Jesús Luis Benítez hay verdaderas afinidades. José Agustín tiene un cuento: *¿Cuál es la onda?*; Parménides escribe sobre el movimiento social de la Onda en *En la ruta de la Onda*; Jesús Luis Benítez, *Control Remoto y otros rollos*; pero agruparlos en un solo movimiento para unificarlos como si ninguno tuviera características propias resulta parecido a que las mujeres que escribimos nos llamaran ‘la literatura de la falda, o de la blusa, o de la bolsa de mano’ como si nuestras preocupaciones de amor, maternales o culinarias nos incorporaran automáticamente a una secta (Poniatowska, 1990, pág. 198).

Para ella todos los escritores agrupados en este tipo de literatura tenían diferentes formas de escritura y de vida, “una individualidad absolutamente rabiosa” que en la mayoría de las ocasiones ni siquiera convergía en el rock, las drogas, “la chaviza”, o en el lenguaje coloquial. Además esta generación, explica Poniatowska, no tenía siquiera un “vehículo de expresión generacional” porque ni siquiera compartían los mismos enfoques literarios como llegó a suceder con la generación de los treinta (Poniatowska, 1990, págs. 199, 202).

A su parecer esta etiqueta se originó cuando la ensayista Margo Glantz publicó un libro sobre estos jóvenes, provocando también la animadversión de las altas esferas culturales a esta generación de escritores (Poniatowska, 1990).

En 1969, Glantz, de un proyecto de Xavier del Campo, publicó la antología *Literatura joven de México*, la cual se reeditó luego con más autores y el nombre de *Onda y escritura en México*. Al respecto, José Agustín (2014) comenta:

En ambas ediciones, Glantz dividió el mapa de la literatura mexicana en dos grandes categorías irreconciliables: la onda y la escritura. Esta última era la buena, la decente, la culta, la artística, la que había que escribir, alentar y premiar; la onda era lo grosero, vulgar, la inconciencia de lo que se hacía, lo fugaz y perecedero, jóvenes, drogas, sexo y rocanrol. Con semejante reductivismo la doctora Glantz mandó a la onda al museo de los horrores y

propició que el *Establishment* cultural condenara, satanizara y saboteara esa literatura (pág. 96).

2.2.2.6. Margo Glantz: La literatura de la onda y la escritura

Entre 1960 y 1970, Margo Glantz consideró que la narrativa mexicana se enriqueció con un mayor número de autores que utilizaban diferentes tipos de narrativas, creaban estilos, establecían una competencia entre ellos, y producían una novelística. Constituían, además, una corriente literaria con influencias cosmopolitas, inspirada en las tradiciones anteriores, a pesar de que intentaban ser una narrativa de ruptura, que construía, a su vez, un nuevo terreno en el que surgió la novela mexicana (Glantz, 1971).

Esta narrativa mexicana dio comienzo con obras como *El luto humano* (1943), de José Revueltas y *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez; destacando otros autores como Juan Rulfo, Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Elena Garro, Emilio Carballido, Jorge Ibargüengoitia y Luis Spota. Ya en los sesentas, en la primera mitad sobresalieron autores como Vicente Leñero con *Los albañiles* (1963), Tomás Mojarro con *Bramadero* (1963), Juan García Ponce y *Figura de paja* (1963), José Emilio Pacheco y *El viento distante* (1963), Elena Poniatowska y Fernando del Paso. Mientras que en la segunda, Salvador Elizondo y *Farabeuf*, y Gustavo Sainz con *Gazapo* (Glantz, 1971).

Sin embargo, Glantz considera que, en *Onda y escritura: Jóvenes de 20 a 33*, la publicación de muchos títulos no era del todo significativa:

La publicación de libros inútiles es una de tantas contaminaciones que nos corroen al igual que la del aire, pero la persistencia que muestran ciertos escritores, su intención de autocrítica evidente, su necesidad de dedicarse a las letras como vocación, revelan la existencia de una narrativa mexicana verdaderamente nueva, nueva porque ofrece otra visión de México, porque esboza o define otros conceptos de escritura, porque recibe influencias distintas de las que hasta ahora habían prevalecido y porque es una apertura –o desgarradura, como diría Paz– hasta cierto punto inédita en nuestras letras, aunque a final de cuentas todo esto se revela como la simple pedantería de toda generación (Glantz, 1971, págs. 7, 8).

Para ella, *Gazapo* de Sainz y *De perfil* de José Agustín, no eran las únicas historias que hablaban sobre la adolescencia y que eran al mismo tiempo escritas por jóvenes, una literatura con “una especie de código de iniciados para iniciados”, una que el adolescente escribía para que el adolescente leyera. Por ello dio como ejemplo *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, en donde el personaje principal buscaba ingresar al “clan” para alcanzar la adultez, cosa que no sucede, de acuerdo a ella, en las dos primeras novelas (Glantz, 1971, pág. 9).

En esa narrativa de adolescentes, la situación del personaje principal no se narraba desde afuera, tampoco era un monólogo interior, sino que la relación con el mundo y su descripción se daban por medio de un lenguaje que el propio adolescente creaba, uno que reflejaba la interioridad y la exterioridad. También en ésta se incrustaba el dinamismo en la forma de comunicarse, en la descripción de las acciones para marcar un distanciamiento con los adultos (Glantz, 1971).

Sin embargo, el deterioro de la familia, los desgastes de la edad, la necesidad de entrar en el sistema, eran las principales amenazas a la intención de los jóvenes de permanecer en “la onda”, de seguir siendo auténticos, de preservar su adolescencia, alargándola, incluso, fuera de tiempo. Estos “peligros” se encontraban, de acuerdo a la ensayista, en el límite de la acción desenfrenada que el propio adolescente jugaba, en la necesidad de desplazarse; la acción se frenaba cuando la autocontemplación obligaba al joven a la autocrítica (Glantz, 1971).

Con la aparición del rock, las drogas, el hipismo, las luchas estudiantiles, surgieron nuevas interrogantes. La juventud comenzó a rechazar el sistema, tomó una actitud de protesta “desorganizada”; estaba contra el *establishment*, pero se mantenía en él: “Las luchas políticas, la transformación social, el descuadre de un mundo establecido, pareció otorgarle un perfil definitivo por 1968” (Glantz, 1971, pág. 11). El compromiso político, la protesta, la descreencia en la autoridad o en la familia; la suciedad contra la limpieza, el amor contra la violencia, se convirtieron en las actitudes definitorias de este movimiento que tenía el poder de transformar la sociedad, pero que lo establecido buscaba obstaculizar (Glantz, 1971).

Así, los jóvenes se convirtieron en una nueva clase social, la cual disminuía cuando alguna de sus generaciones alcanzaba los 30 años, “cada vez que alguien sobrepasaba ‘la inferioridad y la belleza’, símbolos de la juventud” (Glantz, 1971, pág. 12). Por eso mismo, el establishment intentó corroerlos apropiándose de sus vestimentas, creando modas, e intentando industrializar la destrucción por las drogas (Glantz, 1971).

Glantz consideró que con Sainz y Agustín, el joven de la ciudad, perteneciente a la clase media, cobró “carta de ciudadanía” dentro de la literatura mexicana, al trasladar el lenguaje desenfadado de los jóvenes a la jerga cotidiana, alburera del adolescente; también adhiriendo un ritmo musical al idioma y al agregar un nuevo sentido del humor. Esta nueva ficción creó una nueva actitud ante la literatura, que al querer captar la realidad, lo hizo de maneras diferentes: a través de la retórica, la literatura fantástica, o en la literatura que singularizó y alejó al joven del resto de la sociedad (Glantz, 1971).

Con nuevas formas de realidad, de revoluciones sociales y tecnológicas, y la desconfianza de los jóvenes a éstas, nacieron nuevas mitologías. El adolescente se convirtió en un nuevo estereotipo de época y en una nueva especie de héroe; épica y héroe que se reflejaron en la novelística de los años sesentas (Glantz, 1971).

La base de ese lenguaje adolescente provenía del que utilizaban los “pachucos” y los “caifanes”, los cuales estaban situados en extremos marginados. Esta forma de comunicarse diferenciaba al joven “in”, al que no era “fresa” o incluso al que lo era, pero no lo sentía, del mundo de los adultos. Igualmente aislaba al adolescente, lo situaba en el lado de la “inferioridad, la inmadurez y la belleza”. Esta terminología utilizada por la juventud subrayaba y determinaba “su sentido de ‘ser iniciado’, de pertenecer a algo distinto, de insertarse definitivamente en la Onda” (Glantz, 1971, pág. 18).

Los jóvenes de “la onda” usaban el albur que surgía de las clases sociales bajas, lo unían a la jerga del rock, y formaban así un nuevo lenguaje para un nuevo sector de la sociedad, ciudadano y “pequeñoburgués” que se representaba principalmente en las obras de Agustín, Sainz y García Saldaña (Glantz, 1971): “Antes el albur era

patrimonio de lo marginado y su promiscuidad lo hacía vergonzoso. Ahora ha ingresado al lenguaje de la onda y se ha convertido en un nuevo lenguaje, quizás el de una nueva clase social” (Glantz, 1976, pág. 98).

El albur, que se consideraba un lenguaje masculino, se extendió con el “lenguaje de la onda” a hombres y mujeres jóvenes, que años atrás sólo los adolescentes conocían y las jóvenes “decentes” tenían que ignorar. “El lenguaje de la blasfemia” y “el lenguaje de la obscenidad” se adentraron en “el lenguaje cotidiano”; esta combinación de lenguajes, a su vez, se unió al “lenguaje de la frontera” y luego se involucró al rock, creándose “el lenguaje de la onda” (Glantz, 1976, págs. 98, 99).

Pero para Margo, mientras el albur cumplía la función de recurso literario para crear un sistema de expresiones en novelas como *La región más transparente*, de Carlos Fuentes; en las obras de “la Onda”, el albur tenía una función principal, pues a partir de él se creaba todo el lenguaje narrativo; no se resaltaba la narración del escritor para situar al lector (Glantz, 1971).

Al respecto, la ensayista señala: “Fuentes recurre al albur para explicar una experiencia, en tanto que la ilustra; la Onda no aparta la experiencia para indagar en su contexto, intenta confundirse en ella y entregárnosla en el nivel de la sensación inmediata” (Glantz, 1971, pág. 21). También utilizaba el lenguaje para fundamentar la narración, construyéndose, además, con diferentes recursos auditivos como sucede en *Gazapo*, de Sainz. Igualmente, reproducía la conducta por medio de lo auditivo, produciendo un ritmo lingüístico definido por la connotación mental reflejada en la forma de narrar de “la onda”; por ejemplo, *Cuál es la onda*, de José Agustín (Glantz, 1971).

Ella consideraba que el lenguaje utilizado por “la onda” era inédito en las letras mexicanas, pero no representaba una invención:

Es más bien el advenimiento de un nuevo tipo de realismo en el que el lenguaje popular de la ciudad de México, ese lenguaje soez del albur tantas veces mencionado, al que los jóvenes tienen acceso en las escuelas, a través de los sketches cómicos de carpas, y hasta de la televisión, ingresa en la literatura directamente (Glantz, 1971, págs. 22, 23).

El “lenguaje de la onda”, al ingresar a la literatura, creó rupturas de sistemas semánticos, de asociaciones de contrarios. También creó rupturas de sistemas semánticos en las variaciones fónicas, importantes para el juego asociativo, “a la vez fónico y semántico del albur”. Igualmente creó transcripciones fonéticas, sucesiones silábicas y aliteraciones. Todo esto provocó que el lenguaje pareciera “muy realista, muy fluido, muy inmediato”, pero que también tuviera mucha relación lo poético (Glantz, 1976, págs. 100, 101).

Si bien este lenguaje implicaba una crítica social, Glantz consideraba que la posición de quienes la ejercían mostraba que la clase social de los jóvenes era ambigua y que las diferencias de clase se seguían marcando: “La pertenencia a un grupo mundial, los jóvenes, los identifica. La pertenencia a una clase específica los desidentifica”. Aunque el albur pasó a “la onda”, la clase social de dónde provenía se mantuvo en el mismo lugar: “Las contradicciones sociales no se borran por adoptar el idioma” (Glantz, 1976, pág. 102).

Con respecto al humor utilizado, opinaba que solía encubrir “el miedo siempre presente de enfrentarse a la muerte, al envejecimiento prematuro, a la adultez, a la descomposición del amor” (Glantz, 1971, pág. 23).

“La onda” estaba influida por la invasión de la literatura, el cine, la danza y el hipismo, al igual que del movimiento *beat*, provenientes de Estados Unidos. También por la transformación de la Ciudad de México que sufrió muchos cambios mientras estos escritores eran niños, hasta su adolescencia, llegando a ser una metrópoli de tiendas departamentales, complejos habitacionales, y una combinación de zonas como la Merced (Glantz, 1971).

Esta evolución de la ciudad se reflejó en la audición y visión de los autores adolescentes quienes la captaban “en su aspecto más concreto y literal, el inmediato, el del realismo enclavado en la sensación” (Glantz, 1971, pág. 25). Por ejemplo, la colonia Narvarte, “un barrio de clase media-media y semiburocrática” se convirtió en donde “la onda” se ubicó principalmente: “Ser de Narvarte, bailar el rock y pertenecer a la clase media son lugares comunes en la onda” (Glantz, 1976, págs. 90, 91).

A comparación de otros héroes de la literatura que realizaban viajes para recobrar su identidad o crearse una; para Glantz el joven adolescente de “la onda” se movía, “viajaba”, pero su identidad seguía confundida, ya que su personalidad era colectiva y mecánica. De este tipo de viajes podían existir diferentes clases, pero los más frecuentes eran los de las drogas y la sexualidad. Por ejemplo, en la cuestión sexual, los protagonistas podían “viajar” de una chica a otra, siendo así los “ligues” una principal condición de permanecer en la juventud, aunque las relaciones resultantes siguieran siendo “externas”. Los ejemplos están en *Pasto verde*, de García Saldaña, *Gazapo*, de Sainz, *De perfil*, de José Agustín, *En caso de duda*, de Orlando Ortiz y *Acto propiciatorio*, de Héctor Manjarrez (Glantz, 1971).

Pero de acuerdo a la ensayista, en este “viaje” o “iniciación” donde la recompensa final era una mujer, ésta se devaluaba tanto como el protagonista, ya que era considerada más como un personaje objeto, nunca como narrador, a excepción de *Larga sinfonía en D*, de Margarita Dalton. En todas las demás obras, el personaje principal la perseguía, la criticaba, la despreciaba, manteniendo siempre una distancia que él también tenía consigo mismo: “El joven viaja con el sexo pero la joven es sólo el vehículo” (Glantz, 1976, pág. 96).

Sin embargo, también había obras en donde se podían presentar dudas, nostalgia, desencantos, o críticas productos de la sexualidad, “un desprecio que el autor siente por ese submundo artificial y postizo que se incrusta en el subdesarrollo” (Glantz, 1971, pág. 27); como *Obsesivos días circulares*, de Sainz, *Las manos sobre el fuego*, de Manuel Echeverría, *La lluvia no mata las flores*, de René Avilés Fabila y otros (Glantz, 1971).

Por otra parte, la droga al volverse “patrimonio” del adolescente, lo identificaba colectivamente a su propia clase, pero no lo elevaba a la categoría de héroe romántico y ambicioso; por ejemplo, *Pasto verde* y *Larga sinfonía en D*. Estos héroes de “la onda” eran “versiones descoloridas, radiografías pálidas de acciones inútiles, de seres parodiados” (Glantz, 1971, pág. 27). Las tramas, los “viajes” iban de la tira cómica, pasando por la novela policial, al cine. Pero “el viaje”, de acuerdo a Glantz, siempre terminaba con la adultez (Glantz, 1971).

Tras explicar Margo lo que para ella era la literatura de “la onda”, la ensayista planteó las diferencias entre ésta y lo que ella consideraba que era la real “escritura”. Primero indicando que la narrativa, “la escritura” implicaba la necesidad de contar algo, de usar el lenguaje para inventar y descubrir un mundo; a la vez que cuestionaba el lenguaje, lo transformaba y lo creaba. Ponía como ejemplo la novela, la cual, al ser producto de la experimentación del lenguaje, ésta se llevaba a cabo en un terreno distinto al de la poesía, ya que desarrollaba una estética novelística mientras se narraba la historia, o se transformaba “en la materia narrativa misma, en la ‘escritura’” (Glantz, 1971, pág. 32).

Además, “la escritura” se convirtió en averiguación sobre su significado y sobre lo que narraba para deshacerse de lo que consideraba ajeno para cuestionar, por ello, de acuerdo a Glantz (1971), “la escritura” negaría a “la onda”:

La negaría en la medida en que el lenguaje de la onda es el instrumento para observar un mundo y no la materia misma de su narrativa. Onda significaría en última instancia otro realismo, un testimonio, no una impugnación, aunque algunas novelas o narraciones de la Onda empiecen a cuestionar su testimonio (págs. 32, 33).

La literatura de los sesentas, propia de los jóvenes de México, era crítica de dos maneras; como crítica social y como creación verbal. La creación verbal, el intento por crear una “escritura” se mostraba de varias formas: como planteamiento de una escritura y de una averiguación. Por ejemplo, las novelas *Los albañiles*, de Vicente Leñero, *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes, *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco, entre otras (Glantz, 1971).

Son estas anteriores obras las que, de acuerdo a Glantz (1971), servían de ejemplo para los jóvenes narradores mexicanos:

No quiere decir que se les imite directamente, sino que esa preocupación por escribir ‘escritura’, por destruir la forma tradicional de la narrativa, por pisotear el templo acaba volviéndose primordial y cada autor, la contempla desde su ángulo, cumpliendo con mayor o menor fortuna ese imperativo categórico que les viene desde Europa, desde América Latina, desde el propio México (pág. 35).

Aunque a su parecer, en algunas ocasiones también se exageraba la utilización del lenguaje con fines filológicos, como en *José Trigo*, de Fernando del Paso (Glantz, 1971).

Margo Glantz no pretendía que sus ideas parecieran una “disertación”, insistiendo en las fallas o carencias de una corriente u otra: “Antes bien, preferiría destacar que en las dos corrientes denominadas ‘onda’ y ‘escritura’ pudiera verse lo que Paz reclama como crítica social o como creación verbal”. En este caso “la onda” como crítica social y la “escritura” como creación verbal, las cuales se contaminaban entre sí, “en esa convivencia entre realidad e imaginación, entre conciencia crítica y escapatoria” (Glantz, 1971, págs. 39, 40).

No obstante, José Agustín opina contrariamente a lo que Glantz definía como “Literatura de la Onda”:

Yo nunca he estado de acuerdo en la idea de la literatura de la onda. Ni remotamente fue una corriente literaria, y si lo fue habría que replantearla y redefinirla. Me he pasado la vida luchando contra esto que más que algo bueno me ha resultado lesivo por reductivista y folclorizante. Como Burroughs o Ferlinghetti, que nunca aceptaron ser ‘beats’, yo tampoco acepto la idea de Margo Glantz, aunque admire mucho a Sainz o a Parménides. Es algo ante lo que ya me he resignado pero que, cuando se puede, trato de recomponer en la medida de lo posible (Argüelles, 2014, pág. 222).

A su vez, la ensayista consideraba que la validez de la “Literatura de la onda”, que ella asumía como corriente literaria, estaba en función de:

Su capacidad de reflejo de una realidad, pero que aunque dialécticamente está destinada a ser transitoria en su modalidad, como es transitorio el mundo que refleja, es evidente que su eficacia lúdica, hedonística y también, en ocasiones, su capacidad desmitificadora, determinan un momento importante de nuestra narrativa (Glantz, 1976, pág. 102).

2.2.3. Influencias literarias

2.2.3.1 *Lolita*, *Bajo el volcán* y *Ulises*

Una de las principales influencias en la ópera prima de José Agustín, y en general en toda su literatura, fue Vladimir Nabokov y su novela *Lolita*, que leyó cuando apenas tenía trece años: “Poco antes, Sartre y Rimbaud me habían permitido establecer contacto con las áreas más oscuras y febriles de mi vida. Pero Nabokov me pegó mucho más duro. Sin duda, en *Lolita* yo proyectaba mi precoz y acelerada alma juvenil” (Agustín, 2008, pág. 39).

Algunas características de la literatura del nacido en Rusia, que más influyeron en el escritor mexicano, fueron el estilo, el tono irónico de sus novelas, la importancia que ponía en los detalles y el no caer en lugares comunes; también su intención de hacer creíble lo que narraba como con la creación de documentos, las referencias literarias, pero sobretodo el uso que daba al lenguaje: los juegos de palabras, las rimas, anagramas y aliteraciones (Agustín, 2008).

Sobre el uso del lenguaje del nacionalizado estadounidense, José Agustín (2008) comenta:

Nabokov sabía jugar con las palabras. No las convertía en un parapeto ante los demás, sino en estricta, congruente y afortunada relación con el texto. Jugar con el lenguaje, las estructuras y la cultura constituía una sustancia básica de lo literario, y nada era casual, nada era inocente, sino que formaba parte de un todo que tenía un orden hermético (pág. 40).

Como se ha mencionado antes, el guerrerense nunca se cansó de leer *Lolita*, incluso sabía de memoria partes enteras del libro, además se inspiró en éste para redactar ciertas partes de *La tumba*. También se interesó y leyó otros libros de Nabokov como *Invitación a una decapitación*, *La defensa*, *Pnin*, *Barra siniestra*, *Risa en la oscuridad*, *Ada*, *La verdadera vida de Sebastian Knight*, *El encantador*, y le encantó aún más *Pálido fuego* y su autobiografía *Habla, memoria* (Agustín, 2008).

Otras obras que impactaron en su estilo narrativo y que son de sus preferidas son *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry y *Ulises*, de James Joyce. La primera por sus líneas temáticas, la dimensión de los personajes, el manejo del lenguaje, los juegos

de palabras, el sentido del humor y la tragedia misma, además del tema del alcohol: “Fue un libro que me dejó marcas imborrables”. La segunda también incidió en su narrativa, la cual empezó a leer cuando tenía catorce años, que aunque no la entendió del todo en un inicio, la forma en que el escritor irlandés manejaba el lenguaje le pareció extraordinaria, “de una inteligencia, de un ingenio, de una cultura, de una erudición muy muy seductoras”, por lo que también en su escritura reproducía algunos “joycismos” (Argüelles, 2014, págs. 240, 242).

2.2.3.2. Generación *Beat*

Una generación completa de escritores que también considera parte de su formación, es la de los llamados *beats*, que a finales de la década de 1950 se convirtieron en un gran movimiento contracultural, pero que antes sólo eran un grupo literario conformado por: Jack Kerouac, Allen Ginsberg, William S. Burroughs, Gregory Corso, Gary Snyder, John Clellon Holmes y Neal Cassady. De acuerdo a José Agustín, todos ellos coincidían en una insatisfacción ante el mundo de la posguerra, creían que se debía ver la realidad desde una perspectiva distinta y crear un arte libre, social y generacional, coloquial y culto, que rompiera con los cánones estéticos establecidos. Por ello, su principal idea era crear obras literarias acabadas a la primera intención, sin ningún tipo de correcciones (Agustín, 2008, pág. 72).

También consumían alcohol, marihuana, anfetaminas, opiáceos y alucinógenos como el peyote. De acuerdo al guerrerense, creían en la libertad sexual y en el “hedonismo dionisiaco”, siendo considerados descendientes directos de los poetas malditos; con una religiosidad profunda, tenían una alta entrega y devoción al realizar todos sus proyectos: “Fueron individuos de una pureza insólita en tiempos cada vez más materialistas y deshumanizados” (Agustín, 2008, pág. 73).

Tiempo después se establecerían varios de ellos en San Francisco, Estados Unidos, teniendo como principal sede la librería *City Lights*, de Lawrence Ferlinghetti, que al igual que los poetas Michael McClure, Lew Welch, Philip Lamantia, Philip Whalen, William Everson y otros, se integrarían al movimiento, transformándose en la Generación *Beat*, descendiente directa de la Generación Perdida de Ernest

Hemingway y Scott Fitzgerald. Sus estandartes son *Aullido y otros poemas* (1956), de Allen Ginsberg, y *En el camino* (1957), de Jack Kerouac (Agustín, 2008).

2.2.3.3. Influencias mexicanas

Uno de los escritores mexicanos que más llamó su atención y admiración fue José Revueltas, con quien se encontraría a inicios de la década de los setentas en el Palacio de Lecumberri. Sin embargo, fue antes, cuando tenía catorce años, que tuvo su primer acercamiento literario a él, con la ópera prima del duranguense *Los muros de agua*, la cual lo impresionó y por lo que consiguió otras de sus obras como: *El luto humano*, *Los días terrenales*, sus cuentos compilados en *Dios en la tierra*, después *Dormir en tierra* y *Los errores* (Agustín, 2008).

Sobre el también activista, José Agustín (2008), en el libro *Vuelo sobre las profundidades*, declara:

Estos seis libros constituían una obra solidísima, para mí Revueltas era, sin duda, uno de los autores mayores de la literatura mexicana. Para entonces ya estaba muy compenetrado con su estilo y su visión del mundo, en los que cohabitaban el marxismo, el existencialismo y una religiosidad dostoiévskiana. Sus seres brotaban de la oscuridad, untados de muerte; de atmósferas sórdidas, opresivas, encerradas o, de plano, del submundo en su condición de *'underworld'* y *'underground'* (...) Narraba desde profundidades muchas veces insondable y era oscuro, profundo y poético (págs. 125, 126).

De acuerdo al guerrerense, Revueltas fue criticado por el grupo de escritores e intelectuales que eran considerados el ejemplo a seguir en la década de los sesentas. El escritor y activista representaba lo que no debía hacerse, era sometido a las críticas negativas y solían decir que escribía mal. Hasta que “un grupo de narradores jóvenes (Gustavo Sainz, Juan Tovar, Gerardo de la Torre, René Avilés Fabila y yo mismo) coincidimos en que se trataba a Revueltas injustamente y con una definitiva falta de respeto” (Agustín, 2008, págs. 127, 128). Por lo que comenzaron a escribir sobre Revueltas y su literatura poniéndola a la par de Juan Rulfo, Martín Luis Guzmán, Juan José Arreola o José Vasconcelos, pero de forma distinta porque él se alejaba de los moldes tradicionales (Agustín, 2008).

No obstante, el escritor mexicano que más influyó en José Agustín, y quien representa su mayor maestro es Juan José Arreola. Fue en su taller que aprendió las formas poéticas y narrativas; supo manejar los elementos y la estructura del cuento con ayuda de todas las lecturas que él le recomendaba (Agustín, 2008).

Agustín (2008) dice sobre él:

Arreola, maestro de la ironía y artífice del lenguaje, lograba la 'palabra justa' y con frecuencia la perfección. Él había introducido en México la idea del 'texto literario', el escrito breve que no por fuerza tiene que 'narrar' sino que puede ser anuncio, manual, instructivo, pensamientos, sueños, impresiones, imágenes, juegos literarios, parábolas, poemas en prosa o experimentos que llamaba 'variaciones sintácticas', textos definitivamente técnicos, o 'daxografías', el ejercicio de contar lo que otro escribió. Al parecer, Arreola prefería la fábula, o algo que él así llamaba y que implicaba también una 'confabulación', variedad de complicidad que coqueteaba con la transgresión o, de plano, con la 'asociación delictuosa' (págs. 13, 14).

Agustín cuenta además, que al también coordinador del Centro Mexicano de Escritores le agradaba la idea de la literatura, sobre todo en su taller, como una especie de oficio; una carpintería en donde escribir se tratara como de elaborar sillas o mesas, con talento, cultura, trabajo incesante y meticulosidad, además de la inspiración. Tanta es la importancia de este taller para el autor de *De perfil*, que llegó a decir que fue el último de su especie, y el primero de muchos que vendrían después: "por eso se dice, con justicia, que Arreola es el auténtico padre de las escuelas de escritura en México" (Agustín, 2008, pág. 21).

A su consideración, Arreola le amplió el mundo por medio de sus críticas elegantes a diferentes ámbitos; fue su gran maestro de la invención, la inteligencia, el humor y el ingenio.

Siempre quise y admiré a Juan José Arreola, pero sólo con el tiempo fui plenamente consciente de su estatura (...) Arreola se halla tan dentro de mí que me cuesta ubicarlo en el sitio que le corresponde. Pero igual me ocurre con mi padre (Agustín, 2008, págs. 24, 25).

Con todas estas influencias literarias, el escritor explica que algunos de sus textos también están llenos de atmósferas de otros libros que leyó, poniendo como ejemplo

su cuento *Luto*, el cual tenía inspiraciones de novelas existencialistas e incluso del cine de la llamada época “de la incomunicación”, de directores como Antonioni, Godard, Truffaut y Resnais. Así, en varias obras artísticas encontraba ideas o técnicas que se “las apropiaba sin el menor empacho” (Argüelles, 2014, pág. 243).

2.2.4. La literatura de José Agustín: *De perfil*

Sobre la escritura, Agustín la compara con la acción de leer, pues ambas le parecen terapéuticas, pero hablando específicamente de sus procedimientos al momento de escribir, en entrevista con Hugo Argüelles, declara:

En cuanto a mis procedimientos de escritura, tal vez sean poco éticos o por lo menos discutibles, porque lo que estoy haciendo es escarbar en mí mismo y sacar toda mi mierda. Al exteriorizarla, al objetivarla en el papel, la echo a la vía pública. A ver cómo se las arreglan con ella los que quieran leerla. Pero, bueno, también va lo mejor de mí mismo. Si yo lo he sobrevivido, el lector también puede hacerlo (Argüelles, 2014, pág. 245).

Con respecto a su estilo, el guerrerense lo define como una visión personal de la literatura que se ha ido creando a través de la decantación de una concepción del mundo. Éste incluye juegos de palabras, albures, “picardías”, pero igualmente un tratamiento tradicional de la literatura. Para él no es sólo una manera “innovadora”, “provocativa” o “irreverente” de presentar el lenguaje, sino que hay un uso de estructuras y personajes de la tradición literaria: “De hecho, yo diría que lo central de lo que escribo es la tensión que existe entre tradición y rebeldía” (Godínez, 2015a, pág. 167).

Sobre el lenguaje que utiliza, añade: “a mí me gusta jugar con las palabras y buscarles otros significados, presionándolas para que se advierta que ahí hay un trabajo que permite que se vean de otra manera” (Godínez, 2015a, pág. 169).

A su parecer el rock tiene una gran influencia en su literatura, incluso ésta puede compararse a ese tipo de música, ya que puede subir hasta lo más alto sin perder su naturaleza y bajar hasta lo más profundo, a su lado más visceral y “metalero”:

Y esa posibilidad a mí me interesó mucho como estrategia artística (...) Lo que hay que hacer es transitar por un camino del centro, en el cual lo mismo

se le puede tender una mano al que lee y ponérsela muy excitante y complicada, y al mismo tiempo tenderle la otra mano a las personas que en su vida han agarrado un libro, y que de pronto se inquietan y se acercan a ver tu obra (Godínez, 2015a, pág. 175).

José Agustín (1975) también considera, en el libro *El escritor y sus problemas*, de René Avilés Fabila, que el escritor tiene un papel importante con la sociedad: “Toda persona tiene obligaciones concretas con la sociedad (...) Sin embargo, el compromiso no se encuentra, por fuerza, en la elección de temas ‘políticos’ o ‘sociales’; aun la obra más ‘subjetiva’ es un producto social” (pág. 74).

Igualmente cree que la literatura es una red de significados, por lo que ésta tiene más valor en cuanto más significado tiene. Además piensa, que si bien la literatura no da un determinado “Poder”, ésta sí puede convertir al lector en un ciudadano especial: “Soy de los que cree que si bien la literatura no te da el Poder, sí te convierte en cierta forma como en una especie de ciudadano especial, una suerte de conciencia colectiva que transmite conocimientos y experiencias artísticas”, (Argüelles, 2014, págs. 244, 254).

Al preguntarle Raúl Godínez, autor del libro *Desde el corazón de las palabras*, sobre sus libros y la crítica hacia ellos, el escritor respondió:

Para la crítica mis primeras novelas, *La tumba* y *De perfil*, especialmente, fueron libros que llamaron mucho la atención. Tuvieron una respuesta inmediata, instantánea. Hubo quien saludó mi literatura como una maravilla, entre ellos, Rosario Castellanos, Salvador Novo, Elena Poniatowska, Jorge Ibargüengoitia y mi maestro Juan José Arreola (...) Pero hubo también quien la vio como algo negativo, que era pernicioso para la literatura latinoamericana; esa fue la visión de Juan Rulfo (Godínez, 2015a, pág. 171).

Para Juan Villoro estas dos obras fueron saludadas como clásicos instantáneos por ensayistas agudos; sin embargo “también contribuyeron a que la crítica convencional etiquetara al autor como criatura pop, más tributaria de la moda y el ambiente que de sus méritos estéticos” (Villoro, 1999, pág. 7).

Uno de sus mayores críticos fue Huberto Batis, quien al publicarse *La tumba* por primera vez, escribió una crítica en *La Cultura en México*, de la Revista *Siempre!*,

declarando que se trataba de una “novelita” híbrida de la Sagan y Nabokov: “Escrita a la tremenda, con cierta agilidad y artera gracia, la novelita recoge el lenguaje abyecto de la adolescencia indigesta. La intención es, obviamente, moralizante” (Batis, 2004, pág. 407).

Tras su reedición en 1966, en la *Editorial Novaro*, también señaló que se trataba de una “novelita” que se metía con “agilidad feroz” en el mundo de los “*juniors*”, y que había adquirido una especie de intemporalidad que la haría vivir durante un buen rato. A su parecer, no pasaría mucho tiempo para que José Agustín entregara un buen libro (Batis, 2004).

Sin embargo, cuando el joven escritor publicó *De perfil*, Batis escribió lo siguiente:

Con una trama pobre y descosida, más que novelesca caricaturesca, José Agustín, el más joven (22 años) de nuestros escritores, se lanza contra las escuelas particulares, los clubes del Seguro Social, la politiquería universitaria que se disputa a los muchachos antes siquiera de que se inscriban en sus cursos, los famosos cafés de ‘rebeldes’ que proliferan en la ciudad, y demás instituciones atractivas para los adolescentes, a todo lo cual contraponen el único medio de identidad que podía ayudar a los jóvenes a entrar bien en el mundo de los adultos: la familia (Batis, 2004, pág. 409).

Además agrega:

Es, pues, una novela de adolescencia, con los conflictos usuales. Lo que varía es la forma de diálogo, totalmente desinhibida; el aprovechamiento eficiente de las mañan que se han dado los novelistas norteamericanos del momento para introducir a la literatura el lenguaje no-literario; la bien captada, escandalosa necesidad de epatar propia de los muchachitos epatados que padecemos (Batis, 2004, pág. 410).

Y concluye:

En efecto, esta novela es un lloriqueo continuo enmascarado en cinismo y fariseísmo (yo acuso al psicoanálisis, a la religión, a la familia, a la educación, a la política, a los vejetes, a los jóvenes: falta el ‘yo me acuso’); conmovedora al plantear la necesidad de ternura, se diría patológica, del adolescente bravo, frustrado antes de tiempo (Batis, 2004, pág. 410).

Desde el punto de vista de Huberto, logra mantener en más de 350 páginas un ritmo de tiempos narrativos, conservando igualmente el interés; no obstante, creía

también que todo lo que quiso expresar Agustín en esta obra, pudo haberlo reducido, “apretando el esponjoso agrupamiento de escenas y temas disparados hacia el cuento de nunca acabar. Los logros son estimables en conjunto” (Batis, 2004, pág. 410).

Indica finalmente que vale la pena leer *De perfil* a pesar del “vocabulario sangrón”, del aburrimiento y el sentimentalismo del joven personaje “irresoluto”, confinado en el tedio que protagoniza esta novela (Batis, 2004).

Luego publicó un texto sobre la Autobiografía del guerrerense, criticando a Emmanuel Carballo por haber dicho, en el prólogo de la misma, que no había leído una novela más importante que *De perfil* desde la publicación de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. Después, sobre los dos primeros libros del escritor, concluyó:

Tanto *La tumba* como *De perfil* no sólo ‘no están mal’ para la edad de José Agustín (22 años), sino que son un ‘prodigio’. Pero de ahí a que se deje fabricar y lanzar como el máximo genio, hay –por fortuna– mucho trecho (Batis, 2004, pág. 411).

¿Pero qué es lo que opinaba exactamente Carballo sobre José Agustín y su obra? En su libro *Narrativa mexicana de hoy*, indica:

En varios sentidos, el mundo en que se mueven sus personajes se parece al mundo que habita el propio José Agustín. Mundo en el que los personajes se visten como él, hablan de tal modo que su lenguaje se confunde con el de su creador y se comportan de acuerdo con los patrones que rigen la conducta de este prosista tan alegre como demoledor, quien entre bromas y risas coloca cargas explosivas en las instituciones más respetables (la familia, la religión, la economía y la política) de la sociedad en que ha crecido y se ha formado (Carballo, 1969, págs. 30, 31).

Para él, su literatura, que en ese entonces apenas comenzaba, significaba un punto de partida que abría a la prosa mexicana nuevas perspectivas, específicamente en temas, estructuras, estilo, y sobre todo en la manera de contemplar lo que pasaba en el mundo:

Su personalísima manera de mirar a los hombres y a las cosas es una de las más efectivas, aquí y ahora para entender el México de los años sesenta y

aclimatar sin servilismos las conquistas de la prosa vanguardista de nuestros días (Carballo, 1969, pág. 31).

Como ya mencionó el propio Agustín, quien también apoyó su literatura fue Rosario Castellanos. En el libro *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, de Aurora M. Ocampo, se incluye un ensayo de esta poetisa llamado *La juventud: un tema, una perspectiva, un estilo*, donde señala que *De perfil* era una novela protagonizada por un adolescente que pretendía formular aquello que iba descubriendo dentro y fuera de sí mismo, así como entrar en relación con los demás (Castellanos, 1981).

A su parecer, a José Agustín no solo no le fueron útiles sino que le estorbaban las reglas de la gramática, con las cuales según se hablaba y se escribía de forma correcta. Por ello, para señalar, darse a entender, como otros tantos jóvenes, inventó. De las lenguas extranjeras tomó términos que carecían de traducción, arreglándolos hasta que parecieran españoles; empleaba modismos en los que las connotaciones ya habituales, las sustituyó por otras más “flamantes”; y “telescopiaba” sílabas de diferentes orígenes, surgiendo algo que sonaba parecido a otra cosa que ya tenía significado (Castellanos, 1981).

Al protagonista de *De perfil*, según Castellanos: “lo que le sucede es que está asombrado de ser, de estar ahí, existiendo sin que ninguna necesidad teológica, biológica o social lo justifiquen y lo absuelvan” (Castellanos, 1981, pág. 188). Se trata de un adolescente mexicano que vive en la época en que la Revolución mexicana ya ha hecho justicia, por lo que saberse una criatura gratuita y libre le provoca euforia:

Qué suave darse el lujo de tomarse el trabajo de hacerse a la idea de que una pareja de señores de mediana edad, simpaticones, conmovedoramente ridículos a veces, a los que se tutea y se les llama por su nombre de pila son sus padres (...) Qué padre, qué a toda madre que lo que antes era una encarnación de la autoridad sea ahora un ser humano tan no esencialmente distinto de los jóvenes que hasta es posible imaginarlo joven, imaginarlo en las mismas circunstancias que los jóvenes están viviendo ahora (Castellanos, 1981, pág. 188).

Sin embargo, a pesar de que se lleva bien con sus papás y su hermano menor, escribe Rosario, tiene que considerar, como sus amigos, la opción casi obligatoria

por su edad de escaparse. Pero su sentido común le hace considerar esta posibilidad como un absurdo: “Su sentido común es lo que lo coloca fuera de los lugares comunes” (Castellanos, 1981, pág. 188).

También el sexo no le interesa demasiado. Fuma, pero no considera que esto sea lo mejor del mundo. Estudia, pero sólo para pasar los exámenes y no se deja impresionar por “pedantes discusiones de los intelectuales” (Castellanos, 1981, pág. 189). Además cuando va a la Universidad, agrega la ensayista, no la ve como el templo de la sabiduría, sino como “una olla de grillos”:

Se deja querer por los líderes de izquierda y de derecha pero no engañar por ellos y sus sedicentes ideales. Total, hay que darle tiempo al tiempo y, aunque no le guste pensar en eso todavía, sabe que alguna vez tendrá que escoger una carrera y seguirla y obtener un título y ocupar un lugar en el mundo contemporáneo aunque lo condene enérgicamente en una declaración conjunta (...) Porque, quiérase o no, ‘la juventud, esa maravillosa libertad’ se va para no volver (Castellanos, 1981, pág. 189).

La escritora mexicana, hace una última reflexión sobre *De perfil*:

No hay más cera que la que arde, señoras y señores. ¿Les parece que José Agustín se muestra, en *De perfil*, frívolo, conformista y repugnantemente feliz? ¿Habrían preferido un héroe que se sacrifica, un artista, un inadaptado que se suicida? (...) Pues entonces habría que cambiar de latitud y de época. Porque, según informan los periódicos, el progreso de México es incontenible, el paso del subdesarrollo al desarrollo irrefrenable, la estabilidad política inmovible. Y el peso es una moneda dura (...) Así que dejemos de pedir peras al olmo y sigamos el consejo de José Agustín: no hay que poner tanto temperamento en tan poco asunto (Castellanos, 1981, págs. 189, 190).

Con respecto a esta novela, también Carlos Monsiváis (2010) dice: “*De perfil* es un gran logro del ritmo, de la renovación de mentalidades que van del nomadismo urbano a la falta de censuras internas” (págs. 379, 380). Y en el *Diccionario de escritores mexicanos*, de también Aurora M. Ocampo y de Ernesto Prado Velázquez (1967), se dice lo siguiente de este libro:

El autor ya más maduro, si cabe la expresión, nos presenta un mundo malicioso, divertido, en donde el relator se burla de todo y de todos, inclusive

de sí mismo, sin dejar por eso de ser también una crítica a las costumbres de su medio y de su tiempo. Todo visto por primera vez desde la adolescencia misma, o rebasándola apenas y esto es otro de sus indiscutibles méritos (pág. 510).

No obstante, quien ha admitido la gran influencia de José Agustín, e importancia que ha tenido esta obra en su vida y en su carrera literaria, es Juan Villoro, quien en entrevista con Raúl Godínez (2015b), declaró:

De perfil me reveló que todo mi entorno y mi cotidianeidad podían formar parte de una novela. Y me incluyó de tal manera en la literatura que ya no pude ni quise salir de ella. Entonces, creo que si uno tiene que escoger al lector ideal que podemos tener como escritores, pues es aquel que nunca ha leído un libro por gusto y que de pronto es convertido a la literatura a partir de uno. De este modo, yo fui el lector ideal de José Agustín, porque me cambió a la literatura a partir de *De perfil* y ya me fue posible entonces seguir leyendo otros libros (pág. 275).

También en el libro *Cómo se llama la obra*, de Agustín, Villoro (1999) habla sobre el papel de este escritor dentro de la literatura mexicana, considerándolo el gran “*tlacuilo*” de la tribu, el escribano de los nuevos códigos, compuestos por glifos fluorescentes y fonemas rítmicos. Con un oído que anticipaba el rap, captó las voces de la ciudadanía “de bajo colesterol y mucha bilirrubina” (pág. 12). No obstante, para él lo más decisivo fueron los ingredientes que aportó a la contracultura: “estamos ante un voraz reinventor del lenguaje, un fabricante de neologismos, paronomasias, albures e invectivas, de la estirpe de Cabrera Infante, Joyce, Borroughs o Lezama Lima” (págs. 12, 13). Su obra entera es “una puesta en práctica de la libertad lingüística” (pág. 16).

En sus libros más “onderos”, de acuerdo a él, José Agustín se sirvió del punto de vista y lenguaje de los jóvenes, utilizando recursos de la cultura de masas como las acotaciones del guion cinematográfico o las onomatopeyas del comic, e incorporando el rock a su literatura: “Se trata, pues, de un traficante de nuevas mitologías” (Villoro, 1999, pág. 13).

Agrega finalmente:

No es otra la propuesta de Agustín: sus páginas son inconcebibles sin el extenso mapa de la novela urbana (de Alfred Döblin a Carlos Fuentes) y las errancias de los vagabundos que lo antecedieron en las carreteras (de Jack Kerouac a Paul Bowles) o en los suburbios de la mente (de William Blake a Timothy Leary); sin embargo, esta herencia adquiere nuevos papeles de identidad en el territorio de José Agustín (Villoro, 1999, pág. 14).

Por otra parte, para Elena Poniatowska (1990) los libros “agustinianos” eran ágiles, legibles, hacían reír: “Entretienen, quitan el aburrimiento, la monotonía del trayecto; tienen que ver con la vida de México, con los jóvenes, con la actualidad y las rolas. Como él mismo, sus libros son libros contentos” (pág. 195). Y concluye así sobre Agustín: “Insolente y divertido, sabe hacer reír, y eso, en los últimos treinta años de México, se agradece” (pág. 206).

3. Capítulo III. La semiótica de Charles Sanders Peirce y su aplicación a la literatura

En este capítulo, con la intención de conocer la teoría que se utilizará en el análisis de la novela *De perfil*, de José Agustín, se explicará el método semiótico de Charles Sanders Peirce, que contiene elementos aplicables a fenómenos específicos de la presente investigación.

En la primera parte se tratará el origen de la semiótica, del nacimiento del término y su significado. Luego se dará una breve exposición de las vertientes que ésta tiene, principalmente de las dos más importantes; la lingüística representada por Ferdinand de Saussure, y la tríadica de Charles Sanders Peirce, de las cuales se crearon otras teorías como la de Roland Barthes y Umberto Eco.

De estos dos últimos se darán sus definiciones de la teoría de los signos, para ejemplificar como se han tomado términos y puntos de vista de Peirce y Saussure, de quienes también se mencionarán sus definiciones de semiótica y semiología.

Luego, en la segunda parte, se desarrollará la teoría semiótica de Peirce, tomando en cuenta algunos datos biográficos para contextualizar sus estudios. Asimismo, se desarrollaran sus principales conceptos; las categorías fenomenológicas: primeridad, segundidad y terceridad; su triada del signo: representamen, objeto e interpretante; sin olvidar las tres formas de argumentación que también estudió: deducción, inducción y abducción, además de otros términos trascendentes que ayudan al entendimiento de la semiosis, nombre que dio al proceso de inferencia de los signos.

Por último, se expondrá la relación entre la semiótica de Peirce y la literatura. Cómo es que se puede estudiar cualquier texto o signo literario bajo el método que propone Adrián Giménez-Welsh en base a su teoría, teniendo en cuenta que la creación literaria conlleva diferentes tipos de significación.

3.1. Semiótica

3.1.1. El origen del término “Semiótica”

Semiótica viene del griego *semeiotiké*, que significa la “observación de los síntomas”. Por otra parte, el vocablo *sema*, también en griego, significa señal, indicio, signo o marca. De éste se deriva el verbo *semaíno*, que tiene la connotación de poner una marca a algún objeto o dar una señal para iniciar algo. Asimismo, Heráclito le daba el significado de indicio o augurio negativo, presagio. Igualmente tiene una derivación hacia el vocablo *semeion*, con el significado de “huella”, el cual era utilizado por Esquilo y Heródoto. De este último término se dan dos sentidos; uno lingüístico: significa indicio, síntoma, presagio o admonición; y otro religioso: tiene un sentido de acontecimiento maravilloso, milagro, signo que proviene de los dioses (Murillo, 2019).

A su vez, *semeion* tiene una derivación más hacia *semeiotikós*, el cual significa la acción de “observar signos”. Pérez Martínez concluye así sobre el significado de semiótica: “La cultura es, pues, un contínuum que tiene distintos tipos de marcas de distinta índole interrelacionadas entre sí de manera jerárquica. La semiótica es el arte de leerlas” (Murillo, 2019).

3.1.2. Semiótica y Semiología. El campo de la semiótica

Los orígenes de la semiótica, como se conoce actualmente, se remontan a dos tradiciones científicas: la semiótica y la semiológica. Charles S. Peirce y Charles Morris son los principales representantes de la primera; y Ferdinand de Saussure y la Escuela de Praga, los de la segunda. La semiótica proviene del pensamiento filosófico, de los estoicos y de Aristóteles, llegando hasta Peirce, pasando por John Poincaré, Francis Bacon, Ockman J. Locke, Thomas Hobbes y E. Kant. En la semiología, o la semiótica en torno del lenguaje, sobresale principalmente Saussure y estructuralistas como Louis Hjelmslev, además de los teóricos de la Escuela de París, como Aljirdas J. Greimas (Gimate-Welsh, 2005a).

La definición de semiología que construye Saussure se distingue principalmente de la de Peirce por ser diádica, compuesta por un significante y un significado. Los

estudios del lingüista suizo originaron otras teorías estructuralistas como del ya mencionado Hjelmslev, de Eric Buysens, Roland Barthes y Greimas. De acuerdo a Adrián Gimete-Welsh, en su libro *Del signo al discurso*, en el modelo saussureano se destaca la función social del signo, mientras que en el esquema de Peirce se subraya la función lógica (Gimete-Welsh, 2005a).

Existe una tercera vía a parte de las dos anteriores. Esta la propone Jean-Marie Klinkenberg, la cual es una semiótica cognitiva en la que los conceptos de percepción y conocimiento tienen un importante papel, pues existe una interacción entre sujeto y mundo, donde lo percibido y lo concebido, es fundamental en el efecto retórico, en el que la metáfora también trabaja como organizadora del sentido, como recurso de sustitución (Gimete-Welsh, 2005a).

Así pues, en el campo de la semiótica se distinguen tres líneas (Gimete-Welsh, 2005a):

- Primera línea o semiolingüística: surge de la línea saussureana hjelmsleviana, donde los objetos se constituyen sobre la base del modelo de la lengua natural. Ésta se desarrolla principalmente en Europa: la Escuela Danesa, la Escuela Ginebrina, y la Escuela Francesa.
- Segunda línea: en esta se considera al proceso de significación como una cooperación de tres elementos: el representante (el signo propiamente dicho), el representado (lo que el signo da cuenta), y un intérprete (portador de hábitos interpretativos de la comunidad a la que pertenece).
- Tercera línea: su principal representante es Juri Lotman y está desarrollada por los integrantes de la Escuela de Tartu. Ellos estudian concepciones etnoculturales que observan en la cultura un conjunto de sistemas mixtos, sistemas modelizadores primarios y secundarios.

Hay otros acercamientos a la semiótica desde otras disciplinas como la biología y la llamada biosemiótica; donde destacan los trabajos realizados por Thomas Sebeok. Otras más son la zoosemiótica y la fitosemiótica, integradas a las teorías de la información y de las neurociencias (Gimete-Welsh, 2005a).

3.1.3. Definiciones de semiótica y semiología: Barthes, Eco, Saussure y Peirce

Como se ha visto, la semiótica ha sido estudiada desde diferentes puntos de vista por varios estudiosos, quienes han definido esta ciencia desde su perspectiva. Uno de ellos fue Roland Barthes, semiólogo y ensayista francés quien veía desde tres formas distintas su producción investigativa: desde el deslumbramiento por el lenguaje o el discurso, de la ciencia o el de la cientificidad, y la del texto. Sin embargo, en toda esta división existe una constante, la de la idea de la semiología (Marro, 2005).

Sobre Barthes, Mabel Marro (2005), en el libro *Seis semiólogos en busca del lector*, dice lo siguiente:

Desde el comienzo hasta el final, Barthes es semiólogo: no aborda los problemas como lo hacían en su época los filósofos marxistas ni como los críticos culturoológicos de inspiración religiosa: su camino, su medio y sus instrumentos son semiológicos cuando reflexiona sobre los imaginarios de la sociedad y de la cultura y, aun en el momento final, cuando lo hace sobre la gran diversidad de voces (esos múltiples códigos) que atraviesan los textos (págs. 88, 89)

Barthes presentó su definición de semiología, dando mérito del origen de este término a Ferdinand de Saussure. Para él tiene como objeto de estudio todo sistema de signos, sin importar su substancia, ya sean imágenes, gestos, sonidos melódicos, objetos y los complejos de sustancias que se encuentran en los ritos, protocolos o espectáculos que si bien no constituyen verdaderos “lenguajes”, sí sistemas de significación (Barthes, 1970, pág. 11).

Por otra parte, no estaba del todo de acuerdo con Saussure de que la lingüística formara parte de una ciencia más general: la semiología. No quería dejar a la ciencia lingüística en un lugar menor porque para él, el lenguaje verbal era de los lenguajes humanos más amplios y complejos, el cual podía atravesar todos los sistemas de significación con profundidad sociológica (Barthes, 1970, págs. 11, 12).

Barthes concluye que la lingüística no es una parte de la ciencia de los signos, sino que la semiología es parte de la lingüística, la parte que se encarga de las grandes

unidades significantes del discurso. Fue así que abrió el estudio del análisis del discurso (Barthes, 1970, pág. 12).

Un personaje que estudió durante toda su vida la semiótica, fue el escritor y filósofo italiano Umberto Eco, para quien significaba una práctica continua: el sistema semiótico cambia, el análisis semiótico transforma el sistema que expresa y éste, a su vez, considerará los signos como una fuerza social, permitiendo entender a la semiótica no sólo como una teoría (Eco, 2005).

En su libro *Tratado de semiótica general*, define así a la semiótica:

La semiótica se ocupa de cualquier cosa que pueda considerarse como signo. Signo es cualquier cosa que pueda considerarse como sustituto significante de cualquier otra cosa. Esa cualquier otra cosa no debe necesariamente existir ni debe subsistir de hecho en el momento en que el signo la represente. En ese sentido, la semiótica es, en principio, la disciplina que estudia todo lo que puede usarse para mentir (Eco, 2005, pág. 22).

No obstante, de donde derivan todas estas teorías y estudios de la semiótica y la semiología, son del filósofo estadounidense Charles Sanders Peirce y del lingüista Ferdinand de Saussure, los cuales desarrollaron los principios de la ciencia de los signos a su manera, creando así, las dos ya mencionadas vertientes que ahora se conocen.

Saussure postuló el pensar el sistema de la lengua como parte de la ciencia que estudia los signos, a la cual llamó "semiología". Al respecto, en el libro que recopila todos sus estudios, *Curso de lingüística general*, dice:

La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares etc., etc. Sólo que es el más importante de todos estos sistemas (...) Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos semiología (del griego *semeíon* 'signo'). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano (Saussure, 2005, pág. 43).

Sobre esta definición de semiología, Umberto Eco opina:

La definición de Saussure es muy importante y ha servido para desarrollar una conciencia semiótica. Su definición de signo como entidad de dos caras (*signifiant* y *signifié*) ha anticipado y determinado todas las definiciones posteriores de la función semiótica. Y, en la medida en que la relación entre significante y significado se establece sobre la base de un sistema de reglas (*la langue*), la semiología saussureana puede parecer una semiología rigurosa de la significación (Eco, 2005, pág. 31).

Como se puede ver, para Saussure el problema lingüístico era un problema semiológico, pues la naturaleza de la lengua debía captarse con lo que tenía en común con otros sistemas, aclarando el problema lingüístico y considerando ritos, costumbres y demás dentro de la semiología, explicándolos por sus leyes. Para su estudio y para la estructura del lenguaje, él creó antinomias metodológicas, dualidades en relación dialéctica para dar razón de la realidad del objeto lingüístico. Estas son (Zecchetto V. , 2005a):

- Lengua – Habla
- Significante – Significado
- Arbitrario (inmotivado) – Racional (motivado)
- Sintagma – Paradigma
- Sincronía – Diacronía

Éstas siempre van unidas y combinadas. Permiten concebir fenómenos lingüísticos desde una perspectiva dinámica y relacional dándole “unidad evolutiva” a la organización y funcionamiento de las lenguas (Zecchetto V. , 2005a)

A continuación también se da la definición de Charles S. Peirce sobre la teoría de los signos, la cual se encuentra en el libro *La ciencia de la Semiótica*, obra que conjunta varios de sus escritos; después, en la siguiente parte, se desarrollará ampliamente esta teoría, pues será ésta la que se retome para el análisis de la novela *De perfil*, de José Agustín:

La lógica, en su sentido general, es sólo otro nombre de la semiótica (*semiotiké*), la doctrina cuasi-necesaria, o formal, de los signos. Al describir la doctrina como ‘cuasi-necesaria’ o formal, quiero decir que observamos los

caracteres de los signos y a partir de tal observación, por un proceso que no objetaré sea llamado Abstracción, somos llevados a aseveraciones, en extremo factibles, y por ende en cierto sentido innecesarias, concernientes a lo que deben ser los caracteres de todos los signos usados por una inteligencia científica, es decir por una inteligencia capaz de aprender a través de la experiencia (Peirce, 1986, pág. 21).

Gerard Deledalle (1996), en su libro *Leer a Peirce hoy*, comenta sobre este concepto: “La semiótica no es una teoría propuesta por Peirce referida a lo que hoy se llaman signos; es la definición misma del pensamiento” (pág. 83). Además, diferencia la semiología de Saussure y la semiótica de Peirce:

La semiología saussureana es dualista porque es asociacionista, como toda la filosofía occidental desde Platón, incluido el cartesianismo, que continúa en el asociacionismo. En tanto, que, para Peirce, la semiótica es otro nombre de la lógica: ‘la doctrina cuasi necesaria o formal de los signos’, para Saussure, la semiología forma ‘parte de la psicología social y por lo tanto de la psicología general (Deledalle, 1996, pág. 126).

3.2. La Semiótica de Peirce

3.2.1. Breve biografía de Charles Sanders Peirce

Charles Sanders Peirce nació en Cambridge, Estados Unidos, en 1839, y murió en Milford, en 1914. Este filósofo norteamericano consiguió el grado de *bachelor of arts* en la Universidad de Harvard en 1859, el de *master o arts* en 1862, y el de *bachelor of science* en 1863. Trabajó también desde 1861 en la *United States Coast Survey* y fue auxiliar del Observatorio de Harvard de 1869 a 1875 (Biografías y Vidas, 2019).

En 1876 fue elegido miembro de la *National Academy of Sciences*. Después publicó varios artículos sobre problemas matemáticos, físicos, astronómicos, ópticos, de química e ingeniería. Incursionó en la filosofía dando clases en Harvard entre 1864 y 1865, y entre 1869 y 1870. Luego fue profesor de Lógica en la *Johns Hopkins University*, de 1879 a 1884, mientras también realizaba cursos en *Bryn Mawr* (Biografías y Vidas, 2019).

Durante todo ese tiempo colaboró con artículos en periódicos especializados. Sus trabajos más reconocidos son *Cómo hacer claras nuestras ideas* (1878), *Estudios*

de lógica (1883), *La arquitectura de las teorías* (1890), *Qué es el pragmatismo* (1905), y *El nacimiento del pragmatismo* (1905). Los estudios de Peirce fueron importantes porque en Estados Unidos iniciaron el movimiento filosófico al que llamó pragmatismo o pragmaticismo (Biografías y Vidas, 2019).

Igualmente formó parte del comité de realización del *Century Dictionary* (1889-1891) y del *Dictionary of Philosophy and Psychology* (1901-1905), escribiendo artículos sobre ciencia, psicología, fonética, bibliografía y cartografía (Biografías y Vidas, 2019).

3.2.2. La teoría semiótica de Charles S. Peirce

3.2.2.1. Las categorías fenomenológicas: Primeridad, Segundidad y Terceridad

De acuerdo a Peirce, la realidad puede ser comprendida a partir de tres categorías, con las que se puede unificar lo que es complejo y múltiple (Zecchetto V. , 2005b). “Peirce llegó hasta ellas a través de la crítica de la fenomenología de Kant” (Deledalle, 1996, pág. 84).

La primeridad (el modo de ser de aquello que es tal como es, de manera positiva y sin referencia a ninguna otra cosa) (Peirce, 1986, pág. 86): es donde comienza el conocimiento y se encuentra todo lo que puede ser, real o imaginario. Se trata de lo abstracto, como sucede con las cualidades. Por ejemplo: la cualidad de un color antes de ubicarse en un objeto concreto. Es lo general y sin especificación, de donde podrá conformarse lo demás. Puede tratarse de una primera impresión o sentimiento que recibimos de cualquier cosa (Zecchetto V. , 2005b).

La segundidad (el modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a una segunda cosa, pero con exclusión de toda tercera cosa) (Peirce, 1986, pág. 86): es donde se pueden hallar los fenómenos existentes, lo posible realizado, aquello que sucede y se ha concretizado en relación con la primeridad. Es una categoría relacional, del enfrentamiento de un fenómeno de la primeridad con otro, incluyendo experiencias analógicas. Por ejemplo: cualquier actividad física es real, y por lo tanto

un fenómeno de segundidad. Lo segundo será siempre el elemento ocurrido, lo causado (Zecchetto V. , 2005b).

La terceridad (el modo de ser de aquello que es tal como es, al relacionar una segunda y una tercera cosas entre sí) (Peirce, 1986, pág. 86): es en la cual se forman las leyes que rigen el funcionamiento de los fenómenos. Se trata de una categoría general, la cual da validez lógica y ordena lo real. Por ejemplo: no podría existir el fútbol sin un cúmulo de principios y leyes que lo ordenan. La terceridad enlaza lógicamente la primeridad y la segundidad, estableciendo condiciones hipotéticas para que algo ocurra. Es el medio, la racionalidad que regula lo que pasa por medio de la ley (Zecchetto V. , 2005b).

Sobre éstas, Charles Peirce (1978), en el libro *Lecciones sobre el pragmatismo*, dice:

La categoría lo Primero es la idea de aquello que es tal como es sin consideración a ninguna otra cosa. Es decir, es la Cualidad de Sentimiento. La categoría lo Segundo es la idea de aquello que es tal como es en tanto que Segundo respecto a algún Primero, sin consideración a ninguna otra cosa, y en particular sin consideración a ninguna ley, aunque pueda ajustarse a una ley, es decir, es la Reacción como elemento del Fenómeno. La categoría lo Tercero es la idea de aquello que es tal como es en tanto que Tercero, o Medio, entre un Segundo y su Primero. Es decir, es la Representación como elemento del Fenómeno (pág. 117).

En resumen, de un primero se puede prescindir un segundo y un tercero; de un segundo se puede prescindir un tercero, pero no un primero; de un tercero no se puede prescindir ni un segundo ni un primero. En otras palabras: un primero es monádico ya que sólo tiene un elemento, el mismo; un segundo es diádico, pues establece una relación con un primero, con el que crea una díada la cual no puede descomponerse; y un tercero es tríadico, porque establece una relación tríadica con un segundo y un primero, formando una triada que no puede también descomponerse. “Son indicaciones, actitudes, puntos de vista sobre las cosas más que clasificaciones de las cosas. Peirce dice ‘modos de pensamiento’ y no ‘modos de ser’” (Deledalle, 1996, pág. 136).

A partir de estas categorías se da una división de relaciones tríadicas (Zecchetto V. , 2005b):

- a) Relaciones tríadicas de comparación: son las posibilidades lógicas.
- b) Relaciones tríadicas de funcionamiento: son los hechos reales.
- c) Relaciones tríadicas de pensamiento: son las leyes.

Victorino Zecchetto (2005b), en el libro *Seis semiólogos en busca del lector*, opina sobre este proceso:

Este proceso tríadico es el que domina la disposición analítica e interpretativa de la realidad desde el sistema del pensamiento humano. Éste puede describir la situación global de las cosas como cualidades (Primeridad), o en su acción real (Secundidad), o como entidades regidas por leyes y fines (Terceridad), y siempre como una experiencia continua y fluida (pág. 54).

Añade Deledalle como conclusión: “La primeridad es la categoría de la generalidad exuberante; la terceridad, la categoría de la generalidad ordenada; la secundidad, la categoría de la unión existencial de las otras dos” (Deledalle, 1996, pág. 95).

3.2.2.2. Fanerón y Faneroscopía

Para Peirce todo hecho semiótico se explica por los estados mentales, que permanentemente, tejen significaciones a partir de otras experiencias aprendidas. A este fenómeno de la conciencia lo nombra “fanerón”, que es todo lo que se tiene en la mente, y su estudio lo hace la “faneroscopía” (Zecchetto V. , 2005b).

Fanerón: es todo lo que aparece ante los sentidos y es percibido por la mente. Es un término griego (*phanerón*) que significa “aquello que se muestra”, y es sinónimo de “fenómeno”. El fanerón explica lo que se impone desde fuera, que se presenta en la conciencia. No obstante no sólo se trata de un fenómeno mental, no sólo es “fenomenológico”, sino también “ontológico”. Se puede constituir de cualquier tipo de seres de la primeridad, secundidad y terceridad, y de la vinculación de relaciones y elementos (Zecchetto V. , 2005b).

Faneroscopía: es la que se dedica a estudiar los fanerones para el análisis y clasificación de la realidad. Es la forma lógica de reducir al orden los fenómenos,

interpretándolos funcionalmente desde la primeridad, la segundidad y la terceridad (Zecchetto V. , 2005b).

Deledalle (1996) sobre fanerón y faneroscopía:

La ideoscopia, a la que Peirce da a veces el nombre de faneroscopía, es el contexto propio de la semiótica peirceana. La 'idea' de la que se trata, o 'fenómeno' o fanerón', nos advierte, no es la de los filósofos ingleses que le dieron a esa palabra 'una connotación religiosa' (...) Es 'todo lo que está presente en la mente, del modo o en el sentido que sea, corresponda o no a algo real'. La faneroscopía 'se abstiene religiosamente de toda especulación referida a las relaciones que podrían establecer sus categorías con los hechos fisiológicos, cerebrales u otros'. Esto no quiere decir que estas categorías no puedan tener un origen psíquico. Tienen un origen psíquico, pero esto no afecta su naturaleza lógica más que lo que afecta el origen psíquico de los números (es decir, el hecho de que sean concebidos y pensados por un 'espíritu') su naturaleza matemática (pág. 123).

Por ejemplo: el signo "carro", ya sea la imagen, el sonido de la palabra, el término escrito o el objeto asumido como signo de otra cosa; se puede leer desde varios ángulos culturales. Por valencias simples como las fónicas o los colores; y por valencias superiores, como las conexiones con la realidad, ya sean tecnológicas o económicas, entre otras. Con esto, Peirce se ubica dentro del Pragmatismo, el cual para él es el determinar el significado real de los signos, el método para averiguar la validez de los razonamientos (Zecchetto V. , 2005b).

3.2.2.3. La triada del signo: Representamen, Objeto e Interpretante

El signo, para el filósofo estadounidense, es una representación por la cual se puede remitir mentalmente a un objeto. A la vez, significa un proceso conformado por tres elementos relacionados entre sí; el representamen relacionado con su objeto y el interpretante (Zecchetto V. , 2005b).

Representamen: es la representación de algo, el signo en sí mismo, el cual forma parte de la semiosis (Zecchetto V. , 2005b). Cabe mencionar que Peirce distinguía el signo acción o semiosis, del signo representamen. Usaba la palabra "signo" para referirse a la "semiosis", y la palabra "representamen" para hablar del elemento que compone a ésta última (Deledalle, 1996). Se trata pues, de una realidad teórica y

mental, casi siempre producto de la arbitrariedad de quienes lo crean, como ocurre con las lenguas. Se comunica en forma de estímulo, está en lugar de otra cosa para la creación de otro signo, el interpretante (Zecchetto V. , 2005b).

Objeto: es aquello a lo que hace referencia el representamen, la denotación formal del signo en relación con los otros componentes. De él también surgen otros tipos de objetos (Zecchetto V. , 2005b):

- Objeto inmediato: es el objeto tal como es representado por el signo. Éste se encuentra dentro de la semiosis. Es dependiente de la representación que le da el signo.
- Objeto dinámico: es la realidad que estipula la forma de determinar el signo a su representación. Está fuera de la semiosis y respalda el contenido del representamen. La “realidad” puede incluir otros significantes conocidos por la mente, los cuales forman parte del bagaje cognoscitivo.

Interpretante: es lo que produce el representamen en la mente. Es la captación del significado en relación con su significante. Se trata pues, de otro signo que agrega algo al objeto del otro, del primero. Puede estar constituido por el desarrollo de uno o más signos. De él derivan otras clases de interpretantes (Zecchetto V. , 2005b):

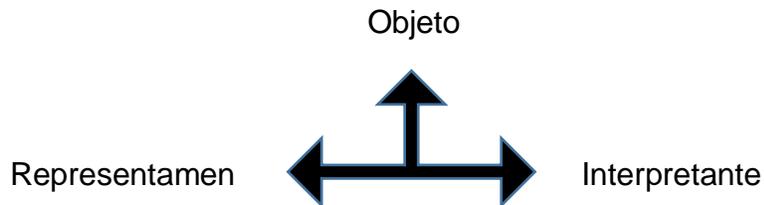
- Interpretante inmediato: es el significado del signo.
- Interpretante dinámico: es el efecto que el interpretante produce en la mente, una cadena de repercusiones.
- Interpretante final: es el efecto producido en la mente por el signo, si éste es bastante desarrollado por el pensamiento. Es el que cita la opinión de los investigadores, los cuales se ponen de acuerdo sobre lo que es o no verdad (Deledalle, 1996).

De la definición de interpretante, Umberto Eco (2005) comenta:

El interpretante no es el intérprete del signo (...) El interpretante es lo que garantiza la validez del signo aun en ausencia del intérprete (...) Para Peirce el interpretante es algo más: puede ser incluso una exposición compleja que no sólo exprese sino que, además, desarrolle por inferencia todas las posibilidades lógicas contenidas por el signo; un interpretante puede ser

incluso un silogismo deducido de una premisa regular. Además, el interpretante puede ser una respuesta de comportamiento, un hábito determinado por un signo, una disposición, y muchas otras cosas (págs. 114, 116).

Es así que se conforma la tríada del signo, la cual puede representarse de la siguiente manera (Zecchetto V. , 2005b):



Al respecto de estos tres componentes del signo, Peirce (1986) explica en el libro *La ciencia de la Semiótica*, lo siguiente:

Un signo, o representamen, es algo que, para alguien, representa o se refiere a algo en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente, o tal vez, un signo aún más desarrollado. Este signo creado es lo que yo llamo el interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su objeto. Está en lugar de ese objeto no en todos los aspectos, sino sólo con referencia a una suerte de idea, que a veces he llamado el fundamento del representamen (pág. 22).

Esta triada del signo tiene un origen matemático y kantiano. Matemático porque no se puede crear un tres sin introducir algo diferente de la unidad y el par; el simple hecho de pensar una combinación remite a una terceridad. Kantiano porque se trata de una lista de categorías para reducir la diversidad de impresiones sensoriales a la unidad, a la proposición, en la cual el entendimiento reduce las impresiones (Deledalle, 1996).

3.2.2.4. Semiosis

Para Peirce, los elementos de la tríada no trabajan por sí solos, sino que se trata de relaciones o funciones para la explicación de la realidad de cada semiosis, en donde el interpretante puede cambiar y convertirse en representamen de otro signo en otra semiosis. Un proceso de inferencia en el que el interpretante de un signo refleja

hábitos mentales de quien entra en contacto con el representamen, traduciendo las reacciones del individuo ante el estímulo del signo, denotando sus comportamientos y experiencias. Los individuos al leer el signo, lo interpretan a partir de lo formado en su mente, y a partir de aquí se generan nuevas configuraciones. En resumen, una semiosis infinita en la que se producen diversos signos, que genera a su vez el conocimiento humano (Zecchetto V. , 2005b).

La palabra “semiosis” la tomó Peirce del filósofo epicúreo Filodemo, para quien significaba una inferencia a partir de signos. Deledalle (1996) agrega:

Formalmente, el juego de las tres categorías (primeridad, segundidad y terceridad) puede adoptar múltiples formas según su lugar de ejercicio. Cualquiera sea este último: el universo o la comunicación, la semiosis es siempre ese proceso tríadico mediante el cual un primero determina que un tercero remita a un segundo al cual él mismo remite. La semiosis, que es un proceso de inferencia, es el objeto de la semiótica (pág. 86).

Un ejemplo sencillo de esta tríada podría ser el siguiente: Signo de un perro, ya sea figura o palabra. El representamen será el primer signo percibido, el objeto es el animal al que se alude, y el interpretante es la relación mental que se establece entre el representamen y su objeto, en otras palabras, otra idea del signo.

3.2.2.5. Tricotomías del signo y clases de signo

Enlazando las categorías de primeridad, segundidad y terceridad, con los tres elementos anteriores, se crea una nueva clasificación, la cual toma en cuenta las tres relaciones que tiene el signo; consigo mismo, con el objeto al que alude, y con el interpretante (Zecchetto V. , 2005b):

	PRIMERIDAD	SEGUNDIDAD	TERCERIDAD
REPRESENTAMEN	Cualisigno	Sinsigno	Legisigno
OBJETO	Ícono	Índice	Símbolo
INTERPRETANTE	Rema	Dicisigno	Argumento

Sobre estas tricotomías de los signos, Charles Sanders Peirce (1986) explica lo siguiente:

Los signos son divisibles según tres tricotomías; primero, según que el signo en sí mismo sea una mera cualidad, un existente real o una ley general; segundo, según que la relación del signo con su objeto consiste en que el signo tenga algún carácter en sí mismo, o en alguna relación existencial con ese objeto o en su relación con un interpretante; tercero, según que su interpretante lo represente como un signo de posibilidad, como un signo de hecho o como un signo de razón (pág. 29).

División del signo en relación consigo mismo o con el representamen (Zecchetto V. , 2005b):

- Cualisigno: signo en su aspecto de cualidad. Es lo general del signo, lo cual le permite subsistir sin ser, aún, la totalidad del signo. Ejemplo: el color de un objeto o el tono de un sonido.
- Sinsigno: la presencia concreta del signo. Ejemplo: la presencia del color en un objeto concreto.
- Legisigno: norma o modelo sobre el cual se construye un sinsigno. Ejemplo: lo que establece el diccionario para la definición semántica de una palabra en específico.

De esta división del signo en relación consigo mismo, Gerard Deledalle (1996) explica:

El 'signo' no analizado se presenta siempre primero como sinsigno, como signo existente único: singular. Tomando entre el cualisigno que es, en un sentido, el 'fundamento' del sinsigno, y el legisigno que es el 'signo' en un sistema organizado, el sinsigno se definirá de diferente modo según sea simple o sinsigno (fuera de todo sistema de signos) o 'réplica' de un legisigno. En todo caso, el sinsigno es un existente singular (pág. 97).

División del signo en relación con su objeto (Zecchetto V. , 2005b):

- Ícono: signo que se relaciona con su objeto por razones de semejanza. Es una imagen mental de un representamen que representa su objeto al cual se le parece. Ejemplo: ícono de la palabra "calor" es la imagen que se forma en la mente y se asemeja a nuestra experiencia de calor.

- Índice: signo que conecta directamente con su objeto. Es indicativo, remite a una cosa para señalarla. Ejemplo: el pronombre “tú” para indicar la persona con la cual se habla, o el humo, que indica la presencia de fuego.
- Símbolo: signo arbitrario. Ejemplo: las palabras, las cuales tienen un significado por una ley de convención arbitrariamente establecida.

De esta tríada surge el concepto de iconismo. Para Peirce el ícono es el único medio para comunicar directamente una idea, lo cual equivale a decir que toda imagen mental es un ícono. Asimismo, considera que el conocimiento humano se genera por una relación de signos, por lo que el ícono también es producto mental construido por la relación de percepciones sánicas y operando con ellas (Zecchetto V. , 2005b).

A partir de estas ideas de Peirce, surgen dos conceptos de iconismo: primero, se trata de la percepción mental común o cualquier elaboración sánica durante el proceso de conocimiento; y segundo, un signo que genera en la mente una imagen semejante a las cosas representadas, donde la semejanza es producida por la construcción sánica, no por el objeto (Zecchetto V. , 2005b).

De esta división del signo en relación con su objeto, Deledalle da como ejemplo de “ícono” un mapa geográfico que se parece al espacio de tierra que representa, de “índice” el síntoma de una enfermedad, y del “símbolo” las palabras de una lengua. Agrega además: “por indirecta que sea, la relación simbólica presupone las dos relaciones de indicialidad y de iconicidad, y la relación indicial, por directa que sea, presupone la relación de iconicidad” (Deledalle, 1996, pág. 98).

División del signo en relación con el interpretante (Zecchetto V. , 2005b):

- Rema: signo percibido en su forma abstracta. Es la relación que el sujeto establece con el representamen de manera general porque así lo expresa el signo. Por ejemplo: pensar en los nombres de las personas en general.
- Dicsigno: interpretante con contenido concretizado. Se trata de un matiz particular que asume el rema. Por ejemplo: “el nombre de ese niño es Ernesto”.

- Argumento: signo cuyo interpretante tiene forma de silogismo. Posee un tipo de razonamiento argumentativo e interpretativo. Por ejemplo: comprensión de un juego a partir de sus reglas.

De esta última, Deledalle (1996) dice: “La relación del signo-representamen con el signo-interpretante es del orden de la expresión” (pág. 88). Además menciona lo siguiente sobre las tres divisiones:

Es el análisis de una semiosis dada (y no el análisis formal de la tríada semiótica) lo que dirá la ‘naturaleza’ de sus constituyentes. En el respeto de la jerarquía de las categorías (...) nada es más flexible, más abierto, más dinámico que la teoría semiótica de Peirce. Confundir el rigor formal de sus definiciones con una descripción empírica mecánica es cometer un grave contrasentido (pág. 99).

A partir de las anteriores divisiones del signo, también se forman por triadización diez clases más de semiosis posibles (Deledalle, 1996):

- Primera clase: el cualisigno icónico remático: un sentimiento de un color, antes de que sea “sentido”.
- Segunda clase: el sinsigno icónico remático: un retrato sin leyenda.
- Tercera clase: el sinsigno indicial remático: un grito espontáneo.
- Cuarta clase: el sinsigno indicial dicente: un termómetro.
- Quinta clase: el legisigno icónico remático: un diagrama, independientemente de su individualidad factual.
- Sexta clase: el legisigno indicial remático: un pronombre demostrativo, un nombre propio.
- Séptima clase: el legisigno indicial dicente: un grito proveniente de la calle, de un vendedor, por ejemplo.
- Octava clase: el legisigno simbólico remático: un sustantivo común.
- Novena clase: el legisigno simbólico dicente: una proposición.
- Decima clase: el legisigno simbólico argumental: todas las reglas o normas.

Sobre estas clases, Gerard Deledalle (1996) explica:

En consecuencia, un signo no puede pertenecer más que a una de las diez clases, aunque la combinación de las nueve divisiones del signo nos dé un número de veintisiete clases posibles, porque sólo diez de estas clases respetan la jerarquía de las categorías (pág. 100).

Las anteriores actividades de la semiosis no se realizan en forma general. Se trata de realizaciones particulares y concretas. Son fanerones, pertenecen a la segundidad (Zecchetto V. , 2005b).

Sin embargo, es importante prestar atención a lo que Deledalle (1996) dice del método semiótico hasta ahora explicado:

A partir de él, es posible clasificar los signos. Pero si, al hacerlo, uno creyera proceder a un análisis semiótico, se engañaría totalmente sobre lo que es un análisis y sobre lo que es la semiótica. Para poner a prueba la comprensión de los conceptos, es posible distribuir, a título pedagógico, los signos o asignarles un lugar en las clases de signos, pero esto no es hacer análisis semiótico. La semiosis es un proceso y el análisis semiótico es el estudio del funcionamiento de esas semiosis, ya sea *a posteriori*, en una obra acabada, ya sea en el acto mismo de creación de la obra, desde el interior mismo del proceso semiótico. El propio análisis es proceso semiótico (pág. 101).

Con lo anterior, se entienden dos cosas: la primera, que las definiciones, por más precisas que sean, no están ligadas a objetos en sí, sino a funciones que pueden cumplir signos en una semiosis; y la segunda, que la diferencia de las funciones se debe a la diferenciación de las semiosis (Deledalle, 1996).

3.2.2.6. Argumentación: Deducción, Inducción y Abducción

De la última división, la del signo en relación con su interpretante, Peirce destacó el argumento, al cual estudió en particular después de un hecho en junio de 1879, cuando el filósofo norteamericano viajó a Nueva York en un barco. Al bajar, se percató que había olvidado su reloj y un abrigo, pero al regresar para buscarlos, se dio cuenta que alguien ya había tomado sus pertenencias. Al final consiguió rescatar sus cosas por una nueva forma de investigación que descubrió (Zecchetto V. , 2005b).

Tras esto, se dedicó a describir a detalle el recorrido mental e indagatorio que realizó; los procesos de razonamiento que tiene la mente para generar

conocimiento. Esto significó, a su vez, la inclusión de la epistemología en el pensamiento de Peirce, quien revisó el método usado desde la antigüedad para argumentar sobre los fenómenos, estudiando principalmente las dos clásicas formas de hacerlo: la deductiva y la inductiva, las cuales sirven para que la mente acceda al conocimiento de la realidad (Zecchetto V. , 2005b).

Sobre la argumentación, Zecchetto (2005b) dice que es “ordenar los términos, los conceptos y las premisas, para establecer alguna conclusión a nivel lógico: pero la validez de las conclusiones depende de los análisis y observaciones de los hechos en cuestión, o sea, de la verdad de las premisas” (pág. 71).

Tras estudiar la “Deducción” y la “Inducción”, Peirce descubrió y estudió la “Abducción”, otra forma para explorar la realidad y verificar la verdad de las cosas. Junto a los otros dos modelos, se conforman las vías por las que transita el razonamiento humano. La deducción prueba que algo debe ser, la inducción que algo es realmente operativo, y la abducción sugiere que algo puede ser (Zecchetto V. , 2005b).

Deducción: el argumento deductivo es donde las premisas garantizan la validez de la conclusión. Lo que se afirma como hecho conocido incluye lo que de él se deduzca (Zecchetto V. , 2005b).

Por ejemplo:

- Todos los pájaros son animales
- El halcón es un pájaro
- Por lo tanto, el halcón es un animal

Peirce agranda el campo de la deducción y le da un alcance experimental aplicándolo a relaciones faneroscópicas. La operación mental aplica al fanerón los tres elementos del signo (R, O, I) y trabaja la inferencia deductiva a partir de sus combinaciones. Él distingue la “Deducción necesaria” de la “Deducción probable” (Zecchetto V. , 2005b):

- Deducción necesaria: tiene validez por la verdad lógica que encierra.

- Deducción probable: depende de las variables de frecuencia o de estadística que gradúan la verdad de las conclusiones.

Peirce (1986) explica así la deducción:

Una deducción es un argumento cuyo Interpretante representa que pertenece a una clase general de posibles argumentos exactamente análogos que se caracterizan por el hecho de que, a lo largo de la experiencia, la mayor parte de aquellos cuyas premisas son verdaderas tendrán conclusiones verdaderas. Las Deducciones son o bien Necesarias o bien Probables. Las Deducciones Necesarias son aquellas que no tienen relación alguna con ninguna tasa de frecuencia, sino que pretenden (o sus interpretantes pretenden por ellas) que, a partir de premisas verdaderas deben producir necesariamente conclusiones verdaderas (...) Las Deducciones Probables o, más exactamente, Deducciones de probabilidad, son deducciones cuyos interpretantes las representan como relaciones con tasas de frecuencia (pág. 39).

Inducción: el argumento inductivo prescribe la validez de una conclusión a partir de premisas probables. El proceso semiótico es distinto al anterior, pues se trata de verificar una serie de fenómenos, para después extraer leyes más generales consideradas válidas. Es una forma de inferencia a partir de pruebas o experimentos (Zecchetto V. , 2005b).

Por ejemplo:

- Las canastas que están a lado de ese campo están llenas de mandarinas
- En todo ese campo se cultivan mandarinas
- Por lo tanto estas canastas provienen de ese campo

Sobre la inducción, Peirce (1986) indica:

Una inducción es un método para formar símbolos dicentes relativos a una cuestión definida, método en el cual el interpretante no representa que partiendo de premisas verdaderas producirá a la larga resultados aproximadamente verdaderos en la mayoría de las instancias, sino que representa que, si se persiste en este método, a la larga producirá la verdad, o una aproximación indefinida a la verdad, con respecto a cada cuestión (pág. 40).

La inducción produce conclusiones a pesar de que no se verifican todos los casos. Se acepta haber observado una cantidad razonable de fenómenos para extraer una ley. Este método sólo tiene validez comprobatoria, pero no amplía la indagación. Sin embargo, propicia otro camino, el cual no excluye la inducción y permite el proceso de la “invención”, del “descubrimiento”, y proporciona actos racionales que hacen avanzar la indagación de los fenómenos; este es el de la Abducción (Zecchetto V. , 2005b).

Abducción: Pierce abrió de nuevo el interés sobre esta antigua forma de argumentación que Aristóteles ya había estudiado. Se trata de aquel cuyo enlace entre premisas y conclusión es de tipo hipotético. Una manera de obtener una predicción general sin una positiva certeza, pero el filósofo estadounidense justificó este modelo de argumentación porque creía que permitía indagar las causas de un fenómeno, con la esperanza de descubrirlas mediante una hipótesis (Zecchetto V. , 2005b).

Es un “paradigma indiciario” que proporciona claves de interpretación cada vez que la deducción y la inducción no son aplicables o se muestran insuficientes para indagar un hecho. La verdad que se extrae se basa en conjeturas dentro de posibilidades adivinatorias, pero no completamente adivinatorias, sino en referencia a intuiciones razonables. He aquí donde se halla la validez de este tipo de razonamiento (Zecchetto V. , 2005b).

Por ejemplo:

- Todos los cacahuates de esta bolsa son enchilados
- Estos cacahuates son enchilados
- Probablemente provienen de esta bolsa

La abducción, a diferencia de la inducción, usa la hipótesis para descubrir las causas. En cambio, la inducción indaga por medio del experimento para extraer una ley. Ambas formas de argumentación no se excluyen, pueden hacerse ambas, pero sí deben distinguirse. En los procesos de semiosis, por ejemplo, la abducción se abre a la invención por su vínculo con la adivinación cognoscitiva. No se trata de un

conocimiento obtenido al azar, sino con base a argumentos de alguna manera razonables; trabajo que se realiza a partir de especulaciones e indicios no completamente probatorios; y por esto tiene límites, opera dentro de parámetros cuestionables y no totalmente seguros (Zecchetto V. , 2005b).

Al respecto, Peirce (1986) dice lo siguiente:

Una abducción es un método para formar una predicción general sin ninguna verdadera seguridad de que tendrá éxito, sea en un caso especial o con carácter general, teniendo como justificación que es la única esperanza posible de regular nuestra conducta futura racionalmente, y que la inducción, partiendo de experiencias pasadas, nos alienta fuertemente a esperar que tendrá éxito en el futuro (págs. 40, 41).

Para Victorino Zecchetto (2005b) esta visión de Peirce de la deducción, la inducción y la abducción, es novedosa pues “constituye una ‘ruptura epistemológica’, propone formas argumentativas que se convalidan unas a otras, en diferentes grados combinatorios de la triada que da unidad a su pensamiento” (pág. 77).

Gerard Deledalle (1996), por su parte, considera lo siguiente:

Evidentemente, el paso de una a otra reproduce el proceso de la semiosis: una abducción incontrolable sugiere una idea general de la cual la deducción extrae diversas consecuencias que la inducción pone a prueba. La inferencia, cualquiera sea (de la matemática pura a la conversión más trivial) es, como la semiosis, experimental (págs. 89, 90).

En otras palabras: “la abducción sugiere hipótesis o ideas generales que la deducción desarrolla y que la inducción, en un sentido enteramente diferente del sentido clásico, verifica o más bien pone a prueba” (Deledalle, 1996, pág. 171).

Agrega también que el análisis de un signo descompone la inferencia (semiosis) en tres momentos: representación, interpretación y atribución. “La teoría de la inferencia semiótica peirceana es una teoría lógica, y no psicológica. La semiótica es otro nombre de la lógica a la vez ‘formal’ (análisis) y ‘material’ (proceso de inferencia)”. Por lo tanto, ninguno de los términos empleados en el análisis debe ser entendido como estado, acto o función psíquicos, lo cual no quiere decir que la inferencia semiótica no sea consciente. Lo que se analiza son las marcas o

expresiones de la inferencia: “De la representación sólo se analizará la ‘función de delegación’, lo que Peirce denomina el ‘representamen’; de la interpretación, el ‘signo interpretante’; y de la atribución la relación ‘objetiva’ del signo y lo que éste representa” (Deledalle, 1996, pág. 94).

3.3. La semiótica y la literatura

En la creación literaria intervienen signos lingüísticos, formas como la metáfora y los símbolos, al igual que la existencia de códigos. El texto literario se compone de dos unidades básicas del lenguaje: la palabra y el discurso. Además hay un gran intercambio de significados lingüísticos, por lo que siempre es importante observar en su totalidad la obra, en la que el autor puso un sentido y una referencia (Murillo, 2019).

Hay dos actos de gran importancia en la literatura, el acto de escribir y el acto de leer, los cuales están marcados por un tiempo y un espacio; será el significado de cada obra el que los desborde. Al interior del texto literario hay referencias y sentidos fijados por el autor; afuera, el lector conectará los significados con sus propias experiencias. Las creaciones de los escritores no significan por las palabras, la redacción o sintaxis, sino por las figuras literarias, lo que ayuda a que exista un carácter simbólico y se remita a la narración de mitos, a la referencia a lo que hay más allá de lo natural, a lo sagrado, al universo y a los arquetipos (Murillo, 2019).

La literatura se nutre del mundo y su herramienta principal es la palabra, la cual debe reflejar todas las dimensiones extra semánticas, de allí la importancia de escribir y leer, y de cómo se complementan una y otra. Más cuando uno se percata de que la creación literaria, por todos los anteriores factores, es un proceso de significación que también se acerca a un proceso de semiosis, denominado así por Charles Sanders Peirce (Murillo, 2019).

El discurso literario parte de los sistemas de significación, es también un discurso social. Por lo tanto, también es un fenómeno de semiosis social que se manifiesta por medio del sistema verbal u otros sistemas donde intervienen formas de expresión como las imágenes, los colores, el espacio, el movimiento. Estos también

son “significantes que exhiben determinantes histórico sociales” (Gimate-Welsh, 2005b, pág. 190).

A partir de esto se puede confirmar que la creación literaria es un proceso de semiosis, en donde no sólo es importante el momento de la creación, sino de la recepción del texto. El escribir o hacer literatura es una acción que va de la mano de la significación, y por lo tanto también se mueve dentro de la pragmática, que es el empleo de los signos. Éstos se muestran por medio de las palabras, las cuales expresan ideas, emociones o sentimientos. Además la obra literaria es un objeto estético, un signo literario que conjunta conocimientos unidos a la experiencia (Murillo, 2019).

Adrián Gimate-Welsh (2005b), en su libro *Del signo al discurso*, define así al signo literario:

El signo literario selecciona y refleja una versión focalizada de la realidad. La obra literaria es pues una semiosis verbal. Lo anterior nos conduce al planteamiento de que a la obra literaria puede aplicársele el aparato conceptual de la semiótica en cualquiera de sus vertientes: estructuralista, filosófica o cognitiva, diádica o tríadica (pág. 214).

Además agrega:

El texto literario se nos presenta pues como una codificación múltiple. Para concretar la interacción autor, lector, texto y contexto, sobre todo en su dimensión cognoscitiva e interpretativa la semiótica de Peirce se nos presenta como una herramienta de suma utilidad (pág. 215).

En el libro *Escritos Filosóficos I*, se muestra lo que piensa Peirce (1997) de la creación literaria:

El trabajo del poeta o novelista no es tan diferente al del científico. El artista introduce una ficción, pero no es arbitraria; muestra afinidades a las que la mente concede una cierta aprobación llamándolas hermosas, lo cual si no es exactamente lo mismo que decir que la síntesis es verdadera, es algo del mismo tipo general. El geómetra traza un diagrama, que si no es exactamente una ficción, es al menos una creación, y por medio de la observación del diagrama es capaz de sintetizar y mostrar relaciones entre elementos que antes no parecían tener una conexión necesaria (pág. 222).

Peirce incluye al texto literario dentro de los signos que denomina símbolos, y también puede colocarse a éste en la estética peirciana, la cual, de acuerdo a su clasificación general de las ciencias, se encuentra dentro de la filosofía, que a su vez se encuentra compuesta por la fenomenología, las ciencias normativas, la estética, la ética y la lógica o semiótica (Gimate-Welsh, 2005b).

Para el filósofo estadounidense, su sistema filosófico científico, con la semiótica en el centro, será el instrumento principal de la ontología y la epistemología de las ciencias especiales, entre las cuales está la literatura. La relación entre la filosofía semiótica y las ciencias especiales es una relación dialógica. La primera da principios, las segundas brindan información para los conceptos generales de la primera. Esta relación tiene un ancho campo de investigación ya que puede darse en el nivel teórico, clasificatorio y descriptivo. En especial, dentro de la lógica crítica, se pueden investigar la abducción, la inducción y la deducción, según se hagan presentes en el universo literario, tanto en la creación como en la teoría (Gimate-Welsh, 2005b).

Para Gimate-Welsh, el signo literario es un legisigno simbólico remático (Gimate-Welsh, 2005b):

- Legisigno: porque es lingüístico y reproducible por medio de la terceridad.
- Simbólico: porque se trata de un signo de ficción, por su naturaleza mimética o de representación. Para exponer el mundo real y referirse a objetos, el signo literario usa índices que crean un referente concreto.
- Remático: porque es tercero bajo su aspecto de primeridad. Evoca sentimientos, cualidades, pero sin prescribir. Propone un significado hipotético, plausible y por lo tanto no le compete la verdad, la cual implicaría la clausura, la ley, el hábito. “Como signo remático, es la semiosis más genuina, es la creatividad” (Gimate-Welsh, 2005b, pág. 222).

Sin embargo “dado el carácter remático de la relación signo-interpretante, el signo literario no participa plenamente de la terceridad, pues el signo literario no llega a la transparencia total, no llega a la verdad objetiva ni a la ley” (Gimate-Welsh, 2005b, pág. 223).

La obra literaria no logra hacer llegar estos signos hasta que ocurre un proceso de semiosis diferente, el de la lectura. Los libros nunca producirán el mismo significado; éste puede variar en las relecturas, cuando los propios autores los revisan, o cuando simplemente una persona diferente a los escritores los leen. Todo esto en conjunto crea un proceso de significación infinito. La creación literaria debe abordarse como un proceso y la obra literaria como un producto de la semiosis que siempre conlleva otro proceso de significación, el del lector (Murillo, 2019).

Sobre el autor, Gimarte-Welsh (2005b) indica:

El autor, en un acto de producción de significación, al imprimir una cierta naturaleza al mensaje, se sitúa en una determinada relación con el destinatario. Hay una relación cultural en su contenido; una relación pragmática, en su intención; una relación estética, en su estilo y su género; una relación con un lector, real o imaginario (pág. 202).

Mientras que del lector dice:

El lector, que adquiere vida al entrar en contacto con el mensaje, establece lazos de curiosidad, de interés y simpatía con el autor. En su proceso de lectura, el lector se instala en dos dimensiones: a) de la comprensión textual, y b) de la modificación-imaginación. El lector que se instala en el polo de la comprensión, asume la función del crítico, del hermeneuta que busca la exactitud de la interpretación en sus dimensiones literal y global; es un cercamiento semiótico en el que el texto se concibe como una suma de signos denotativos y connotativos complejos (pág. 203).

Siendo el texto literario un proceso de significación, el significado de la obra no se encontrará en el acto de escribir, ni en el de leer, sino en ambos, lo que provoca que éste surja. Tampoco está en las palabras o entrelíneas, sino que se revela. Ni mucho menos está en el libro, sino en la configuración que realiza tanto el escritor como el lector (Murillo, 2019).

4. Capítulo IV. Los jóvenes personajes de la novela *De perfil*, de José Agustín, y su relación con el Movimiento Estudiantil del 68

En este último capítulo se analizará, a través de la teoría semiótica de Charles Sanders Peirce, a cuatro personajes de la novela *De perfil*, de José Agustín, con la finalidad de comprobar la hipótesis que se realizó desde el inicio de esta investigación: El escritor guerrerense representa, por medio de cuatro jóvenes personajes de su novela: Joven "X", Esteban, Rogelio y Alfonso; las características sociales, económicas e ideológicas de la joven sociedad que habitaba la Ciudad de México, durante la década de los años sesenta. Cualidades que ayudarían a impulsar el Movimiento Estudiantil de 1968.

Primero se justificará el uso de la teoría de Peirce para analizar a los personajes; en específico, la utilización de la octava clase de signos propuesta por Adrián Gimete-Welsh para tratar a los signos literarios: el legisigno simbólico remático. Luego, se realizarán los dichos análisis de cada uno de los personajes, tomando en cuenta su forma de expresar, sus características socioeconómicas, e infiriendo lo que cada uno de ellos representa por sus cualidades y su forma de actuar y de pensar.

Finalmente, a manera de conclusión de los propios análisis, se utilizará el método argumentativo propuesto por Charles Sanders Peirce, compuesto por la abducción que propone una hipótesis; de la deducción, que sugiere posibles consecuencias de la idea general que se hace; y de la inducción, que pondrá a prueba y confirmará las inferencias que se generarán de todos los personajes. Colocándolo todo en el contexto histórico, político, económico y social que se vivía en los sesentas en todo el país, específicamente en la Ciudad de México; y así encontrar la relación que hay entre las características de los seres creados por José Agustín, con las de los jóvenes de aquella época y con el surgimiento del Movimiento Estudiantil del 68.

4.1. *De perfil*, de José Agustín: texto literario, signo literario y legisigno simbólico remático

El objeto de estudio de esta investigación y análisis, la novela *De perfil*, del escritor mexicano José Agustín, es un texto literario, y como texto está conformado por dos unidades básicas del lenguaje: la palabra y el discurso; es un encadenamiento de palabras, o como diría Adrián Gimete-Welsh, “una sucesión de valores respecto de las variables de la escritura” (Gimete-Welsh, 2005a, pág. 104). A la vez, forma parte de la literatura, la cual es una comunicación estética. La comunicación literaria trabaja en un doble plano: el de emisor-mensaje y el de mensaje-destinatario. Para la significación de la obra del guerrerense, y para cualquier obra literaria, son importantes los actos de escribir y de leer (Gimete-Welsh, 2005a, pág. 202).

En un principio, al interior del libro, el guerrerense fijó referencias y sentidos, para que después los lectores conecten los significados de la obra con sus propias experiencias, con sus fanerones o estados mentales que tejerán significaciones. La creación literaria, como se explicó en el capítulo anterior, es un proceso de significación que se acerca a un proceso de semiosis, que se presenta por medio del sistema verbal y otros sistemas donde intervienen diferentes formas de expresión; significantes que exhiben determinantes históricos sociales.

Agustín, al hacer literatura, utiliza significaciones, por lo que esta acción se ubica dentro de la pragmática, la cual se encarga del empleo de los signos. En cualquiera de sus libros, los signos se muestran por medio de las palabras. Por todo ello, *De perfil* puede considerarse como un signo literario, el cual, de acuerdo a Gimete-Welsh, selecciona y refleja una versión focalizada de la realidad, y se le puede aplicar la teoría semiótica de Charles S. Peirce para concretar la interacción entre autor, lector, texto y contexto, principalmente en la dimensión cognoscitiva e interpretativa.

Según el propio Gimete-Welsh, el signo literario, y en consecuencia *De perfil*, puede clasificarse dentro del sistema de Peirce como “legisigno simbólico remático”:

- **Legisigno:** porque es lingüístico y reproducible por medio de la terceridad. *De perfil*, como cualquier otra obra literaria, hace uso del lenguaje, de las palabras para construir un discurso, y a su vez, significaciones. Estas palabras tienen normas que seguir para su funcionamiento, pero también pueden ser importantes herramientas para la creatividad del autor a la hora de escribir: para expresar ideas, sentimientos y demás formas que construirán las significaciones de la obra.
- **Simbólico:** porque se trata de un signo de ficción por su naturaleza de representación, usando índices que crean un referente concreto para exponer el mundo real y referirse a objetos. En este caso, *De perfil* hace uso de los índices para referirse a objetos de la realidad; utiliza íconos: personajes, lugares o hechos que son similares a los del mundo real, a sucesos históricos o fenómenos sociales, con lo cual se construyen símbolos.
- **Remático:** porque evoca sentimientos, cualidades sin prescribir, proponiendo un significado hipotético, plausible al cual no le compete la verdad, la cual sólo implicaría clausura, ley y hábito. *De perfil* ofrece la obtención de significados hipotéticos, los cuales no pueden tomarse totalmente como verídicos porque están sujetos a las diferentes interpretaciones que realizan los lectores de la obra.

Este libro es una novela que forma parte del género épico. Éste, de acuerdo a Giménez-Welsh, representa la terceridad de la segundidad. “La epicidad nos presenta un razonamiento un tanto lógico sobre la realidad”, las opiniones expresadas en el signo épico pueden ser racionales y tener una naturaleza simbólica. “En la medida que la epicidad colinda con la verdad –la terceridad– dejará de ser ficción” (Giménez-Welsh, 2005a, pág. 224).

El principal objetivo de esta investigación es analizar la novela *De perfil* para saber cómo José Agustín representa a la joven sociedad de la década de los años sesenta; las características de los jóvenes que habitaban en ese entonces la Ciudad de México, y conocer cómo estos aspectos impulsaron o influyeron en el Movimiento Estudiantil de 1968. La literatura, en este sentido, funciona no sólo como una

expresión artística, también como un registro de acontecimientos históricos e ideológicos.

De acuerdo a Cesare Segre, los textos no sólo están conformados por los tipos de contenido, también por los tipos de ideología, por lo cual están ligados a formaciones sociales, a concretas interpretaciones del antagonismo entre estas formaciones (Segre, 1985, págs. 150-153).

Mientras tanto, para Paul Bénichou, en entrevista con Tzvetan Todorov, lo importante del producto literario no es su naturaleza, sino su uso. Rechaza la concepción que hace del objeto literario una simple concepción estética. Para él, la literatura es arte, pero igualmente se relaciona con otras artes, o con otros tipos de discurso; como con el de la historia, el de la política y el de la filosofía. La literatura es una manera de pronunciarse sobre el mundo y la realidad, de tomar posición sobre la sociedad; es arte e ideología, y por ello, portadora de ideas (Todorov, 1990).

Para conocer la intersubjetividad que se encuentra en *De perfil* y cualquier texto literario, es decir, el contexto, se requieren procesos de inferencia, o como diría Charles S. Peirce, de procesos de significación, de semiosis ilimitadas para la constitución de sentido. En otras palabras, la identificación de los interpretantes nos permite recuperar la historicidad textual. El contexto no se ve como algo exterior al texto, sino como una parte constitutiva del proceso de significación; emerge de los procesos inferenciales, de la identificación de los interpretantes finales.

Ahora bien, la creación literaria de *De perfil*, debe abordarse como un proceso, la obra literaria, el mensaje como un producto de la semiosis que conlleva otro proceso de significación, el del lector. En este caso se estudiará el producto literario, teniendo en cuenta que el momento de la creación y el de la lectura, estarán implícitos al momento del análisis.

José Agustín, al producir significaciones, se sitúa en una determinada relación con el destinatario: en una relación cultural en su contenido, en una relación pragmática en su intención, y en una relación estética en su estilo y género. El lector, al entrar

en contacto con el mensaje establecerá también lazos de curiosidad, interés y simpatía con el autor. Pero el lector que se ubique en la comprensión del texto, asumirá la función de crítico para buscar una interpretación exacta en sus dimensiones literal y global. Se trata pues, de un proceso semiótico en el que la obra se percibe como un conjunto de signos denotativos y connotativos.

4.1.1. Los personajes de la novela *De perfil*: signos literarios y legisignos simbólicos remáticos

Los personajes de la novela del escritor guerrerense, al ser parte del texto, pueden considerarse también signos literarios, y a la vez, legisignos simbólicos remáticos.

4.1.1.1. Legisignos

Legisignos porque tienen una forma de expresarse verbalmente, y por lo tanto lingüísticamente, la cual se nota en los monólogos y diálogos que el guerrerense les atribuye en el texto. Como tal, cada uno de los personajes tiene expresiones específicas. El lector, al leer *De perfil*, sabrá distinguir las palabras dichas de uno y otro ser creado por el escritor, ya que, como las características físicas, éstas son distintivas para la creación de un determinado sujeto, lo que también origina una interpretación individual de cada personaje.

En el caso de esta investigación, se analizará del texto y de los personajes, el uso del llamado “lenguaje de la onda”. Como se explicó en el capítulo dos, éste se originó de los “jipitecas”, la comunidad de jóvenes mexicanos surgida de la combinación de la forma de pensar de los hippies norteamericanos y de las creencias, las tradiciones y conocimientos de los indígenas nacionales.

Por su parte, recordemos que la ensayista Margo Glantz atribuyó la creación de este lenguaje a la combinación de lenguajes marginales, de “pachucos” y “caifanes”, con el uso del albur, la jerga carcelaria y la usada en la música rock. El “lenguaje de la blasfemia” y el “lenguaje de la obscenidad” se adentraron en el “lenguaje cotidiano”; esta combinación de lenguajes, a su vez, se unió al “lenguaje de la frontera” y luego se involucró al rock, creándose el “lenguaje de la onda” (Glantz, 1976, págs. 98, 99).

Según Glantz, el “lenguaje de la onda” era un lenguaje perteneciente a los adolescentes, a los jóvenes. Por lo tanto, era el lenguaje de un determinado estrato de la sociedad, de un conjunto de personas de una específica edad, e incluso, de una clase social en especial, ya que a pesar de que derivaba del albur, la clase social de donde surgió siguió permaneciendo en el mismo lugar: “La pertenencia a un grupo mundial, los jóvenes, los identifica. La pertenencia a una clase específica los desidentifica” (Glantz, 1976, pág. 102).

Tomando en cuenta lo anterior, se puede inferir que el “lenguaje de la onda” era una especie de “sociolecto”, de “argot” o “jerga”; objetos de estudio de la lingüística, en específico de una de sus ramas: la “sociolingüística”. Por ello, se explicará brevemente a continuación estos conceptos con la finalidad de entender de mejor manera el análisis que se llevará a cabo, principalmente cuando se les clasifique a los personajes como legisignos, y como tal, pertenecientes a lo lingüístico.

Empecemos por decir qué es la lingüística, a la cual Juan Luis Jiménez Ruiz (2001), en el libro *Iniciación a la lingüística*, define como:

La disciplina que estudia el lenguaje natural humano como parte universal y considerado como fundamento de la propia esencia del hombre (...) Sin embargo, puesto que la capacidad de comunicación que constituye el lenguaje se concreta en las lenguas particulares, debemos añadir que la Lingüística estudia además las lenguas (pág. 45).

Dentro de la lingüística, varios de sus investigadores han propuesto ramas y subdivisiones metodológicas para su estudio, entre las que están la Psicolingüística, la Neurolingüística, la Sociolingüística, la Antropología lingüística, la Pragmática y la Filosofía del lenguaje. La Sociolingüística es la rama de la lingüística teórica que nace de la relación entre la lingüística y la sociología, la cual conjunta los puntos de vista lingüístico, simbólico y social del lenguaje, para estudiarlo poniendo mayor atención a la variación lingüística (Jiménez R., 2001).

La sociolingüística nace en la segunda mitad del siglo XX, a partir del desarrollo de los estudios sobre el carácter social del lenguaje y sobre su función comunicativa. Estudia las relaciones entre el lenguaje, el individuo y los grupos sociales con el

objetivo de establecer principios de sistematización de la variación lingüística en relación con el contexto social. Se encarga, además, de analizar los signos lingüísticos como unidades funcionales relacionadas históricamente con supraentidades históricas y sociales. En sí, es una disciplina contextual que trata de complementar los estudios lingüísticos con el análisis de las variaciones que se dan en el habla (Jiménez R., 2001).

Actualmente se pueden considerar dos líneas principales de investigación: la que intenta conseguir una clasificación tipológica de los temas de investigación incluidos en la estructura socioinstitucional y académica; y la que se interesa más en el establecimiento de límites y conceptos, evitando los inventarios, ya sea en su vertiente sociológica o en su vertiente sociolingüística. De aquí parte la diferencia entre la Microsociolingüística y la Macrosociolingüística (Jiménez R., 2001).

La Macrosociolingüística incluye la Sociología del lenguaje como la disciplina con la tarea de estudiar la sociedad en relación con el lenguaje, describiendo reglas y normas sociales explicativas de la conducta lingüística; además del valor simbólico que las variedades lingüísticas tienen para los hablantes. La Microsociolingüística es la sociolingüística estricta, la que analiza específicamente la variación lingüística y el multilingüismo (Jiménez R., 2001).

Cada colectividad expresa una particular actividad verbal, diferente a la que realiza otra; los seres humanos no hablan de la misma manera, no utilizan la misma lengua, por lo que debe estudiarse el fenómeno del lenguaje tomando en cuenta la dimensión social en la que se da, en otras palabras, en los distintos niveles de variedades lingüísticas (Jiménez R., 2001):

- Variedades individuales: características de una sola persona (idiolectos).
- Variedades sociales o diastráticas: propias del conjunto de individuos de una colectividad (sociolectos).
- Variedades diafásicas: de la situación, el grupo y el modo en el que se da el acto verbal (fasolectos).
- Variedades diatópicas: del lugar geográfico al que pertenece el individuo que realiza el acto verbal (dialectos).

Todas estas variedades reciben el nombre de “variaciones intraindiomáticas”. El lenguaje, como facultad de comunicación, no está repartido de igual forma entre las clases sociales, no por la inteligencia de los seres humanos, sino por el grado de instrucción. Cada estrato social usa de diferente forma la lengua. A estas diferencias Eugen Coseriu las llamó “variaciones intraindiomáticas”, que son las que se detectan dentro de una lengua. En éstas existen los cuatro niveles anteriormente mencionados, que van de lo particular a lo general, propuestas en base a factores como el espacio, la situación y la sociedad (Jiménez R., 2001).

De estos niveles, el que más importa en esta investigación es el de las “variedades diastráticas”, las cuales son las que se diferencian en virtud de los factores sociales. Son diferencias entre los distintos espacios “socioculturales” de una comunidad que dan origen a los “sociolectos”, los cuales son característicos de un grupo social. Los factores que determinan a los “sociolectos” son el sexo, la edad, el nivel económico, el nivel cultural, la profesión, el origen, entre otros. Es así que se tienen diversos “niveles de habla” que se ven expuestos en estas variedades diastráticas (Jiménez R., 2001):

- Habla culta: de las personas que presentan un nivel cultural adecuado.
- Habla popular: habla común del pueblo, con un nivel inferior al anterior.
- Habla vulgar y rústica: de las personas iletradas, con vulgarismos, arcaísmos, etc.
- Habla profesional: de los profesionistas y de las corporaciones.
- Habla de artesanía: se trata de un vocabulario reducido, castizo para los materiales de los oficios artesanales.
- Habla artística: suplemento del vocabulario en el ámbito de la pintura, la música, etc.
- Habla industrial: incorporación de numerosos tecnicismos por la gran introducción de maquinarias en varias profesiones.
- Habla de germanía: de los ladrones y maleantes.

También puede definirse al “lenguaje de la onda” como “argot” o “jerga” perteneciente a los jóvenes. El *Diccionario básico de Lingüística* define a la “jerga” de la siguiente manera:

Variedad que caracteriza el habla de un determinado grupo social o profesional con el propósito de distinguirlo. En periodismo, una ‘noticia caliente’ es una noticia importante que se cubre y se difunde inmediatamente que sucede. Algunas jergas de determinados grupos sociales tienen como finalidad que el mensaje sea incomprensible al sector ajeno a este código. Puede crear formas nuevas: ‘Nofo mefe afacueferdofo (No me acuerdo)’, o dar un nuevo valor a palabras de uso general, por broma o ironía: ‘¡Que milanesas! Hace tiempo que no nos bisteces (¡Que milagro! Hace tiempo que no te veía). También se le denomina ‘Argot’, ‘Germanía’ o ‘Jerigonza’ (Luna T., Viguera Á., & Baez P., 2005, pág. 125).

Por otra parte, el *Diccionario de análisis del discurso*, de Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau, define al “argot” así: La mayoría de los diccionarios de lengua mencionan como primer atestado de este término la fecha de 1628, con un primer sentido de “corporación, cofradía de pordioseros, de mendigos”. De este origen deriva la frecuente e histórica vinculación del término a grupos sociales más o menos marginales: argot de los malhechores, germanía de los prisioneros. La acepción de la palabra argot fue extendiéndose y así llegó a hablarse de “argot de los jóvenes” o de “argot de oficios” (Charaudeau & Maingueneau, 2005, pág. 43).

Desde el punto lexicológico, de acuerdo al anterior texto, los argots constituyen subconjuntos del vocabulario común, y la mayor parte de los procedimientos de creación argótica se han integrado a la morfología estándar. Se utilizan también procedimientos retóricos como la metáfora, la metonimia, la eufemización y la hipérbole. Otros procedimientos modifican la disposición silábica de vocablos comunes y pueden combinarse entre ellos. Igualmente, puede mostrarse especificidad de los argots en su enunciación en discurso, tanto en sus usos como en las situaciones sociales de empleo (Charaudeau & Maingueneau, 2005, págs. 43, 44).

Los argots dependen de la sociolingüística, ya que constituyen marcadores de cohesión de grupo; grupo de edad, grupo social, o grupo profesional. En este

sentido, si no es preciso hablar de un “código concreto” como lo son los lenguajes iniciáticos, el uso de argots conduce a crear demarcaciones dentro de una comunidad lingüística; entre los que hablan argot, “nosotros”, y los que no lo hacen, “ellos” (Charaudeau & Maingueneau, 2005, pág. 44).

El argot de los jóvenes tiene características no sólo léxicas, también fonéticas, melódicas y sintácticas, pero sobresalen en especial las palabras que se usan en él. En el caso de los argots de profesiones, este diccionario indica que se disponen de términos como “vocabularios de oficio”, “jergas” y “argots”, que a pesar de que no se pueden sustituir entre sí, sí remiten al mismo fenómeno sociolingüístico (Charaudeau & Maingueneau, 2005, págs. 44, 45). No obstante, Vicente García de Diego, en el *Diccionario de lingüística de la escuela española*, distingue entre “jerga” y “argot” diciendo que “el argot busca aisladamente la novedad con formaciones pintorescas, mientras que la jerga busca formar un habla ocultista” (Abad, 1986, pág. 55).

A partir de lo anterior, se rectifica que puede clasificarse el “lenguaje de la onda” como un “sociolecto”, “jerga” o “argot” perteneciente a los adolescentes, a los jóvenes principalmente de clase media durante la década de los años sesenta, el cual combinaba diferentes “niveles de habla”: desde el habla culta, con referencias culturales y términos intelectuales; pasando por la popular y vulgar, con los lenguajes marginales y el uso del albur; hasta llegar al habla de germanía, con la inclusión de la jerga carcelaria.

4.1.1.2. Simbólicos

Los personajes de la novela *De perfil*, son simbólicos por su naturaleza de ser signos de ficción, de representación. Son íconos, que por medio de índices; características sociales, económicas, e ideológicas, se convierten en símbolos de los habitantes de la Ciudad de México durante la década de los años sesenta. En el caso de esta investigación, al analizar el texto literario para saber si se refleja en él a la juventud de aquel entonces, se tomarán en cuenta principalmente a cuatro jóvenes personajes: Joven “X”, Esteban, Rogelio y Alfonso.

Con la publicación de la obra en 1966, se deduce que gran parte de las características que tienen los seres creados por José Agustín, son retomadas de la sociedad de finales de los años cincuenta y principios de los sesentas, del entonces Distrito Federal, durante el llamado Milagro mexicano o Desarrollo estabilizador; fenómeno en el que predominó la estabilidad política y económica, del sexenio de Miguel Alemán (1946 – 1952), al de Gustavo Díaz Ordaz (1964 – 1970).

En ese entonces, el regente de la Ciudad de México era Ernesto P. Uruchurtu, quien trajo la “modernidad” a la capital, pero igualmente la expansión de la metrópoli, hasta alcanzar una conurbación con municipios del Estado de México, generando diferentes problemáticas como la falta de transporte. Bajo su mandato se concretó la idea del Centro Histórico, se ensancharon avenidas como el Paseo de la Reforma y se crearon otras vialidades como el Viaducto Miguel Alemán. Además se edificaron gran cantidad de inmuebles de administración pública, escuelas, hospitales, centros comerciales, y conjuntos habitacionales como el de Nonoalco-Tlatelolco, entre otras construcciones.

Debido al crecimiento económico en todo el país por el impulso de la industria, también hubo una gran concentración de población en las ciudades más desarrolladas, como Monterrey, Guadalajara, Acapulco, y en especial la capital. La mayoría de los empleos, servicios médicos, y en general las mejores condiciones de vida, se centralizaron en estas urbes, creando desigualdades entre las diferentes clases sociales, donde la que obtuvo más beneficios fue la clase media, la cual pudo gozar de la “modernidad”, de los aparatos electrónicos, electrodomésticos y automóviles.

La falta de apoyo a otros sectores económicos; a campesinos, médicos, maestros y ferrocarrileros, dio como resultado una gran cantidad de manifestaciones laborales en esta época, y en consecuencia, las violentas represiones del gobierno. Asimismo, debido a la simpatía de estudiantes, intelectuales y partidarios de izquierda, a grupos comunistas y a la Revolución Cubana; el Estado tomaría un papel anticomunista con el respaldo de la comunidad religiosa, mostrando a la vez, aceptación a la ideología del entonces gobierno norteamericano, el cual tenía un

fuerte conflicto con la Unión Soviética. Todos estos hechos servirían como antecedentes al Movimiento Estudiantil de 1968.

En la cultura, durante estos años existió una división clara entre lo que representaba alta cultura y cultura popular. En televisión se transmitían telenovelas, en la radio se escuchaba chachachá, música ranchera, rock y jazz, mientras que en los cines aún se seguían presentando películas de la edad de oro, y en otros pocos, nuevas propuestas como la Nueva ola francesa. Por otra parte, en la literatura los mayores exponentes eran Octavio Paz, Carlos Fuentes, y el “Boom Latinoamericano”, con escritores como Gabriel García Márquez y Julio Cortázar. También surgieron nuevos escritores como Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco. Después, a mediados de los sesentas, publicaron sus obras jóvenes que conformaron la “Literatura de la Onda”, nombrada así por la ensayista Margo Glantz.

Fue justamente en la primera mitad de los sesentas, que los hippies cobraron relevancia en Estados Unidos, y se interesaron por el consumo de alucinógenos, drogas y hongos provenientes de México. La visita de estos estadounidenses provocó el nacimiento de una nueva comunidad juvenil, los “jipitecas”; jóvenes mexicanos con influencias indígenas, gusto por la música rock, y con una forma especial de hablar. Todo este movimiento fue parte de la contracultura en México. Después, con los conflictos estudiantiles, los “jipitecas” se integraron a los demás jóvenes para manifestar sus inquietudes, las problemáticas sociales, económicas, y en especial sus demandas a la libertad, al derecho de libre expresión, y a un importante cambio en el sistema que hasta ese entonces regía en el país.

Todos los sucesos anteriores, explicados de mejor manera en los capítulos uno y dos, sirven de contexto para entender la novela *De perfil*. Conocer que factores políticos, económicos, culturales, y sobre todo sociales, influyeron en el escritor durante la creación de este libro y sus jóvenes personajes.

4.1.1.3. Remáticos

Son remáticos los personajes de esta novela ya que evocan sentimientos, formas de pensar y cualidades, pero sin prescribir. Al analizarlos, tomando en cuenta sus

características como legisignos y simbólicos, se propondrá un significado hipotético, ya que pueden estar sujetos a diferentes interpretaciones de los lectores de la obra. A la inferencia final que se realice no le competará la verdad, la cual implicaría clausura, ley y hábito; es decir, un significado absoluto que no estaría abierto a los juicios, a los puntos de vista realizados por otras personas.

En este caso, no sólo deben tomarse los aspectos lingüísticos, sociales, económicos e ideológicos para el análisis de los personajes. No pueden olvidarse las cuestiones individuales, las experiencias personales de José Agustín, todo aquello que pudiera influir en su forma de escribir, tanto en el estilo, como en los temas a abordar. Por ejemplo, su forma de pensar, de ver los hechos históricos que sucedían a su alrededor; experiencias personales que pudieron haber modificado su concepción del mundo, incluso sus gustos personales; y lo más importante, sus mayores influencias tanto en su vida como en su literatura.

Recordemos que José Agustín comenzó a vivir desde pequeño en la Ciudad de México, cuando se mudó de Guerrero junto a su familia. Vivió en las colonias Roma y Narvarte, pero fue esta última la que más lo marcó. Si algo tiene muy presente de su infancia, es su paso por la escuela lasallista Simón Bolívar, en la que nacieron sus primeros momentos de rebeldía, de ir en contra de lo que representara autoridad. También fue durante esta época en la que surgieron gustos personales que se quedarían con él para siempre, como el del teatro y el de la música rock.

Su relación con la literatura surgió por su gusto por las tiras cómicas y su afición a dibujar las suyas. Él mismo cuenta que en un principio creyó que terminaría siendo pintor, pero con el tiempo dedicó más tiempo a escribir los diálogos de sus personajes, que a trazarlos en el papel. Luego llegaron sus hermanos con un montón de libros que él comenzó a leer por interés, y no porque ellos le dijeran que leyera tal o cual texto. Así fue como conoció la mitología griega, a los clásicos, a escritores como Jean-Paul Sartre, Edgar Allan Poe, Arthur Rimbaud, Francis Scott Fitzgerald; hasta llegar a los *beatniks*, a Jack Kerouac y también a uno de sus favoritos, Vladimir Nabokov, con *Lolita*.

En temas más personales, fue una de sus relaciones la que lo llevó a viajar y a estar un tiempo en Cuba; lugar en el que escribió obras de teatro y otros textos, a la par de que enseñaba y aprendía nuevas cosas. A su regreso, ya estando en la preparatoria, conoció a la que hasta la fecha sigue siendo su esposa, Margarita Bermúdez. También gracias a la relación cercana que tenía con su hermana, encontró a quien considera su mayor maestro en la literatura: a Juan José Arreola. En el taller *Mester*, creado por el jalisciense, aprendió a escribir de mejor manera, leyó nuevos libros, y fue importante para la creación de su primera publicación, *La tumba*.

Además de ser su ópera prima, también significó su primer éxito como escritor, ya que comenzó a tener reconocimiento en el ambiente cultural, y a ser considerado como parte de un conjunto de jóvenes literatos sobresalientes. Fue en este tiempo que inició la escritura de su novela *De perfil*, publicándola en 1966 junto a una reedición de *La tumba* y una autobiografía que le había pedido la *Editorial Diógenes*, con el nombre de *Quién soy, dónde estoy, qué me dieron*.

Esta información que se encuentra mejor explicada en el capítulo dos, sirve también para conocer el contexto personal bajo el cual se construyó *De perfil*, y que será fundamental para analizar los jóvenes personajes de la obra. Comprender la visión de José Agustín, sus pensamientos y opiniones sobre la sociedad de aquel entonces, tomando en cuenta que él también era joven, y que todo ello puede observarse en la creación de esta novela, en su forma de escribir y de expresarse.

4.2. Análisis semiótico peirceano de cuatro jóvenes personajes de la novela *De perfil*, de José Agustín: Joven “X”, Esteban, Rogelio y Alfonso

4.2.1. Joven “X”

Este es el principal personaje de la novela *De perfil*, de quien conoceremos, durante toda la obra, hechos importantes que marcaran su juventud, ocurridos en sólo cuatro días. También cumple la función de narrador, pues a través de él podemos conocer la historia de los demás personajes. De forma directa, por ejemplo, conocemos a sus papás, a su primo Esteban, o a los dos muchachos que conoció en la

Universidad. Pero también de forma indirecta, por medio de su primo, conocemos la historia de Rogelio y de “Suetercito”.

4.2.1.1. Legisigno

Joven “X” tiene una forma de expresarse bastante singular, pues ocupa diferentes “niveles de habla”. Ocupa el “habla culta” con ciertos términos que hacen inferir que tiene una mediana preparación académica; el “habla popular” con palabras conocidas por diferentes clases sociales; el “habla vulgar” con una gran variedad de groserías y el uso del albur; y el “habla de germanía” propia de los criminales. También crea diferentes palabras, usa anglicismos y términos mal escritos o dichos en inglés, con o sin intención.

Dentro del “habla culta”, se pueden encontrar fácilmente palabras que no son muy comunes en el vocabulario de “Joven “X”, las cuales se presentan en ciertos momentos, pero no se vuelven a repetir en el resto de la obra. Estos términos sugieren que el principal personaje cuenta con cierto nivel de conocimientos; primero, porque acaba de salir de la secundaria; y segundo, porque en la novela se sugiere que habitualmente lee algún libro, cuando, por ejemplo, en sus viajes en autobús recuerda haber olvidado llevar algo para leer en el camino.

De este tipo de habla, se encuentran palabras dichas por Joven “X” como: “sublimar” (engrandecer, exaltar), “autómata” (persona que actúa sin reflexión), “escarceo” (prueba, tentativa), “fragar” (idear, discurrir), “ídem” (lo mismo), “corpúsculo” (porción pequeña de materia), “ineludible” (que algo no se puede eludir o evitar), “sui-géneris” (dicho de una cosa, de un género), “arcaico” (muy antiguo), e “ignominia” (afrenta pública).

En la novela, un ejemplo del uso del “habla culta” se encuentra en las páginas 54 y 55, cuando Joven “X” relata su experiencia con una prostituta en un burdel, en el momento en que describe a la mujer que tiene frente a él:

Suspirando me pide un cigarro, le doy el último que me queda y veo cómo su expresión se deshumaniza para volverse metálica, como escultura de rasgos inconclusos, con aire atemporal; bebo mecánicamente y quisiera largarme, pero no puedo dejar de verla (Ramírez J. A., 2017, pág. 54).

En este fragmento las palabras dichas o pensadas por él, un tanto ebrio, que denotan un “habla culta”, son: “deshumanizar” (privar de caracteres humanos), “inconcluso” (inacabado, que algo no se ha terminado), “atemporal” (intemporal, que está fuera de tiempo), y “mecánicamente” (de modo mecánico, indignamente, con bajeza).

Luego recuerda a su madre mientras observa a la prostituta, cuando ese mismo día estaba sentada frente a él en la cocina de su casa:

(...) de pensar en Violeta, que se recargó sobre la palma de su mano con un aire de extravío y estuvo lejos de todo mientras yo me divertía y buscaba fantasmas alrededor de la mesa donde los dos agonizábamos inexorablemente (Ramírez J. A., 2017, pág. 54).

Aquí resaltan los siguientes términos: “extravío” (acción y efecto de extraviar o extraviarse, desorden en las costumbres, molestia), e “inexorablemente” (de manera inexorable, que no se puede evitar)

Olvida el recuerdo de su madre y vuelve al momento que está viviendo, frente a la prostituta:

Sus ojos ven a través de mí cuando estoy tan cerca de ella. Siento a mi mano tentalea su mejilla, impregnándose de sudor y maquillaje barato; luego veo que mi mano desciende y toca su piel pegajosa, y mis dedos se vuelven rígidos, con forma de rastrillo, y arden: Ella ha cerrado los ojos, con la cabeza recargada en la pared, mientras mis dedos recorren su carne pegajosa. Siento que mi estómago se achica y que mis ojos están acuosos y que mi garganta quisiera soltar un ruido gutural, antiguo, y también oigo una voz salvaje, la de ella, diciéndome si-no-compra-no-mallugue. Y sé que se divierte (Ramírez J. A., 2017, págs. 54, 55).

Las palabras que sobresalen en este último fragmento son: “tentalea” (reconocer a tientas algo), “impregnar” (mojar un cuerpo poroso), “acuoso” (abundante en agua), y “gutural” (perteneiente o relativo a la garganta, sonido que se articula en la parte posterior del tracto vocal).

El vocabulario de Joven “X” está conformado en su mayoría por palabras del “habla popular”, es decir, de términos que expresan habitualmente la mayoría de las personas, sean de una clase social u otra, todas teniendo conocimiento de sus

significados. Pueden ser igualmente palabras que surgen de sectores marginales que se han vuelto comunes, parte del lenguaje que se usa diariamente en un lugar, en este caso, la Ciudad de México.

Con respecto a esto, hay palabras que el personaje principal utiliza con mayor frecuencia, como: “buey” (es el nombre de un animal de granja, pero también es usada esta palabra para indicar que un determinado individuo es tonto o idiota), “chamaco(a)” (niño o niña, hombre o mujer joven), “chorro” (término para determinar la excesiva cantidad o medida de algo), “gringo(a)” (palabra despectiva que se adjudica a algo o alguien proveniente de Estados Unidos), “ruletero” (así se conocía a los taxistas en esa época), “marchanta(e)” (comerciante), “cuate” (amigo o un sujeto cualquiera), “colar” (entrar o meterse en un lugar), “parranda” y “pachanga” (fiesta, celebración), “chamba” (trabajo), “manís”, “manito” y “mano” (amigo), “prieto” (persona de tez morena), y “sangrón” (persona prepotente o altanera).

También hay frases o expresiones populares que utiliza Joven “X”, que a simple vista no indican algo, pero que por un uso cotidiano en la sociedad, se les adjudicó un determinado significado. Por ejemplo: “haciéndose una” (masturbarse), “se la peló” (alguien no pudo realizar o lograr algo), “estoy hasta el copete” (estoy harto), “estoy frito” (estoy en problemas), “cacha granizo” y “le hace agua la canoa” (que una persona es homosexual).

Dentro del vocabulario del personaje principal también hay un gran uso del “habla vulgar”, la cual conlleva groserías o la utilización del albur, que como ya se dijo, provienen de sectores marginales. En este caso, Joven “X” dice las siguientes palabras: “joto”, “jotear” y “jotería” (palabras que designan que una persona es homosexual, o que una acción es propia de homosexuales), “pirujas” (prostitutas), “mamón” (persona creída o altanera), “güevos” o “huevos” (maldición que hace referencia al aparato reproductor masculino), “moña” (pene, aparato reproductor masculino), “nalgas” y “cabús” (glúteos), “culero” (maldito, miedoso), “jodido” (expresión para indicar que algo está arruinado), “violines” (gestos obscenos), “desmadre” (alboroto), “gata” y “micifuza” (sirvienta o criada).

Con respecto al uso de palabras con doble sentido o alambres, resaltan los siguientes: nombres propios de personas como “Mela Garro” y “Marcela Torrico”, o de lugares como “San Tejerino el Chico”. Además, estas vulgaridades se complementan con el uso de Joven “X” del “habla de germanía”, propia de los maleantes que la usan en las calles o dentro de las cárceles: “transar” (estafar, robar), “pescar” (atrapar), “lana” y “oros” (dinero), “malora” (criminal, delincuente), “echar aguas” (advertir, avisar), “bronca” (pelea, discusión, disputa), “bolsear” (robar, hurtar), “rajar” (temer, arrepentirse de una acción por cometer o cometida), y “pirar” (huir, escapar).

El uso del “habla de germanía” por parte de Joven “X”, se nota más cuando relata una experiencia en un café cantante junto a su amigo Ricardo, en la que lo atraparon en una de tantas redadas realizadas por la policía a estos lugares populares durante la década de los años sesenta:

Y para colmo de males, la última vez que fui a El Burro Cachorro, cayó la razzia. Yo había leído que la policía, haciendo acopio de toda la imbecilidad imaginable, había clausurado varios cafés y entambado a cuanto gandalla (inc. hembritas) se hallaba dentro. Pero nunca lo creí, es decir, nunca creí que me llegara a pasar (...) El árabe apenas iba a llegar a nuestra mesa cuando, sácatelas, cayeron los politecos. Que jijos de la fregada. Agarraron a empujones a las chamacas y de pasadita les daban su buena manoseada. Ricardo y yo quedamos como idiotas, con los ojos pelones, bien callados, mientras a nuestro alrededor todo mundo hacía escándalo. Los azules jalaban a la gente (...) Un sargento bigotón, con la cara cochambrosa, daba órdenes y bocabajeaba a los dueños del café (Ramírez J. A., 2017, pág. 152).

Del anterior fragmento, tomado de la página 152, destacan las siguientes palabras de germanía: “la razzia” (redada), “entambar” (encerrar, encarcelar), “gandalla” (delincuente, maleante), “politecos” y “azules” (policías), “jijos de la fregada” (maldición dicha hacia personas indeseables o desagradables), “manoseada” (toqueteos impropios a una persona), y “bocabajear” (interrogar).

Asimismo, este personaje hace uso de expresiones propias de la juventud de aquellos años; expresiones creadas por los llamados “jipitecas” que trascendieron y se hicieron parte del llamado argot o jerga de los jóvenes, sobresaliendo el uso de la palabra “onda” en diferentes situaciones y con varios significados: “genial onda”

y “muy buena onda” (indican algo grandioso o bueno), “las ondas que agarra” (actitud tomada por una persona), “fuera de onda” (persona que no está al tanto de algo), “seguir la onda” (continuar algo), “esa onda” (indica una cosa u objeto), “¿qué onda?” (¿Qué sucede?, ¿qué pasa?).

Otras palabras y expresiones que pertenecían al vocabulario de los jóvenes y que también utiliza Joven “X”, son: “eso está del cocol” (indica que algo está mal, es pésimo o triste), “¡qué país!” (expresión para indicar sorpresa, que algo es verdaderamente incomprensible), “qué soba” (qué mal), “suave” (para afirmar que algo es genial o maravilloso), “¿qué te traes?” (pregunta hecha para saber que le sucede a una persona), “maestro” (persona que instruye, pero en este caso se utiliza para indicar que alguien es un amigo o camarada), “quemada” (situación vergonzosa), y “mocho(a)” (para señalar que una persona, forma de ser o pensar es bastante conservadora).

Casi al finalizar la novela, Joven “X” usa también términos políticos que se apropió de la jerga utilizada por Alfonso y Edmundo, muchachos que conoció en Ciudad Universitaria al querer tramitar su inscripción a la preparatoria. Tras escucharlos hablar de la política universitaria, de discutir con sus contrincantes y de criticar fuertemente la situación de la Universidad, el personaje principal imagina después su integración en este ambiente estudiantil, usando palabras como: “brosa” (multitud que apoya a un partido o figura política), “grillos” (políticos que realizan prácticas desleales), y “grupos de choque” (grupos de personas que se dedican a alterar o desintegrar manifestaciones por medio de la violencia).

Todo este vocabulario de Joven “X” se complementa con el uso de anglicismos y de términos provenientes del inglés mal escritos, con o sin intención. Además de la creación de palabras por medio de la deformación de las ya existentes, o de la conjunción de dos o más términos; sin olvidar también las deformaciones fónicas. Dentro de los anglicismos y de las palabras pertenecientes al llamado “spanglish” que usa el personaje principal, se encuentran: “king size” (tamaño gigante: usada para indicar la medida de una cosa o acción), “hot dogs” (perros calientes: comida proveniente de Estados Unidos que comenzó a volverse popular entre los

cincuentas y los sesentas en México), “okay” (bueno: para indicar que algo está bien), “jits” (la transcripción correcta sería “hits”, y su traducción sería: éxitos), “fain” (“fine”: bien), “lonch” (“lunch”: almuerzo), “tícher” (“teacher”: maestro), y “jisory” (“history”: historia).

Un ejemplo del incorrecto uso del idioma inglés por parte de Joven “X”, se encuentra en las páginas 114, 115 y 116, cuando este personaje narra una experiencia vergonzosa intentando cantar una canción en inglés frente a su clase. Él dice que el nombre de la canción es “Güer mai rin araun yur nec”; el maestro lo corrige y le indica que en realidad él quiere decir “Wear my ring around your neck”. Ya al momento de cantarla, comete varios errores en su pronunciación, los cuales se pueden notar por la transcripción literal de cómo él decía cada palabra.

Finalmente, tenemos la composición de palabras por parte del personaje principal, sobresaliendo algunas como: “versuchos” (versos), “Nosedónde” (No sé dónde), “Nosequé” (No sé qué), “Nosequién” (No sé quién), “dondeteconté” (donde te conté: para indicar su miembro), “Sepaquién” (Sepa quién), “Fíjome” (alteración silábica de “Me fijo”), “Mentirómano” (Referente a “mitómano”: persona que miente de manera compulsiva y patológica), “prietolos” (“prietos”: personas de tez morena), “ipsoluegoluego” (inmediatamente), “testicularidad” (referente al aparato reproductor masculino, a la relación que suele darse a éste con la valentía de un hombre), “chiñolas” (señoras), “Ricardejo” (La suma del nombre de su amigo, “Ricardo”, y de la palabra despectiva “pendejo”, que indica que una persona es estúpida), y “chupalle”, “cotorrealle”, y “amorille” (“chuparle”, “cotorrearle”, “a morir”). Igualmente hay deformaciones fónicas como “íate” (Fíjate).

El vocabulario de Joven “X” está compuesto por diferentes tipos de habla, no de una sola. Podría decirse que el lenguaje que utiliza, el también llamado “lenguaje de la onda”, está conformado por distintos sociolectos, formando así uno nuevo, el perteneciente al de los jóvenes de aquella época. Como podrá verse después, en el análisis de los otros tres personajes, algunas cosas podrán variar, como el poco o nulo uso del “habla culta”, o la utilización de una jerga en especial, como lo es el de la política. Sin embargo, siempre permanecerán el “habla popular” y el “habla

vulgar”, las que surgen de sectores populares y marginales, pero que se han impuesto a la mayoría de la sociedad por su uso constante hasta volverse común.

4.2.1.2. Simbólico

Joven “X” tiene diecisiete años, lo cual puede deducirse cuando su primo Esteban le pregunta su edad: “Esteban: Bien. ¿Cuántos años tengo? Joven ‘X’: ¿Veintiuno? Esteban: Right”, y agregando cuando dice que su primo es más grande que él por cuatro años: “Fue cuando mi primo demostró ser una ladilla sueca (esto es, perfectamente desinhibida): estuvo muele y muele, y como ya desde entonces me lleva cuatro años (jo jo), tuve que resignarme” (Ramírez J. A., 2017, págs. 59, 196). Sabiendo que la edad de Esteban es de veintiún años, y restándole los cuatro años que le lleva, nos da los diecisiete años del personaje principal.

Acaba de terminar de estudiar la secundaria en el colegio particular lasallista “Cristóbal Colón”, y está a punto de entrar a la preparatoria. De hecho, en una parte del libro, se describe cuando va a Ciudad Universitaria para realizar los trámites de su inscripción, deseando que le asignen un lugar en la Preparatoria N° 1.

Es un joven que comienza a experimentar ciertas cosas propias de su edad, como la experimentación de su sexualidad, el consumo de bebidas alcohólicas y cigarros. No tiene gustos propios definidos, como lo sería la música rock, pero sí se sugiere que es lector, que suele tener entre sus manos algún libro o revista. Por ejemplo, de niño leía tiras cómicas o cuentos de la *Pequeña Lulú*, *el Pato*, *Los cuatro fantásticos* o la *Dimensión desconocida*.

Humberto, su papá, estudió medicina y se especializó en psiquiatría; mientras que Violeta, su mamá, estudió psicología pero dejó la carrera cuando se casaron.

Primero vivieron en un pequeño departamento:

Antes de reiniciar el camino, observó la tarjeta que tenía en la mano, sin fijarse en ella, después la guardó en su saco, ya caminando hacia su departamentito (sí, primero vivían en un departamento chiquititititito, ríe Violeta), donde su esposa lo esperaba. Al tomar el camión, se reafirmó que en cuanto pudiera compraría un coche. Lo necesito, Violeta está esperando otra vez (Ramírez J. A., 2017, pág. 98).

También deseaba su padre conseguir el apoyo de un doctor millonario para colocar una clínica de alienados.

En una ocasión, cuando Queta, una joven cantante que conoció en una fiesta, le pregunta si sus padres eran ricos, Joven “X” contestó “Regular”, lo que le provoca pensar en cómo sus padres obtuvieron todo lo que hasta ese momento tenían:

Puedo suponer que Humberto decidió llenarse de deudas para comprar su casa no tanto por un deseo enfermizo de tener casa propia (aunque era una ganga –ciento cuarenta mil– encontrar casa en Uxmal casi esquina con Esperanza, colonia Narvarte, con avenidas grandes que llevan al centro, cerca del consultorio recién estrenado en Insurgentes en unión del doctor Quinto, etcétera), sino más bien porque: a, Violeta estaba cansada de vivir en edificios viejos; b, tenían dos niños que necesitaban aire puro y dónde jugar; y c, su prestigio requería casa propia y nada de departamentos, por muy aceptables que estuvieran (Humberto y Violeta se negaban a pagar sumas estratosféricas por suites o departamentos de superlujo). Además, confiaba en liquidar pronto sus deudas con el dinero que ya le estaba dejando la clínica para alienados que (también con el doctor Quinto) logró montar, patrocinado por el doctor Indalecio Chávez (Ramírez J. A., 2017, pág. 128).

Del fragmento anterior se puede inferir que el tener una casa propia, en aquella época, era índice de prestigio, de tener un estatus social y económico. No importaban los medios por los cuales ésta se consiguiera, si se obtendrían fuertes deudas, lo que realmente era importante es que se tuviera. Claro, la zona en que se comprara también diría mucho a los demás. No era lo mismo vivir en la colonia Narvarte, que en la colonia Buenos Aires, como se podrá ver más adelante con el análisis de Rogelio. Obviamente no sólo conllevaba tener prestigio, también Humberto conseguía una mejor calidad de vida para él y para toda su familia.

Por su parte Violeta, debido a sus estudios en psicología y la adquisición de una forma de pensar, no estaba del todo conforme en tener una casa propia y nuevos aparatos, quizá por pensar que se trataban de gastos innecesarios:

Por eso no era muy entusiasta de tener casa propia y llenarse de lavadora, televisión, barredora, máquina de coser, licuadora, estufa con vidrio en el horno, refrigerador tamaño familiar y todo eso. Pero comprendió que

ineludiblemente llegaría, uno por uno, a tener todos los aparatos (Ramírez J. A., 2017, pág. 128).

Además de un nuevo automóvil *plymouth '54*, y dos niños estudiando en una escuela particular, pudiendo estar, tal vez, en una escuela pública.

Esto es un reflejo de la sociedad, de la economía del país en ese entonces, ya que al obtener aparatos eléctricos, electrodomésticos y automóviles, una familia demostraba el nivel que poseía. Recordemos que durante la década de los años sesenta, la clase media tenía bastantes privilegios por el llamado Milagro mexicano, el cual permitió a las personas de este estrato social a obtener mejores condiciones de vida que se veían representadas en la compra de casas, departamentos, carros y objetos para el hogar.

Al respecto, García Saldaña (2014), en su libro *En la ruta de la onda*, señala:

Participante de la ociosidad de la clase ociosa, la clase media obtuvo –en su nivel– los beneficios del dinero y la buena vida. Servidora de la clase ociosa –la burguesía que tomó el poder de la Revolución Mexicana–, la clase media pudo dedicar parte de las ganancias de su trabajo a la diversión, al relajó, a la comodidad: casa propia, coche propio, lavadora, licuadora, radio, televisión, refrigerador, etcétera (pág. 112).

A pesar de que en cierto tiempo Humberto y Violeta tuvieron su etapa de rebeldía, poco a poco se dieron cuenta de su apego al sistema, al modelo económico y social que predominaba en la Ciudad de México: “tanto ella como Humberto se observaban con cierta amargura al sorprenderse platicando animadamente (cómo pintar las paredes del desayunador, cómo educar a los niños en esta época ‘tan’ desordenada) con su familia, mientras los niños jugaban en el jol” (Ramírez J. A., 2017, pág. 128).

Con respecto a la educación de sus hijos, de Joven “X” y su hermano que ya tenía trece años, ellos decidieron tomar un papel “moderno”: “Con los niños querían ser modernos, comprensivos, guías discretos que les sugirieran qué (y qué no) hacer. Se aferraban a la idea de que por medio de los niños expresaban su amor y fidelidad” (Ramírez J. A., 2017, pág. 129). Aquí se nota la nueva forma de pensar de algunos padres, que tras quizá recibir una educación rígida de niños, decidieron

ser un poco más flexibles con los suyos, ya que comenzaban a cambiar las formas de pensar en relación con la educación.

Igualmente contratan sirvientas para la limpieza de la casa, la cual es descrita por el personaje principal de la siguiente manera:

Mi casa, de día, vista de lejos. La barda, la entrada chica y la grande, del garaje. Calle desierta. Ahora aparezco. Toco la puerta, abre Carlota del Rosario (la sirvienta) y entro. Me detengo para contemplar el jardín, y el garaje: ambos de dimensiones reducidas. A la derecha, las absurdas losas que llevan al garaje. El pasto es ahí irregular, crece con dificultades. A la izquierda, el pasto, mi piedra (enredadera, flores rojas). ¡Qué jardín tan enano!, pienso antes de abrir la puerta y entrar en la sala (Ramírez J. A., 2017, pág. 113).

Adentro hay una alfombra limpia, muebles cepillados, comedor, teléfono, medio baño. También una cocina limpia, desayunador, escaleras, y arriba la recámara de sus papás, la de él y su hermano. Igualmente el estudio de Humberto y el cuarto de las criadas (Ramírez J. A., 2017).

Toda estas condiciones económicas y sociales provocan que Joven “X” piense y actúe de formas determinadas; en algunas ocasiones despreciando a los que parecen no ser de su estatus, y en otras admirando, sintiéndose inferior a los que tienen más que él. Por ejemplo, cuando visita la casa de los tíos de Octavio, muchacho que conoce cerca de donde vive, el personaje se muestra crítico ante su hogar temporal:

La sala es pequeña y hay, al fondo, dos puertas que me parecían terribles (a pesar de que por una de ellas entramos). No obstante, mi mirada persistía en cualquiera de las puertas. Luego volaba hacia lo alto, donde sólo podía verse una lámpara corriente en un techo que necesita pintura. Los señores Quiroz no son pobres pero tampoco nadan en dinero: no tienen coche y sus muebles son de un danés-barato. Fui mirando, poco a poco, cada uno de los rincones de la sala y sentí algo sombrío, casi húmedo (Ramírez J. A., 2017, pág. 26).

Mientras tanto, cuando va a la casa de Queta, se asombra por su estado, por las cosas que hay en ésta, aunque sin dejar de despreciarlas, mostrando quizá, su envidia:

La parte superior de la casa de Queta Johnson es verdaderamente caótica. Las paredes llevan a un pasillo por donde apenas se cuela la luz moribunda de la tarde. Hay una gran cantidad de objetos inútiles: dos roperos de magnífica madera, un modelo arcaico de máquina sínger, una poltrona (aunque limpia, da la impresión de estar polvosa). Puertas muy altas, de madera labrada, cada tres metros. Debe haber seis recámaras cuando menos (Ramírez J. A., 2017, pág. 135).

A partir de los índices anteriormente dichos, que demuestran el estado económico y social de Joven “X”, se puede deducir que es un joven perteneciente a la clase media; que empezando por la década de los cincuentas, hasta llegar a la de los setentas, se vio fuertemente beneficiada por el desarrollo que se daba en el país: con el apoyo a las industrias, la modernidad implantada en las urbes más importantes, la expansión de la Ciudad de México, y el avance en las principales condiciones de vida, al incrementar los servicios médicos y dar mayores oportunidades a profesionistas, burócratas y empresarios. No por nada, a este estrato también se le conoció como “pequeñoburgués”.

El personaje principal, por medio de los índices mencionados, se transforma en un ícono de la juventud perteneciente a la clase media de la década de los años sesenta, y por ello mismo, en un símbolo que denota las condiciones sociales y económicas de este determinado sector de la sociedad.

4.2.1.3. Remático

Para Joven “X” hay una separación entre el mundo que habita y su mundo, donde puede huir de todo lo demás, de los problemas, de las preocupaciones causadas por el futuro: “Detrás de la gran piedra y del pasto, está el mundo en que habito. Siempre vengo a esta parte del jardín por algo que no puedo explicar claramente, aunque lo comprendo” (Ramírez J. A., 2017, pág. 7).

Ese mundo donde puede escapar es la piedra que se encuentra en su jardín, donde se recuesta siempre para fumar:

Me encanta recostarme aquí, sintiendo el sol pálido de invierno, que no pica; y sintiendo la gran piedra, dura, tras mi cabeza. Comprendo, en verdad, el

porqué me encanta venir a este lugar (aunque a Violeta le parezca chistoso), pero no podría explicarlo (Ramírez J. A., 2017, pág. 281).

En el mundo que habita se encuentran sus papás, su hermano, sus amigos y su primo. Están todas esas personas que lo hacen pensar, que lo cuestionan y lo juzgan; son ellos quienes causan sus alegrías, pesares y el preguntarse a sí mismo por su actitud ante la vida. Estando en su juventud, las dudas son mayores, todo se transforma, incluso él. Por ello mismo, intenta evadir cualquier tema importante; por ejemplo, su futuro, comportándose de forma rebelde:

Ahora debo regresar a la casa, porque de lo contrario Violeta me llamaría y no tolero cosas así. Seguro soy desobediente por naturaleza. Por ejemplo, hace rato Humberto me pidió que comiera con orden, sin mordisquear aquí y allá. No le hice caso, pero acepto que diga ese tipo de cosas (no por nada es mi padre) (Ramírez J. A., 2017, pág. 7).

A sus padres los llama por sus nombres con el consentimiento de ellos, tal vez por su “moderna” forma de pensar. Con respecto a Violeta, Joven “X” es muy apegado a ella, lo cual se demuestra en varias ocasiones, pero principalmente cuando, tras una discusión de sus papás, él se dirige a su habitación y la encuentra llorando:

Asentí (no sé por qué debo haber tenido una cara de idiota sublime) y me senté en el suelo, junto a la cama. Violeta estaba frente al tocador, con un cepillo en la mano y con todo el rostro lleno de lágrimas. Durante un momento siguió llorando suavemente y luego me pidió un kleenex. Tomé la caja que estaba sobre el buró, y gateando, llegué hasta ella (Ramírez J. A., 2017, pág. 64).

Tras contarle que había soñado con ella “sonrió brevemente, mientras me abrazaba. Recargué mi barba sobre su pierna. La verdad es que me estaba sintiendo a gusto” (Ramírez J. A., 2017, pág. 65).

Luego de platicarle su experiencia en el Burdel, y de preguntarle si se divorciaría de su papá: “Violeta ni se sorprendió, ni lloró, ni nada; sólo pudo encoger los hombros, suspirando. Me acariciaba la cabeza, haciéndome piojito. Generalmente, era yo quien acostumbraba hacerlo, en las noches, cuando aún no llegaba Humberto y nosotros platicábamos hasta su llegada” (Ramírez J. A., 2017, pág. 65).

La relación de sus padres, en los últimos días, se ha deteriorado, situación que no pasa desapercibida para el personaje principal, pues en un momento, mientras platicaba con Queta de su familia, comienza a pensar en ellos. Tras regresar Humberto de Viena y casarse con Violeta, juntaron todas las cartas que se enviaron en ese tiempo, empastándolas en dos volúmenes, las cuales releían por separado, de vez en cuando, para recordar “aquella época de amar loco” (Ramírez J. A., 2017, pág. 129):

Al releer esos párrafos los dos sentían una sensación de cómoda angustia y se decían que todo había salido tan bien, su matrimonio era feliz y ahora se amaban más calmadamente. Lástima que Humberto tuviera que trabajar tanto: casi nunca estaba en casa (...) Se decían que sus cada vez más continuas peleas (y cada vez por motivos más nimios) no tenían mucha importancia, ésa era la prueba de que aún se amaban por aquello de la ley de los contrarios; sin embargo, platicaban poco, hacían el amor dos veces a la semana y ninguno de ellos tenía quejas de su mutua fidelidad (Ramírez J. A., 2017, pág. 129).

Por otra parte, con Humberto, tiene una relación extraña que va del respeto a la rebeldía, a burlarse de él, de sus comportamientos y hasta de su profesión, aludiendo, cada vez que puede, que sus pacientes son unos “loquitos” o llamándolos “canallas”. En una ocasión, por ejemplo, a Joven “X” le pareció bastante divertido recordar cómo su padre intentó hablarle y explicarle sobre el sexo; y después, lo vio un tanto ridículo al ver como trataba de explicarle la situación entre él y su mamá: “Bueno, lo que yo te quería decir es que; bueno, tú sabes cómo está ahora la situación en casa, escir, entre Violeta y yo, tu mamá y yo” (Ramírez J. A., 2017, pág. 336).

Humberto constantemente intenta integrar al personaje principal en su problema con su mamá, diciéndole que a él también le concierne. En varios momentos no encuentra la manera de explicarle por qué el asunto le compete, y también cómo podría ayudar a resolverlo; durante toda la historia nunca logra decirle gran cosa, pues siempre termina poniéndose nervioso, no encontrando las palabras correctas. Joven “X”, ante el posible divorcio de sus padres, pues casi está seguro de ello tras encontrar la tarjeta de un abogado civil en la cartera de Humberto; se siente mal,

triste y espera que éste nunca llegue a suceder expresárselo a sus padres: primero, cuando le pregunta a Violeta sobre esta posibilidad, él dice “Eso está del cocol” (Ramírez J. A., 2017, pág. 65); después, al preguntarle lo mismo a Humberto, termina diciendo “Ojalá pudiera evitarse. Ustedes se quieren” (Ramírez J. A., 2017, pág. 74).

La probable separación de sus papás lo persigue durante toda la historia, haciéndolo sentir mal, intentando evitar el tema distrayéndose con otras cosas, tomándolo como un chiste, como algo que tal vez no pueda pasar, o mirando la relación de sus padres de una forma más positiva:

Pero en ese momento no me caía gordo ni él ni ella. Sólo consideraba que el asunto era del cocol. Siempre he creído que mis padres se quieren como desesperados y por eso cuando pelean el asunto es grave. Pero no se pelean, no gritan, no hacen escándalo, no se amenazan (al menos, nunca lo he visto); sólo se ponen tristes. Y Humberto malhumorado. Pero el malhumor humbertiano es un pequeñísimo detalle (Ramírez J. A., 2017, pág. 65).

Pero después, cuando roba la agenda de su papá y lee todas sus anotaciones en diferentes tiempos de su relación con Violeta, comienza a recordar varias discusiones; como cuando en un viaje a Acapulco el carro se averió y su mamá explotó contra su papá. Además de otros momentos, como cuando ellos se conocieron, o la frustración de Humberto al no estudiar psicoanálisis encontrándose en Viena, al igual que la pérdida de un bebé antes de que él naciera. Esta agenda, y sus recuerdos de infancia, son los que ayudan a conocer de mejor manera a Violeta y Humberto, las razones por las cuales su relación se ha ido desquebrajando.

Violeta, casi al final de la novela, al notar la preocupación de su hijo por el probable divorcio, intenta tranquilizarlo diciéndole: “Oye, y mira, entre tu papá y yo no pasa nada, ¿eh? No te llenes la cabeza de ideas. Todo es normal, ¿entiendes? Lo quiero mucho. Y a tu hermano y a ti también, tonto” (Ramírez J. A., 2017, pág. 342). A pesar de esto, al final no se aclara si habrá una separación entre ellos, por qué le compete el hecho al personaje principal, y qué es lo que quiere Humberto de él para

solucionar el problema; solamente llega a preguntarse Joven “X” qué es lo que le terminarán diciendo sus papás sobre el divorcio y cómo le explicarán todo.

Después de sus padres, la figura más importante para Joven “X” es su primo Esteban. Su primo, por el simple hecho de ser más grande que él, se cree superior, pero esto no afecta para que entre los dos exista confianza, complicidad. Por ejemplo, en uno de los tantos recuerdos del personaje principal, se nota esto porque se ponen de acuerdo para robar dinero en la casa de Esteban, aun cuando ambos no lo necesitaban.

Para Joven “X”, Esteban es intelectual y orgulloso. Lo reconoce también como superior a él, no tanto por la edad, sino por el carácter que tiene, su forma de pensar y actuar. A pesar de que lo molesta en ocasiones, por ejemplo, cuando le dijo que era adoptado, su mamá una prostituta, y su papá un menso; Joven “X” lo respeta, y hasta cierto punto lo admira, aún sin importarle las cosas que él le llega a decir. De hecho, se puede deducir que su lugar favorito, la piedra en el jardín, se volvió importante tras fumar juntos ahí, cuando eran más chicos, justo después de haberse burlado de toda su familia y crearle una crisis de identidad.

El momento en el que mejor se puede observar el tipo de relación que tienen estos dos personajes, es cuando Joven “X” y sus papás van a una reunión a la casa de Esteban por su cumpleaños. Aunque la mente del protagonista está más interesada por otras cosas, no deja de seguir la autoridad que representa su primo, obediéndolo en actos tan simples como a su petición de que beba más. Además siempre busca obtener su aprobación; por ejemplo, al ver que Esteban mira de forma lasciva a su sirvienta, él le dice que también le atrae su criada.

Luego de que su primo discutiera algunas cosas con sus amigos sobre psicoanálisis, literatura, y cine, y de una pequeña disputa entre su tía con un invitado; Esteban llevó a Joven “X” a su cuarto para hacerle una confesión sobre su forma de actuar reciente, sus aventuras con unos muchachos que conoció en un Club Juvenil del IMSS, y sus pretensiones a futuro, como el hecho de dejar de estudiar para dedicarse a la escritura. Quería que sólo “Joven “X” lo escuchara porque era él en quien más confiaba, y no quería decírselo a nadie más, ni siquiera

a sus padres. Lo que demuestra una vez más, la confianza que recibía el personaje principal por parte de su primo.

No obstante, al conocerlo bien, el hijo de Humberto duda en creerle, en la veracidad de querer confesarse: “El rostro de Esteban se veía trastornado, nervioso, lleno de fatiga, ligeramente pálido, pero aún con el mechoncito y el brillo peculiar en la mirada. De cualquier manera, a pesar del sueño que tenía, supe que Esteban actuaba” (Ramírez J. A., 2017, pág. 202):

E. es puro bluff puro payaso niño ñiño burguesín consentidito inconsciente de ah todo lo que no le atañe en forma radical directa intrín uf uf seca cuajadito de egoísmo y presunción que a pesar de su corta edad ay no le es disculpable (Ramírez J. A., 2017, págs. 204, 205).

A pesar de reconocer inconscientemente la superioridad de Esteban, Joven “X” también se da cuenta de sus defectos, de las pésimas formas de actuar de su primo con otras personas. Por ejemplo, con Rogelio y “Suetercito”, a quienes conoció en la colonia Buenos Aires. No sólo se percata de sus errores, además los critica y se los dice, aunque a veces Esteban se muestre reacio a aceptarlos, como el hecho de que sólo utiliza a los dos muchachos del Club para divertirse, para pasar el rato, inventándoles que él también es pobre, que no tiene dinero:

si debo aclarar, yo también creo que no tienes madre al burlarte de ellos como lo estás haciendo (...) Tú mero, Gran Primo. Hace un rato dijiste que te divertías, aunque aceptabas no tener madre. Pues de acuerdo. No la tienes, ni yo tengo tía Ignacia. Y a otro asunto, marisunto: en el fondo eres tú quien los desprecia (...) porque estás pitorreándote de ellos, los desprecias, los engañas (...) Estás bien amolado, Esteban; bien sabes que nomás estás moliendo y todavía quieres dártelas de buen samaritano (Ramírez J. A., 2017, págs. 218, 219).

Tras aparentemente hacerlo reflexionar sobre su actitud, Esteban elabora una especie de declaración en la que promete cambiarla, comportarse de mejor manera y estudiar más. Agradece a Joven “X” por haberlo escuchado y le pide que él también, en otra ocasión, sea el que se confiese. Al personaje principal no le interesa mucho hacerlo y sólo le da una fecha tentativa para poder escapar e irse a su casa. Al final de la novela, Joven “X” imagina un encuentro en el futuro con su

primo, quien le contará que ya ha dejado la carrera para dedicarse a ser escritor; entonces, el hijo de Violeta, siendo Secretario General de la preparatoria, lo invitará a unas conferencias culturales que él seguramente organizará.

Su mejor amigo es Ricardo, con quien iba a la misma escuela, en el Colegio Cristóbal Colón. De quien constantemente Joven “X” se burla llamándolo “menso”, “medio taralón” y demás ofensas que lo sobajan. Además, él se exaspera cada vez que éste le sugiere que se escapen a cualquier parte, como a Toluca, ya que lo considera imposible porque conoce sus límites. Sabe que tendría problemas con sus papás, y ni siquiera podría juntar dinero para realizarlo.

Así como Esteban es superior para Joven “X”, él significa lo mismo para Ricardo. Éste lo admira por diferentes razones, entre las cuales está el que fume y también platique con Queta Johnson, en la fiesta a la que fueron juntos de la joven cantante: “Con gran satisfacción comprobé que Ricardo me había estado viendo. Estaba azorado. ¡Cómo me estaría admirando, el idiota!” (Ramírez J. A., 2017, pág. 48).

Después de que Joven “X” le pidiera la hora de la cita a Queta para verse al siguiente día, y recibir una respuesta despectiva y burlona, le agradó que Ricardo siguiera observándolo como un ídolo a seguir: “¡Bendito Ricardete! Me quitó la furia con su carota de admiración. Dijo: -Oye, ¿te besó Queta o la borrachera me hizo ver visiones?”, a lo que él contestó: “En efecto, me besó”. Tras esto le preguntó si se la había ligado, a lo que el personaje principal, sin mucha modestia, respondió: “No, sólo somos buenos amigos –ah, cómo estaba gozando–, quedamos de vernos mañana –completé”. “Ricardo silbó largamente al palmear mi espalda. Adopté una magnífica cara de asisonlascosasmuchacho y encendí un cigarro, en el esplendor de mi gloria” (Ramírez J. A., 2017, pág. 49).

Al siguiente día, después de ver a su papá en el consultorio, llamó a Ricardo para verlo en el Parque México, sabiendo con anticipación que a éste lo habían regañado por ir a la fiesta y no haber avisado. Lo conocía, sabía que se negaría pero que terminaría yendo a verlo. Para el hijo de Humberto, Ricardo tiene la culpa de todo lo que le sucede, sin tomar en cuenta que en algunas ocasiones eso que le pasa es

debido a él, a que se aprovecha que “Ricardejo” lo considere su mejor amigo e intente convencerlo de que se escape con él:

Pero qué pito me importa lo que piense Ricardo; la culpa es suya, siempre, siempre de los siempre será culpa suya. El querer pelarse de su casa, el no atreverse, el cometer sistemáticas desobediencias para que, inevitablemente, sus papás lo regañen, lo pongan como camote, lo castiguen, no le den lana, lo insulten, le hagan carota, sus hermanos se burlen (Ramírez J. A., 2017, pág. 89).

Llegando al parque, rentaron unas bicicletas para andar alrededor, hacer unas carreras entre los dos. Pensando que Ricardo no tenía grandes posibilidades de ganar por llevar una de menor rodada, no se preocupó en un principio por él, pero al verse casi perdiendo, no lo resistió y freno para que se accidentara. Ricardo se lastimó la pierna y Joven “X” comenzó a sentirse culpable, preguntándose por qué actuaba así con él, aceptando incluso que lo quería:

La verdad es que sentí un chorro de lastima (cantidades), pero en mi exterior sólo se veía un aire cínico, de canalla hecho y etcétera. Intentaba, para mis adentros, explicar el porqué de todo eso. Emás, aunque me pese reconocerlo, aunque me caiga de la patada decírmelo así, seco, directo a la nariz, como el muy potente golpe proveniente de Puño Desconocido (...) no puedo negar, y aunque quisiera no lo negaría, que quiero a este taradomenso-canalla-y-baboso Ricardo (Ramírez J. A., 2017, págs. 94, 95).

Aun pensando todo lo anterior, se burló de él, lo albureó y todavía lo hizo caminar para tomar el autobús, bajándose en su calle y no en la de Ricardo, provocando que éste se fuera cojeando hasta su casa. Al mismo tiempo, siguió preguntándose por qué actuaba así: “ya sé que lo estimo, entonces, ¿por qué ser tan ruin y canalla como estoy siendo?”, por lo que decidió lo siguiente: “A pesar de todo decidí que en la primera oportunidad echaría un buceo en mis recuerdos, para analizar (o intentarlo) mi conducta, y de ser posible, estudiaría cuanto libro me cayese con voluminosa y sesuda información al respecto” (Ramírez J. A., 2017, págs. 95, 96).

De camino en el autobús, Ricardo le pide que le devuelva un cuaderno que dejó en su casa, un “casidiario” que quería para poder escribir lo que había pasado, pidiéndole de favor que no lo leyera, cosa que obviamente no respetó Joven “X”. A

través de las anotaciones de su amigo, se conoce su forma de pensar respecto al personaje principal, que le compró un regalo en su cumpleaños y que, además, siempre que habla sobre él escribe una “X” en lugar de su nombre, el cual se desconoce en toda la obra:

‘X’ no quiere acompañarme en caso de que me huya de la casa lo que, sucede es que no confía en mí es egoísta, nomás piensa en él yo en cambio lo invité al cine refresco cigarros y cuando le bajé lo de la colegiatura a mi papá, hasta en esos momen como que le cuesta trabajo juntarse conmigo yo yo que hasta le estaba con (Ramírez J. A., 2017, pág. 163).

Sobre esto, Joven “X” pensó:

¡Abusado, Ricardo!, Eres un infeliz, siempre que andas prángana yo te pago hasta el camión. Y siempre andas prángana. Tú luces tu carota de dado al cuas, nadie te mocha en la escuela, sólo Pascual, para hacerte burlas. Caminas solo, buscándome aunque no quieras reconocerlo (Ramírez J. A., 2017, pág. 163).

En general así es el pensamiento que tiene el hijo de Violeta sobre Ricardo:

Pero es que Ricardo exagera, es bien chilletas; y siempre ha sido así, desde que lo conozco estila el mismo tipo de asuntos. A veces me aburre. Otras me divierte, si debo decir la verdad. También seguirá insistiendo en lo de escaparnos. Qué onda tan mala (Ramírez J. A., 2017, pág. 261).

Después Ricardo pasará a su casa para recoger su “casidiario” sin avisarle a Joven “X”, con lo que se enojará y le preguntará por qué lo hizo, y también por qué coloca una “X” en lugar de su nombre cuando escribe sobre él. Al final de la novela, imagina como de nueva cuenta le reclamará el hecho de que no se escapen juntos, e imaginará como su plan se ve fallido porque al momento de querer comprar los boletos a Toluca, se le olvida el dinero en su casa.

Otro día, al salir a fumar a la glorieta de Etiopía que está cerca de su casa, conoce a Octavio, un muchacho que vive frente a él, en la casa de sus tíos, los señores Quiroz. Él invita a Joven “X” a su casa para platicar y escuchar música, la cual el personaje principal desprecia. Se trata de *The Beaceps*, un cuarteto popular de música rock de esa época, pero por el sólo hecho de ser conocido por todos, lo

entusiasmo poco. Estando ahí, critica en su mente el estado de la casa, que aun estando en la misma calle de la suya, piensa que está en muy pobres condiciones.

Durante su plática, Octavio critica al personaje principal por su poco conocimiento de lo que está de moda: “De veras, no tienes idea de lo que has perdido, has vivido arrinconado, sin ver más allá de tu espinillosa nariz. ¿Cuántos años tienes?, ¿eh?”; Joven “X” le dice su edad y también le comenta que no puede decir eso porque él en realidad no lo conoce, pero lo interrumpe diciéndole: “Acabáramos, eres arrinconado-inconsciente; y eres injusto al pedirme que te conozca para decir lo que dije. No necesito conocerte, basta saber que tu padre es médico, saber cuántos años tienes y etcétera”. Al contrario de él, Octavio le dice que ésta al tanto de todo lo interesante en ese momento, que era un “equilibrista de las circunstancias”, que se amoldaba “al momento y a su movimiento”. Agregó, además, que había cantado en el mejor conjunto de Guadalajara en dos importantes hoteles. Para el hijo de Violeta se trataba más de un muchacho desequilibrado, un “caso ideal para Humberto” (Ramírez J. A., 2017, pág. 27).

Al principio Joven “X” no se toma tan en serio lo que le dijo, pero en la fiesta a la que lo invitó el propio Octavio, comenzó a dudar si éste tenía la razón, pues a su parecer se estaba comportando de manera cohibida, retraída, como un auténtico “arrinconado”. Mientras el sobrino de los señores Quiroz platicaba con otros, e incluso Ricardo bailaba sin temer si se burlaban de él; el personaje principal no intentó integrarse, hablar con los demás, e incluso se mostraba incómodo cuando se acercaban a él o simplemente lo observaban. El único momento en el que llegó a sentirse con mayor confianza fue cuando habló con Queta Johnson, intentando impresionarla, aunque también le daba vergüenza aceptar que no conocía cosas populares de ese tiempo, y más porque sabía que ella era una joven cantante de la época.

Tras la fiesta y ver a Octavio platicando con Enrique Valle Villa, productor que había asistido a la celebración, y del cual se decían cosas que insinuaban su homosexualidad; Joven “X” comenzó a no tomarse tan en serio sus opiniones. Por ejemplo, al verse un día después, y habiéndole comentado que tendría una cita con

Queta, Octavio intentó desprestigiarla, poniendo en juicio su éxito musical y atribuyéndolo a que tenía relaciones sexuales con personas importantes del medio. En respuesta, sin siquiera molestarse por lo dicho, el personaje principal le pregunta si vería a Valle Villa, y respondiéndole este que sí, él aprovecha para decirle que muchos creían que era gay, tema que lo incomodó y sólo intentó evitar.

Luego Joven "X", al llegar a su casa después de ir a la Universidad, encuentra a Octavio sentado en la banqueta, bastante golpeado y llorando. El hijo de Humberto se sorprendió al verlo así, y él sólo se limitó a contarle entre lágrimas lo que había ocurrido con Valle Villa. Había ido a su apartamento intentando grabar en el estudio del productor, pero sólo consiguió que éste lo golpeará por resistirse a una extraña petición. Joven "X" empezó a intuir lo que intentaba decirle y sintió un repentino asco hacia él, más cuando Octavio agregó que había dejado la casa de su mamá en Guadalajara por un hecho parecido: "Él aprieta mi pierna, con esas uñas que nunca corta: duras y delgadas. Siento deseos de vomitar encima de él, llevo la mano a mi boca, oprimo. Varios imbéciles están en la banqueta de enfrente, viéndonos" (Ramírez J. A., 2017, pág. 339).

Al final, Joven "X" imagina el regreso de Octavio a Guadalajara porque sus tíos lo corren de su casa, y la recepción que le dará su madre, cómo ella lo llamará "niño maricón" (Ramírez J. A., 2017, pág. 351). Si bien el personaje principal no expresa su repudio a los homosexuales de forma directa, si llega a denotarse con las confesiones de Octavio y los rumores que conoce del productor de música Enrique Valle Villa. También las opiniones que le hace el sobrino de los señores Quiroz, sirven de detonante para conocer más la personalidad de Joven "X"; su timidez, su falta de interés en todo aquello que es popular, y su clara incomodidad a todo aquello que le parece nuevo, a conocer nuevas personas o cosas.

Como ya se ha mencionado, Joven "X" conoció a la joven cantante Queta Johnson, la cual es un importante personaje porque significa el despertar de su interés por las relaciones personales, el sentir atracción física y emocional, y su segunda experiencia sexual, ya que después el propio personaje relata que su primera vez fue con una de sus tantas sirvientas. Algo curioso es que con todas las mujeres que

han trabajado en su casa, sin importar su edad, tuvo alguna experiencia sexual, consensuada o no. Por ejemplo, las dos primeras, una señora madura y otra ya anciana, lo acosaron mientras él era aún un niño. Mientras que con las dos últimas, muchachas jóvenes, casi de su edad, tuvo su primera relación sexual y con la más reciente tiene constantes coqueteos, siente una fuerte atracción.

Regresando a Queta, cuando la conoce en la fiesta, Joven “X” se muestra desinteresado, intenta comportarse maduramente, e incluso como adulto, cuando lo primero que le comenta ella es que debería fumar puros:

La odié ardientemente durante un ratito, aunque sin desearlo dije con mi voz adulta: Fumar puro es una imbecilidad, perjudica la saliva y sólo sirve para quienes desean aparentar lo que jamás han sido y para ocultar lo que efectivamente son, neuróticos en su mayoría (Ramírez J. A., 2017, pág. 45).

Irónicamente, él también intentaba aparentar algo que no era, tratando de mostrarse como alguien interesante.

Después, ella comenzó a preguntarle cosas normales como su nombre, su edad, el lugar en el que vivía, su teléfono, y hasta a qué se dedicaba su papá, en qué escuela iba. Hasta ese momento sus respuestas “fueron un sesenta por ciento falsas”. Luego, al preguntarle si ya había escuchado los discos donde ella cantaba, Joven “X” tuvo que reconocer que no tenía mucho conocimiento de lo que en ese momento estaba de moda: “Con cierta vergüenza tuve que precisar que oigo poco radio, veo menos tele, y que prácticamente, estoy fuera de onda con respecto a la música que vende discos de oro” (Ramírez J. A., 2017, pág. 47).

Ella, al saber esto, frunció el entrecejo y prometió regalarle sus discos al siguiente día, ahí mismo, en su casa, con lo que establecía que tenían una cita. Él olvidó preguntarle la hora de ésta, y al acercarse a preguntársela de mala gana, ella le respondió “Si no quieres, nadie te obliga” (Ramírez J. A., 2017, pág. 49); añadió que a las cinco, y con esto se sintió fuertemente ofendido, apenado.

Al siguiente día, habiendo conocido un burdel después de la fiesta, de tener una experiencia con una prostituta, y contarle de esto a Humberto; Joven “X” se preparó para ver a Queta, intentando tardarse para no llegar a tiempo, queriendo, quizá,

mostrarle desinterés, vengarse por la pena que había pasado la noche anterior. Llegando a su casa, él se puso nervioso, la observó, le pareció linda y le atrajo. Hablaron un poco, empezaron a coquetearse y luego se besaron. Ella le dijo después que no hacía lo mismo con todos, solamente con él porque le había caído bien, agregando que serían “novios de a mentis”, pues le indica que no podía andar diciendo que besaba a alguien que ni siquiera tenía auto.

A pesar de su desprecio, a él no pareció importarle demasiado, pero sí le preguntó si era virgen, a lo que no le respondió, sólo lo mandó al diablo. Luego comenzó a platicarle sobre ella, sobre el grupo donde cantaba, que su papá era un gran productor de cine, y hasta de su psicoanalista. Mientras tanto, él recordó a sus papás, la relación que tenían, la manera en que obtuvieron todo, y le termina comentando que robó la agenda de Humberto. De repente Queta decidió ir al baño, y mientras la esperaba, comenzó a imaginar una extraña fantasía con ella: una especie de película o programa de televisión en donde él termina supuestamente violándola. Al llegar le comentó esta extraña historia con todo y violación, y no se alteró, simplemente le pareció desagradable que lo hiciera sobre un muerto.

Queta después le dijo que subiría a su cuarto a buscar unos cigarros. Él se quedó esperándola abajo, pero no pasó mucho tiempo cuando ella lo llamó, pidiéndole que subiera. Ya estando en el cuarto juntos, siguieron coqueteándose, él decidió besarla y comenzaron a acariciarse, pero en el momento en que iniciaría la relación sexual, él se puso nervioso, al punto de que se retrajo y Queta se sorprendió. Enseguida le preguntó qué le ocurría, él le confesó que no sabía, que quizá se debía a que supuestamente era su primera vez. Tal vez tuvo que decir esto, sabiendo que era mentira, para excusarse y no quedar en vergüenza.

Ella intentó ser comprensiva, incluso le dijo que también iba a ser su primera vez, pero ésta se cansó cuando el protagonista le preguntó si estaba ilusionada porque la relación sexual pasara:

Aj, mira, niño, no hagas preguntas idiotas, ¿quieres? Si llegué hasta donde llegamos fue porque estaba dispuesta, ¿entiendes? *Quería, ¿ves? contigo, ¿estás satisfecho?* Ya te dije que no soy una loca, una piruja, te lo dije antes;

bueno, dije que no lo hago con todos, pero eso quería decir, ¿okay? (Ramírez J. A., 2017, pág. 144).

Joven "X" intentó calmarla y le pidió que no se enojara, pero Queta comenzó a llamarlo imbécil, impotente y maricón, por lo que él también se enojó y empezó a insultarla, llegando al punto de golpearse entre los dos.

No obstante, en una extraña situación, ambos se comenzaron a excitar de nueva cuenta y terminaron haciéndolo. Al final él se percató que ella tampoco era virgen:

Recuerdo vagamente los gritos, los golpes, y sólo pienso, me obsesiono (pero muy quieto sobre el cuerpo húmedo de Queta, tibio de Queta: sólo los latidos denuncian mi agitación interna), sólo le doy vueltas al hecho de que Queta Johnson no era virgen (Ramírez J. A., 2017, pág. 147).

Después él se comunicará cada diez minutos con Queta mientras está en Ciudad Universitaria y ella en una grabación. Se contarán cosas que a cada uno le ocurren como el hecho de que Joven "X" conoce a Alfonso y Edmundo, o que Enrique Valle Villa llegó al estudio de grabación furioso y con un golpe en la cara. También quedarán de verse otra vez esa tarde, ella le hablará de que tiene supuestas pruebas de que él le quitó su virginidad, y hasta la posibilidad de casarse, a lo que el personaje principal sólo le puede contestar que está loca. Ya al final de la novela, el hijo de Humberto imagina los supuestos preparativos para una boda con Queta, la manera en que lo admirará el señor Johnson y Johnson cuando lo conozca, y hasta cómo se convertirá en su productor.

Queta no sólo resulta importante por significar una nueva experiencia sexual para Joven "X", también sirve para mostrar que puede llegar a tener sentimientos por alguien, que a pesar de no hacerlo de forma explícita, si se denota con las acciones que realiza por ella; ponerse nervioso cuando la tiene en frente, admirar no sólo su físico, también su forma de ser, el hablarle cada diez minutos, el querer verla otra vez y hasta imaginar los preparativos de una boda. Si bien antes mencionaba el personaje principal que no le interesaba el sexo gran cosa, a partir de que conoce a Queta se comienza a mostrar un poco más interesado.

Casi al final de la obra, Joven “X” tiene que ir a Ciudad Universitaria a tramitar su inscripción para entrar a la preparatoria, ir por su credencial y pagar la colegiatura. Sin embargo, es interceptado cerca del edificio de Rectoría por tres muchachos que pretendían hacerle una novatada: cortarle el cabello con una máquina y tijeras. El personaje principal se puso bastante nervioso llegando al punto de orinar sus pantalones, lo que trae a tema un problema que sufría en la infancia: el orinarse en la cama. Cuando era niño intentaba hacer del baño durante el día, pero no lo conseguía, casi siempre sólo hacía unas cuantas gotas o simplemente nada, pero cuando se iba a dormir, mojaba las sábanas.

Muchas veces Violeta se molestaba por este hecho, pero Humberto le decía que con la edad se le pasaría, explicándole que era “Enurético”. No obstante, en ocasiones se siguió presentando este malestar aun estando grande. Por ejemplo, al ponerse nervioso con Queta: “Y lo recordé porque tampoco se me iba de la mente el hecho de que me salieran unas gotitas de orina cuando, con Queta al lado, tentaleaba en busca de mi ropa” (Ramírez J. A., 2017, págs. 149, 150).

Al verse acorralado, logró huir de los sujetos llegando hasta unas escaleras, donde se encontró con dos jóvenes llamados Alfonso y Edmundo, quienes lo defendieron. Éstos se dieron cuenta que tenía mojado el pantalón, y en lugar de burlarse, le dijeron que mejor se sentaran en lo que se secaba la enorme mancha. Joven “X” se sintió avergonzado pero: “luego permanezco viendo a estos cuates, con los ojos fijos, sintiendo una estimación casi filial” (Ramírez J. A., 2017, pág. 290).

Tras marcharse “los peluqueros”, Alfonso y Edmundo le contaron: “son fósiles de prepa, han servido en grupos de choque para romper manifestaciones y cosas así de inentendibles”. Luego le comentaron que ellos estaban esperando al presidente de la Federación para una “grilla”, le empezaron a contar sobre la situación política de la universidad, y le dieron toda una descripción de cómo solían ser las manifestaciones, los mítines de los estudiantes; los preparativos, la entrega de volantes, los discursos e incluso la manera de actuar de los grupos de choque (Ramírez J. A., 2017, pág. 290).

Ellos le preguntaron en qué preparatoria quería entrar; él les contestó que en la Preparatoria N° 1. A ellos les dio gusto saber esto, pues ellos también habían ido ahí; aún tenían amigos con los que querían que él se contactara para que después pudiera ocupar un cargo de secretario representando a su planilla: “Sí, entiendo – musito cínicamente, sin preocuparme por entender”. Alfonso empezó a explicarle que buscaban realizar elecciones generales para quitar al grupo que ocupa el poder en la Universidad, añadiendo que a ellos no les importaría hacer prácticas desleales para poder ganar (Ramírez J. A., 2017, pág. 298).

Al mismo tiempo, Edmundo se mostraba un tanto preocupado por lo que su amigo pudiera decir de más, algo que a Joven “X” le pareció un tanto gracioso:

Je je: Alfonso, mientras discursó Edmundo, hizo millones de caras, quería hablar, decir cosas. Y lo mismo Edmundo cuando habló Alfonso: en un momento se asustó, debe haber pensado que Alfonso estaba soltando la sopa. En realidad, no tenía por qué preocuparse. Ni tanto que me interesaran estos asuntos. Pero les doy la razón, nada me cuesta seguirles la corriente. Y además se han portado muy cuates conmigo (Ramírez J. A., 2017, pág. 300).

A pesar de su poco interés por los temas de los que le hablaban, seguía con ellos porque les había caído bien, y porque habían prometido ayudarle con sus trámites sin formarse en las filas, pues decían tener una amiga dentro de Rectoría. Sin importarle mucho si eso era cierto o no, les hizo caso, con lo que se refleja su poco interés por su futuro. Antes su papá ya le había preguntado qué estudiaría, pero sólo pudo contestarle: “No me gusta pensar en eso” (Ramírez J. A., 2017, pág. 16).

En un momento, Alfonso parece querer convencerlo de integrarse a su agrupación política universitaria, de que escogiera la prepa uno, haciéndole ver que estar inmiscuido en eso era un paraíso, que podría gozar de diferentes cosas como faltar a clases o conquistar muchachas diciendo que ocupaba un determinado cargo. Al principio podría pensarse que esto no le interesó gran cosa, pero al final de la novela también imagina como podría ser su elección en la preparatoria, como gozaría de cierto poder siendo secretario general, y la admiración que tendría de todos por ello.

Con todo lo anteriormente expuesto sobre Joven "X", podemos concluir que el personaje principal es un símbolo del joven perteneciente a la clase media de la década de los años sesenta, en la Ciudad de México; por su estatus socioeconómico, o por su forma de expresar, con palabras que van del habla culta hasta el habla vulgar. Pero además de eso, posee también una personalidad, ciertas características que hablan de su carácter, de su forma de pensar y sentimientos. Por ejemplo, la fuerte relación que tiene con sus padres, que aun siendo hasta determinado punto flexibles, los respeta y aprecia; llegando a temer que éstos se divorcien y causándole una enorme preocupación y tristeza durante toda la historia, que sólo se ven reflejadas en su forma de actuar, de ser con otros personajes.

He aquí la importancia de Esteban, Ricardo, Queta y Octavio. Con ellos vive varias cosas y provocan en él determinados sentimientos y pensamientos, que constantemente lo hacen preguntarse sobre su actitud y forma de pensar, llegando incluso a crear cambios en su mentalidad. Un ejemplo claro de esto, es su relación con Ricardo, quien provoca que se cuestione su comportamiento agresivo sin razón; u Octavio, quien lo hace dudar sobre su carácter, su forma de ser un tanto tímida y retraída, el porqué de su rechazo a todo aquello que les gusta a los demás.

Por otra parte, Esteban y Queta despiertan en él sentimientos que busca negar; como la admiración a su primo, o el aprecio que empieza a tenerle a la joven cantante, criticando fuertemente a Esteban por su comportamiento con los muchachos que conoció en el Club Juvenil, o intentando mostrar desinterés a la joven Johnson. En cualquiera de los dos casos, sus acciones frente a ellos hablan más que lo que dice o dice pensar sobre ellos.

Con respecto a la corta relación que se muestra con Alfonso y Edmundo, sólo sirve para exponer el momento en el que transitaba la vida universitaria; los cuestionamientos, la rebeldía, las dudas que empezaban a emerger entre los estudiantes. Pero también para mostrar la falta de interés de Joven "X" sobre lo que le rodea fuera de su círculo más cercano de personas: la sociedad y la política.

Además tiene también poca preocupación por su futuro, que a pesar de idealizarlo al final de la obra, no le interesa lo que realmente pueda suceder, hasta que recuerda lo que le preguntó su papá sobre su educación:

Digo, no es que me apure, ni que Humberto tenga toda la razón, ni que la esté regando, ni que tenga asegurado mi futuro, ni que me sienta el amo, ni que sea muy tarolas, ni que me vayan a mantener hasta los ochenta y siete años, ni que todos me manejen, ni que vaya a llover mañana, ni que me vaya a morir pronto, ni que vaya a estallar la guerra mundial, ni que me vaya a escapar con Ricardo, ni nada, ni nada, ni nada, pero, ¿qué diablos voy a estudiar? (Ramírez J. A., 2017, pág. 357).

4.2.2. Esteban

Él es primo de Joven “X”. Se podría decir que después del personaje principal, y sus padres, él es un personaje igual de importante en la novela, ya que éste influye mucho en la forma de actuar, de pensar y hasta de expresarse del protagonista. Además, a través de él, conocemos a otros dos personajes trascendentes: Rogelio y “Suetercito”, del Club Juvenil del IMSS.

4.2.2.1. Legisigno

Al igual que el protagonista de la obra, la forma de expresarse de Esteban se basa en el “habla popular”, la cual, como se explicó antes, está compuesta de palabras que son generalmente conocidas por toda la sociedad por su uso habitual. Sin embargo, dentro del vocabulario de este personaje denotan más los términos provenientes del “habla culta”, del inglés, de los anglicismos, e incluso de palabras pertenecientes a otros idiomas como el francés. Todo esto debido a la mayor preparación académica que tiene Esteban, pues se encuentra cursando la licenciatura y también por su gusto por la literatura. Claro, igualmente suele utilizar groserías del “habla vulgar”.

Dentro del “habla culta”, algunas de las palabras que utiliza Esteban a destacar son: “dipsomanía” (alcoholismo, abuso de bebidas alcohólicas), “estropicio” (destrozo, rotura estrepitosa, casi siempre impremeditada, de cosas generalmente frágiles), “merced a” (gracias a), “coloquial” (propio de una conversación informal y distendida), “esnob” (persona que imita con afectación las maneras, opiniones, de

aquellos a quienes considera distinguidos), “burdo” (tosco, basto, grosero), “pedestre” (lleno, vulgar, inculto, bajo), y “non sancta(o)” (indecente, inmoral).

Un ejemplo claro de su uso del “habla culta”, se encuentra en la página 168, cuando se encuentra platicando con sus amigos sobre libros, psicología y demás temas de cultura general, aunque no se especifica de qué tema está hablando en realidad:

La verdad es que se catalizan las manifestaciones incognoscibles e introvertidas para luego concatenarse con meollos subanárquicos, como si una presciencia empírica desarticulara los módulos y motivaciones indubitables del ser agigantado, antropomorficado, humectante, por la inconmovible aunque continua desarticulación de sempiternas (Ramírez J. A., 2017, pág. 168).

Del anterior fragmento destacan los siguientes términos: “catalizar” (favorecer o acelerar el desarrollo de un proceso), “incognoscible” (que no se puede conocer), “introvertido” (dado a la “introversión”: condición de la persona que se distingue por su inclinación hacia el mundo interior, por la dificultad a las relaciones sociales y por su carácter reservado), “concatenar” (unir o enlazar dos o más cosas), “presciencia” (conocimiento de las cosas futuras), “empírica(o)” (relativo a la experiencia), “indubitable” (que no puede dudarse), “antropomorfizar” (conceder forma o cualidades humanas a una cosa o a un ser sobrenatural), “inconmovible” (que no se puede conmovier), y “sempiterna(o)” (que durará siempre).

Otro ejemplo de uso del “habla culta” por parte de Esteban, pero esta vez debido a su gusto por la literatura, se encuentra en la página 312, cuando Joven “X” recuerda uno de los textos que le enseñó, que él escribía en la secundaria cuando se iba de pinta:

Vertiente el sol sobre el rostro anguloso, el borrego del Telesponto suspira. Sacude su manto espuma y acude a la sombra de una acacia. Borrega había olisqueado su presencia posterior, llenándolo de una animosidad lujuriosa, vertical. El borrego, bajo la acacia, suspira su abandono y ante una naturaleza hermética profiere su trascendente meeee (Ramírez J. A., 2017, pág. 312).

De este párrafo sobresalen los siguientes términos: “vertiente” (declive o sitio por donde corre o puede correr el agua), “anguloso” (que tiene ángulos, dicho

especialmente del rostro humano), “acacia” (árbol o arbusto proveniente de la familia de las mimosáceas), “hermética(o)” (que algo es impenetrable, cerrado), y “trascendente” (que está más allá de los límites de cualquier conocimiento posible).

Cabe señalar que del anterior fragmento también se denota un uso metafórico de las palabras, ya que se trata de un texto poético. En general, de los dos ejemplos dados, se puede resaltar el amplio vocabulario que tiene Esteban, debido a, como se dijo anteriormente, su educación, el nivel de estudios que tiene, su gusto por leer y escribir. Puntos que también resaltan en el uso del lenguaje inglés y del francés, siempre insertando las palabras de estos idiomas en su discurso propiamente dicho en español: “bad deal” (“mal trato”), “está out” (“out” significa “afuera, fuera o hacia fuera”, pero en combinación con el verbo “estar”, la expresión funciona para indicar que algo está fuera de lugar, que algo no es correcto), “los ojos wide opened” (“wide opened” significa “abierto de par en par”, es decir, “los ojos bien abiertos”), “peaceful” (“pacífico o pacífica”), “single” (“solo”), “right” (“correcto”), “epaté” (palabra francesa para indicar “impresionado”), “les cousins” (“los primos”), y “petit” (“pequeño”). También suele utilizar anglicismos como “okay” (bueno).

Al igual que Joven “X”, también su vocabulario se conforma en gran parte por el “habla popular”, con palabras como: “apá” (papá), “apechugar” (aguantar), “escuincle” (niño), “planchar” (copiar), “fichita” (palabra que sirve para indicar que alguien tiene comportamientos negativos, propios de una mala persona, maleante o delincuente), “rascuache”, (dicho de una persona u objeto para indicar que es de mala calidad o con poco valor), “cotorrear” (convivir con personas de forma amena o agradable), “ranchero” (tímido, miedoso), y “naco” (palabra despectiva para indicar que alguien es perteneciente a la clase baja, o que una persona tiene comportamientos o cualidades vulgares). Asimismo, usa frases de este tipo de habla: “pura leche” (pura mentira), “ni un quinto”, (que no tiene nada de dinero), y “jala parejo” (que alguien actúa de la misma forma que otra persona sin acobardarse).

Igualmente, utiliza groserías pertenecientes al “habla vulgar”, aunque no palabras o frases en doble sentido o alburas: “pinchurriente”, (que una cosa no tiene valor

suficiente, que es defectuoso, despreciable), “mierdas” (al igual que la anterior palabra, sirve para despreciar algo, puede ser incluso algo inmaterial como las ideas de alguien), “pendejo” o “pendejete” (tonto o estúpido), “desmadre” (algo incontrolable, alboroto), “cabrón” (persona que resulta molesta, de mal carácter o también experimentada), y “mariquetas” (palabra proveniente de “maricón”, término despectivo para las personas homosexuales). También hay frases como: “no seas culebra” (“no seas maldito”), y “¡váyase a la chingada!” (se utiliza para maldecir a alguien, como “¡váyase al carajo!”). Además usa palabras del “habla de germanía” como: “pirujas” (prostitutas), y “padrote” (persona que se dedica a controlar la prostitución de una o más personas).

También Esteban utiliza expresiones creadas por los jóvenes de aquel entonces, como: “la onda redentora” (la redención), “se le entra a la onda” (comprender o entender algo; una acción, situación o forma de pensar) “mariguanada” (acción difícil de entender por lo increíble que es), “aguantar” (que algo está bien, pero no lo suficiente para ser muy bueno), “la nata” (su significado común es: sustancia espesa provocada por la leche, pero esta vez proviene de la frase “la neta”, que significa “la verdad”), “cerbatanas” (en este caso la palabra pierde su significado real y obtiene uno nuevo: cervezas) y “sulfurar” (enojar). Además crea palabras a partir de la deformación de las ya existentes, o de la composición de dos o más términos: “primacho” (primo), “ahistaba” (ahí estaba), “deadevis” (de verdad), “beberecua” y “chúperson” (bebida), “cerebrejo” (unión de las palabras “cerebro” y “pendejo” para indicar que alguien es estúpido), “hartus simplis” (harto simple, muy simple o sencillo), “enanoburguesa” (pequeñoburguesa), y “samariprestas” (samaritano).

4.2.2.2. Simbólico

Esteban tiene veintiún años, vive en la colonia Del Valle y siempre utiliza ropa de marca, e incluso importada de Estados Unidos. Cuando tenía más o menos la edad de Joven “X”, vestía “un pantalón levis, calcetas blancas, reloj bugs bunny y camisa de orlón” (Ramírez J. A., 2017, pág. 117). Pero es en la reunión, en celebración por su cumpleaños, que el personaje principal describe a detalle el aspecto que siempre tiene su primo en el tiempo presente de la obra:

Esteban, Estefan, Estef o Estepán se autodenomina en ocasiones. Chaleco-pana-amarillo-caqueniño. Rólex sin extensible ¡Ah canijo, cómo tiene lana tu familia! O, ¿a poco nop? Su mirada planeaba por nuestras caras. El pelo cortísimo (otrora, a cepillo), envaselinado (–Puro hair-dresser, maestro); fuma frente a mis tíos y a los veintinueve años (Ramírez J. A., 2017, pág. 157).

No obstante, es cuando busca a Rogelio, un muchacho de clase baja, en una fiesta de vecindad, que más se nota la clase social a la que pertenece el primo del protagonista:

Esteban regresa a la Buenos Aires (...) Descubre (siente) que la colonia está iluminada de un modo distinto: es que acaba de comer hasta hartarse, en sus bolsillos guarda doscientos cincuenta pesos, viste vaqueros lee, chamarra national y fuma párlia. Canalla Esteban, le molesta encontrar a un niño sentado en el suelo, cerca de un charco, jugando con lodo (Ramírez J. A., 2017, pág. 238).

A pesar de que antes, cuando visitaba a Rogelio en el Club Juvenil, simulaba no tener dinero, estar en una condición parecida a él para ocultar su estatus; después no le importa hacérselo saber con su forma de vestir. De hecho, hasta la colonia Buenos Aires, la cual ya conocía desde antes, le parece diferente, la mira de una forma distinta al encontrarse vestido con prendas que realmente suele utilizar, y llevar una considerable cantidad de dinero para ese tiempo.

Cuando llega a la vecindad, Rogelio se sorprende por la ropa que lleva puesta: “Tras beber un sorbito, permanece callado, viendo a través del pecho de Esteban: sus ojos parecen nublarse, pero al cabo de un minuto, sacude la cabeza y el pecho (la chamarra) de Esteban resalta ante sus ojos” (Ramírez J. A., 2017, pág. 242); por ello le pregunta cómo la obtuvo, a lo que el primo de Joven “X” se limita a decirle que un pariente se la trajo de Estados Unidos. Sin saber si realmente dice la verdad, Rogelio le dice que ese familiar suyo debería traerle también algunas ropas a él, para “sus cuates” (Ramírez J. A., 2017, pág. 243).

Las diferencias en la forma de vestirse entre uno y otro son obvias, lo que hace resaltar con claridad las clases sociales a las que pertenecen cada uno; Rogelio a la clase baja, Esteban a la clase media alta o alta:

Desde la puerta, puede verse un muchacho con una chamarra beige muy bonita, pantalones vaqueros importados y zapatos de buena piel. Su pelo cortísimo revela el paso de un cepillo y la acción del hair dresser. Rogelio, a su lado, contrasta notablemente (Ramírez J. A., 2017, pág. 243).

A pesar de su estatus socioeconómico, a él no le molesta juntarse con muchachos como Rogelio o “Suetercito” por simple diversión, aunque sabe que también con eso se burla de ellos:

Me divierto como enano, pero sé que no tengo madre. No encuentro como parar. Cada vez que dejo de verlos durante dos semanas, como ahora, extraño sus carotas hoscas, pero ingenuas en el fondo. Bueno, no todas: claro que hay algunas fichitas. Y de qué calibre. Pero no son muchos, la verdad. Para decirlo con fluido lugar común: están desorientados, no han tenido la suerte de participar en una educación mínima (Ramírez J. A., 2017, pág. 208).

Al no reprocharles que estudien algo, a ellos también les cae bien. Además, inventó que trabajaba en una tienda acomodando latas, haciéndoles creer, quizá, que vivía en la azotea de un edificio junto a su “madre-casi-paralítica-lavajeno” (Ramírez J. A., 2017, pág. 208).

Cuando le describe cómo es la colonia Buenos Aires a Joven “X”, Esteban hace una clara distinción entre las características de esta colonia y de la Narvarte, en la cual vive el personaje principal. En su descripción resalta muchas cosas de la zona de clase baja, como los negocios de fritangas, las pulquerías o los baños, pero al hablar de la colonia a la que pertenece su primo, la menosprecia:

La colonia Buenos Aires es increíble, palabra (...) Hay puestos de fritangas, pulquerías, talleres, unos baños del carajo y así (...) Antes del viaducto, claro: del otro lado ya es Narvarte, y con Narvarte, la pequeñoburguesía idiota. Incluyéndote, primito. A Narvarte sólo se va al Club Juvenil y a echar desmadre (Ramírez J. A., 2017, págs. 208, 209).

Con esto, Esteban aclara que no pertenece a la clase media de su primo, a la pequeñoburguesa porque la insulta. En otras palabras, insinúa que pertenece a una clase superior, lo cual también se afirma con su forma de vestir, la ropa de marca e importada.

Este personaje fue también a una escuela religiosa particular hasta la secundaria, al Colegio Simón Bolívar, el cual incitó que detestara la religión y que se autodenominara “ateísimos” (Ramírez J. A., 2017, pág. 206). Después estudió en la Preparatoria N° 4, luego entró a la Facultad de Filosofía y Letras, pero tras un año solicitó una beca en el Colegio de México para estudiar Historia, la cual le fue dada, según Joven “X”, “sin grandes obstáculos” (Ramírez J. A., 2017, pág. 313).

Durante su educación básica siempre obtuvo dieces y recibió una carta de buena conducta. Desde entonces le interesó la literatura, yéndose de pinta a cafés a escribir o a traducir cuentos en inglés. En la preparatoria formó un grupo literario y compraba libros viejos en Hidalgo. Ya en la Facultad de Filosofía, participó en un grupo político-cultural, pero prefería estar en la biblioteca leyendo y fumando.

La educación que ha recibido Esteban es bastante, y junto a ella, su gusto por la literatura fue incrementando. Sabe inglés desde la secundaria, y seguramente comenzó a aprender francés después, en otro grado escolar. Como comenta el propio personaje, Rogelio y “Suetercito” no fueron tan afortunados, como él, de recibir una educación mínima, y mucho menos una de mayor grado académico, la cual conlleva el gasto de más dinero, que casi siempre las clases bajas no podían y siguen sin poder obtener.

Se puede deducir, a partir de todo lo anterior, que Esteban es un muchacho de clase media alta o alta, que a diferencia de Joven “X”, tiene mayor dinero y preparación académica, aunque claramente lo último es debido a la diferencia de edad que hay entre los dos. Sin embargo, el protagonista no podría vestir la misma ropa que él, llegando a aceptar, como se cita al principio, la gran cantidad de dinero que tienen los padres de su primo. Además, se puede entender su forma de expresarse por el constante desarrollo de su gusto por la literatura, llegando a reunirse todavía con su grupo literario de la preparatoria, con quienes habla sobre libros, psicología, cine y otros temas culturales. Conocimientos a los que difícilmente podría acceder alguien de clase baja o con poca educación.

4.2.2.3. Remático

Cuando Esteban tenía la edad de Joven “X”, actuaba casi de la misma manera, es decir, de forma rebelde. Un ejemplo de ello ocurre cuando él y sus padres cenaron en la casa del personaje principal:

La familia de Esteban cenó en mi casa. Casimir: aún pantalones anchos (bueno, no tanto). Las chiñolas vestían trajes sastre, si no elegantísimos tampoco dados al cuas. Y la cena pasable: lomo en cocacola, digamos. Esteban era un latoso tremendo. Ponía los codotes en la mesa, y mientras mi tía Ignacia lo reprendía, Humberto mostraba sonrisas comprensivosiquiatrescas (Ramírez J. A., 2017, págs. 58, 59).

Tras comer, Esteban comenzó a molestar a Joven “X” diciéndole que su mamá era una prostituta, y sabiendo que se aguantaría porque él era más chico, se aprovechó y siguió diciéndole comentarios al respecto. Pero al preguntarle el personaje principal, si el hecho de que su tía era prostituta no le molestaba a su mamá, él respondió que no, que incluso ella también era una “piruja”, y junto a otra tía, eran conocidas como las “Hermanas Bollopronto”. Joven “X” se sorprendió con la respuesta, pues no podía creer que dijera eso de su propia madre, que le faltara el respeto de esa forma: “Eso sí de veras me dejo con la boca abierta. Porque, además, Esteban no sonreía, solamente ensayaba rueditas con el humo, mirando fijamente la noche oscurísima” (Ramírez J. A., 2017, pág. 61).

Como se dijo anteriormente, Esteban empezó a detestar la religión durante su estancia en el Colegio Simón Bolívar. Esto se refleja claramente cuando él, en compañía del personaje principal, va por su certificado de la secundaria e insulta al maestro, después de que éste le preguntara por qué iría a una preparatoria de la Universidad:

Cállese, viejo ojete, está jodidísimo si cree que voy a seguir en una pinche escuela de religiosos putos. Cállese, le digo. Entonces sí me pervertiría, dejándome manosear por viejos como usted. ¡Me vomito en esta escuela y en todas las religiosas, me cago en su pendejo dios y en su puta virgen, me vomito en usted y en el director y en las monjas y en todos los maestros! ¡Y cuídese, barrigotas, porque un día de éstos se me sube la sangre a la cabeza y vengo y lo madreo! (Ramírez J. A., 2017, pág. 119).

Luego le confesó a Joven “X” que en realidad no odiaba tanto al maestro y a los demás que trabajaban ahí, pero lo que deseaba era dejarles una “impresión imborrable de su humilde personita” (Ramírez J. A., 2017, pág. 120).

Ya con mayor edad, se puede observar mejor la forma de pensar y de actuar de Esteban en la reunión que organizan sus padres por su cumpleaños, a la que asiste Joven “X” y sus papás, además de sus amigos del grupo literario. Primero, después de la comida, Esteban hace una clara referencia a la “brecha generacional” que se empezaba a crear entre jóvenes y adultos en esa época, separando a sus padres y tíos en una sala, y a él, su primo, y sus amigos, en otra estancia:

Señores –dirigiéndose a los mayores–, pertenecen ustedes a generaciones irreconciliables con la nuestra –amplio ademán que quiso agrupar a los jóvenes–, por lo tanto sugiero, y más bien, dado que es mi cumpleaños exijo que se recluyan en la salita –señaló la estancia pequeña–, mientras nosotros nos retiramos allá –ídem, la grande–, para que no se susciten discusiones imbéciles, como siempre parece ser de su gusto. El licor, por supuesto, será administrado por nosotros y personalmente comisiono a mi papi –señaló a Luis, mi tío, que sonreía–, para que cada vez que se precise llene sus vasos con la beberecua adecuada a sus respectivas dipsomanías. Y por último, amiguitos, en ningún momento deberán quejarse por la música que, naturalmente, escogerá su charro –él, claro–. ¿Tuti de acuerdo? Bien (Ramírez J. A., 2017, pág. 157).

Durante toda la reunión, Esteban platicó con sus amigos de una traducción de un artículo de psicología, de libros y cine, mientras escuchaban música jazz en una “superconsola, con tocadiscos, amplificador gigante, FM, onda corta y todo eso; ah, y grabadora. Todo con estereofonía” (Ramírez J. A., 2017, pág. 162). Mientras charlaba con los demás, nunca permitió que alguien lo sobajara, como cuando uno de sus amigos le pidió que le sirviera más whisky, a lo que sólo respondió: “Sírrete tú” (Ramírez J. A., 2017, pág. 166). Pero ocasionalmente cedía e incluso hacía caso a algunas peticiones, como cuando otro de los muchachos le pidió que bajara el volumen a la música. Joven “X” simplemente no pudo creerlo: “Esteban se levantó, condescendiendo por única vez a una petición. Qué orgulloso es Esteban, pensé, mecánicamente, sin tomarlo a mal” (Ramírez J. A., 2017, pág. 167).

Esteban siempre habla cuando lo considera preciso, y si no sabe algo, lo acepta. Cuando algo es realmente bueno, lo reconoce, pero no le agrada que alguien quiera llamar demasiado la atención, no más que la que él puede obtener:

–Pero volviendo a mi traducción –casi gritó Zíper–, creo que... –Deja en paz tu traducción –masculló Esteban–, ya te dijeron que aguanta, que el texto es bueno y hasta tuviste el honor de oírla en mi grabadora, ¿qué más quieres? –Uh, qué cuate –se quejó Zíper, ofendido (Ramírez J. A., 2017, pág. 167).

Usa siempre sus conocimientos, su forma de expresarse para sobreponerse a los demás y demostrarles su inferioridad. Cuando uno de sus amigos, Zíper, le dijo: “Tú eres el ojeras. Eres adornado, pedante, mamón, con cultura de solapa, hidepú, burguesito intelectualoide y...”, Esteban no se quedó callado y se defendió preguntándole: “¿Quién es Truch, pendejo? (...) ¿Y Letizio Pulpo, y Marrini, y Marcuse, y Levianón, y Pijarro? (...) ¡Ni los has leído, bestia! ¿Quién ha leído a Pedohetz, a Gezzara, a Floristi? Yo. Éste tu charro, indecente panfletero”. Y cuando no encuentra otra vía para hacerlos sentir inferiores, simplemente los llama “pendejos” (Ramírez J. A., 2017, pág. 175).

Tras una discusión entre una de sus tías y un invitado que no era de la familia, su madre dijo que no podían estar poniéndoles un mal ejemplo a los jóvenes, a lo que Esteban comentó: “¡Ja! No deben preocuparse por eso, cuídense del mal ejemplo que nosotros podemos darles” (Ramírez J. A., 2017, pág. 181). Su papá, al escuchar esto, le dijo: “Ustedes han bebido demasiado” (Ramírez J. A., 2017, pág. 182), pero sin importarle mucho, el primo de Joven “X” comenzó a servirle otro trago a su tía Gustava, con lo que se refleja el poco respeto que tiene a sus padres.

Luego de que se calmara el altercado, Esteban le pidió a Joven “X” que subiera a su cuarto; quería hacerle una confesión, demostrándole así, el cariño y la confianza que le tenía. A pesar de esto, de que el hijo de Humberto le tenía igualmente bastante aprecio, que lo respetaba y lo admiraba, él creyó que estaba fingiendo, y mientras Esteban buscaba algo en una libreta, sólo pudo pensar: “Esteban el Concentrado, Esteban el Intelectual, Esteban el Hijo del Carajo que pone tantos rodeos en sus actos” (Ramírez J. A., 2017, pág. 202).

Esteban sólo quería que lo escuchara él, que lo juzgara si era necesario, no sus padres: “No te duermas, por favor, necesito que me escuches. ¿Sabes lo que está pasando actualmente? ¿Lo sabes?” (Ramírez J. A., 2017, pág. 195). No quería referirse a cuestiones políticas, pues esas poco le interesaban:

No quiero referirme a las cuestiones políticas, en gran parte me tienen sin cuidado; lo importante es cobrar conciencia del yo que no soy en este momento, ¿ves? Aunque luego todo cambie radicalmente, y juro que cambiaré; pero ahora necesito detener el tiempo, paralizarlo, lograr que suspenda su movilidad y no adormecerme. Ver todo con los ojos wide opened. Contemplar todo en su esencia, merced a un movimiento estático, ¿no crees? (Ramírez J. A., 2017, pág. 195).

Cuando Esteban tenía la misma edad que Joven “X”, se comportaba aún más de forma rebelde, no haciéndoles caso a sus papás, molestando e insultando a las personas con mayor frecuencia. Sin embargo, cuando crece comienza a pensar, a reflexionar más, debido a su preparación educativa y a su gusto por leer; empieza a cuestionar su forma de pensar y de actuar. Por ejemplo, la confesión que le hace a su primo, producida por la lectura de un libro, es sobre dejar la carrera y dedicarse a la “crítica bibliográfica y al ensayo-cual-ladrillo” (Ramírez J. A., 2017, pág. 204), independizarse, no requerir de la comodidad que le dan sus padres, su estatus socioeconómico.

También con en esta confesión, que Esteban comparó con el acto religioso y consideró un acto de humildad, le dijo a Joven “X” cómo había sido su comportamiento con unos muchachos que conoció en un Club Juvenil del IMSS. A los que se refería, era a los ya mencionados Rogelio y “Suetercito”, quienes no tenían una gran educación, les gustaba tomar cerveza y en ocasiones robaban pertenencias ajenas. Para convivir con ellos se inventó una nueva identidad, pues temía que ellos supieran su verdadera condición económica.

La razón por la cual se amistó con ellos fue sólo diversión, pasar el tiempo, sin considerar que con eso se burlaba de ellos. Una de las tantas cosas que hizo junto a Rogelio y “Suetercito”, fue robar en la Narvarte y la Buenos Aires. Sobre esta actitud de Esteban, se podría comparar a lo que García Saldaña (2014) dice en su

libro *En la ruta de la onda*: “De una colonia clase media a un barrio superpobre, se va olvidando que se pertenece a un mundo autorizado, se va quedando atrás el mundo del orden, el progreso, la legalidad, el bienestar, se va dejando de ser parte de todos los valores morales que la sociedad ostenta” (págs. 79, 80).

Pero la primera vez que vio uno de los asaltos, él se espantó: “Palabra que me asusté, digo, era la primera vez, luego se le entra a la onda con menos miedo. A excepción de cuando la frutería” (Ramírez J. A., 2017, pág. 209). En esa ocasión, los tres prepararon un asalto a una señora que atendía un puesto de frutas, pero antes y después de ello, se pusieron nerviosos, e incluso lloraron por el temor de ser atrapados. Al principio:

Rogelio acaricia la superficie lisa, glacial, de la navaja; el Suetercito la oprime con violencia y escupe al suelo; Esteban apenas la roza; sacudiendo la cabeza, descompone su peinado. Los tres se sienten empalidecer, sus labios se secan y tragan más saliva (...) Sienten que sus piernas flaquean, pero el paso es firme (Ramírez J. A., 2017, pág. 215).

Luego de conseguir su cometido, robar el dinero y algunas frutas, corrieron, Rogelio cayó pero el “Suetercito” logró levantarlo y siguieron: “Ellos ya están corriendo de nuevo, llorando. Rogelio cojea y el Suetercito lo sostiene. Nadie los persigue. Unos niños recogen las naranjas que tiró Esteban” (Ramírez J. A., 2017, pág. 217).

A pesar de que se caían bien mutuamente, él se burlaba cuando les inventaba que pertenecía a su mismo estrato social, cuando les decía que nunca tenía dinero. Como cuando Rogelio le preguntó si no tenía algún centavo, ya que necesitaba para comprar las medicinas de su hermano. Pero Esteban no le creyó: “considera que la actuación rogeriana es casi impecable: labios mordidos, vergüenza, furia”. Luego se enteraría que era verdad: “Buen actor, sentencia Esteban. Después sabrá que el hermano de Rogelio murió esa misma tarde” (Ramírez J. A., 2017, pág. 214).

Por esta razón, Joven “X” lo cuestionó tras la confesión, después de que Esteban lo subestimó:

Caray primo, eres un caso perdido. Vives en las nubes. Un día de éstos tendré que darte unas clases y prestarte algunos libros. Pareces

marciano. Y marciano provinciano. Le voy más a Rogelio, que con su ignorancia y todo, siempre jala parejo (Ramírez J. A., 2017, págs. 217, 218).

Joven “X” no lo soportó y lo criticó fuertemente diciéndole que en realidad se burlaba de ellos, que no “tenía madre”, y que en el fondo los despreciaba y engañaba. Esteban sólo pudo decir que no era así, que en realidad los que se “pitorreaban” de Rogelio, “Suetercito” y los demás del Club Juvenil, eran los del IMSS: “¡Los engaño pura madre! Mira, pendejete, los engañan los demagogos del Seguro Social, endilgándoles esos discursos sobre patria, las olimpiadas y las nalgas del gobierno. Ésos sí los engañan” (Ramírez J. A., 2017, pág. 218).

Joven “X” estuvo de acuerdo, pero siguió creyendo que él hacía lo mismo, poniendo como ejemplo lo del hermano de Rogelio. Esteban no logró excusarse y terminó diciéndole: “¡Bien, primo! No eres tan pendejo como creía. Tienes algo de razón, pero te la pelas en otras cosas” (Ramírez J. A., 2017, pág. 219). Entonces le habló de cómo llegó a interesarse por otro muchacho del Club Juvenil; de Everio López, quien lo intrigó pues se había enterado que escribía poemas. A primera vista le pareció alguien “torvo y canallón” (Ramírez J. A., 2017, pág. 227), pero gracias a Rogelio y “Suetercito”, se enteró que tenía como veinticinco años, que trabajaba en una refaccionaria y se encontraba haciendo el servicio militar. Pero Esteban quería conocerlo personalmente, quería saber que pensaba aquel muchacho y en una ocasión logró platicar con él, con lo que se enteró que provenía de Tenango, que estudiaba la secundaria nocturna, tomaba clases de teatro en el Club, y practicaba deportes porque quería representar a México en las Olimpiadas.

No obstante, Esteban por timidez no logró saber lo que realmente quería; conocer su forma de pensar:

La verdad es que me porté como rancharo, como naco de Tenango, nunca pasé de mascullar las buenas tardes y cosas así de balines; él siempre me ha visto con recelo, supongo que por ser amigo de Rogelio. La verdad es que no creo que hubiera llegado a contarme cómo es, qué le preocupa... (Ramírez J. A., 2017, pág. 231).

Casi al final de su confesión, Esteban le contó a Joven “X” que acompañó a Rogelio a entregar un paquete de la “flota grande”, una pandilla que poseía una gran

jerarquía en la colonia Buenos Aires. Ambos tenían miedo, pero al tratarse de un encargo de esos sujetos, no tuvieron otra opción que hacerlo. Cuando estaban caminando para tomar el autobús que los llevaría al centro de la ciudad, tres tipos que parecían ser agentes los interceptaron, comenzaron a golpearlos y Rogelio logró escapar. Mientras dos de los hombres lo seguían, otro se quedó pateando a Esteban, pero con la fuerza que le quedaba, pateó la entrepierna del sujeto, huyó y tomó un taxi hasta su casa. Ahí sintió que moriría y temió por la seguridad de Rogelio.

Tres días después, Esteban buscó a Rogelio en la colonia Buenos Aires, vestido como habitualmente lo hacía cuando no iba al Club Juvenil; es decir, con ropas que no pretendían fingir su supuesta pertenencia a la clase baja. Estaba preocupado y quería saber cómo se encontraba su amigo. Después de un rato, se enteró que se encontraba en la fiesta de una vecindad. Al llegar se topó con el “Suetercito”, y éste le contó que Rogelio estaba en el número seis, pero que también se encontraba molesto porque su tía lo acababa de correr de su puesto de frutas en el que trabajaba. El primo de “Joven “X”, al enterarse de esto, se sorprendió.

Luego de un rato, Rogelio se cruzó con Esteban, lo saludó y enseguida lo ignoró, por lo que éste último se vio ofendido y decidió marcharse. Sin embargo, una muchacha que estaba ahí lo invitó a bailar y después de ello Rogelio le volvió a hablar; le preguntó cómo estaba, cómo había logrado huir de los agentes; él le contó todo pero exageró un poco algunos detalles. Después de la plática, de que Rogelio le contara que se encerró dos días por temor, éste no pudo dejar de ver la chamarra, los pantalones, la ropa que vestía el primo de Joven “X”. Al preguntarle cómo la había obtenido, él le dijo que gracias a un familiar que se la había traído de Estados Unidos. Rogelio se sintió inferior a él y Esteban se dio cuenta: “Esteban sonrío. Por dentro se siente feliz, superior” (Ramírez J. A., 2017, pág. 243).

Mirando con furia a Esteban, Rogelio comenzó a hacer comentarios despectivos en contra de los que él llamaba “ricos”, invitándolo a lanzar piedras a los vidrios en las Lomas o el Pedregal. De pronto le dieron ganas de vomitar y corrió al baño. Esteban lo siguió y le preguntó si era cierto que su tía lo había corrido del puesto, a lo que él

respondió que sí, pero enseguida comenzó a maldecirlo. Esteban se sintió mal, se dio cuenta que la amistad que tenían, había terminado. También Rogelio se había dado cuenta, quizá, de su verdadero estatus socioeconómico.

Tras todas estas confesiones, Esteban realizó una “Declaración conjunta de los cousins”, en la que integró a su primo Joven “X”; en ella prometía echarle ganas a la escuela, se arrepentía de sus anteriores actos y prometía ser un “buen chico”. A pesar de que el personaje principal no participó del todo, Esteban lo disculpó por “haber vivido tan poco”. También condenó al “mundo contemporáneo” y decidió tolerar a sus padres por su edad (Ramírez J. A., 2017, págs. 250, 251).

Con todo lo anterior, se puede concluir que Esteban es un joven perteneciente a la clase media alta o alta, que al tener dinero y una buena preparación académica, se siente superior a los demás: a su primo Joven “X”, a sus amigos del grupo literario, y a Rogelio y “Suetercito”. Siempre busca una manera de humillarlos, una forma de hacerles ver que quien tiene otro nivel socioeconómico y cultural, es él; ya sea con sus conocimientos en literatura, con su forma de expresarse, o simplemente con la ropa que viste y el uso de groserías para sobajarlos.

Como diría García Saldaña (2014): “Niñobien’ no necesitaba hablar, en su buena ropa ‘from San Francisco, Texas’, residía su simpatía y su destreza para conquistar” (pág. 87). “Junior’ es el muchacho rico, el muchacho del coche, el muchacho de la buena ropa, el muchacho de la buena fama, el muchacho del buen dinero: es como papá, ‘el jefe’” (pág. 127).

No obstante, de haberse comportado de forma rebelde cuando tenía casi la misma edad que el protagonista; cuando crece comienza a reflexionar, a juzgar su forma de actuar, de ser con los demás, lo que refleja el comienzo de una mayor madurez mental y emocional. Aunque al igual que Joven “X”, sigue tomando una postura indiferente a los temas que le rodean de la política o la sociedad, aun teniendo conocimiento de los hechos, de sus causas y consecuencias.

4.2.3. Rogelio

Este personaje se conoce por medio de Esteban, cuando éste le cuenta a Joven “X” que lo conoció en el Club Juvenil del IMSS. Con la aparición de Rogelio, también surge otra visión de la realidad social y económica de la Ciudad de México, durante la década de los años sesenta; la del sector menos beneficiado con el llamado Milagro mexicano: la clase baja.

4.2.3.1. Legisigno

El vocabulario de Rogelio, a comparación de los de Joven “X” y Esteban, carece completamente de “habla culta”, lo cual es comprensible si se toma en cuenta que, el primo del protagonista, menciona que éste carece de alguna educación mínima. Su lenguaje se ve compuesto principalmente por una mayor cantidad de palabras de “habla popular”, “habla vulgar”, “habla de germanía” y la deformación de términos por su manera de pronunciarlos.

Con respecto al “habla popular”, Rogelio utiliza palabras como: “centaviza”, “feria” y “lana” (dinero), “el vuelto” (el cambio, el dinero que sobra después de la compra de un producto o servicio), “aflojar” (dar, aportar, delegar), “collón” (miedoso, temeroso), “guacarear” (vomitar), “padre” (indicativo de que algo es genial), y “gabacho” (forma alterna de nombrar a Estados Unidos, o de llamar a algo proveniente de ahí). También utiliza frases populares como: “jalar parejo” (que alguien actúa de la misma forma que otra persona sin acobardarse), y “a todo dar” (expresión para demostrar que un hecho o cosa es buena o agradable).

De igual forma, Rogelio hace uso del “habla vulgar”, con un amplio vocabulario compuesto de groserías y palabras con doble sentido: “güevonear” o “huevonear” (indica que alguien se encuentra flojeando o procrastinando, perdiendo el tiempo sin hacer nada), “madrear” (golpear), “mamado” (que un hombre es fuerte), “apendejar” (cuando una persona comete una tontería), “madrazo” (golpe), “cabrón” (persona que resulta molesta o experimentada), “la chingada” (expresión vulgar que tiene diferentes significados: mandar a alguien a paseo o maldecir, para expresar sorpresa, y para indicar que alguien es hijo de una prostituta como insulto; “hijo de

la chingada” es igual que decir “hijo de puta”). Igualmente, hay algunas expresiones como: “me agarras triste” (frase con doble sentido que hace referencia a que alguien toma su miembro), “ni madres” (negación: no, nada, nunca), y “partir la madre” (golpear o matar a una o más personas).

Al robar ocasionalmente las pertenencias de otras personas, o participar en actividades ilegales o criminales, Rogelio hace uso de diferentes términos o frases del “habla de germanía”, como: “transar” (robar, hurtar), “chuchiza” (dinero), “apañar” (tomar algo de forma ilícita o atrapar a alguien), “pelar” (escapar, huir), “entambar” (encerrar, encarcelar), y “ponerse almejas” (estar al tanto de algo, poner atención).

También Rogelio suele deformar las palabras con su pronunciación, lo que se muestra claramente en la forma en que son escritas: “¿Qués?” (¿Qué es?), “orita” (ahorita), “quir” (que ir), “pa” (para), “¿Tons, qué?” (¿Entonces, qué?), “Estocupado” (está ocupado), “mencanta”, “mestaba” y “mencabrona” (me encanta, me estaba y me encabrona). Asimismo, utiliza palabras creadas a partir de otras ya existentes: “cuais” (cuates, amigos), y “de perdis” (de perdida, al menos).

Como puede observarse, el vocabulario de Rogelio está conformado por palabras de origen popular, de groserías, palabras con doble sentido y términos de germanía, lo que refleja el estrato social al que pertenece, su poca preparación educativa y su participación en actividades ilícitas; temas que se abordarán en las siguientes partes del análisis de este personaje.

4.2.3.2. Simbólico

En el análisis de Esteban, ya se mencionó que Rogelio no ha “tenido la suerte de participar en una educación mínima” (Ramírez J. A., 2017, pág. 208). También trabaja con su tía en un puesto de frutas y verduras en el mercado de Jamaica, bebe cervezas, suele robar pertenencias a las personas y pasa el tiempo en el Club Juvenil. A pesar de que en éste último hay clases de arte dramático, corte y confección, danza, cocina, guitarra y deportes como béisbol, además de que ahí se puede realizar el servicio militar; Rogelio prefiere estar con Esteban y el “Suetercito”

sin hacer nada, tomando cervezas y platicando: “Rogelio, más animado, sugiere abandonar a los beisboleros e ir al camellón. Compran unas tecates” (Ramírez J. A., 2017, pág. 213).

El Club Juvenil del IMSS, antes la Casa de la Asegurada, se encuentra en la colonia Narvarte, y él vive en la colonia Buenos Aires. Rogelio, junto a sus amigos, siempre está entre estas dos zonas, las cuales Esteban describe a Joven “X” de la siguiente manera:

Primero los encontraba en el Club Juvenil, donde se juega ping pong y beis. También los encontraba en un estanquillo de Paraguay, una calle cercana a Vértiz. La colonia Buenos Aires es increíble, palabra. Ya de por sí, el tramo del viaducto hasta la gasolinera Alemán (ésa sólo para taxis, todavía les venden mexolina y hay como mil cuates que lavan libres), bueno, ese tramo ya amosca de noche. Hay puestos de fritangas, pulquerías, talleres, unos baños del carajo y así. Pero, olvídate, eso no es nada. Entra en las pinches callecitas de los lados: Paraguay, Honduras, Argentina, Versalles. Las de la izquierda todavía no las pavimentan. Del otro lado, sí: hasta hay una iglesia en la avenida Central, que arma el pachangón el día del santo padrote. Como en provincia, caray. Dos cuadras debajo de la Central hay un burdel pinchurriendo, junto a la heroica pulquería Las Licuadoras. Ah, y un mercado. Chiquitito y apenas limpio para no sulfurar a los mordelones de Salubridad (Ramírez J. A., 2017, págs. 208, 209).

Sin embargo, suele pasar más tiempo con sus “cuates” en la colonia Narvarte, como lo explica Esteban:

Pero no son las zonas que frecuentan. Digo, esos cuates viven y arman sus desmadres arriba de la Central. Antes del viaducto, claro: del otro lado ya es Narvarte, y con Narvarte, la pequeñoburguesía idiota. Incluyéndote, primito. A Narvarte sólo se va al Club Juvenil y a echar desmadre (...) Caray, ¿no es increíble? Es una zona céntrica, entre Narvarte y la colonia Doctores, al lado del viaducto, y hasta hace poco pusieron luz en las calles y en una parte aún no hay pavimento (Ramírez J. A., 2017, págs. 208, 209).

Por los anteriores índices descritos: las cosas que llega a hacer, la colonia en que habita y las zonas que suele frecuentar; además de que no puede comprar los medicamentos que necesita su hermano, y las diferencias socioeconómicas que el personaje tiene con Esteban mencionadas páginas atrás; se puede inferir que

Rogelio es un joven perteneciente a la clase baja, a un estrato social que carece de condiciones favorables de vida como lo son las medicinas o la educación básica, los cuales sí podían ser conseguidos por personas de otras clases sociales de forma más fácil.

4.2.3.3. Remático

Son cuatro momentos específicos dentro de la novela en los que se puede conocer de mejor manera la personalidad de Rogelio; su forma de pensar, sus sentimientos y también sus intereses: cuando le cuenta a Esteban que necesita dinero para las medicinas de su hermano, en el robo que realiza junto a Esteban y el “Suetercito”, cuando tiene que entregar un paquete de la “flota grande”, y en la fiesta de la vecindad, cuando Esteban llega con sus ropas importadas.

A pesar de que en el Club Juvenil se pueden realizar un sinnúmero de actividades deportivas y culturales, Rogelio prefiere ir a “güevonear”, a “echar desmadre” y tomar cervezas junto a sus amigos. Cosas que hizo el día en que le preguntó a Esteban si no tenía algo de dinero. El primo de Joven “X” se sintió intrigado por su comportamiento y por su pregunta: “Enfurrñado, coloradísimo, Rogelio arranca un manojito de pasto. Esteban advierte su furia (...) Rogelio inclina la cabeza y limpia su nariz con la manga: cuando vuelve a mostrar la cara tiene los ojos acuosos”. Finalmente le preguntó para qué lo necesitaba y él respondió: “Para comprarle las medicinas a mi hermanito. Que tiene tifoidea, el buey. Y necesito comprar las medicinas” (Ramírez J. A., 2017, pág. 214).

Esteban, viendo que Rogelio gastó su dinero invitándoles unas cervezas, no le creyó, pensó que se trataba de una buena actuación y le preguntó de dónde había obtenido los diez pesos que le dio al “Suetercito” para las bebidas: “Los aflojó mi tía, la que tiene un puesto en Jamaica. Me dio quince, pinche vieja, dijo que nomás tenía eso...”. “Buen actor” (Ramírez J. A., 2017, pág. 214), pensó Esteban, pero después se entera que era cierto, pues esa misma tarde murió el hermano de Rogelio.

¿Por qué si ya tenía un poco de dinero para las medicinas de su hermano, Rogelio prefirió gastarlo invitándoles unas cervezas a Esteban y el “Suetercito”? Lo más

probable es que se debiera a un simple acto de irresponsabilidad, de preferir vivir el momento y luego preocuparse por lo demás, por la obtención de los medicamentos; pensando, quizá, que Esteban o alguien más podría prestarle lo necesario para comprarlos. También su acción refleja que para él son más importantes las apariencias que debe asumir frente a sus amigos, el mostrarse “buen cuate”, que interesarse por cosas más importantes como la salud de su hermano.

Enseguida de esto, se narra la ocasión en que Rogelio y los otros dos organizaron un robo a una frutería, la cual era cuidada en la tarde por una anciana miope. Al ser relatado este hecho enseguida del problema que tiene por su hermano, podría intuirse que tal vez es él de quien nace la idea de realizar el hurto para la obtención del dinero de los medicamentos. Intentando resolver el problema de una manera aparentemente más fácil, los tres sabían que conllevaba un fuerte riesgo. Por ello, se mostraron nerviosos antes y después de llevar a cabo el asalto: en un inicio sudando e intentando prepararse mentalmente para efectuarlo; y después cuando salieron corriendo con el dinero y algunas frutas, llorando por el temor de ser capturados, causando por ejemplo, la caída estrepitosa de Rogelio.

A pesar de que en ocasiones este tipo de delitos los realizaba Rogelio por simple diversión, por ejemplo la vez en que robó un reloj a una señora en el mercado de la Narvarte, hay otras veces en las que siente un enorme miedo porque sabe de antemano que hay fuertes riesgos: ser atrapado por la policía, no obtener el botín esperado, o incluso ser molestado y golpeado por sujetos de otras pandillas. Como lo que ocurrió el día en que la “flota grande”, una banda con mayor jerarquía, le pidió que recogiera y entregara un extraño paquete en el centro de la ciudad.

No pudo negarse, les temía a esos tipos que sabía se encontraban por arriba de él, aunque pareciera que a estos les caía bien:

La flota grande quiere bien a Rogelio. Siempre que lo ven entrar en Las Licuadoras lo palmean amablemente y hasta, a veces, échate un tornillo, chavo. Pero a Rogelio le gustan más las quesadillas de romeritos que el pulque. Además, hay que ponerse almejas con la flota grande aunque aparentemente quiera bien a alguien (Ramírez J. A., 2017, pág. 231).

A Rogelio no sólo lo intimidaban los pertenecientes a esta banda, Abundio y Sebastián, también le molestaba saberse, junto a sus amigos, manipulado por ellos; él ser una especie de sirviente al cual podían recurrir sin siquiera darle dinero o un lugar dentro de la banda: “¡Carajo, me encabrona que me pidan estas cosas, uno es el que corre el riesgo y luego ni siquiera pasan una corta feria!” (Ramírez J. A., 2017, pág. 232).

Le molesta que lo consideren aspirante a la flota (puesto que mangonea a los muchachos). Le encrespa la idea de que consideren a su grupo como una sucursal siempre dispuesta a obedecer los latigazos superiores. Pero también comprende que no puede rebelarse, porque le harían la vida imposible (Ramírez J. A., 2017, pág. 232).

Esteban, al llegar al momento de la petición de la “flota grande”, no le quedó otra opción más que unirse, aunque Rogelio prefería que en su lugar estuviera el “Suetercito”, por temor a que el primo de Joven “X” se “apendajara”. Primero pasaron por el paquete a la casa de una anciana, luego caminaron por el viaducto para tomar el camión en Cuauhtémoc que los llevaría al centro. Sin embargo, en el camino los interceptaron “tres figuras corpulentas, sin saco, sin corbata, camisas arremangadas, cara de aynanita” (Ramírez J. A., 2017, pág. 234), que parecían ser agentes de la policía. Los golpearon, Rogelio soltó el paquete y se echó correr, pero lo persiguieron dos de ellos, dejando solo a Esteban.

Como se cuenta en el análisis de Esteban, éste después buscó a Rogelio en la colonia Buenos Aires, pues quería saber cómo se encontraba, si había logrado perder a los tipos. El primo de Joven “X” llegó a la fiesta de la vecindad donde se encontraba Rogelio, con ropa que comúnmente solía usar, y no buscando aparentar que pertenecía a la misma clase social. En un principio ambos se contaron como huyeron de los sujetos. Rogelio le comentó, además, que se encerró por dos días, ya que tenía miedo de que lo buscaran, a la vez que le expresó su enojo hacia los de la “flota grande”, pues creía que éstos sabían de antemano lo que pasaría.

De pronto se percató de la ropa que llevaba puesta Esteban, y sinceramente le expresó que estaba genial, preguntándole luego cómo había logrado obtenerla: “¡Oye, qué padrota chamarra! –exclama con genuina admiración–, ¿cómo la

conseguiste? Ha de ser cara, ¿no?” (Ramírez J. A., 2017, pág. 242). Esteban le respondió que era “gringa”, que había costado treinta dólares y que un pariente se la había traído de Estados Unidos. Rogelio le preguntó lo mismo por su pantalón: “¿El pantalón también? Es gabacho, ¿no? –pregunta Rogelio con expresión seria, impersonal” (Ramírez J. A., 2017, pág. 243). El primo del protagonista le contestó que era de marca e incluso le mostró la etiqueta. Rogelio comenzó a sentirse mal, inferior a él, y Esteban lo supo. Le comentó finalmente que ese pariente suyo también debía traer algunas prendas a sus amigos.

Lo anterior sólo provocó que de Rogelio saliera un sentimiento profundo de animadversión contra a los que él llamaba “ricos”:

Qué pinche país, ¿no? Si tuviera lana me largaría de aquí, mencabrona ver las caras de la gente, ver los periódicos, mencabronan los ricos, íate, me dan ganas de patearles el culo hasta deshacérselos. Pinches hijos de puta, tienen todo y uno ni madres; por ellos este país es tan mierda –ve a Esteban ferozmente–, a ver cuándo vamos a Las Lomas o al Pedregal pa’ romper vidrios a pedradas, hace mucho que no lo hago y mencanta (Ramírez J. A., 2017, pág. 243).

Se dio cuenta de la mentira de Esteban, que supuestamente no tenía dinero, que carecía al igual que ellos: “Suave, por eso me caes bien, pinche Esteban, porque jalas parejo –sonríe con sorna–, aunque te madreen, no eres collón. ¿A poco no le partirías la madre a un méndigo chamaquito rico hijo de su puta madre?” (Ramírez J. A., 2017, pág. 245). El primo de Joven “X” también se percató de ello, supo que había terminado la amistad que tenían. Rogelio luego se fue a vomitar.

Si bien ya se encontraba molesto porque su tía lo había corrido del puesto donde trabajaba por robarle, esto provocó que se enojara más, sin tomar en cuenta que seguramente aún sentía culpa por la muerte de su hermano. Se sintió traicionado, decepcionado no solo de Esteban, también de él mismo. En su mente supo que nunca podría obtener las cosas que tenía el primo de Joven “X”; ser rico, tener dinero y dejar de preocuparse por robar o seguir las órdenes de la “flota grande”.

Podría pensarse que las condiciones socioeconómicas de Rogelio lo llevaron a actuar así: no preocupándose por su futuro, robando pertenencias ajenas, tomando

bebidas alcohólicas, y llevando a cabo actividades criminales que alguien más le pedía que hiciera. Sin embargo, dentro de las experiencias que Esteban le contó a Joven “X” en el Club Juvenil, también se encuentra cuando conoció a Everio López, “el Poeta”. Este personaje es importante en el análisis de Rogelio porque representa completamente su antítesis: tenía veinticinco años, vivía en la colonia Buenos Aires, trabajaba en una refaccionaria y estudiaba en una secundaria nocturna; también se encontraba haciendo su servicio militar, tomaba clases de teatro en el Club y le gustaba escribir versos, además de que practicaba deportes porque deseaba representar a México en las Olimpiadas.

A pesar de que se encontraba en las mismas condiciones que Rogelio, este personaje buscó superarse, tenía sueños y trabajaba para poder obtenerlos. Cosas que Rogelio también pudo hacer, pero prefirió seguir viviendo el momento, pasarla bien con sus amigos y relegando todos sus problemas a un segundo lugar, como quedó demostrado con la situación de su hermano. Prefiere arriesgarse robando que trabajando para conseguir dinero, incluso tomando estas actividades ilícitas como una fuente de diversión y de obtención de respeto. Le parece más fácil, aunque molesto, seguir bajo el mando de la “flota grande”, que conseguir dinero honestamente, bajo el mando de los que él llamaba “ricos”.

Como lo dijera García Saldaña (2014):

Para los chavos de la clase media pa’ bajo era fastidioso –muy molesto– pensar en estudiar y estudiar para sólo llegar a ocupar un mediocre puesto en el ‘*establishment*’: era, y es, sombrío verse como un burócrata más de la Máquina del Estanquillo, en donde los buenos lugares estaban reservados para los hijos de la burguesía (pág. 183).

4.2.4. Alfonso

El análisis de este personaje es importante para la presente investigación, ya que a partir de él podemos conocer la situación de los estudiantes de la Universidad en esa época, justo antes de que se llevara a cabo el Movimiento Estudiantil de 1968. Los problemas que en ese momento los estudiantes manifestaban que existían en

las escuelas, la política estudiantil, el funcionamiento de los grupos de choque y las agrupaciones en conflicto que luego influirían en la organización del movimiento.

4.2.4.1. Legisigno

Alfonso, al formar parte de la política estudiantil universitaria, tiene un amplio vocabulario con términos pertenecientes a una jerga especial: la de los políticos. Además, se complementa con el uso de palabras del “habla popular”, del “habla vulgar” y también de las creadas por los jóvenes. Aunque también este personaje no usa términos de “habla culta”, aun estudiando en la Universidad, tiene una forma especial de expresarse diferente a la de Rogelio, pues se encuentra inmerso en situaciones políticas, lo que provoca que asuma a su lenguaje palabras específicas que no cualquier persona posee.

De la jerga política estudiantil, algunas palabras que utiliza son: “fósiles” (alumnos que llevan más tiempo estudiando un grado académico del normalmente establecido), “grupo de choque” o “grupo reaccionario” (conjunto de personas que se dedica a alterar o desintegrar manifestaciones y mítines de forma violenta), “grilla” (este término significa asunto político que se realiza de forma desleal, y “grillos” son aquellos políticos que las efectúan), “mitin” (reunión en la que se escuchan los discursos de personas relevantes política y socialmente), “proselitismo” (actividad para conseguir prosélitos; partidarios que se ganan para una facción o doctrina), “borregada” (personas que se encuentran en disputa entre dos organismos en una elección política), “brosa” (conjunto de personas que apoya a una organización o partido político), y “bandazo” (movimiento de apoyo realizado por una persona de forma imprevista, dependiendo de sus intereses).

Con respecto al “habla popular”, Alfonso utiliza palabras como: “chueca(o)” (indica que algo se realiza de forma anormal), “despiporre” (desbarajuste, desorden), “popis” (palabra despectiva para referirse a las personas de clase alta), “pata” (tonta o boba; aplica igualmente con el género masculino), “compita” (diminutivo de “compa”, amigo o camarada), “sopas” (expresión que indica sorpresa), “movidas” (asuntos), y “pachanguear” (estar de fiesta).

Al igual que los personajes anteriormente analizados, también éste usa groserías al momento de expresarse: “A güevo” (“A huevo”: claro, absolutamente, definitivamente), “joder” y “chingar” (molestar o fastidiar a alguien), “pendejo” (tonto o estúpido), “putas” (prostitutas); y frases como: “vale un pito” o “valen para pura madre” (indican que algo no tiene valor alguno), “a la chingada” (maldición, mandar a paseo a una persona), y “te la va a pelar” (que nadie podrá hacerle absolutamente nada).

Este personaje además usa palabras y expresiones propias de la juventud de aquellos años: “rebecos” (sujetos rebeldes que actúan fuera de la ley o de las normas establecidas por una institución), “guaguaguá y escubidubi” (expresión similar a “bla, bla, bla” o a la palabra “etcétera”, las cuales sirven para sustituir el resto de una exposición que se sobrentiende, que no es importante o trascendente), “iguanas ranas” (para indicar que algo es igual o similar a otra cosa), “pagarles sus ondas” (pagarles sus cosas), y “goguear” (palabra que deriva del tipo de baile llamado “á gogó”, y sirve para indicar “baile”).

También crea nuevos términos con la conjunción de dos o más: “pero por silas” (pero por si las dudas), “reserio”, (muy serio), “papacitolindo” (papacito lindo), “tempapes” (te empapes: que alguien aprenda lo fundamental o superficial, sin llegar a fondo), “acastá” (acá está), y “Prepuno” (Preparatoria Uno).

4.2.4.2. Simbólico

Se conocen algunos datos de Alfonso por Joven “X”, quien da una breve descripción de él y de su amigo Edmundo:

Alfonso: está fuerte, trae anteojos y traje un poco sobadón, pero nada de corbata. A cada rato rasca su barbilla, la palpa como si necesitara rasurarse. Es lampiño a morir. Edmundo es muy alto y flaco, rubio. Debe tener bastante dinero porque trae un saquito de gamuza muy suave. Sus dedos también son largos y flacos pero no escarba en su nariz (Ramírez J. A., 2017, pág. 291).

Agrega, además:

Para ser más preciso, ellos estudiaron en la prepa Uno. Y formaron una planilla. La azul, que ganó las elecciones hace dos años. Ahora sus cuates

están formando otra planilla. Azul, como el año pasado y el antepasado, para las elecciones. Van a ganar. No han perdido la prepa Uno desde hace tres años (Ramírez J. A., 2017, pág. 291).

Haciendo una comparación entre las formas de vestir de Alfonso y Edmundo, descritas por el protagonista de la novela, se puede deducir que Alfonso pertenece a la clase media, mientras su amigo puede que sea de clase media alta o alta. Como lo menciona el personaje principal, Alfonso lleva un traje un poco “sobadón”, gastado, deteriorado por su constante uso; mientras Edmundo lleva un saco de gamuza, que de acuerdo al propio Joven “X”, hace pensar que tiene bastante dinero. Esto último podría confirmarse cuando se menciona también que tiene un automóvil Renault para su uso personal.

La clase social a la que pertenece Alfonso, e incluso la de Edmundo, pueden confirmarse cuando éstos le platican a Joven “X” sobre un mitin que se organizó en la Universidad debido a la falta de lugares; las demandas que se hicieron y los comentarios que muchos de los estudiantes dieron respecto a este tema:

¡Oye!, a los estudiantes de prepas de la Uni se les rechaza en proporciones escandalosas. ¿A poco te parece justo? Ingresas en la Universidad Nacional Autónoma de Anexas. Pasas dos años, ahora tres, de tu vida preparándote y cuando quieres entrar en la Uni, zas, te la pelas. El cupo se agotó. Que dice mi mamá quel cupo se agotó. Mira, te faltó lana, relaciones, que tu tiyín o tu papi o el cuate de tu padrino tenga amigos arriba. Allá. Sexto piso. ¿Comprendes? Si no, te amolaste (Ramírez J. A., 2017, págs. 294, 295).

¿Pero por qué se confirma? Sí se lee lo anterior, se podrá notar que no cualquiera podía entrar no sólo a la preparatoria, también a la Universidad. Hacía falta que quien quisiera hacerlo tuviera suficiente dinero para pagar, o tener personas conocidas dentro de la institución para que le hicieran el favor de intervenir. Obviamente, alguien perteneciente a la clase media baja no tenía muchas oportunidades de lograrlo, y mucho menos alguien de clase baja. Eran solamente los jóvenes pertenecientes a la clase media, clase media alta o alta, los que podían llegar a tener el privilegio de estudiar una carrera universitaria por su situación socioeconómica. Con esto, además, se constata que la clase nombrada

“pequeñoburguesa” y la clase alta, eran las más beneficiadas durante el Milagro mexicano.

4.2.4.3. Remático

Alfonso es un personaje que surge en la novela cuando Joven “X” va a la Universidad para inscribirse a la preparatoria, luego de que éste huyera de unos tipos que querían hacerle una novatada. Al orinarse por el miedo que tenía, corrió hacia unas escaleras y se encontró con Alfonso y su amigo Edmundo. Será por medio del protagonista de la novela que se conozca de mejor manera la forma de pensar de Alfonso y su cercanía a las actividades políticas de la Universidad.

Mientras esperaban a que la mancha de orina del pantalón de Joven “X” se secase, Alfonso y Edmundo le contaron que estaban ahí por una “grilla” con el presidente de la Federación, el señor Villaseñor. También le comentaron, tras contarles que él quería entrar a la Preparatoria N° 1, que ellos también habían estudiado ahí, y le mostraron su deseo de que él contactara a sus viejos amigos cuando entrara, para que formara parte de su agrupación y luego se postulara para ganar una secretaría dentro de la escuela.

Joven “X” quería ir a formarse para hacer sus trámites de la inscripción, pero ellos le dijeron que no se preocupara por eso, ya que decían tener a una amiga dentro de Rectoría que le podría ayudar a hacerlos de forma más fácil. Esto último refleja la importancia en ese tiempo de conocer a alguien dentro de la Universidad para poder entrar. Sobre esto, también le contaron cómo se realizó un mitin en la explanada de la Facultad de Economía en contra de la falta de lugares, ya que eran muchos los estudiantes rechazados en aquellos años.

Los jóvenes, casi todos preparatorianos, vestidos con suéteres, sacos y chamarras, se comenzaron a juntar en la explanada. Otros entregaban volantes, preparaban los aparatos de sonido y antorchas que poco a poco iban encendiendo. Mientras tanto, estudiantes de Comercio se dedicaban a gritarles “¡Payasos! ¡Alborotadores!” (Ramírez J. A., 2017, pág. 293). Y entre ellos comentaban sus situaciones:

Tuve ocho de promedio en toda la prepa, pero no me dieron el ingreso. Me hicieron perdediza la prueba de conocimientos básicos, la presenté dos veces y dos se perdió, luego, ¡toma tu facultad! Mira, odio la política, pero si me truenen a la chueca qué puedo hacer, tardaron siglos en decirme que estaba rechazado. Ahora ni chance de entrar al Poli, a la Normal, sólo a la Ibero pero con qué ojos (Ramírez J. A., 2017, págs. 293, 294).

A otros más les decían que les había hecho falta dinero, contactos para poder entrar a alguna carrera profesional, con todo y que tenían buen promedio e incluso pasaban la prueba. Luego de que muchos expusieron sus quejas, sus demandas y peticiones, un grupo extraño de personas se fue mezclando con los preparatorianos; un grupo de choque:

Ojo, observa a esos muchachos que tienen tela adhesiva en la muñeca. Cada vez son más, ¿te fijas? Abajo, en la explanada, sólo se veía una constelación de antorchas, moviéndose, soltando chispas (aisladas). Pero tras ellos, por el pasto, se acercaba un grupo amorfo. De haber podido verlos de cerca, hubiéramos podido comprobar que traían palos, piedras, y claro, tela adhesiva en las muñecas. ¡Comunistas hijos de la chingada!, alguien gritó. En ese momento (fíjate) un joven muy fuerte, con tela adhesiva en la muñeca, golpeó ferozmente el estómago del muchacho que se hallaba a su lado. Por todas partes sucedió lo mismo (Ramírez J. A., 2017, pág. 295).

Alfonso le dijo que se trataba de los del MURO, y Joven “X” al preguntarle qué era eso, él le respondió: “Mamadas Únicas de Reaccionarios Ojetes” (Ramírez J. A., 2017, pág. 297).

Tras contarle sobre esto al protagonista, él y Edmundo le sugirieron ir al café de Filosofía y Letras. Ahí Alfonso le contó la situación de la Preparatoria Uno para que supiera a lo que se enfrentaría, si es que quería conseguir una secretaría. Le dijo que había un grupo fuerte que quería ganarse al estudiantado, que tenía bastante dinero y el apoyo de la Federación dirigida en ese entonces por la Facultad de Ingeniería. Él y Edmundo temían que pudieran perder la preparatoria ese año, pues este grupo había estado trabajando fuertemente.

Aunque el grupo contrario tenía contacto con el rector, con el presidente de la Federación, y el llamado “destapado”, Torre García; Alfonso le dijo:

Pero con nosotros está la perrada. La brosa nos apoya a morir. A mí me siguen mucho y uno de los fósiles que mueve a los rebecos será nuestro oficial mayor –guiña un ojo, no ofrezco ninguna expresión y Alfonso titubea un poco. Edmundo quiere hablar, pero Alfonso sigue: –Bueno, la cosa es que con nosotros vas a lo seguro. Ellos hacen pura tenebra bien chueca y estamos dispuestos a contestarles igual, aunque aquí Edmundo no quiera. ¿Ves? No por jugar limpio nos van a dar en la madre, manís (Ramírez J. A., 2017, pág. 298).

Además le indicó que ellos controlaban la asamblea de Jefes de Grupo, la Comisión Electoral y también:

Fíjate, si juegan sucio, ahí mero impugnamos el resultado de las elecciones. Nadie firma el acta y se organiza el despiporre. Estamos dispuestos a dividir la prepa, qué caray. Formamos nuestra mesa directiva que será reconocida por nuestra federación. A tenebra no nos van a chingar, maestro. Entonces, nosotros –señala a Edmundo– ganamos Ciencias Polacas y hacemos un bloque de a devis. Seguro que contaremos con el apoyo de Economía, Derecho, Artes Plásticas y cuatro prepas cuando menos. Entonces veremos si se puede grillar Música, Ciencias, Leyes y más prepas. La meritita verdad creo que este año sí hay chance de que la Universidad se unifique bajo gente decente, no de centavos: grillos rateros. Esta vez Ingeniería, Medicina y Arquitectura y toda la bola de popis van a tener pelea. Siempre han ganado, ¿no?, pero esta vez ni madres. Es justo que nosotros la gocemos siquiera una vez. Vamos a pugnar porque haya elecciones generales en toda la Universidad. Tú sabes, es un cuete comprar a cien mil estudiantes, en cambio es fácil comprar a veinte delegados pendejos (Ramírez J. A., 2017, pág. 299).

Aunque Alfonso estaba en contra de las acciones políticas desleales que hacía el grupo contrario, no parecía estar en contra de que él, de que su agrupación realizara esas mismas cosas para poder ganar: el uso de grupos de choque, la compra de delegados o el conjuntar a otras facultades por medio de la “grilla”. Si bien los contrarios contaban con dinero, contactos y los medios necesarios para su propaganda; él creía que ellos, su organización, contaban con el apoyo de todos los estudiantes, a los cuales veía como una simple arma política para generar presión y posteriormente una división.

Edmundo, en cambio, parece ser más cauteloso con su forma de actuar en la política. Si bien podía estar de acuerdo con las acciones que quería realizar Alfonso, era más reservado y no las contaba a Joven "X". Incluso hay un momento en el que Edmundo se muestra preocupado por lo que pudiera llegar a decir Alfonso. Prefirió decirle: "Además, con las elecciones generales se podrá sembrar conciencia política en todo el estudiantado. Tendrán que tomar partido, dejarán de ser apolíticos. ¿No te parece bien? Es un plan viejo, pero sigue vigente" (Ramírez J. A., 2017, pág. 299). Con esto se puede notar, que a diferencia de la forma de pensar más radical de Alfonso, él actuaba como un político profesional. Sabía que no podía hablar de más y acudía mejor al viejo discurso de la unión: el generar interés por la política dentro del estudiantado y la toma conjunta de decisiones.

Alfonso parecía querer convencer a Joven "X" de que se quedara en la Preparatoria N° 1 y que participara en la política universitaria, obviamente del lado de su agrupación, contándole una experiencia sexual que tuvo en esa escuela gracias a que estaba inmerso en la política:

sopas, maestro, Rosalinda tenía muslos flacones pero un bondotele carnoso y tre-men-do. Fiu. ¿Sabes qué hice? Estaba apretadísima. La conocí en la prepa. Gordo, me dijo, no se puede, mejor después. Era secretaria de Acción Femenil o algo así. Gordita, le dije, como dijo el maestro Napoleón nada hay imposible. Te llegó la hora, no te hagas pata. Casi le di un puñetazo en el vientre, qué vientre, compadre. Piedra, me cae. Imagínate, cada vez que íbamos a los salones a discursar, que la planilla Azul, compañeros, es lo máximo de lo mejor y guaguaguá y escubidubi. Siempre nos acompañaba Rosalinda, ñis. Qué cuerpo. Y los senos, compita, como cuernos de Toribio. Entonces, una vez, ya ni sé cómo la encerré en el salón de la Sociedad de Alumnos. Al ataque, mis valientes. En el pinche suelo, luego ya en el camino no hay que detenerse, Eso dice Edmundo, Es reserio Edmundo, ¿verdad? (Ramírez J. A., 2017, págs. 303, 304).

Sin embargo, al parecer no le agradó esto a Joven "X", llegándose a sentir incómodo:

No puedo alejar la plática de Alfonso: repentinamente se alocó. Debí verme cara de cogelón (y esos asuntos no me atraen gran cosa) y por eso emití su andanada (...) Yo, se supone, hubiese estado seguro de que la Uno es el

paraíso prepal, ligues, poder en la política estudiantil. O por ejemplo: un carro inmenso estacionado frente a la prepa, abro la portezuela y veo a una muchacha Petunia Clark bajándose la falda, mientras Alfonso abrocha su bragueta con una sonrisa cinica-ruborizada (Ramírez J. A., 2017, pág. 305).

De lo anterior, se puede inferir que Alfonso piensa que el participar en la política universitaria es un medio para la obtención de poder, el tener beneficios que otros estudiantes no pueden tener. Puede que sí le importen ciertos problemas que se dan en la Universidad, pero también toma provecho al ocupar un cargo o participar en una agrupación para exaltarse frente a los demás, sobre todo frente a mujeres jóvenes que le gustan.

Cuando estaban en el café, llegaron amigos de Alfonso y Edmundo, y además otros individuos que formaban parte de la organización contraria. Mientras Joven “X” hablaba cada diez minutos con Queta, también participaba en la discusión que se generaba entre ellos por la política estudiantil. Es cuando Alfonso expuso que para él, ésta era igual a la política nacional, a la “polaca grande”, explicándole después al protagonista que pensaba esto porque ellos representaban a la minoría opuesta al poder de Villaseñor, porque a pesar de que también formaban una federación, los grupos que la componían no se encontraban unidos, sólo por algunos principios generales, pero casi siempre estaban en discusión.

También porque había muchos infiltrados, espías, y había quienes solían dar bandazos de una organización a otra, dependiendo siempre de quién les diera más dinero. Además, agregó: “quien maneja en realidad la política universitaria es el rector: con el apoyo de la Universidad quiere tener fuerzas para competir en la política grande”, y “todas las corrientes políticas están en la Universidad. Entonces tienes que chocar con todo el mundo, con los intereses más diversos” (Ramírez J. A., 2017, pág. 320).

Alfonso añadió: “la mayorísima parte del estudiantado le vale un pito la política. Por eso queremos que las elecciones para reunificar la Federación sean generales, que todos voten, que todos escuchen nuestra opinión y todo lo demás” (Ramírez J. A., 2017, pág. 320). En este anterior fragmento, el personaje muestra con claridad el presente que se vivía entre los estudiantes, quienes no estaban interesados en los

asuntos y problemas de la Universidad, lo cual pudo cambiar poco a poco, hasta que en el Movimiento Estudiantil de 1968 se involucraron más jóvenes manifestando sus inconformidades, convirtiéndose en el momento en el que mayor unión existió.

En el siguiente párrafo se refleja el pensamiento sintetizado de Alfonso:

Mira, manís, la cuestión es que todos estemos interesados en los problemísimos que hay en todas partes. Digo, podemos goguear, pachanguear y todo, pero también podemos estar claros en que la Uni en manos de estos hijos de la chingada vale pura madre (Ramírez J. A., 2017, pág. 320).

No obstante, sigue mostrando también su interés por el poder y los beneficios que puede obtener de él:

Además, la Prepuno es de gran cotorreo, íate, como vas a ser miembro de la Mesa Directiva todo mundo te la va a pelar, te justifican fácil la faltiza porque dices tuve junta y guaguaguá y escubidubi. Apantallas a las gordas diciéndoles ora ñerita, acastá tu mero secretario general (Ramírez J. A., 2017, pág. 321).

Contrario a lo que pensaba su amigo Edmundo, quien al escuchar esto, miró a Alfonso con severidad y le dijo a Joven “X”: “El chiste, maestro, es que seas consciente de qué papel vas a asumir en la prepa. Es una gran responsabilidad” (Ramírez J. A., 2017, pág. 321).

Al encontrarse con Villaseñor, presidente de la Federación opuesta, en un Sanborns de Insurgentes, Alfonso siguió mostrando su forma radical de pensar y de actuar, mientras Edmundo pensaba más antes de hablar, y siempre intentaba corregir lo dicho por su amigo. Alfonso: “Digo, porque tú sabes questa vez nanay de sus movidas del año pasado, Villaseñor. Ora o se juega limpio o nosotros también les jugamos chueco”. Villaseñor: “Así que ustedes jugarán sucio, artistas”. Edmundo: “No malinterpretes, maestro –se apresura a aclarar Edmundo–, nosotros nos hemos apegado a la rectitud en todo momento” (Ramírez J. A., 2017, pág. 326).

Alfonso pertenece a la clase media y le gusta mucho participar en la política universitaria. Si bien es consciente de los problemas que se generan en toda la Universidad y quiere resolverlos de una forma más impulsiva, lo que conlleva el uso

de tácticas desleales que también realizan sus contrarios; tampoco puede dejar de lado las satisfacciones que le da el tener poder, el mostrarse intocable y superior frente a los demás, en especial frente a la mujeres. En este caso, su antítesis es su propio amigo Edmundo, quien a pesar de que puede estar de acuerdo con él en algunas cosas, prefiere tomarse su papel político con mayor responsabilidad, comportándose de forma más reservada y sabiendo que los problemas se tratan mejor con ayuda del diálogo y el acuerdo.

4.3. Método argumentativo de Peirce aplicado al análisis de cuatro jóvenes personajes de la novela *De perfil*, de José Agustín: Joven “X”, Esteban, Rogelio y Alfonso

A manera de conclusión de los análisis anteriores, se utilizará el método argumentativo de Peirce, compuesto por la abducción, la deducción y la inducción, recordando lo dicho en el capítulo 3 por Deledalle:

Evidentemente, el paso de una a otra reproduce el proceso de la semiosis: una abducción incontrollable sugiere una idea general de la cual la deducción extrae diversas consecuencias que la inducción pone a prueba. La inferencia, cualquiera sea (de la matemática pura a la conversión más trivial) es, como la semiosis, experimental (Deledalle, 1996, págs. 89, 90).

Es decir: “la abducción sugiere hipótesis o ideas generales que la deducción desarrolla y que la inducción, en un sentido enteramente diferente del sentido clásico, verifica o más bien pone a prueba” (Deledalle, 1996, pág. 171).

Recordemos también lo dicho por Zecchetto sobre la argumentación:

Es ordenar los términos, los conceptos y las premisas, para establecer alguna conclusión a nivel lógico: pero la validez de las conclusiones depende de los análisis y observaciones de los hechos en cuestión, o sea, de la verdad de las premisas (Zecchetto V. , 2005b, pág. 71).

Partiendo de que la abducción sugiere una hipótesis, se puede decir que en la presente investigación es la siguiente: El escritor José Agustín representa por medio de cuatro jóvenes personajes, de su novela *De perfil*: Joven “X”, Esteban, Rogelio y Alfonso; las características sociales, económicas e ideológicas de la joven sociedad

que habitaba la Ciudad de México, durante la década de los años sesenta. Cualidades que después ayudarían a suscitar el Movimiento Estudiantil de 1968.

Ahora bien, habiendo sugerido una idea general sobre este texto literario y sus personajes, a través de la deducción se conseguirán las posibles consecuencias que ésta origina. La hipótesis que se da anteriormente sugiere que se encontrarán, en los cuatro personajes mencionados, características propias que tenían los jóvenes que habitaban la Ciudad de México, durante la década de los años sesenta, como: su forma de expresar, su posición socioeconómica, su educación, gustos, intereses, y forma de pensar de acuerdo a lo que en ese entonces les rodeaba; como la situación económica y política de todo el país: el llamado Milagro mexicano; y los hechos históricos y sociales que predominaban en esos años: la preparación de las Olimpiadas que se llevarían a cabo en 1968, y las constantes manifestaciones de estudiantes por la falta de lugares en la Universidad.

¿Pero cómo comprobar que las anteriores características descritas están representadas en los personajes de José Agustín? Y además, ¿cómo verificar que estas ayudaron a suscitar uno de los hechos históricos más importantes de México, como lo es el Movimiento Estudiantil de 1968? La respuesta está primero en los análisis anteriormente hechos, pero además la inducción ayudará a comprobar lo obtenido a partir de ellos y el probable vínculo entre estas características de la juventud de los sesentas con el movimiento de los estudiantes.

Empecemos por la forma en que se expresan los personajes creados por José Agustín, con el uso del llamado “lenguaje de la onda” creado a partir del movimiento contracultural de los “jipitecas”, el cual se podría decir es un sociolecto compuesto por una serie de tipos de habla como el “habla culta”, el “habla popular”, el “habla vulgar” y el “habla de germanía”; pero además por anglicismos, el uso de términos en otros idiomas como el inglés, y de la creación de nuevas palabras, ya sea por la conjunción de dos o más o por la deformación de ellas.

Cabe mencionar que cada uno de los personajes analizados anteriormente cuenta con una manera especial de expresarse, a pesar de que entre ellos comparten el uso de determinadas palabras pertenecientes al “habla popular” o al “habla vulgar”.

Por ejemplo, no es la misma forma de hablar de Esteban a la de Rogelio, ya que al tener mayores conocimientos, el primo de Joven "X" cuenta con un vocabulario diferente, con términos que pocos conocen su uso y que pueden considerarse por ese hecho, parte de un "habla culta". Mientras que Rogelio, al pertenecer a un estrato social bajo y participar en actividades ilícitas, cuenta con más palabras del "habla de germanía", propia de los criminales o delincuentes.

Por otra parte, aunque los cuatro personajes comparten la utilización de una jerga juvenil, compuesta por la creación de nuevas palabras o la atribución de nuevos significados a términos ya existentes, también hay otros tipos de argot que diferencian las formas de hablar de uno y otro, pero que después pueden asimilar a su propio vocabulario. En este caso, se puede ejemplificar lo anterior con Joven "X" y Alfonso. En un principio el protagonista de la novela no conocía ciertas palabras como "brosa" o "grilla", pero las integra después a su manera de hablar tras conocer a Alfonso y a su amigo Edmundo, jóvenes universitarios que participan activamente en la política estudiantil, y que por ello cuentan con una jerga especial: la de los políticos.

Como puede observarse, a pesar de que estos personajes cuentan con similitudes en su forma de expresar, que puede denominarse como el "lenguaje de la onda", también tienen diferencias que dependen de sus conocimientos, gustos personales, actividades en las que se desempeñan, y sobre todo a las clases sociales a las que pertenecen. Joven "X", Esteban y Alfonso, al ser parte de la clase media y la clase media alta o alta, cuentan con un mayor número de conocimientos por su posibilidad económica de participar en otros grados académicos, a los que difícilmente podrían acceder personas de la clase baja como Rogelio.

Las clases sociales no sólo provocan que el vocabulario de cada personaje difiera de uno y de otro; también causan que cada uno de ellos tenga diferentes condiciones de vida, como el lugar en el que habitan: la colonia Narvarte, la del Valle, o la Buenos Aires; su forma de vestir: vestimentas de marca, importadas o ropas desgastadas; las actividades o gustos que tiene cada uno: la pasión por la literatura de Esteban, los delitos que comete Rogelio, o la participación de Alfonso

en la política estudiantil; y sobre todo su manera de pensar: la superioridad que creen tener Joven “X” y Esteban al pertenecer a clases sociales más beneficiadas económicamente, la inferioridad de Rogelio y su opinión sobre a los que él llama “ricos”, y el gusto por el poder político de Alfonso.

Tratándose específicamente la forma de pensar debido al estrato social, se puede decir que a pesar de mostrarse desinteresado Esteban por todo lo que le rodea, y de creerse superior por sus condiciones de vida; también es consciente de la situación política y socioeconómica que se vivía en aquellos años. Por ejemplo, cuando estuvo en el Club Juvenil, en la ceremonia por un aniversario más de la organización, no pudo evitar reírse al escuchar el siguiente discurso emitido por uno de los administradores:

Estimados y nunca demasiados bien ponderados y apreciados señores profesores, gentiles señoritas y nobles señoras trabajadoras sociales, queridos jóvenes y en este momento contertulios. Nos hemos reunido en este humilde pero entrañable recinto para regocijarnos al conmemorar un aniversario más de este Club Juvenil del Heroico Instituto Mexicano del Seguro Social que nunca da un paso atrás en su legendaria cruzada por el bienestar popular del pueblo y de los mexicanos y que seguramente llegará a longevo (Ramírez J. A., 2017, pág. 221).

Luego se refiere a los jóvenes, a los representantes políticos, a la lucha contra las llamadas corrientes antipatrióticas y a las acciones del entonces gobierno:

los jóvenes del país que no dudamos, como vosotros tampoco dudáis que son el futuro de la patria mexicana y el futuro de los mexicanos. En este momento sólo quiero recordaros que no debéis, por nada del mundo, haceros inmerecedores de la confianza que el gobierno, el pueblo y los mexicanos hemos depositado en ustedes: en vuestras manos está el educarse y trabajar debidamente para continuar la obra monumental, ejemplarmente patriótica, conmovedoramente creadora, de nuestros epónimos representantes políticos que contra las corrientes antipatrióticas, politiqueras y eufemísticas de los desleales opositores de la gran y magna obra regia y espectacular que ante nuestros conmovidos ojos va edificando, sin reparar en desvelos y esfuerzos, nuestro gobierno (Ramírez J. A., 2017, pág. 222).

Además, pide a los jóvenes que participen en esta lucha contra los opositores del gobierno, contra las ideas que provenían del exterior:

Ayudad a vigilar que esa grandiosa y enmudecedora obra no sea obstaculizada por esos agentes de gobiernos dictatoriales, anticristianos y judaicos cuyas exóticas ideas son incompatibles con nuestra mexicanidad siempre erecta. ¡Lanzad vuestras premonitorias advertencias a esos apátridas, que burla burlando y concluyentemente, son unos descastados! ¡Juntos creemos un edénico país donde respétense las libertades sociales e individuales y la libre empresa, porque el Hombre es Hombre y permanece en su Hombría! (Ramírez J. A., 2017, pág. 223).

Al final habla sobre la actualidad que se vivía en ese entonces en el país y de la preparación de las Olimpiadas:

Y en estos momentos en que el país goza de una inusitada paz, un inestancable por lo inextinguible progreso, id adelante estudiando y preparándoos para la olimpiada que Nuestro México Lindo y Querido tendrá el incuestionable honor de anfitrión. Preparaos, jóvenes titánicos, sed fuertes como el acero y puros cual azucena; ¡practicad el baloncesto, el volibol, el atletismo, el futbol, la gimnasia, el béisbol, el clavatismo, la equitación, las carreras, la natación y el esquí, preparaos así y sed fuertes como un león y respondáis al compromiso ineludible y proótido que vos la patria vos patrocina y dilucida y magnifica y suscita y glorifica y encomienda! (Ramírez J. A., 2017, pág. 223).

El anterior discurso refleja los tiempos por los que cruzaba México, tanto socioeconómicamente, como políticamente. Por ejemplo, en ese entonces el Instituto Mexicano del Seguro Social tenía pocos años de haber sido creado y significaba uno de los grandes logros del llamado Milagro mexicano, con el cual nacieron muchas instituciones sociales que ayudaron a mejorar las condiciones de vida de gran parte de la población. Luego, este mismo organismo se encargaría también de impulsar un gran número de actividades culturales a través de organizaciones como la Casa de la Asegurada, los Clubes Juveniles y teatros donde se presentaban diferentes obras.

El servidor público se dirige a los jóvenes, intentando convencerlos de participar en el desarrollo del país e invitándolos a no hacer caso a las ideas de lo que se consideraban “corrientes antipatrióticas”. Recordemos que en esos años estaba en

auge la ideología comunista gracias a la Revolución Cubana y a la Guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Ésta era bien recibida por parte de los partidos de izquierda, pero también por jóvenes estudiantes que veían en ella el mejor vehículo para lograr un cambio político y social en México. Por ello, el atento llamado que este administrador del Club Juvenil hizo para que no siguieran estas corrientes “politiqueras”, que a su parecer se mostraban opositoras a la “gran magna obra” que realizaba el gobierno.

Les pide, además, que vigilen “a esos agentes de gobiernos dictatoriales, anticristianos y judaicos”, con lo que se hace referencia al frente anticomunista, conformado por asociaciones de exalumnos de escuelas religiosas y la iglesia, con el lema “Cristianismo sí, comunismo no”. A la vez, irónicamente, aclara que en el país se respetaban las libertades sociales e individuales; contestación clara a las críticas emitidas por los partidos de izquierda, por los intelectuales y los jóvenes estudiantes, al no permitirles la difusión de sus ideas, la censura a sus juicios y la represión a sus movimientos, manifestaciones y mítines.

Finalmente habla de la actualidad que vivía el país y sobre la preparación de las Olimpiadas, indicios de que en esos años se daba el llamado Milagro mexicano, el cual sólo beneficiaba socioeconómicamente a las clases media y alta, otorgándoles mejores condiciones de vida, que iban desde los servicios de salud, hasta la obtención de mejores empleos y sueldos. Además impulsó diversas industrias por medio de apoyos económicos, dejando relegada a la agricultura, a los campos y campesinos, o a otros sectores obreros como el de los ferrocarrileros, quienes representaron en un momento, uno de los mayores movimientos sociales.

Aunque hubo una mejoría en la economía de México, reflejada en la obtención de la organización de los Juegos Olímpicos, existían grandes diferencias entre todos los estratos sociales. La desigualdad entre los beneficios que podían obtener una clase y otra, era bastante grande. Mientras la clase media tenía un gran desarrollo, llegando a obtener aparatos y automóviles que sólo antes podían conseguir los pertenecientes a la clase alta; la clase baja permanecía en condiciones precarias, sin siquiera poder obtener medicamentos o incluso alimentos de buena calidad.

De toda esta realidad se percataban los jóvenes del país, y pertenecientes a cualquiera de las clases sociales. Por ejemplo, Esteban a pesar de contar con un buen nivel socioeconómico, al juntarse con muchachos del Club Juvenil se dio cuenta de las diferencias abismales que había entre el estrato al que él pertenecía y a los que ellos pertenecían. Aunque no le importaban gran cosa los asuntos políticos, sabía que los del IMSS, institución que representaba al gobierno, eran los que realmente se burlaban de los muchachos y muchachas que iban al Club. Esto se confirma con su falta de creencia en lo que decía el administrador y su gran burla al discurso completo:

En ese momento me largué, era de risa loca. Fui al baño para revolcarme a gusto por las carcajadas. Terminé con el estómago hecho caca. Rogelio, el Suetercito y los demás, que se divertieron como pobres, nunca llegaron a comprender por qué pude carcajearme tanto... (Ramírez J. A., 2017, pág. 224).

Sin embargo, no era del todo cierto lo que creía el primo de Joven "X". Rogelio, por ejemplo, sabía que las condiciones en que vivía no eran las mejores, ni las más justas, si tomaba en cuenta las que tenían otros como Esteban. No hay momento más claro que pueda ejemplificar lo anterior, que cuando estos personajes se encuentran en la vecindad, al sorprenderse Rogelio por la ropa que llevaba puesta Esteban y notar las diferencias que había entre los dos, las cuales por un tiempo intento disimular este último con una falsa identidad. Rogelio llegó a sentirse inferior y no pudo detener ese coraje que llevaba dentro por ser "pobre" y no "rico", como los que vivían en Las Lomas o el Pedregal: "Pinches hijos de puta, tienen todo y uno ni madres; por ellos este país es tan mierda" (Ramírez J. A., 2017, pág. 243).

Con respecto a las situaciones políticas y universitarias, quienes nos dan una muestra de éstas son Alfonso y Edmundo, muchachos que conoció Joven "X" en la Universidad. Éstos participan en la política estudiantil y le comentan ampliamente cómo se encontraban las cosas: las disputas entre diferentes agrupaciones, el poder absoluto que tenía el rector y los favoritismos que existían; también las problemáticas estudiantiles, las quejas que había por parte de muchos jóvenes por la falta de lugares, el hecho de necesitar dinero o contactos para poder entrar a

alguna carrera, y las constantes manifestaciones que se daban por esto, además del funcionamiento de grupos de choque como el llamado MURO.

Alfonso creía seriamente que toda la “grilla” estudiantil era sólo un reflejo de la política nacional, por las similares situaciones en que se encontraban ambas: el poder en una sola figura política: el presidente de la nación y el rector de la Universidad; solo una agrupación tomaba las decisiones: el Partido Revolucionario Institucional y la Federación conformada por las carreras de Ingeniería, Medicina y Arquitectura; la desunión entre organizaciones que conformaban la oposición: los partidos de izquierda y las agrupaciones de las demás carreras; la pelea constante para convencer a la “borregada”: las elecciones para elegir a cualquier representante; y las múltiples manifestaciones por las problemáticas que se generaban debido a la ineficacia de los organismos o personas en el poder: las marchas y mítines de grupos sindicales, las guerrillas surgidas en diferentes estados, y las demandas de los estudiantes por la falta de lugares en la Universidad; además de la represión violenta que se aplicaba a todo aquel que fuera opositor o juzgara la situación política del país o de la Universidad.

Todas las características y factores explicados anteriormente, que son parte de la realidad de ese entonces y se plasman en la novela *De perfil* y sus personajes analizados, con el paso de los años provocaron que los jóvenes se cansaran de las desigualdades, de las injusticias, de los problemas, y del fuerte control que se tenía a cualquier tipo de expresión que significara un peligro para las instituciones y para las personas en el poder. Al surgir el Movimiento Estudiantil de 1968, gran parte de la sociedad, sin importar el estrato socioeconómico al que se perteneciera, aprovechó para presentar sus exigencias, pedir un cambio no solamente político y económico, también social, ya que el modelo que hasta ese entonces trabajaba, había dejado de funcionar.

El protagonista de esta obra literaria, Joven “X”, funciona como hilo conductor para conocer a los demás personajes, sus características que son un reflejo de la sociedad y la realidad que se vivía en los sesentas, en la Ciudad de México. Obviamente, se integran en la novela no sólo las situaciones sociales, económicas

y políticas; también las culturales e históricas para ubicar al lector en el tiempo en que ocurre toda la trama. Por ejemplo, la contracultura que se generaba en esa década, la música que se escuchaba, las marcas de productos que se consumían, el estado físico de la ciudad, los lugares que se frecuentaban y hasta las modas que en esos años persistían, como el tipo de vestimentas que hombres y mujeres utilizaban.

El personaje principal tiene su propio desarrollo, porque durante toda la historia se van describiendo las vicisitudes que tiene que cruzar por la edad que tiene, la etapa de la vida por la que está pasando: la juventud. Por ejemplo, el despertar de su sexualidad, de sus intereses y gustos; la rebeldía que ejerce frente a sus padres y a todo aquel que represente autoridad o sea adulto; el cómo se va creando su propia forma de pensar a partir de la convivencia con los demás personajes, como con su primo; y sus problemas personales, como sus dudas existenciales y el tener que enfrentarse al futuro: el posible divorcio de sus progenitores y las decisiones que debe tomar sobre lo que estudiará o a lo que se dedicará después.

Conclusiones

La novela *De perfil*, de José Agustín, es una representación literaria de la juventud que habitaba la Ciudad de México, en la década de los años sesentas. Un reflejo del contexto histórico de aquellos años, de la sociedad entera y sus diferentes clases sociales; así como de los fenómenos políticos, económicos y culturales. En las páginas de esta obra existen diferentes índices que señalan los tiempos que corrían, justo antes de suscitarse uno de los más importantes hechos históricos de México: el Movimiento Estudiantil de 1968.

Como ya se mencionó anteriormente, los cuatro personajes seleccionados para comprobar la hipótesis que se generó en un inicio, toman características clave de los jóvenes de los sesentas; su forma de expresarse, sus situaciones socioeconómicas, y principalmente su forma de pensar ante diferentes hechos individuales y sociales de los cuales eran testigos y también actores.

José Agustín se dedicó a tomar los sucesos más representativos de la realidad en la que vivía, siendo también un joven, para colocarlos a su manera y estilo en su segundo libro. Por ejemplo, hizo uso del llamado “lenguaje de la onda”, propio de los jóvenes de los sesentas, para escribir toda esta obra, integrándolo también, a la forma en que se expresaban sus personajes.

Este lenguaje creado por los llamados “jipitecas”, y que poco tiempo después se extendió a la juventud mexicana, era una conjunción de diferentes tipos de habla; desde términos que sólo podían conocer aquellas personas que tenían un alto nivel de estudios, pasando por palabras comúnmente dichas por toda la sociedad de aquellos años, hasta las jergas más especializadas, como la de los maleantes y la de los políticos. El “lenguaje de la onda” rompió las barreras de las clases sociales, y se apropió de términos que antes sólo utilizaban los “marginados”; aquellas personas que habitaban las zonas más pobres, inseguras e ignoradas.

Sin embargo, los jóvenes de la clase baja, de donde provenían las groserías, alburas y términos de germanía utilizados por los muchachos y muchachas de la clase media, media alta, o alta, permanecieron en su estrato social, mientras su

lenguaje era apropiado por ellos, por aquellos a los que Rogelio llamaba “ricos”. Como lo llegó a decir la ensayista Margo Glantz, a pesar de que el “lenguaje de la onda” era incluyente en los sociolectos que lo conformaban, los jóvenes que lo utilizaban seguían siendo divididos por sus condiciones socioeconómicas. El estar en la juventud los unía, al igual que el lenguaje que utilizaban; las clases sociales a las que pertenecían, los desidentificaba. Un ejemplo de ello, es la relación que existe entre Esteban y Rogelio, personajes con condiciones de vida diferentes, pero que usaban de igual forma algunas palabras para expresarse.

Durante toda la novela del guerrerense, se presentan las múltiples diferencias que existían entre todas las clases sociales de la década de los años sesentas. Rogelio y “Suetercito” son símbolos de la clase baja; viven en la colonia Buenos Aires que tiene calles aun sin pavimentar, trabajan en pequeños comercios para poderse mantener, participan en actividades ilícitas por diversión y pierden el tiempo bebiendo cervezas. Se alborean, se molestan, planean atracos o son parte de bandas criminales más grandes. Aunque también hay otros como Everio, quien perteneciendo también a un estrato bajo, busca superarse; trabaja, estudia, practica deportes y está interesado en la poesía. José Agustín muestra las dos caras de la moneda, no se conforma con decir que todos los pobres son rateros o flojos; expone que también hay quienes quieren superarse a pesar de sus condiciones económicas.

Por otra parte, Joven “X” y Alfonso representan a la clase media, a aquella que se vio más beneficiada por el llamado Milagro mexicano con el apoyo a la industria, el impulso de la modernidad, y la creación de diferentes instituciones de salud y educación. Aquellos que estudiaban una licenciatura, tenían la oportunidad de pertenecer a la burocracia, a trabajar en el gobierno o en empresas privadas para recibir un buen sueldo, crear una familia, comprar un automóvil y hasta una casa. No había imposibles para los llamados “pequeñoburgueses”; la meta final era tener un puesto de trabajo estable, tener conocidos, y conseguir todo lo que se quisiera, por muy banales que fueran esas cosas: aparatos eléctricos, electrodomésticos y automóviles. Así como los que pertenecían a la clase alta, aunque tuvieran que

llenarse de deudas para mostrar que poseían un estatus social diferente. Un ejemplo de ello son los padres de Joven “X”, quienes fueron creciendo socioeconómicamente; de vivir en un pequeño departamento, hasta tener una casa propia en la colonia Narvarte, con automóvil y servidumbre.

Luego están las clases media alta y alta, con Esteban y Edmundo, quienes visten con buenas ropas, tienen automóviles de uso personal, estudian en buenas universidades, y viven en colonias como la del Valle. Se encuentran entre esos dos estratos sociales que lo poseían todo en aquella década, que con sólo dar a conocer sus apellidos, podían conseguir lo que quisieran. Los jóvenes de estas clases sociales no tenían por qué preocuparse de lo que comerían, no tenían razones para buscar un empleo, y casi siempre tenían su futuro asegurado; por ello, dedicaban su tiempo libre a actividades recreativas, de aprendizaje o simplemente a perderlo. Como Esteban, quien puede hacerse de un gran nivel cultural por su gusto a la literatura, la psicología y el cine; o a matar el tiempo conviviendo con personas que no pertenecen a su clase social, como con Rogelio y “Suetercito”. Aunque él puede no interesarse por cuestiones sociales o políticas, sí se percata de lo que acontece a su alrededor. Como Edmundo, quien sí se preocupa por estos temas, y por ello mismo se encuentra inmerso en la política estudiantil de la Universidad, estando al tanto de las problemáticas que ésta tiene.

En realidad, los jóvenes de todas las clases sociales eran conscientes de lo que sucedía en el país. José Agustín se percató de ello y lo plasmó en su obra, mostrando que muchachos como Esteban, Alfonso, o incluso Rogelio, conocían las desigualdades, las problemáticas que cada vez surgían más en México; en una nación controlada enteramente por una figura y un partido político, en donde no existía la libre expresión, pero sí la censura y la represión, las cuales comenzaban a ser pan de cada día provocando paulatinamente el cansancio de gran parte de la población.

De perfil no sólo es un espejo de la juventud de los años sesentas, en la Ciudad de México; también es un reflejo de los tiempos que cruzaba el país y su población: la preparación de los Juegos Olímpicos de 1968, la visión que tenía el gobierno de las

ideas comunistas y de su plan conservador para mantener a los jóvenes en línea por medio de la religión, y su persistencia en decir que no se cruzaba por ninguna crisis, que existía una estabilidad política, económica y social, a pesar de que las cada vez más comunes movilizaciones sociales, demostraban lo contrario.

Todos estos hechos, y las formas de pensar y actuar de los jóvenes mexicanos de los sesentas, representados por el escritor guerrerense en su segunda novela, ayudaron a impulsar uno de los hechos más importantes en la historia de México: el Movimiento Estudiantil de 1968. La desigualdad entre las clases sociales, la deficiencia del gobierno y las instituciones, además del uso de las fuerzas armadas, granaderos y soldados, para reprimir a quien mostrara sus inconformidades; provocaron que explotaran los muchachos, que se organizaran para manifestar sus inquietudes y molestias, llegando a conjuntar a otras personas y demandas a su causa: entre padres de familia, maestros, burócratas y obreros.

Aunque el final de esta enorme movilización fue bastante trágico por la gran cantidad de sangre derramada y de personas encarceladas de manera injusta; ninguna figura política pudo después opacar la importancia de este suceso, que fue un parteaguas en la historia de México por su trascendencia en la libre expresión, y por demostrar el poder de los jóvenes, de la población cuando decide unirse.

Curiosamente, en una parte de la novela de José Agustín, se da una especie de premonición de lo que acontecería el 2 de octubre de 1968, en la Plaza de las Tres Culturas. En ésta, Alfonso y Edmundo le explican a Joven "X" cómo se organizó un mitin en la explanada de la Universidad por la falta de lugares, y la posterior represión de uno de los grupos de choque: algunos estudiantes repartían volantes, otros pasaban a decir su opinión desde el primer piso de un edificio, y otros más escuchaban atentamente en la explanada; cuando de pronto, un grupo de personas, con tela adhesiva blanca en las muñecas, comenzó a golpearlos, a dispersarlos hasta desintegrarlos, huyendo finalmente y sin dejar rastro. Hay que recordar que *De perfil* se publicó dos años antes, en 1966.

A pesar de que en este libro la historia se centra en la juventud de Joven "X": sus intereses, sus preocupaciones por el futuro, el despertar de su sexualidad, y el

cambio mental que poco a poco se va gestando en él; también en esta obra se representa a los jóvenes que habitaban la Ciudad de México, en la década de los años sesenta, de los diferentes estratos sociales que existían. Es una novela que a la vez de cumplir características estéticas y literarias, sirve también de crítica social, una visión personal de José Agustín para exponer las diferentes problemáticas por las que pasaba el país en aquellos años.

Son precisamente estos elementos, los que provocan que en la actualidad siga siendo vigente esta obra literaria. Primero: porque trata una etapa importante de la vida como es la juventud; la cual es una fase en la que se experimentan muchas cosas narradas por José Agustín, a través del personaje principal. El inicio de la sexualidad, la gestación de fuertes relaciones interpersonales como los noviazgos o las amistades, y también la curiosidad por consumir ciertas cosas como el alcohol, el tabaco y hasta las drogas. Aunque también es una etapa interesante porque es cuando se incrementan las dudas, donde se cuestiona todo; la forma de actuar de los progenitores, de la sociedad, del gobierno, de la religión, e inclusive de uno mismo; intentando evitar siempre preocuparse por el futuro, aunque siempre siga latente esa idea en la mente.

Segundo: porque sirve también como un registro histórico de cómo era la Ciudad de México, en ese entonces el Distrito Federal, en la década de los sesentas, trascendente en todos los sentidos; desde el social y cultural, hasta el político y económico. Es una ventana por la cual se puede observar, de forma detallada, algunos aspectos de la vida en aquella época: el estado físico de la ciudad y su constante evolución, las creencias de la gente y su forma de pensar ante distintos fenómenos, los gustos e intereses surgidos de la cultura popular como de la alta cultura, las acciones que tomaba el gobierno u otras instituciones como la Universidad, y de qué forma repercutían éstas en las diferentes clases sociales, además de aquellas cosas que se encontraban de moda como las vestimentas y los objetos que se consumían.

Tercero y último: porque representa la visión crítica de un joven escritor que fue observador directo y activo de todo lo que sucedía en esa década. Es el reflejo de

una etapa histórica e importante por la acción y el pensamiento de aquellos que cruzaban precisamente por la juventud. Es una opinión personal, que en forma de novela, sigue representando hasta la fecha la voz de muchos jóvenes que piensan de igual forma con respecto a varios temas; como de la injusticia que existe aún por las graves diferencias que hay entre las distintas clases sociales, y de la forma irresponsable de actuar del gobierno y otras instituciones al resolver problemas.

Para demostrar el interés de José Agustín por cuestiones sociales, basta con citar lo que alguna vez dijo: “Políticamente, no escarmiento: sigo preocupado por las luchas de clases y los problemas sociales, reflejándolos en lo que escribo, o intentándolo al menos” (Carballo, 1966)

Su segunda obra significa, asimismo, una de las representaciones de la rebeldía juvenil en las letras mexicanas, que junto a otras de la llamada “Literatura de la Onda”, rompió diferentes tabúes sobre lo que se debía o no abordar en la literatura, e inclusive, de qué forma debía escribirse, integrando el “lenguaje de la onda”.

Con esta investigación se demuestra también que la literatura sirve como registro histórico de hechos e ideologías que transformaron, o cambiarán en menor o gran medida, el transcurso de la humanidad. La literatura no sólo funciona para cautivar o hacer sentir emociones específicas a los lectores; también sirve como medio de comunicación, a través del cual, los escritores dan a conocer su opinión sobre determinados temas, o simplemente para brindar su visión de la realidad en la que viven, creando un vínculo con los que leen sus obras y provocando que tomen, en el mejor de los casos, un papel crítico y no simplemente contemplativo. Esto queda comprobado con la novela *De perfil*, de José Agustín; la representación de una joven sociedad de la década de los años sesentas, y la visión crítica de un escritor rebelde que identificó importantes elementos sociales, culturales, políticos y económicos, que culminarían después con el Movimiento Estudiantil de 1968.

Para finalizar con este trabajo, se tomará en cuenta lo dicho por José Agustín (1975) en el libro *El escritor y sus problemas*, de René Avilés Fabila, sobre el papel del arte en la sociedad:

El arte, entre otras muchas cosas, es un medio de que disponemos para conocer la realidad –interna y externa–, al igual que la ciencia, la filosofía, la técnica, la religión y otras disciplinas (...) En el arte todo converge, y de él podemos extraer consideraciones de todo tipo si nos lo proponemos (pág. 75).

Por ello, pone como ejemplo el caso de uno de los libros más importantes de la literatura clásica, *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski, en donde “encontramos, aparte de lo estrictamente literario, connotaciones políticas, sociológicas, filosóficas, religiosas, educativas, judiciales, psicológicas, etcétera” (pág. 75).

Fuentes de consulta

- Abad, F. (1986). *Diccionario de lingüística de la escuela española*. Madrid: Editorial Gredos.
- Aboites A., L. (2016). Desajustes y la respuesta estatista, 1958 - 1982. En P. Escalante G., *Nueva historia mínima de México* (págs. 280-291). México, D.F.: El Colegio de México.
- Agustín, J. (1975). José Agustín. En R. Avilés F., *El escritor y sus problemas* (págs. 68-77). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Agustín, J. (1995). José Agustín, escritor. En C. Güemes, *Vieja ciudad de hierro: 100 biografías geográficas de la cultura mexicana* (págs. 23-25). México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: Dirección General de la Unidad de Comunicación Social, Edicupes S.A. de C.V.
- Agustín, J. (2004). *Tragicomedia mexicana 1*. México: Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
- Agustín, J. (2008). *Vuelo sobre las profundidades*. México: Lumen, Random House Mondadori.
- Álvarez E., L. (2013). *Distrito Federal: sociedad, economía, política y cultura*. México: Universidad Nacional Autónoma de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Archivo General de la Nación. (24 de Octubre de 2018). *AGN recuerda la inauguración del Metro, vía El Nacional*. Obtenido de Archivo General de la Nación: <https://www.gob.mx/agn/articulos/agn-recuerda-la-inauguracion-del-metro-via-el-nacional>
- Argüelles, J. D. (2014). José Agustín: La lectura beneficia incluso a los que no leen. En J. D. Argüelles, *Historias de lecturas y lectores: Los caminos de los que sí leen* (págs. 222-255). México, D.F.: Editorial Océano de México, S.A. de

C.V., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: Dirección General de Publicaciones.

- Arteaga, A. (1994). Las artes visuales: el muralismo y la escultura urbana. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. V Metrópoli cultural* (págs. 67-98). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- Barthes, R. (1970). Elementos de la semiología. En R. Barthes, C. Bremond, T. Todorov, & C. Metz, *La semiología* (págs. 11-12). Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Batis, H. (2004). José Agustín. En H. Batis, *Crítica bajo presión: Prosa mexicana 1964-1985* (págs. 407-411). México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México: Coordinación de Humanidades.
- Biografías y Vidas. (4 de Febrero de 2019). *Charles Sanders Peirce*. Obtenido de Biografías y Vidas: La Enciclopedia Biográfica en Línea: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/p/peirce.htm>
- Carballo, E. (1966). ¿La tumba? Una obra tan ingenua como pedante. *La Cultura en México, suplemento de la revista Siempre!*, 13-14.
- Carballo, E. (1969). Notas bio-bibliográficas. En E. Carballo, *Narrativa mexicana de hoy* (págs. 25-32). Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Castellanos, R. (1981). La juventud: un tema, una perspectiva, un estilo. En A. M. Ocampo, *La crítica de la novela mexicana contemporánea: Antología* (págs. 175-190). México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas: Centro de Estudios Literarios.
- Charaudeau, P., & Maingueneau, D. (2005). *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Deledalle, G. (1996). *Leer a Peirce hoy*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.

- Eco, U. (2005). *Tratado de semiótica general*. México: Debolsillo.
- Escorza, J. J. (1994). Del México-Tenochtitlan al México contemporáneo. La música en la ciudad de México. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. V Metrópoli cultural* (págs. 147-182). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- García S., P. (2014). *En la ruta de la onda*. México, D.F.: Jus, Libreros y Editores S.A. de C.V.
- Gimate-Welsh, A. (2005a). *Del signo al discurso: Dimensiones de la poética, la política y la plástica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana: Unidad Iztapalapa, Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Gimate-Welsh, A. (2005b). Capítulo 5. Semiología Literaria. En A. Gimate-Welsh, *Del signo al discurso: Dimensiones de la poética, la política y la plástica* (págs. 189-229). México: Universidad Autónoma Metropolitana: Unidad Iztapalapa, Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Glantz, M. (1971). Estudio preliminar. En M. Glantz, *Onda y escritura en México: Jóvenes de 20 a 33* (págs. 5-41). México, D.F.: Siglo XXI Editores, S.A.
- Glantz, M. (1976). La onda diez años después: ¿epitafio o revaloración? En M. Glantz, *Onda y escritura en México* (págs. 88-102). México: Siglo XXI.
- Godínez, R. (2015a). José Agustín: El sueño no ha terminado. En R. Godínez, *Desde el corazón de las palabras: Entrevistas a escritores de la Generación de Medio Siglo al grupo del Crack* (págs. 165-182). México, D.F.: Ediciones Felou, S.A. de C.V.
- Godínez, R. (2015b). Juan Villoro y el significado de los tópicos. En R. Godínez, *Desde el corazón de las palabras: Entrevistas a escritores de la Generación de Medio Siglo al grupo del Crack* (págs. 269-284). México, D.F.: Ediciones Felou, S.A. de C.V.

- Gruzinski, S. (2004). *La Ciudad de México: una historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez R., J. L. (2001). *Iniciación a la lingüística*. España: Editorial Club Universitario.
- Jiménez, V. (1994). Desarrollo urbano y tendencias arquitectónicas. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. IV Macrópolis mexicana* (págs. 21-39). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- Loeza, S. (2012). *Nueva historia general de México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, El Colegio de México.
- López A., S. (1994). La ciudad de México en el cine. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. V Metròpoli cultural* (págs. 119-136). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- Loyo, E., & Greaves, C. (1994). Filosofía educativa en el siglo XX. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. IV Macrópolis mexicana* (págs. 161-181). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- Luna T., E., Viguera Á., A., & Baez P., G. E. (2005). *Diccionario básico de lingüística*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas: Centro de Lingüística "Juan M. Lope Blanch".
- M. Ocampo, A., & Velázquez P., E. (1967). *Diccionario de escritores mexicanos*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México: Dirección General de Publicaciones.
- Madrid, F. M. (4 de Diciembre de 2018). *El rey llega al desierto: Retrato de José Agustín, audaz cronista y novelista del habla única*. Obtenido de Gatopardo: <https://gatopardo.com/reportajes/jose-agustin/>

- Marro, M. (2005). Capítulo 3. Roland Barthes. En V. Zecchetto, O. Dallera, M. Marro, M. L. Braga, & K. Vicente, *Seis semiólogos en busca del lector: Saussure, Peirce, Barthes, Greimas, Eco, Verón* (págs. 81-144). Buenos Aires: La Crujía.
- Martínez, A. G. (2006). La historia de un irreverente con causa. *El Búho*, 24-31.
- Mas, M. (1994). Las instituciones y la vida cultural. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. V Metrópoli cultural* (págs. 35-61). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- Monsiváis, C. (2010). 30. Vida juvenil y nuevo costumbrismo. En C. Monsiváis, *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX* (págs. 378-381). México, D.F.: El Colegio de México.
- Murillo, D. (5 de Febrero de 2019). *Semiótica y creación literaria*. Obtenido de Razón y Palabra: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n33/dmurillo.html>
- Negrete S., M. E. (1994). Evolución de la población y organización urbana. Enfoque ecológico-demográfico del cambio metropolitano. En I. Tovar de Arechederra, & M. Mas, *Ensayos sobre la Ciudad de México. IV Macrópolis mexicana* (págs. 67-82). México: Departamento del Distrito Federal, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Iberoamericana A.C.
- Peirce, C. S. (1978). *Lecciones sobre el pragmatismo*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- Peirce, C. S. (1986). *La ciencia de la Semiótica*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Peirce, C. S. (1997). *Escritos Filosóficos I*. Michoacán: Colegio de Michoacán.
- Pérez G., R. (25 de Octubre de 2018). *Breve recuerdo del progreso urbano*. Obtenido de El Universal: <https://www.eluniversal.com.mx/columnas/61097.html>

- Poniatowska, E. (1990). La literatura de la onda: ¡Así como te has portado yo no me retrato contigo, vida! En E. Poniatowska, *¡Ay vida, no me mereces!* (págs. 167-213). México, D.F.: Editorial Joaquín Mortiz.
- Poniatowska, E. (2012). *La noche de Tlatelolco: Testimonio de historia oral*. México: Ediciones ERA, S.A. de C.V.
- Ramírez, J. A. (2007). *El rock de la cárcel*. México, D.F.: Random House Mondadori.
- Ramírez, J. A. (2014). Jipitecas. En J. A. Ramírez, *La contracultura en México: La historia y el significado de los rebeldes sin causa, los jipitecas, los punks y las bandas* (págs. 73-98). México: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
- Ramírez, J. A. (2017). *De perfil*. México: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Ramírez, R. (2008). *El movimiento estudiantil de México. (Julio/Diciembre de 1968). Tomo 2*. México: Ediciones ERA, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Rivera, G. (6 de Diciembre de 2018). *José Agustín: A day in the life*. Obtenido de Emequis: <http://www.m-x.com.mx/2015-12-06/jose-agustin-a-day-in-the-life/>
- Rodríguez L., M. G. (1987). *Literatura y sociedad en De perfil de José Agustín*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México: Facultad de Filosofía y Letras.
- Saussure, F. d. (2005). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Segre, C. (1985). *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Todorov, T. (1990). La literatura como hecho y como valor. En T. Todorov, *Crítica de la crítica* (págs. 135-177). Caracas: Monte Ávila Ediciones.
- Villasana, C., & Gómez, R. (24 de Octubre de 2018). *El regente de hierro que modernizó al Distrito Federal*. Obtenido de El Universal:

<http://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/colaboracion/mochilazo-en-el-tiempo/nacion/sociedad/2017/05/24/el-regente-de>

Villoro, J. (1999). Prólogo. En J. Agustín, *Cómo se llama la obra* (págs. 7-18). México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México: Coordinación de Humanidades.

Zecchetto, V. (. (2005). *"Seis semiólogos en busca del lector: Saussure, Peirce, Barthes, Greimas, Eco, Verón"*. Buenos Aires: La Crujía ediciones.

Zecchetto, V. (2005a). Capítulo1. Ferdinand de Saussure. En V. Zecchetto, O. Dallera, M. Marro, M. L. Braga, & K. Vicente, *Seis semiólogos en busca del lector: Saussure, Peirce, Barthes, Greimas, Eco, Verón* (págs. 15-40). Buenos Aires: La Crujía.

Zecchetto, V. (2005b). Capítulo 2. Charles Sanders Peirce. En V. Zecchetto, O. Dallera, M. Marro, M. L. Braga, & K. Vicente, *Seis semiólogos en busca del lector: Saussure, Peirce, Barthes, Greimas, Eco, Verón* (págs. 41-79). Buenos Aires: La Crujía.